



Alonso de Ercilla

# La Araucana

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Alonso de Ercilla**

# **La Araucana**

## **Advertencia**

Radical y patriótico es el pensamiento, concebido por la Academia Española, de publicar una Biblioteca selecta de nuestros clásicos autores, y desarrollado estuviera en parte o del todo, si no lo embarazara la escasez de recursos. Conatos hubo de acometer y superar las dificultades hacia la fecha de la última edición del Quijote, ilustrada por el Académico insigne D. Martín Fernández Navarrete. De cerca debía seguir Ercilla a Cervantes, y D. José Vargas Ponce tuvo a cargo la ilustración de La Araucana.

Este preclaro hijo de Cádiz se hallaba en relaciones íntimas con la Academia desde mozo; no era más que guardia marina, cuando alcanzó el premio ofrecido al autor del mejor Elogio de Don Alonso el Sabio. Dotado de superior entendimiento y feliz [VI] memoria; a su sabor en el estudio y acaudalando instrucción vasta; con el estímulo poderoso del lauro debido al primer ensayo de su pluma, la manejó de fácil manera sobre diversos géneros literarios, y dando quizá forma y vida a un centenar de composiciones. Su buen humor y estro fecundo le valieron justa reputación de poeta festivo; su profundo conocimiento de nuestros fastos y su recto juicio sobre las personas y las cosas, de que hizo gala por conducto de la imprenta a menudo, le elevaron al puesto gloriosamente ocupado en la Academia de la Historia por Montiano y Luyando y por Campomanes; su acendrado patriotismo y su amor a las políticas reformas, sentimientos acreditados de igual modo por su expedita pluma durante la heroica guerra de la independencia, le trajeron de diputado a las Cortes ordinarias; méritos grandes se le conocían además de buen crítico y de literato eminente, y con admitirle en su seno, los galardonó la Academia Española. No pudo asistir más que once meses a sus juntas y en dos períodos bien lejanos; de Febrero a Mayo de 1814 el primero, y de Junio de 1820 a Enero de 1821 el segundo, cuyo espacio llena su destierro político de la corte, socolor de encomendarle el arreglo del Archivo de Indias. Repetidamente mostrose fiel por extremo a la memoria agradable del origen de sus estrechas relaciones con nuestra Academia, al promover dos certámenes literarios; en la junta de 22 de Marzo de 1814 el uno, y en la de 27 de Julio [VII] de 1820 el otro, para premiar a los más dignos panegiristas del dos de Mayo, y del sistema constitucional en oposición del absoluto. Sin embargo de su ausencia forzosa de seis años, activa correspondencia mantuvo con la Academia Española; ya haciendo puntual referencia de lo mucho que en Hamburgo se estimaban las obras antiguas de nuestros buenos escritores; ya anunciando el envío de la Silva de Romances viejos castellanos, recién dada a luz en la capital de Austria; ya mandando obsequioso dos obras suyas, de índole tan diferente como el Tontorrontón y el discurso laureado sobre los servicios hechos de 1808 a 1816 por su ciudad nativa. Aún fue el 13 de Julio de 1819 de mayor precio la remisión del plan formado

para la publicación de La Araucana, con la vida de Ercilla y diversas notas. Aquí trajo personalmente el 23 de Diciembre de 1820 su análisis del poema famoso, y el 18 de Enero de 1821 cierta exposición autógrafa del poeta ilustre. Mas no fue dado avanzar al respetable Señor Vargas Ponce, pues le sobrevino a poco la muerte, el 6 de Febrero, cuando le faltaban cuatro meses e igual número de días para cumplir sesenta y un años.

Bien desdorante ingratitud hubiera sido no pagar tributo de alabanza a quien supo diligente reunir datos muy preciosos, y de ellos principió a hacer buen uso con observaciones de crítica sana; datos y observaciones, que sobremanera facilitan la tarea confiada a débiles fuerzas hoy que por dicha está la Academia [VIII] Española en situación bastante holgada, para atender a popularizar las obras de nuestros mejores ingenios. Casi todas las de Vargas Ponce adolecen de superabundancia de noticias y reflexiones de varias clases, no siempre oportunas; escritor de erudición extensa, a la pluma daba leve impulso, y de ella fluían especies como a raudales, produciendo así frecuentísimas divagaciones. Sin menoscabo de su legítima fama, necesario es decir que se deleitaba en hacer larga referencia de todo o de mucho al autor o al libro que traía entre manos; y esto mismo le sucedió entonces. Su Advertencia preliminar especificaba el método preferible para la edición proyectada. Al frente iba a poner la vida de Ercilla; después el análisis completo de su obra; luego su parangón peculiar con las antiguas composiciones metrificadas, especialmente con las españolas, y más de propósito con las de su continuador y su antagonista; en seguida la exposición de la influencia de su poema sobre los posteriores; a continuación La Araucana toda; para principio de remate un comentario particular sobre cada canto y sus partes constitutivas, sin omitir su enlace respecto del conjunto, ni sus bellezas más sobresalientes, ni sus descuidos y sus tachas; además una colección de las sentencias de Ercilla, para que más fácilmente se retuvieran de memoria; y a lo último un gran cúmulo de ilustraciones, ociosas algunas de todo punto. Muy contra la voluntad expansiva del señor Vargas Ponce, quizá labrara así [IX] un monumento grandioso, para sepultura de La Araucana.

Otro método parece más recomendable, y consiste en dar a conocer al autor afamado, y en decir de su libro lo suficiente para engolosinar a los lectores, con la explicación de su esencia y su forma, si bien hecha de modo de no desflorar el asunto a fuerza de citas de pasajes, y de laboriosos y prolijos desmenuzamientos, o de áridas y rebuscadas ponderaciones. Por vía de apéndice cabe agregar notas que satisfagan a los eruditos, y completen lo que a la totalidad del trabajo pueda servir de lustre y realce. Así lo quiere sin duda la Academia Española; su edición de La Araucana debe sobrepujar por esmerada y correcta a cuantas se conocen hasta el día, señalándose además por contener todo lo de interés verdadero y relativo al célebre poeta, de quien todavía se ignora mucho; y aunque la tarea está encomendada al menor de sus individuos, con celo ardoroso, y voluntad firme, y tenaz perseverancia, se esforzará por suplir lo que le falte de suficiencia, y por quedar airoso bajo el aspecto de corresponder a la confianza de la Corporación y de no mancillar sus blasones. [XI]

## DON ALFONSO DE ERCILLA

### Su vida y su Araucana

- I -

Oriundo de Bermeo, natural de la metrópoli andaluza y colegial de Bolonia, Fortún García de Ercilla adquirió tal renombre de jurisconsulto en Italia que el gran papa León X le quiso persuadir a fijar la residencia en Roma, a la par que se propuso el emperador Carlos V traerle al Consejo y Cámara de Castilla. Por la regencia del Consejo de Navarra y por el Consejo de las Órdenes hubo de pasar en el breve término de dos años, para ascender a la superior magistratura. De cuarenta y en Dueñas por Septiembre de 1534 fue su temprana muerte, cuando estaba designado para maestro del príncipe de Asturias. A su mujer Doña Leonor de Zúñiga dejó tres hembras y tres varones, el menor de poco más de un año, nacido en Madrid el de 1533 a 7 de Agosto, y llamado [XII] Alonso, que es de quien se refieren aquí las vicisitudes. Su madre quedaba en situación holgada como poseedora del señorío de Bobadilla, sin venir a menos por su incorporación a la corona, pues resarcida fue con el cargo de guarda mayor de las damas de la infanta Doña María; y así tuvo proporción de hacer paje del príncipe D. Felipe al huérfano Benjamín de su casa.

Constando que el emperador Carlos había mandado escribir la obra de los Oficios de la Casa Real a Gonzalo Fernández de Oviedo, sin otro fin que el de establecer y ordenar el cuarto de su primogénito querido, según lo trazaron del todo para el príncipe D. Juan sus abuelos augustos, no se necesitan conjeturas en testimonio de que fue esmerada la educación de D. Alonso de Ercilla. Además de la enseñanza de maestros doctos, desde mancebo comenzó a reunir la instrucción variada y fructuosa, que se adquiere en los viajes y con el trato de las cortes. A los quince años salió por vez primera de España, cuando en 1548 fue el príncipe D. Felipe a tomar posesión del Brabante, y hasta 1551 acompañole por Italia, Alemania y el Luxemburgo; recorriendo así buena parte de lo mejor de Europa en ocasión de tanto brillo, siempre entre espectáculos y festejos, y alternando con los personajes de más nota. Despejadísimo y amigo de saber como pocos, naturalmente sacó buen fruto de tan sublime escuela, cuyas lecciones volvía a aprovechar en seguida, acompañando a Bohemia a su [XIII] madre, y dejándola allí con la infanta Doña María y su esposo el archiduque Maximiliano. Entonces le fue dado visitar el Austria, la Hungría y otros países del Norte; y explayándose más y más en su espíritu juvenil y ardoroso, no concebía sino ideas elevadas, ni su corazón se alimentaba más que de sentimientos de honor y de gloria. Corta residencia hizo en España a la vuelta del segundo viaje, y al tercero salió en 1554 con el príncipe D. Felipe, ya rey de Nápoles y próximo esposo de Doña María de Inglaterra en segundas nupcias, solemnizadas con espléndidas fiestas, cuyas descripciones llenas las historias. De qué modo influyeron sobre el ánimo de Ercilla no es posible determinarlo a fondo; por inferencia cabe acaso decir sin yerro que no le satisfacía el regalado bullicio de los palacios, y que sus ímpetus le aguijaban a mudar prestamente de vida.

Aún colmaba de agasajos al rey Felipe la corte de Londres, cuando a Europa llegó noticia alarmante de las turbaciones del Perú y de Chile, promovidas las primeras por la deslealtad del cruel Francisco Hernández Girón, y las segundas por el amor de los araucanos a la nativa independencia. Virey del Perú fue nombrado el marqués de Cañete,

D. Andrés Hurtado de Mendoza, y Adelantado de Chile se hizo a Gerónimo de Alderete, varón afamado allí por su buen seso y por su arrojo. En Londres le conoció Ercilla, y entusiasmado con la relación de sus fatigas y aventuras y con la poética descripción de tan [XIV] remotos países, anhelante por correr mundo, ansioso de lauro, e inducido por su enérgico temple a conseguirlo entre la agitación de las campañas, mejor que entre el ocio de las cortes, a ir en compañía del Adelantado se determinó por impulso propio; y obtenida licencia del rey Felipe, muy alegre se ciñó espada, y hacia el año de 1555 y desde la cubierta de un barco divisaba las costas españolas cada vez en más lejano horizonte, hasta perderlas de vista sin derramar llanto.

Siempre extasía la contemplación del Océano tranquilo o proceloso: Ercilla lo surcaba en edad florida y con numen lozano: fijamente había alcanzado a algunos contemporáneos de Cristóbal Colón y de los Pinzones, y conocido a bastantes de los asistentes a las conquistas de los imperios de Motezuma y Atahualpa: sin duda por lecturas estaba al tanto de los sucesos del Nuevo-Mundo: a bordo se hubo de enterar de los de más reciente fecha por voz de testigos oculares y aun quizá de actores; y de cierto oiría embelesado una vez y otra a Gerónimo de Alderete hablar de Chile y del Arauco. Poco interesa averiguar si fue su navegación larga o corta; verosímelmente los días se le volaron fugaces bajo la intuitiva y doble impresión de pasmosos recuerdos y de mágicas esperanzas, hasta que en el curso del viaje le sobrevino gran desventura. A su entrada en la vida se había quedado sin padre, y ahora faltóle valedor al principio de su carrera, pues murió Alderete [XV] en el istmo de Panamá y cerca de la pequeña Taboga. Desamparado siguió hacia Lima, donde ya Hernández Girón había pagado sobre el patíbulo sus traiciones, y desde donde el marqués de Cañete se aprestaba a enviar socorros a Chile.

En aquella región apartada y descubierta por Diego de Almagro, pronto hizo asiento Pedro de Valdivia, fundando a Santiago, la Imperial y otras ciudades; recientemente le habían derrotado y muerto los araucanos, y Francisco de Villagrán le sucedió al frente de los españoles, puestos otra vez en fuga por Caupolicán y obligados a abandonar la ciudad de la Concepción a los vencedores. De resultas al virey del Perú llegaron mensajeros en demanda de auxilios y de su hijo D. García Hurtado de Mendoza con la investidura de jefe. Mancebo era de veintiún años, si bien de tan acreditados bríos que no se podía atribuir la ardiente súplica a ruin lisonja. Ya había asistido en Córcega a la expulsión de los franceses, y en Toscana a la toma de Sena bajo las órdenes de Don Alonso de Lugo, y en Flandes y a las del emperador Carlos al triunfo obtenido junto a Rentin contra Enrique II de Francia, obrando siempre como quien arrostraba los peligros por natural hervor de la sangre, tras de abandonar su casa y emprender la profesión de la milicia sin el beneplácito paterno. Ahora lo obtuvo amplio, y hacia Chile despachó socorros por tierra, tomando en persona el mismo rumbo desde el Callao y con la gente principal en [XVI] naves. A bordo fue también D. Alonso de Ercilla, esperanzado en medrar bajo el nuevo jefe, a quien llevaba dos años, y conocía desde Madrid y Londres.

Felizmente surgió la flota en Coquimbo: dos leguas adentro se alzaba la Serena, donde se detuvo D. García lo necesario para que su autoridad fuera acatada por todos, aun a costa de imponer prisiones y castigos severos; y otra vez en franquía las naves, tras de sufrir deshecha borrasca, por mayo de 1557 surgieron en la isla de Talcaguano. Pacífico mensaje del Arauco recibió allí el jefe; mas, sospechando que sus caciques prevenían las armas, a

tierra firme dispuso que pasaran ciento y treinta jóvenes de los más intrépidos y robustos, para levantar un fuerte junto a la costa. Entre ellos fue D. Alonso de Ercilla, siempre alentado a dar un tiento a la fortuna; y por igual señalose al prevenir la defensa en un día que al repeler el asalto de ocho mil araucanos en 10 de Agosto y después de más de seis horas de combate. Dentro del fuerte de Penco se mantuvieron los españoles hasta llegar los caballos y demás socorros por tierra: ya teniéndolos bajo su mano, D. García moviose adelante; y apenas cruzado el caudaloso Biobío en 10 de Octubre, Caupolicán le vino a presentar batalla. Principio tuvo por una fuerte espolonada de la caballería de Alonso Reinoso, capitán a cuyas órdenes iba Ercilla, y terminó con insigne victoria, tras de fiera lucha en un pantano, donde los indios se acogieron por miedo a los caballos y donde les [XVII] destrozaron los arcabuces. Otra vez demostraron su indomable tesón y patriótico ardimiento en Millarapue el 30 de Noviembre, y mucho costó de fatiga arrancarles el triunfo, pues lo disputaron ya fugitivos dentro de enmarañado bosque, sin que osaran los nuestros penetrar por la horrenda espesura. A Ercilla atrajo el bélico ruido: notada fue del maestre de campo Juan Remón su llegada, y al punto dijo en voz de aliento: -«¡Ea, D. Alonso, esta es ocasión de señalarse con honra!»- Oyendo su nombre y observando que le miraban todos, compelido por la vergüenza y sin poder ya excusar el trance, a pie y espada en mano acometió la peligrosísima empresa: unos pocos le siguieron a la desesperada; otros le ayudaron después con furia, y por su gallarda intrepidez fue conducida a jornada a perfecto remate.

Así pudieron todos trasponer el cerro de Andalicán y echar los cimientos de Cañete de la Frontera y hacer por el Arauco muy vigorosas entradas. Prisionero cogió Ercilla en una de ellas al animoso Cariolano, poco antes de contarse entre los cincuenta españoles, llevados a la Imperial por el Capitán D. Miguel de Velasco, para traer de allí provisiones: ya volvían por la más fragosa hondura de la quebrada de Purén con dos mil cabezas de ganado y otras vituallas, cuando el fiel Cariolano vino a avisar a su señor de que los araucanos se disponían a interceptar el socorro, y de que por el río le salvaría a nado, en [XVIII] ocasión de referirle afligida Glaura cómo había perdido a su esposo. No era otro que Cariolano; y Ercilla premiole con la libertad en seguida. Furiosamente salieron los araucanos de su celada, y a los españoles atropellaron sobre angosturas, donde ni aun podían revolver los caballos. Vencidos estaban sin remedio bajo el ímpetu de tanta muchedumbre: por fortuna pudo Ercilla romper hasta un hueco del monte, y arrinconados vio allí diez camaradas: con brío estimuloles a trepar a la cumbre por breñosa aspereza; y ya arriba, a impeler piedras y a disparar los arcabuces hacia donde más cargaban los indios, de cuyo modo les sobrecogieron de súbito miedo y les obligaron a rápida fuga. Todos los españoles fueron heridos y saqueados en parte; mas al fuerte de Tucapel dieron vista, y sus compañeros les saludaron con aclamaciones triunfales.

Otra vez se aventuraron los araucanos a reñida y sangrienta batalla de que salieron con tales apariencias de vencidos y escarmentados que Hurtado de Mendoza se creyó en proporción de atender a vigorizar las leyes en toda la comarca de Chile; y encomendado la custodia del fuerte de Tucapel a Reinoso volvieron a dar ayuda la víspera de lanzarse los araucanos en su contra. De resultas de trato doble de un indio mozo, Caupolicán dispuso a medio día el ataque, bajo la certidumbre de coger [XIX] desprevenidos y hasta durmiendo a los españoles; e informado Reinoso de todo, los tenía muy vigilantes y con anhelo por esgrimir las armas. Superfluos aparecieron más pormenores sobre esta jornada lastimosa:

allí perdieron muchos enemigos la vida, se dispersaron los restantes, y el mismo Caupolicán tuvo que andar oculto de un lado a otro, no valiéndole tal cautela, pues la traición de un indio le condujo a prisión y cadalso.

Satisfactorio es consignar que Ercilla sólo de oídas supo la iniquidad enorme; ya a la sazón iba con su gefe a la exploración de tierras ignotas, las más rudas y descompuestas del mundo, hacia el estrecho de Magallanes. Jamás la naturaleza opuso mayores estorbos a los hombres: como un mes avanzaron los nuestros con falsas guías, y sin otra que el sol a veces, cuando no lo ocultaban espesas y lóbregas nubes, o árboles gigantescos y tupido ramaje, por entre ríos caudalosos y hondos pantanos; hacia enhiestas cumbres o espantables derrumbaderos; sobre pedruscos salientes o arraigados matorrales, que rompían al golpe de picos y azadones, para sentar la planta; cubiertos de sangre, de sudor y de lodo; sufriendo furiosas ventiscas e inundantes lluvias; no hallando varias noches donde reclinar los cuerpos lasos; dejándose a pedazos los vestidos entre las zarzas, y apretándoles el hambre aquejadora las cuerdas del duro tormento, hasta que por fin divisaron el archipiélago de Chonos. Tres islas visitó Ercilla a [XX] bordo de una piragua, por inquirir el trato y ejercicio, las leyes y costumbres, los ritos y las ceremonias de sus naturales: con diez amigos arriscados cruzó luego el desaguadero impetuoso, que separa del continente a la isla de Chiloe, internándose media milla más que todos, y escribiendo sobre la corteza de un árbol con su cuchillo, que antes que otro alguno había llegado allí el 28 de Febrero de 1558 a las dos de la tarde.

Por menos mal camino les condujo un indio joven a la vuelta; y en los vecinos de la Imperial hallaron generosidad agasajadora. Allí recibieron una fausta nueva de España, la de la victoria de San Quintín sin duda, alcanzada el mismo día en que del fuerte de Penco rechazaron ciento treinta españoles a ochomil araucanos. Con este motivo se celebraron justas: sobre el mayor o menor lucimiento en las suertes, D. Alonso de Ercilla y D. Juan de Pineda se trabaron de palabras, que subieron hasta provocaciones sobre la mejor o peor calidad de la estirpe, en términos de no poder ya estar las espadas ociosas. A la par que las de ambos, se desenvainaron otras muchas; pero afortunadamente sosego el alboroto sin correr sangre. Muy preciosa la quiso derramar el joven caudillo, dando bulto de premeditado motín al caso no pensado, por aceleramiento propio, y quizá también por malévolas sugerencias de su secretario Ortigosa, y condenando a Ercilla y Pineda a ser degollados en la plaza. Nada valieron súplicas y recomendaciones: tal [XXI] vez temía el geje que su autoridad padeciera menoscabo, si revocaba la arbitraria sentencia; y así aferose en que se ejecutara a todo trance. Levantado estuvo el tablado, y todo induce a suponer que Ercilla y Pineda llegaron al pie de sus escalones: siendo amados de sus compañeros por valerosos, y bien quistos por liberales, clamor general escucharon con voces de ruego y en son de amenaza a favor de su vida; y la debieron a la necesidad perentoria de evitar el motín violento, que estallara de golpe, si llegaba a ejercer su oficio el verdugo.

Trascendental fue tal desmán a la posteridad más remota, pues Ercilla narraba con fácil estro cuanto acontecía en la magna lucha, sobre los mismos lugares, hurtando el tiempo que podía al descanso, para tenerlo de ocio y lograr que no pasaran oscurecidas las hazañas de sus compatriotas, aun con el trabajo de estar falto de papel a veces, y de haber de escribir sobre cuero y en pedazos de cartas; y desde que se le atropelló de tal modo, no quiso ya dar

la habitual ocupación a su pluma. Abreviadamente dijo sólo, que sufrió prisión larga, sin dejar de servir de día y de noche en la frontera, donde hubo continuos rebatos y estratagemas peligrosas para los españoles, hasta que en el asalto y gran batalla de la albarrada de Quipeo les regocijó la más esclarecida victoria. Por especificación de ajeno relato consta que Ercilla tuvo nuevas ocasiones de [XXII] acrecer sus timbres en una emboscada; y durante la resistencia al asalto furioso, dado a la Imperial por los araucanos; y rigiendo una gallarda escuadra de veinte jóvenes contra mayor número de puelches a orillas del Maule, y de andalicanos sobre su territorio; y sustentando lid singular con el cacique Elicura y tendiéndole muerto en la última y decisiva jornada, que fue el año de 1558 a 13 de Diciembre, y en la cual perecieron todos los jefes enemigos más afamados.

No maravilla que Arauco apareciera ya bajo el yugo de los españoles. Ante la perspectiva de reposo, y cada vez más estimulado y roído por el agravio, siempre fresco dentro del alma, Ercilla aceleró su partida repentina de aquella ingratisima tierra, que le costaba tanto de afán y sangre; y en un bajel de trato llegó al Callao sin el menor contratiempo. De Lima salió nuevamente a probar fortuna contra Lope de Aguirre, fiero guipuzcoano, asesino del capitán Pedro de Ursúa, con quien desde el Perú había ido a la conquista de los omeguas, y cruel tirano hasta el extremo de matar a su propia hija. Más de dos mil millas le separaban de Venezuela; pero acostumbrado a carrera más larga, por mar tomó la vía sin demora ninguna, y aun así al mismo tiempo fueron su llegada a Panamá y la del anuncio de estar Lope de Aguirre ya degollado y hecho cuartos. Una enfermedad prolija y extraña detuvo a Ercilla en Tierra-Firme; y tan luego como se vio convalecido, [XXIII] por las islas Terceras y el año 1562 hizo rumbo hacia España.

Aquí supo la reciente muerte de su amada madre, ocurrida en el palacio de Viena; circunstancia dolorosa que no le permitió la quietud apetecida tras largo viaje, por la necesidad imprescindible de emprender el tercero a Alemania, así que dio cuenta a Felipe II de sus penalidades y aventuras. D. Fadrique que de Portugal era caballero mayor de la tercera esposa del rey de España, y quería pasar a segundas nupcias con Doña Magdalena de Ercilla, dama de la misma reina que su difunta madre. Para traerla de Hungría, su hermano D. Alonso cruzó la Francia y el Austria, y por los cantones suizos y el Languedoc fue a principios de 1564 su retorno. Interceptando las nieves sobre el puerto de San Adrián la carretera, algunos días hubo de estar en Mondragón y algunos pueblos alaveses: quizá del historiador Garivay fue conocido entonces; y cobrándose afición grande, sin propósito deliberado le dio materia para mencionar estimablemente hechos suyos en las Genealogías.

Ya en su patria de asiento y con insólito descanso, lo más del tiempo dedicó a poner en orden y pulir sus papeles sueltos y relativos a las proezas de sus compatriotas en las antárticas regiones. Galanteador era como joven y español y soldado: atractivos de apostura grata y de producción amena tenía de sobra para cautivar damas; y así el año de 1566 fue [XXIV] padre de un hijo, a quien puso Diego por nombre. Poco más anduvo de soltura en amorosos extravíos, celebrando a principios de 1570 con Doña María de Bazán su boda, y mereciendo el alto honor de que le apadrinaran el Archiduque Rodolfo y Doña Ana de Austria, cuarta mujer del rey Felipe. Doméstica y no interrumpida ventura le deparó su compañera, muy noble de prosapia, insigne por su cristiandad y virtudes y aun por su claro entendimiento, que se deleitaba en cultivar con lecturas de historia. Otra gran satisfacción tuvo este mismo año al publicar la primera parte de La Araucana, perfectamente recibida en



España y Europa y el Nuevo-Mundo, de manera de colocarle unos al nivel y otros por encima de Ariosto: nada vanaglorioso y modesto por demás en el común trato, a los que le conocían más de cerca produjo mayor asombro con su libro, no juzgándole capaz de brillar por la pluma como por la espada. Merced del hábito de Santiago le hizo Felipe II al año siguiente, honrosa insignia que también había llevado su ilustre padre sobre la toga; en la parroquia de San Justo y día del aniversario de la sangrienta batalla, decidida en Millaraque sólo por su arrojo, le armó caballero el personaje que después fue duque de Lerma.

Tres años adelante seguía en Real favor nuestro D. Alonso, y lo demuestra la circunstancia de elegirle el secretario Juan de Vivanco, para sacar de pila a su hijo D. Bernardino, cuya partida de bautismo [XXV] tiene la fecha de 4 de Mayo de 1574 y se halla en los libros de la parroquia de Santiago. Aún aspiraba a más laureles, en ocasión de sitiar a Túnez y la Goleta los turcos, y de recorrer el célebre D. Juan de Austria las costas, desde Génova hasta Sicilia, con el ardimiento de su gran corazón y la vehemente prisa de ir al socorro. De Nápoles habían de zapar las naves, y allá voló Ercilla, alentado como de costumbre; desdichadamente sólo para saber la súbita y triste noticia de haber podido más la fuerza numérica de los sitiadores que el heroísmo de los sitiados. Entonces dirigióse a Roma, y nuestro embajador y su pariente Don Juan de Zúñiga le presentó el 6 de Abril de 1575 al papa, Gregorio XIII de nombre y natural de Bolonia, donde había conocido de joven a Fortún García de Ercilla. De pronto supuso que hablaba con su nieto, y de su persona y literatura le hizo grandes elogios; mucho se holgó de saber que era hijo y de oírle atentamente la relación de sus aventuras, con especialidad hacia el estrecho de Magallanes; y tras largo rato, le dio su bendición y extraordinarias indulgencias a la despedida.

Cuarta vez estuvo Ercilla en Alemania, debiendo acogida graciosa al emperador Maximiliano y a la emperatriz Doña María, de quien fue servidora su madre, no menos que a Rodolfo, su padrino de boda y ya rey de Hungría. Por Septiembre de 1575 asistió en Praga a su coronación de rey de Bohemia, y en Ratisbona a su elección por rey de Romanos; ya le [XXVI] había creado su gentil-hombre, y en calidad de camarero le llevó la falda en las ceremonias. Vasto y fecundo asunto de reflexiones elevadas le hubieron de ofrecer los contrastes de su azarosa existencia, al renovar entre festejos lucidos la memoria de los gozados allí con la delicia de los años primaverales, y al interponer los recuerdos vivos de todo linaje de peligros y privaciones, hasta subir casi al patíbulo y estar a punto de perecer de miseria. Después de las solemnidades, se dio a visitar las comarcas de Estiria y Carintia y hasta Croacia, de donde obtuvo licencia para traer doce caballos, y en el trono imperial dejó a Rodolfo, cuando por Italia y el Friuli vino en 1577 a España. También se sabe que el año mismo fue a Uclés a profesar de caballero de Santiago, con fecha de 14 de Diciembre en manos del prior Diego Aponto de Quiñones, posteriormente obispo de Oviedo.

Sin pensamiento de tornar a salir de Madrid por entonces, se aplicó a imprimir el año de 1578 la segunda parte de La Araucana; mas no pudo saborear los parabienes con descanso, obligándole comisión honrosísima a nuevo e impensado viaje. Felipe II había sabido la llegada del duque Erico de Bransuich y de la duquesa el 14 de Octubre a Barcelona: aun apresurándose a disponer que los vireyes de Cataluña y de Aragón les tratasen como era de razón y les proveyesen de lo necesario, mayor demostración le pareció propia de los respetos debidos a la hija de su prima [XXVII] la duquesa de Lorena; y así, por la

satisfacción que tenía de la persona y cordura de D. Alonso de Ercilla, su gentil-hombre, le previno que por la posta les saliese al encuentro, y les entregase cartas, y les hiciese ofrecimientos cordiales en su nombre y el de su augusta esposa. A la par que su deseo de verlos pronto, les debía significar la conveniencia de que se quedasen en Zaragoza, si bien proponiéndoselo de manera que lo tomaran a buena parte; y no imaginaran que se hacía por otro fin que el de la comodidad de sus personas; puesto que el rey trataba de ir a Monzón de meses atrás a celebrar cortés a los aragoneses, no había partido a causa de forzosos y no interrumpidos impedimentos, y todavía estaba en ánimo de emprender la jornada lo más presto que fuera posible. Después de estar con los duques el tiempo necesario para hacer este oficio y dejarlos contentos y quietos, se volvería a dar cuenta particular al rey de todo lo que hubiese pasado.

Autógrafas existen las cartas escritas al Secretario Gabriel de Zayas por D. Alonso de Ercilla, y así consta puntualmente su desempeño lucido en la comisión importante. De Madrid salió el 26 de Octubre y a los tres días llegó a Zaragoza, no pudiendo acreditar mayor diligencia, por el mal aparejo que en las postas había de caballos. Alojamiento diole el virey conde de Sástago en su casa; y al duque y a la duquesa de Bransuich fue a visitar a Fuentes. Le recibieron con bondad y cortesía, y [XXVIII] desde luego les indujo a su quedada en Zaragoza, de tan hábil manera que se mostraron alegres y muy reconocidos a la merced y el favor de los reyes en cuidar así de su reposo. Prudentemente apaciguó las diferencias suscitadas entre el virey y el Justicia sobre hospedar el duque y tener cada cual su palabra, mostrando ser más conforme a la Real voluntad que ocupara particular aposentamiento, y eligiendo por sí mismo la casa de D. Juan de Gamboa; y ocasión tuvo de encomiar al virey por su espíritu conciliador y rumboso porte con los egregios viajeros, a quienes envió caballos y coches, y dispuso buen recibimiento en la ciudad el 5 de Noviembre, y facilitó el modo de que allí se valieran de una cédula para Madrid y de la suma de cinco mil escudos, sin dejar de atender con la vireina a su distracción y regalo. No pudo Ercilla resistir las instancias de permanecer en su compañía hasta dejarlos establecidos, como que llegaban desalumbrados, a causa de la variación de trato y costumbre, no muy ricos y con pocos criados útiles a lo menos, tomados los más en Italia al paso, pues los que traían antiguos por miedo a la Inquisición se quedaron en Trento, y daba lástima que no se entendieran unos a otros. Ciertos genoveses procedentes de la corte fueron a besar las manos al duque, y como hombre que se preciaban de discursos, le imposibilitaron la ida del rey hasta la primavera, afirmándole haber llamado a cortes de Castilla, y que no se podían [XXIX] despachar antes. Mal corazón le pusieron de igual modo varios caballeros y señoras, y de resultas mandó a buscar a Ercilla, con quien estuvo muy triste, al tratar de sus negocios y al encarece la pérdida del tiempo. Le aquietó el Real comisionado a fuerza de mansas razones, que hubo de repetir a Madama por encargo especial de su esposo, y resueltos quedaron ambos a no pensar en mudanza alguna, hasta que los reyes fueran a Zaragoza, o se les enviara licencia para que viniesen a besarles en Madrid las manos. Así dio Ercilla su comisión por finalizada, y apresurose a conseguir que particularmente entendiera el rey de sus labios adónde enderezaba el duque de Bransuich los designios.

Datos hay seguros para saber algo de lo que puso en conocimiento del soberano. Por mandato expreso de su madre política venía el duque, trayendo una carta recomendatoria de sus servicios y autorizada con la firma del gran D. Juan de Austria, que había muerto a

principios de aquel mes de Octubre. Anheloso por echarse a los pies del monarca y retenido en Zaragoza por orden suya, tanto la melancolizaba el contratiempo que ya había enunciado intención formal de retroceder a embarcarse en Barcelona, si no se le autorizaba para seguir a la corte muy pronto. Una guarda tenía de veinticuatro hombres, y a los zaragozanos daba en rostro que fueran con los arcabuces y las mechas encendidas a todas partes y que entraran así por los templos. [XXX] Enterado el monarca de todo, a la capital de Aragón tuvo que volver el 5 de Diciembre D. Alonso de Ercilla con reales órdenes terminantes; una relativa a acompañar a Madrid al duque, la cual supo con mucho gozo; otra para que deshiciera su guarda, y tomola de manera que hubo necesidad de reportamiento para no quedar muy desavenidos. No le quiso apretar demasiado, por conocer que pasado el primer ímpetu se dejaba persuadir y venía a lo bueno; y volviendo a tratar del negocio, le indujo a tener su consejo por sano.

Repartidas tenían los duques las jornadas de forma de llegar a Madrid en diez días, y el 17 de Diciembre salieron por fin de Zaragoza, bajo la palabra empeñada por Ercilla de que a tiempo se recibiría el pasaporte solicitado, para que ni en Tortuera ni en Torrubia les abriesen los cofres. Reservadamente lo había recomendado mucho al Secretario Zayas, en el concepto de ser de interés corto, a causa de la poca ropa nueva del duque, salvo si debían derecho de joyas, porque las llevaba Madama de las ricas que había jamás visto, especialmente en perlas y piedras. Cuando cenaban la primera noche de viaje, le llegaron a D. Alonso las dos cédulas de paso y de guía, y así tuvieron muy buena y regalada cena, y contentísimo el duque las hizo leer a voces en presencia de todos. Esta predisposición excelente aprovechó Ercilla, a fin de procurar con buena maña detener algunos días a los ilustres viajeros [XXXI] en el camino, sin darles a entender que se le ordenaba de la corte, mientras se hacían reparos en la casa donde habían de posar y se proveían las cosas necesarias a su hospedaje. Desde luego se propuso dificultar las jornadas; y hacer que parasen lo posible sin sospecha en Torija; y pintarles como descortesía no aceptar los ofrecimientos del duque del Infantado, si les quería agasajar en su Palacio de Guadalajara; y exponerles asimismo la inconveniencia de que unos príncipes como ellos entrasen en la corte, sin tener vista primero y repartida por persona entendida su posada y la de sus criados; con todo lo cual se lisonjeaba de lograr que hasta después de año nuevo permanecieran en Alcalá de Henares. Bueno era el plan a todas luces; pero no fácil de llevar a cabo, porque el duque tenía mucha prisa de llegar a Madrid y de obtener el gobierno de uno de los estados españoles. Entre los hombres de cuenta de su comitiva figuraba Andrea Doria, que, no pensando incurrir en yerro, siempre andaba muy a su gusto, y le hacía formar propósitos no practicables, de que Ercilla se veía obligado a sacarle en fuerza de industria, contraviniendo a su voluntad a veces por términos suaves. Entonces el marqués de Ayamonte era gobernador del estado de Milán y capitán general de Italia: al duque de Bransuich dijeron por el camino que este prócer había pasado a Flandes, con lo que se abría una gran puerta a sus pretensiones y se le avivaba el anhelo de ver al [XXXII] monarca, fundándose en ofrecimientos suyos hechos por cartas y que no permitían excusa. De todo avisaba perspicaz Ercilla, por si pareciere a su Magestad buscarla con tiempo, y cerrar la puerta que el duque hallaba tan abierta.

Hasta la raya de Castilla acompañaron al duque tres señores principales de Zaragoza, con muchos criados, halcones y perros, para venir de caza por el camino: después tuvo excelente acogida en todos los lugares, aunque, por estar míseros y faltos de ropa, las

damas de la duquesa durmieron vestidas algunas noches; pero de buenos y baratos comestibles proveyó abundantemente el alcalde Tejada. Así llegaron a Torija la víspera de Pascua a la caída de la tarde, persuadidos a parar en Guadalajara, según se tirase de la capa el duque del Infantado: lo hizo tan cortamente que en veinticuatro horas no recibieron cumplimiento ninguno; y ya determinaron no aceptar por tardío el de mayor instancia. Aun retrayéndose Ercilla de ir en contra, por las cosas y juramentos que oyó al duque, modo tuvo de alargar las jornadas, con escribir a Bartolomé de Santoyo y a su muger Doña Ana de Ondegardo, a fin de que enmendasen la cortedad del duque del Infantado en su casa de Alcalá de Henares. Allí se hospedaron el segundo día de Pascua, y prevaliéndose de conocer a Santoyo y su esposa, ya les tenían comunicado el proyecto de partir la duquesa al Escorial a la lijera, sin noticia de Ercilla, que paró el golpe con sólo [XXXIII] decir verazmente cómo el marqués de Ayamonte no era ido a Flandes. Por fin pudo afirmar D. Alonso al Secretario Gabriel de Zayas, que desde allí vendría un criado de los duques a repartir el aposento a su modo, y que no se moverían de Alcalá antes de entrar el año.

Llenos están los despachos del conde de Sástago de alabanzas de Ercilla, por su discreción y buen modo, por su entendimiento e industria; pero nada caracteriza mejor su porte que este breve pasaje de carta propia. -«Del humor y proceder del duque no quiero decir lo que podría hasta que allá su condición apruebe mi paciencia, a costa de la cual le llevo contento por los términos y pasos que S. M. ha ordenado; habiendo recibido por cada cosa tantos encuentros que hubieran desbaratado a un hombre muy compuesto; que, como los alemanes son de natura sospechosos, y más los de menos entendimiento, aunque el duque lo tengo bueno, se entrega a su condición más que cuantos hasta hoy he conocido: la de Madama es de un ángel y el entendimiento muy bueno, pero tiénela el marido tan sujeta y temerosa de sus ímpetus que se queda con los buenos deseos y razones en el estómago. Estas y otras cosas entenderá vuestra merced más particularmente cuando le bese las manos.» -¿Dónde cabe ya encajar como oportuna y verídica la especie, echada a volar por el autor de los Avisos para Palacio, sobre que delante del Rey no acertaba [XXXIV] jamás D. Alonso de Ercilla a decir palabra, en términos de haberle de excitar Felipe II a que le hablara por escrito?

Casi todo anunciaba entonces que la sucesión a la corona de Portugal no se decidiría sin lides, y Ercilla lisonjeose de lucir otra vez su denuedo y sus arreos militares. Con espíritu belicoso, y servicios y merecimientos, y edad pujante y salud robusta para hacer buena figura en campaña; con testimonio reciente del aventajado concepto que Felipe II tenía de su persona; con valedores activos y celosos dentro de Palacio, como que su hermano D. Juan era limosnero mayor de la Reina y maestro del Infante D. Fernando, sin adolecer de lijero juicio se podía ya imaginar en el ejército y a la cabeza de alguna escuadra de jinetes. Dignas de su alto numen eran la guerra con Portugal y la segura victoria de España: créditos gozaba muy justos de manejar bien la espada y la pluma; y que lo quiso así practicar entonces, se ve a las claras en la exposición de su célebre canto sobre ser la guerra de derecho de gentes, y declarar el que al reino de Portugal tuvo el Rey D. Felipe juntamente con los requerimientos que hizo a los portugueses para justificar más sus armas.

En un vuelo se llevó la conquista de Portugal a remate, y D. Alonso de Ercilla no fue partícipe de tamaña gloria; caso también trascendental a las generaciones futuras. Se había propuesto cantar el [XXXV] furor de Castilla, el derecho al reino de Portugal remitido a las

armas sangrientas, la paz convertida en rabiosa discordia, las lanzas arrojadas de una y otra parte a los parientes pechos; y a punto de ir ya a romper la batalla, cuando se le representaban el rumor de trompas sonoras y los estandartes tremolando al viento, de súbito varió de tono, dejando la tarea a más felices escritores, y diciendo que la suerte buena valía más que el trabajo infructuoso como el suyo, que en seco y vacío había dado siempre. Tras de reseñar sus grandes peligros y trabajos en el Real servicio, con penetrante acento expuso la perseverancia de su voluntad y el desmayo de su esperanza, abatido como estaba por la porfía de su estrella: satisfecho declaróse de haber seguido la carrera difícil por derecha vía: de manifiesto puso espíritu grande al proclamar la doctrina sublime de que las honras consistían en el merecimiento legítimo del premio, no en su logro; y enérgicamente calificó de cobarde el disfavor que le tenía arrinconado.

Aquí hay que descender por fuerza de los hechos a las conjeturas. Alguna poderosa enemistad embarazaba los adelantos de Ercilla, y de juro no era otra que la de D. García Hurtado de Mendoza, hijo del marqués de Cañete, nieto por su madre del conde de Osorno y casado con hija del conde de Lemos, cuyos entronques, y la circunstancia de regir la hueste el duque de Alba, de sobra alcanzaban a indisponer en el Real ánimo sin extraordinario esfuerzo [XXXVI] a quien todo lo pospuso a la verdad y no pensó en merecer bien de su caudillo con lisonjas. Hurtado de Mendoza estaba quejoso de no hacer en la Araucana un papel semejante al de Aquiles o el de Eneas en los poemas inmortales de Homero y Virgilio; y hasta lo tuvo por ofensa grave e intencionada, según lo comprueban diversas frases de sus panegiristas, Cristóbal Suárez de Figueroa en los Hechos del cuarto marqués de Cañete, y Pedro de Oña en el Arauco domado. A la campaña de Portugal fue aquel personaje de capitán de una de las veinte compañías de hombres de armas, que para su guarda tenía Castilla, mandadas por grandes y calificados títulos del reino; y en posición hallose de impedir que D. Alonso de Ercilla ganara más lauro, hasta dando color de conveniencia pública a su particular venganza. Desde luego pudo hacer gala de celo por la militar disciplina, y tildar a Ercilla como de condición turbulenta, sin más que pintar lo acontecido en la Imperial a su modo: con las dos partes de la Araucana en la mano, y al son de sentir lastimado el amor a la patria, muchos pasajes le facilitaban el testimonio de que de la pluma de Ercilla libraban a veces mejor los indios que los españoles; y sesgando con dañino espíritu de fanatismo los reparos, hasta cabía poner en tela de juicio sus creencias religiosas, pues dijo que en su edad no eran tantos los santos como antes; y censuró la fácil credulidad en milagros, bajo el concepto [XXXVII] explícito de que las cosas de esta vida van por su natural curso; y no omitiendo apuntar como digno móvil de la conquista de América el afán laudable de convertir infieles, tras de mencionar que iban franciscanos, dominicos y mercenarios en el socorro enviado por mar a Chile, al describir luego insultos y aun atrocidades tremendas, ni por asomo ocurrió a Ercilla la intervención de un fraile para poner coto a los excesos, o para endulzar las amargas tribulaciones de la gente vencida. Cuáles de estas u otras especies hizo D. García valer contra D. Alonso, no se puedo afirmar con datos; que su enemistad prepotente le cortó de plano la carrera, no admite duda; y de justicia es consignar que perpetuamente redundará tal proceder en desdoro de la alta fama del cuarto marqués de Cañete.

Frente por frente de la casa llamada del Cordón tenía Ercilla la suya propia; y retirado allí gozaba las consideraciones debidas a su clase y renombre, aunque le desatendiera el monarca. Doña María de Bazán labraba su ventura, y bajo el amparo de su deudo el

marqués de Santa Cruz ponía a su hijo D. Diego, para que aprendiera a marchar por entre laureles a la gloria. Frecuentemente le designaba el Consejo de Castilla para examinar libros; a los años de 1580 y 1582 corresponden sus aprobaciones de las Poesías de Garcilaso con las anotaciones de Herrera, y de las Rimas pertenecientes a este poeta magno. De la casa imperial de Alemania y en 1585 recibía [XXXVIII] nueva y señaladísima honra, con la demanda de su retrato, para la colección de españoles contemporáneos e ilustres. Paulo Jovio había puesto en boga la costumbre de que a tales retratos acompañaran elogios, y el de Ercilla fue escrito por el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa: hoy no ofrece interés alguno: lleno está de lugares comunes, trasminando a escolasticismo, y completamente vacío de noticias, que no se hallen más de relieve en La Araucana: hasta se resienten de exiguas las que apunta referentes a su persona, limitándose a decir que era de barba crespa, y de cabello levantado y de ojos constantes, lo cual se advierte a la simple vista del mismo retrato, que da testimonio de su gentil rostro y apostura. También de Ercilla tienen aprobaciones de 1586 a 1587 el Cancionero de López Maldonado, la primera, segunda y tercera parte del Caballero Asisio de Fray Gabriel de Mata, las Rimas de Vicente Espinel y el Florando de Castilla del licenciado Jerónimo de la Huerta. Para su corazón paternal fue el año 1588 por demás aciago: ya iba a zarpar la Invencible Armada del Puerto de Lisboa, cuando el marqués de Santa Cruz pasó allí de esta vida a la eterna: le sucedió en el mando el duque de Medinasidonia: en la expedición a Inglaterra fue D. Diego de Ercilla, mozo de poco más de cuatro lustros, entre los que montaban la nao de San Marcos, y transido de pena supo su padre que aumentó el número de las anegadas, sin salvarse ninguno de los de [XXXIX] a bordo. Vivamente se nos representa lo contristado de su espíritu en los últimos versos de La Araucana, cuya tercera parte sacó a luz al siguiente año. Allí aparece con la persuasión de no estar lejano del fin y término postrero, y con el propósito de acabar de vivir antes de que la existencia incierta acabara su curso; volviéndose a Dios al cabo, por no ser nunca tarde, y parando la pluma tras de escribir que razón era llorar y no cantar en lo sucesivo.

Nuevas aprobaciones de obras equivalen a fe de vida tan interesante como ya decadente: por los concisos y selectos dictámenes de Ercilla, 1589 a 1592 empezaron a circular sin tropiezo la Conquista de Granada de Duarte Díaz y Varias obras en lengua portuguesa y Castellana, y el Arte Poética de Juan Díaz Regifo. Del año 1593 hay cuatro cartas suyas, familiares y dirigidas a Valladolid con las fechas de 8 de Mayo, de 31 de Octubre, de 22 y 29 de Diciembre, y el sobre para D. Diego Sarmiento de Acuña, comendador de Calatrava. Su habitual jovialidad conservaba a los sesenta años, según revela este bellissimo pasaje. - «Vuestra Merced, mi Señor, piensa que no hay más sino venirse a Madrid a comerse la hacienda de los amigos, y ganarles su dinero, y volverse con salud a casa; pues sepa Vuestra Merced que no ha de pasar así, porque me dejó tan picado que pienso ir a ese lugar a desquitarme, no sólo de lo que Vuestra Merced me ganó, sino de lo que me comió, que cierto me ha [XL] dejado en el hospital; y con todo esto puedo certificar a Vuestra Merced que su ausencia se ha sentido mucho en esta casa y lo poco que, hablando verdades, se sirvió de ella. Hanos quedado un consuelo, el cual es que nunca se acaban en esta corte de una vez los negocios, y que Vuestra Merced ha de volver a los que dejó comenzados; Dios sabe lo que yo lo deseo y que sean tan grandes que obliguen a traer Vuestra Merced a mi señora Doña Constanza de asiento a ella, donde sirviésemos a su «Merced Doña María y yo como deseamos.» -Otros períodos se pudieran transcribir no menos agradables. De tiempo húmedo y de lluvias continuas hablaba la víspera de Todos Santos, y de no ir a Valladolid a

pasar el invierno, porque se había hecho muy perezoso: en Diciembre las nieblas fueron muchas, y tuvo que guardar casa y cama; al secretario Paredes llamaba íntimo amigo suyo, y hacía mención del cardenal Archiduque Alberto como de persona con quien tenía íntimo trato.

Ya en 1594 aprobó Ercilla Las Navas de Tolosa, poema heroico de Cristóbal de Mesa. Desconsoladoras son las noticias posteriores y referentes al célebre autor de La Araucana. En 24 de Noviembre estaba postrado por enfermedad grave, que no le permitía descargar su ánimo y conciencia, ni otorgar testamento; y su cara mujer lo hizo autorizada en debida forma, y según su voluntad conocida de antes. Por las mandas consta que tenía varios sobrinos, [XLI] a quienes legaba rentas o bienes, y pajes, lacayos, mozos de cámara y de cocina y caballeriza y otros criados, de quienes también hizo memoria, no con mayor largueza, porque al servicio de su mujer quedaban todos. Aun instituyendo a Doña María de Bazán por su universal heredera, le mandó la suma de diez mil ducados, para ayuda del monasterio que trataba de fundar y donde se les había de enterrar juntos; a cuyo sitio quiso igualmente que se trasladaran los huesos de su hermana Doña Magdalena, sepultada a la sazón en el convento de San Francisco de esta corte. Piedad filial acreditó en el codicilo del día siguiente, destinando al monasterio de benedictinos de Nuestra Señora de Valvanera la limosna de quinientos ducados, para que los empleara en renta o censo a razón de catorce, bajo obligación de rogar a Dios por su alma, y de hacer un paño negro de luto con el hábito de Santiago de grana colorada, a fin de que estuviera perpetuamente sobre la tumba donde yacían sus padres, de modo que, gastado uno, se hiciera otro nuevo. En unión de su amada esposa habían de ser testamentarios el conde de Francambuz y Don Sancho de la Cerda, aquél embajador del emperador y éste mayordoma de la emperatriz de Alemania, D. Pedro de Guzmán y Don Álvaro de Córdoba, ambos de la cámara del Príncipe de Asturias, y Fray Juan de Villoslada, prior de la iglesia de San Martín de esta villa; con personas de tanta calidad se hallaba nuestro D. Alonso de estrechísimas [XLII] relaciones. Su fallecimiento aflictivo fue el martes 29 de Noviembre: depositado estuvo su cadáver en el convento de carmelitas descalzas, vulgo Baronesas, hasta que la viuda fundó otro de la misma orden y con la advocación de San José en sus casas propias de la villa de Ocaña, tan presurosamente que el 22 de Noviembre de 1595 logró que se instalaran allí las monjas; sin duda con el patético designio de dar sepultura a su esposo amado al año cabal de llorarle difunto.

Siempre Felipe II llamó a D. Alonso de Ercilla su gentil hombre; nunca se quiso llamar D. Alonso de Ercilla más que gentil hombre del emperador de Alemania. ¿Por ventura trataría de formular así una respetuosa protesta del agravio de la postergación a que le condenaba el uno, y dar testimonio de agradecimiento a las honras con que le distinguía el otro? Quizá también autorizarían a pensar de esta suerte sus diversas dedicatorias: todas fueron al rey de España; pero el tono de la primera sube hasta el entusiasmo, y el de la última semeja de ceremonia pura. Con probada suficiencia y servicios relevantes para ascender en la milicia, o brillar en la diplomacia, tan desatendido y olvidado se vio del todo que, a no tener hacienda propia, fijamente viviera casi de limosna y acabara punto menos que de miseria, como poco después Cervantes. Nada pudieron las tenaces injusticias contra su ínclita fama: desde el rincón de su hogar tranquilo, donde todo era dicha y holgura, [XLIII] a la inmortalidad levantó el vuelo y posolo magestuosamente por los siglos de los siglos sobre su cumbre, gracias a La Araucana. Tarea agradable es ahora la de reseñar su

naturaleza y desempeño, como que resultan halagos para el patriotismo, atractivos para el amor a nuestra clásica literatura, y satisfacciones para el anhelo de rendir homenaje a la bien conquistada gloria.

- II -

Juan de Guzmán se contaba entre los mejores discípulos de Brocense; contemporáneo fue de la publicación de La Araucana y autor del Convite de oradores, donde escribió rotundamente que teníamos un Homero en Ercilla. Bartolomé Rodríguez Paton dijo el año de 1621 en su Elocuencia Española que muchos llamaban a D. Alonso de Ercilla el Homero de España. D. Diego Saavedra y Fajardo quiso como dar a entender en la República literaria que Ercilla tuvo intención de escribir una epopeya, no pudiendo acaudalar toda la erudición requerida para estos estudios, por la ocupación de las armas, si bien mostró en La Araucana un gran natural y espíritu con facilidad clara y fecunda. López Sedano en el Parnaso [XLIV] Español puso por nota que Ercilla ocupaba el primer lugar entre los infinitos épicos de la musa castellana. Lampillas en el Ensayo histórico apologético de la literatura española se entusiasmó hasta el extremo de aseverar que La Araucana era el segundo poema épico español anterior a La Jerusalén del Taso. Andrés en la Historia del origen, progreso y estado actual de toda la literatura dio a Ercilla entre los épicos un puesto bastante distinguido por la novedad de la materia de La Araucana, por algunos buenos pasajes y por haber tomado parte en la acción del poema. El Padre Luis Mínguez en la Adiciones a la Enciclopedia metódica llamó segundo Virgilio español a Ercilla. Masdeu en el Arte poética expuso que desde el principio hasta el fin habría que leer La Araucana, para fijar bien lo que es epopeya. Nuestro Don Francisco Antonio González dirigió el 15 de Junio de 1818 una instancia al teniente corregidor Don Ángel Fernández de los Ríos, por comisión de la Academia Española, y palabras suyas son las siguientes. -«Estando proyectada la edición de La Araucana, poema épico y producción de D. Alonso de Ercilla...» Mayor o menor mérito recomienda a los citados escritores; una misma opinión emiten contextes; se les puede reputar como autoridades; pero, con todos estos requisitos, desde luego partieran descarriados cuantos les tomaran por guía en tal punto.

Nadie supera en calidad al autor mismo para [XLV] dar testimonio irrefragable de la naturaleza esencial de su obra. D. Alonso de Ercilla se propuso cantar los hechos de los esforzados españoles, que sujetaron al yugo la no domada cerviz de Arauco, y las temerarias y memorables empresas de sus naturales, por ser proporcionada la estimación de los vencedores a la reputación propia de los vencidos. Prolija fuera por demás la simple enumeración de los lugares, donde afirma terminantemente que escribe historia. Como su relación arranca desde el descubrimiento y la población de Chile, y contiene las campañas de Valdivia y de Villagrán contra los araucanos, a las cuales no se halló presente, por necesidad hubo de consultar sobre los sucesos todos a los españoles y a los indios, no adoptando sino aquello en que unos y otros estaban acordes. Entre los lances de la guerra fue notable la retirada súbita de Caupolicán y su ejército poderoso de la Imperial y sus cercanías, cuando la ciudad se encontraba sin armas, vituallas ni municiones: por obra se tuvo de milagro; y tras de andar con dudas, lo admitió Ercilla como cierto, quitándole escrúpulos de raíz la insistencia de los araucanos en dar fe unánime de lo acontecido cuatro



años antes de hacer la descripción puntual su pluma. Ya que pudo hablar como testigo, se obligó a que fuera más autorizada la historia, pues en aquellas tierras midieron sus pies todas las pisadas. Repetidas veces dijo con explícitas frases, que iba la verdad sin corromper y desnuda por completo de artificios, [XLVI] de fingimientos y de poéticos adornos: a menudo echó de ver que su escritura se resintiría quizá de trabajosa y de larga, por ir tan arrimado a la verdad y tratando siempre de una misma cosa, y por ser malo de un terrón sacar zumo: a sus ojos parecían como pintados los cuidados y contentos, que no son de amores, ocurriéndole qué gusto hubiese recibido y dado con andar por campos y jardines, y elegir flores olorosas, y entretejer fábulas deleitables; pero metido tan adentro de voluntad propia en escenas de batallas, horrores, muertes y destrozos, se creyó sin arbitrio para suspender la obra empezada con el buen celo de que de tanto valor quedase perpetua memoria. Algo introdujo maravilloso, para dar amenidad a su libro, por medio de visiones en sueños y de la ida a la cueva del hechicero Fitón dos veces; cuyas licencias poéticas son demostración acabada y palpable de la vocación especial que de historiador tenía Ercilla, no permitiéndoselas más que para hacer la descripción que para hacer la descripción del mundo y para pintar las celebérrimas batallas de San Quintín y de Lepanto. Buscando campo descubierto y anchura, donde espaciar el ánimo fatigado y sentir y proporcionar algún recreo, también intercaló otro episodio, sin conexión alguna con las guerras de Arauco, socolor de entretener a soldados españoles durante cierta marcha; y aquí se atuvo asimismo del modo más riguroso a la historia, narrando verazmente la de la preclara fundadora de Cartago, heroína infamada [XLVII] por el eminente Virgilio. Nada hay que neutralice o atenúe la índole exclusivamente histórica de La Araucana, hasta el punto de no habersele escapado nunca a Ercilla ni aún la voz genérica de poema, aplicable a todo libro metrificado.

Al escribir historia de esta manera, D. Alonso de Ercilla continuaba las tradiciones de su patria. Estrabón afirma que los turdetanos tenían sus leyes e historias en verso: de Metelo se dice como positivo que llevó poetas cordobeses a Roma, para celebrar sus hazañas: Lucano y Silio Itálico fueron poetas historiadores. Viniendo a los tiempos de la formación de habla castellana, aún balbuciente produjo los poemas del Cid y de Santo Domingo de Silos, verdaderos cronicones en rimas: nuestro D. José Caveda patentiza que antiguos cantares entraron como elementos constitutivos de la Crónica general de España de Alonso el Sabio; y que por la poesía adquirieron carta de naturaleza en la historia los amores de Florinda, la odiosa venganza de su padre, la visita de D. Rodrigo al encantado palacio de Toledo, las traidoras sugerencias de D. Opas, los prodigios del alzamiento y de la victoria de Pelayo, la aparición de Santiago en Clavijo, y mucho de lo referente a personajes como Bernardo del Carpio, el conde Fernán González y los siete infantes de Lara. Reciente está la publicación del poema de Rodrigo Yáñez sobre el reinado de Alonso Onceno: muchas de las coplas de Juan de Mena son pura historia: Lorenzo Galíndez [XLVIII] de Carvajal atestigua que el poeta Hernando de Rivera iba con Fernando el Católico a la conquista de Granada, y que su composición era diario y sabroso plato de la Real mesa, teniendo allí a los mismos héroes por censores, y depurándose la verdad hasta quedar acrisolada. No son éstos más que ligeros apuntes de los copiosos ejemplares que se pudieran citar en corroboración de haber practicado felizmente D. Alonso de Ercilla la antigua costumbre española de referir historia en verso, y como testigo presencial de los sucesos todos, sin que den tampoco a La Araucana el menor viso de epopeya la división en cantos, ni las moralidades al principio de cada uno de ellos. Si división tal constituyera precepto seguro, no serían poemas épicos la

Iliada y la Eneida, pues la tienen ambos en libros; lo de hacerse en cantos significa sólo que, siendo propios los versos para cantados por su armonía, se cortan sin otro objeto que el de proporcionar descanso oportuno así al cantor como a los oyentes. Acerca de que las moralidades caben holgadamente en la historia, superfluas aparecerían doctas disertaciones, bastando conmemorar los escritos inmortales de Salustio y Plutarco.

Entre los contemporáneos del autor ilustre, ni los muchos admiradores y amigos, ni los pocos desentonadores del aplauso general con censuras, le miraron como trasunto del famoso alfarero de la Epístola a los Pisones; antes bien creyeron unos y otros que su obra de ánfora tuvo principio y remate. Grave [XLIX] dijo el licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, dedicándole merecido elogio, que, ayudado de las fuerzas de su ingenio y de sus estudios, con generoso cuidado hizo en verso heroico la relación verídica de las jornadas de los españoles a lo más apartado y escondido de la tierra, para que fuese más universal esta forma de escritura, cuanto lo es más la poesía que la historia. Ya muerto D. Alonso de Ercilla, casi al mismo tiempo empezaron a circular por España la cuarta y quinta parte de La Araucana desde Barcelona, y la primera del Arauco Domado desde la ciudad de los Reyes. Mozos eran sus respectivos autores D. Diego de Santisteban Osorio y el licenciado Pedro de Oña: con distinto fin tomaron la pluma; y sin saber uno de otro, se precavieron acordes contra la nota de osadía, por volver a materia ya tratada superiormente. Santisteban Osorio quiso proseguir y acabar lo que el sutil, histórico y elegante poeta D. Alonso de Ercilla dejó comenzado, no por modo de competencia, sino por ser historia tan recibida de todos, y por parecerle que servía así a sus aficionados, y pagaba el debido tributo a quien escribió su poema con tantas ventajas. Oña supuso que, rencoroso y apasionado, Ercilla calló de propósito los méritos y la gloria del cuarto marqués de Cañete, y que por eso quedó su historia deslustrada y en opinión quizá de menos cierta, no embarazándole esta censura meticulosa, para calificar de divino al autor de la riquísima Araucana. Luis Alfonso Caravallo en su [L] Cisne de Apolo, Vicente Espinel en su Casa de la Memoria y Cristóbal de Mesa en su Restauración de España, por historiador y poeta ensalzaron a Ercilla. Tan vergonzantemente como el licenciado Pedro de Oña le había criticado en verso, años adelante le criticó el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa en prosa, y por la causa idéntica de forjar el supuesto de que introdujo un cuerpo sin cabeza, o un ejército sin memoria de caudillo; todo para decir a buenos entendedores y como de pasada, que por pasión quedó casi como apócrifa en opinión de las gentes de la historia, que llegara a lo sumo de verdadera, si el autor insigne adulara al cuarto marqués de Cañete, a semejanza del qué a sus Hechos dio pomposo y exagerado bulto.

Necesidad hay de abreviar citas, no haciéndolas ya sino de los tiempos de la crítica en progreso magestuoso. Don Ignacio Luzán divulgó sazónada enseñanza, para formar juicio sobre las obras de literatura a tenor de las reglas del arte y del buen gusto, y en su Poética estimable dijo de plano. -«Según Aristóteles las acciones épicas deben ser desemejantes de las historias acostumbradas, porque en las historias se refieren las cosas como fueron y según el curso regular y ordinario de las cosas; pero en la epopeya todo ha de ser extraordinario, admirable y figurado. Por esto muchos poemas, como la Farsalia de Lucano, La Araucana de D. Alonso de Ercilla, la Austriada de Juan Rufo, la Mejicana de Gabriel [LI] Laos, la vida de S. Josef del Maestro Josef de Valdivieso, la España libertada de Doña Isabel de Ferreira, y otros muchos, por faltarles esta calidad y ser meramente historias, no tienen en rigor derecho alguno al título de epopeyas.» Lumbrera de críticos españoles fue

D. Juan Pablo Forner a fines del siglo pasado: muy bien le cuadra tal calificación por varios escritos; sus Exequias de la lengua castellana, Fábula Menipea entre otros. Allí puso a la cabeza de los poetas épicos a Balbuena, Ariosto de España; a Zárate dando la derecha a Cristóbal de Mesa, y detrás no pocos autores, que en sus poemas acumularon todas las riquezas épicas de profuso modo, sin haber acertado a componer una buena epopeya; y de seguida escribió con textuales palabras. «Alonso de Ercilla y Juan Rufo precedían a los históricos, aquel magestuoso, noble, vivísimo en las pinturas y descripciones, maravilloso en los afectos y pocas veces inferior a la grandeza de la trompa; este grave, natural, aliñado, más elocuente que poeta.» Autoridades tenemos dentro de casa muy dignas, y que redondean el juicio crítico del todo. Solemnemente y sin asomo de duda afirma D. José Vargas Ponce que La Araucana es una historia, y que su texto se lo persuadirá siempre al lector de criterio no obtuso. D. Manuel José Quintana expresa con severo tono que, después de la protesta de D. Alonso de Ercilla sobre su intento de hacer una historia de las guerras de Arauco, no es justo pedir lo que no quiso [LII] poner en su libro; y que así los preceptistas poéticos se hallan extrañamente desconcertados cuando quieren ajustar La Araucana al canon de sus teorías.

Superabundantes pruebas son las alegadas, para testimonio de haber incurrido en equivocación grande cuantos llamaron Homero o Virgilio español al célebre autor de La Araucana. Sin embargo, no hay que arrumbarlos con aire de menosprecio, cual a hombres de escaso valer o superficial juicio. Su error merece indulgencia lata y aun respeto profundo, como derivado radicalmente de acendradísimo amor a la patria, y nutrido por el anhelo noble de enriquecer la literatura nacional con una epopeya. Para dar figura de verdad notoria a su yerro enorme, les suministraba fundamento la acción misma de obra tan afamada, con extraordinaria copia de personajes y de sucesos historiales, que de épicos tienen visos y que los cantores de Aquiles y de Eneas prohijaran de buen talante. Fascinados por apariencias tan seductoras, no pudieron ya discurrir exentos de preocupaciones, a fin de hallar la clave de todo, mediante el examen sencillo de quienes eran históricamente los españoles y los araucanos, al tiempo de su pasmosa lucha. M. Prat anduvo atinado en su Revolución de Bayona, proclamando con arranque espontáneo de ánimo sincero y persuasivo que los españoles dieron cima en el nuevo mundo a lo fingido por la antigüedad respecto de sus semidioses. Derrocados fueron los grandes imperios de Méjico [LIII] y del Cuzco, sin que los dos célebres extremeños de Medellín y de Trujillo capitanearan mayor hueste que la enviada en socorro de Chile. Allí poseían veinte leguas de término los araucanos, de tierra no áspera y rodeada por tres ciudades españolas, teniendo contra sí además en el centro dos plazas; y sin pueblo formado, ni muro, ni sitio fuerte para su reparo, ni armas defensivas, con puro valor y porfiada determinación redimieron y sustentaron su independencia contra tan fieros enemigos como los españoles, tras de abrasar con patriótica saña sus casas y haciendas, y defendiendo unos terrenos secos y campos incultos y pedregosos. Por gozar la libertad nativa derramaron tanta sangre así suya como de españoles, que había pocos lugares que no estuviesen teñidos de ella y poblados de huesos; no faltando a los muertos quien les sucediese en llevar su opinión adelante, pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los movía y el valor heredado de ellos, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomaban las armas y se ofrecían al rigor de la guerra; y tanta era la falta de gente, por la mucha fenecida en esta demanda, que, para hacer más cuerpo y henchir los escuadrones, también las mujeres iban a las batallas, y peleando algunas veces como varones, se entregaban con grande

ánimo a la muerte. No son estas ponderaciones de Ercilla, pues le acreditan de veraz muy preciosos datos. [LIV]

Imaginaria o transitoria fue la sumisión de los indómitos araucanos al yugo de los intrépidos españoles. Ya iba a dejar el virreinato del Perú D. García Hurtado de Mendoza, cuando a principios de 1596 le halagaba Pedro de Oña con la publicación de su poema; y en el prólogo dijo estas mismas palabras. -«Acordé dalle el título de Arauco domado, porque, aunque sea verdad que agora por culpas nuestras no lo esté, lo es, lo estuvo en su gobierno.» Fray Alonso Fernández refiere en su Historia eclesiástica lo ejecutado el año de 1605 por los araucanos. Tomando la ofensiva, millares de ginetes y peones suyos destruyeron cinco ciudades, la Imperial entre ellas, a pesar de la gran resistencia de los españoles; y derribaron otros tantos conventos de la orden de Santo Domingo, martirizando a la mayor parte de los religiosos, y llevándose esclavas más de mil personas, entre las cuales había no poca gente principal y criada en mucho regalo. Aun concentrándose la autoridad gubernativa, desde el establecimiento de capitanía general y de audiencia en Santiago de Chile, casi dos siglos pugnaron tenaces por mantener su independencia los araucanos, y al cabo de ellos no rindieron la cerviz a la servidumbre, si no que se limitaron a capitular con los españoles en la forma significada por esta noticia de interés sumo. Contra la metrópoli esgrimía el Perú las armas, al tiempo en que D. José Vargas Ponce preparaba la edición del poema de D. Alonso de Ercilla, e indagando el jefe [LV] español a cuál de las dos parcialidades se inclinarían los araucanos, su principal cacique les dio la siguiente respuesta. -«Nosotros estamos convencidos a que no somos para sostener guerra contra el señor de España: como sus aliados estamos dispuestos a romper dos lanzas y a matar dos caballos en su ayuda.» -Al fin emancipose de España la América del continente: sus cuatro virreinos y sus diversas capitanías generales se transformaron de súbito en repúblicas más o menos extensas: todas se hallan devoradas por la anarquía desde entonces, aun la sometida al régimen imperial por extranjero y pujante influjo; todas, menos la de Chile, y lo revelaría de manera notoria, a falta de otros documentos, un signo de autenticidad singular y magnitud extraordinaria. Mientras execraba el Perú todo lo concerniente a Francisco Pizarro, y mientras Méjico estuvo a pique de escandalizar al universo y de cubrirse de eterno oprobio, profanando la tumba de Hernán Cortés y aventando sus veneradas cenizas, Chile dedicaba a Pedro de Valdivia una estatua, en memoria de serle deudores sus ciudadanos de cuanto promueve y fomenta la ilustración y ventura de las naciones. Pues todos los elementos de robusta vitalidad organizadora y atractiva, de eficaz trascendencia para consumar el acto sublime y honroso de asentar la independencia sobre sólidas bases, y de hacer plena justicia y rendir homenaje de respeto a la dominación derrocada, no han bastado a los chilenos para obtener más que [LVI] la alianza de los araucanos, tan libres hoy como antes y después de sus renombradísimas guerras.

Cuando los españoles tenían asombrado y agitado el antiguo mundo con su ambición y su poder, y descubierta y subyugada el nuevo con su osadía, unos salvajes oscuros les disputaban heroicamente su pobre, lejano y estrecho territorio; y así no debe mover a extrañeza que abunden rasgos épicos en La Araucana, siendo verídica historia de tan pertinaz lucha, bien que la amenicen los halagos de la poesía encantadora. Sólo falta ya determinar fijamente cómo llevó Don Alonso de Ercilla a término su propósito deliberado.

- III -

Con La Araucana es imposible parangonar El Monserrate ni La Austriada; por lo cual hace mal efecto que Miguel de Cervantes elevara al nivel de D. Alonso de Ercilla a Cristóbal de Virues y a Juan Rufo, estando tan por encima de ambos que adolecería de ocioso cuanto se adujese como prueba. Desde el padre jesuita Alonso de Ovalle, que imprimió su Historia de Chile el año 1646 en Roma, hasta el conde de Maule, que el año 1805 dio a luz en Madrid su traducción excelente del Compendio, escrito por el abate D. Juan Ignacio de Molina en lengua italiana, todos los historiadores de aquel país remoto califican de conforme a la verdad y digna de [LVII] entero crédito la relación hecha por nuestro Don Alonso, de los sucesos de que fue testigo de vista. Al interés de la verdad fiel se agrega el mérito de no cegarle pasión y huir de quitar a ninguno lo que es suyo, resaltando por consiguiente la imparcialidad más severa de las hermosas páginas de La Araucana. Para muestra se apuntarán aquí muy contados ejemplos. Tachado fue el autor preclaro de haber omitido rencoroso las alabanzas de su caudillo Don García Hurtado de Mendoza: no blasonaba de gerarquía angélica D. Alonso de Ercilla, y como hombre pudo sin duda conservar ingrata memoria del que quiso conducir al cadalso y después ejerció el influjo en daño de su carrera lucida; pero ni asomos de malevolencia y menos de saña se notan por cierto en quien una vez y otra le hizo representar magna figura. Según el texto de La Araucana, al poco tiempo de la victoria lograda a las márgenes del Biobío, un mozo gallardo se presentó a retar con ademán irrespetuoso y bárbara arrogancia de parte de Caupolicán al jefe de los españoles; y delante de mucha gente le dijo a gritos: que si era ambicioso de honor bien ganado, su próspera fortuna le deparaba la ocasión propicia de remitir a las armas el mejor derecho en singular combate y entre los dos campos, al romper la siguiente mañana. Reposado oyole Hurtado de Mendoza encarecer lo grande y notorio del peligro, y aun casi alardear lo imposible de la victoria; y sintiéndose con aliento superior a la [LVIII] responsabilidad formidable de aventurar en personal contienda el fruto de fatigas tan rudas, no dijo más que estas heroicas palabras: Contento soy con aceptar el combate, y a su voluntad puede venir seguro al plazo y lugar señalados; tras de lo cual fuese el indio jurando que tan osada respuesta le haría por siempre famoso. Bien se pueden rebuscar e inquirir los más recortados pasajes de quienes hicieron como incienso de la pluma para sublimar al cuarto marqués de Cañete con el humo de la lisonja; nada se hallará semejante ni de lejanía en grandeza a su situación más que humana, sobre los términos de Chile y del orbe conocido hasta entonces; afirmando el pie en la raya divisoria y a la puerta del país ignoto; delante de un puñado de españoles, y arengándolos como a la nación toda, vencedora de imposibles y hasta de la fuerza de las estrellas y de los elementos, admirada por sus hazañas en dos largos mundos, digna por su bravura de conquistar otro, donde tanta gloria y riqueza le tenían aparejadas los hados; e influyendo en su ánimo de forma que libremente pisaron de tropel la nueva tierra, jamás batida de pie extranjero.

Al dar principio a la pintura de esta expedición ardua, Ercilla consigna que el interés allana montes y quebranta dificultades: cuando, superadas las indecibles del penoso y largo camino, se vieron los españoles a la margen de extendido lago adonde arribaron piraguas con gentes sencillas, que les trajeron abundantes comestibles, sin querer nada en trueque, [LIX] oportunamente expresa cómo tan sincera bondad revelada de sobre que allí no habían

penetrado aún la maldad, el robo y la injusticia, alimento común de las guerras, y añade que ellos mismos, abriéndose paso con la insolencia de costumbre, les dieron bien pronto ancha entrada; pero antes de esta declaración ingenua, al trazar los accidentes continuos y enormes con que hubieron de luchar sus camaradas en aquella exploración más que atrevida, hasta la extremidad pavorosa de cortarles un dejativo sudor frío todo el vigor de los miembros cansados, ya había dicho en tono de muy noble orgullo que el corazón les restauró las fuerzas e hizo fácil todo lo porvenir y menospreciable cualquier escollo, considerando la gloria que aseguraba el trabajo. No se concibe puntualización de más perfilada franqueza relativamente al contraste de heroísmo y codicia de los españoles en la prodigiosa conquista de las Indias Occidentales.

Siempre que de los araucanos habla D. Alonso de Ercilla, su bello carácter moral resplandece con vivísima lumbré. Aun hostilizándolos bizarramente y cumpliendo los deberes de militar y español en la dura campaña, no puede menos de celebrar sus proezas y el sentimiento de patriotismo que les impele y estimula a no soltar las armas de las encallecidas manos. Solícito e infatigable anhela y procura la total victoria de España, a la par que humano y sensible ante la desventura, se interesa por los vencidos; y da libertad a sus esclavos; y defiende la [LX] existencia del implacable Galvarino hasta de sus mismos furores; y ya que, por estar lejos, no puede salvar al fuerte Caupolicán del cruel Reinoso, a lo menos vierte lágrimas de dolor y de admiración sobre su acerbo y doloroso castigo. «Así en medio de aquel campo, en que sólo se veían y se oían la agitación de la independencia, los esfuerzos de la indignación y los gritos de la rabia de parte de los indios; y de la de sus dominadores irritados el orgullo de la fuerza, el desprecio hacia los salvajes, y los rigores de una autoridad ofendida y desairada, el joven poeta es el solo que en su conducta y sus versos aparece como hombre entre aquellos tigres feroces, oyendo las voces de la clemencia y de la compasión y siguiendo las máximas de la equidad y de la justicia.» Verazmente pudo Santiesteban Osorio significar por boca de Glaura la expresión dulce de la gratitud de los araucanos a Ercilla con esta sentidísima frase: «Dichoso el hombre que es alabado en la lengua del vulgo»: y en lo sublime rayó Quintana, de quien es el pasaje antecedente, al aseverar que los hechos de Ercilla pertenecen a categoría harto más respetable que la de altos, porque son magnánimos y buenos, y que en ese concepto ningún poeta épico se ha mostrado al mundo de un modo tan interesante.

Sin comentarios y sin notas se comprende bien La Araucana, porque allí el difícilísimo arte de contar está llevado a la perfección suma. Descriptos admirablemente [LXI] los lugares, determinados con fiel puntualidad los tiempos, definidas a maravilla las costumbres, puestos en acción a su debido turno los personajes, la narración es animada y calorosa y a todo comunica mágico impulso, como hecha en el rico idioma de la imaginación y del sentimiento. No hay protagonista entre los españoles: además de sus varios caudillos, desde Almagro hasta Hurtado de Mendoza, a las veces figuran como héroes principales Remón o Reinoso: cuando la ciudad de la Concepción es abandonada, nadie supera a Doña Mencía de Nidos en varonil esfuerzo: siempre encantarán el pundonor y el arrojo de Martín de Elvira por recuperar su perdida lanza; así como no dejará de producir asombro el pujante empuje del genovés Andrea. Tampoco entre los araucanos hay personajes que ocupen el primer término de continuo. Si Caupolicán es su jefe, ni con la inquebrantable constancia en las venturas y adversidades alcanza a eclipsar la brillantez genuina de Lautaro, trasformado súbitamente de indio yanacona en salvador heroico de su

raza; de Tucapel y de Rengo, émulos en la indómita braveza; de Galvarino, desesperado e iracundo contra los que reputa por tiranos; de Orompello, jamás rendido a la fatigosa y sangrienta lucha. Aun siendo todos feroces, valientes hasta la temeridad y membrudos, su aparente semejanza desaparece bajo la magistral pluma de Ercilla, que dibuja sus caracteres con diversos rasgos y muy distintas proporciones. [LXII] Por sesudísimos sobresalen Peteguelén y Colocolo: viejos son ambos y hombres de gran consejo, y no hay posibilidad racional de confundir a uno y otro, diferenciándose tanto la índole y el tono de sus respectivos discursos. Variada es asimismo la expresión del amor conyugal en las palabras y las acciones de Glaura y de Guacolda, de Tegualda y de Fresia, mujeres que se presentan con tanta novedad y distinción a nuestra fantasía por efecto de la claridad con que las vio el poeta en la suya, y las supo retratar en sus versos al vivo.

¿Dónde hallar mayor calor e igual movimiento a los de las batallas, descritas en La Araucana por quien anduvo revuelto entre los azares y fue partícipe de sus peligros? «Vense allí las cosas, no se leen: los bárbaros gallardos se animan con tal brío, acometen con tal furia y descargan sus golpes con tal fuerza, que se oyen estallar las celadas y abollarse los arneses de los castellanos, a quienes la ligereza de sus caballos no salva, ni su valor y disciplina defiende. ¿Dónde más bien que en el cantor de Arauco está expresado aquel espíritu imprevisto y fuerza irresistible en el ataque, que obliga a ceder a los acometidos por valientes que sean; aquella vergüenza que los constriñe a volver al peligro para no pasar por la afrenta de vencidos; aquel desengaño cruel de que la resistencia es en balde y convierte el valor y la esperanza en terror y en agonía; en fin el flujo y reflujo de desgracia y de fortuna, de aliento [LXIII] y desaliento que hay en los combates, cuando están sostenidos menos por la táctica y disciplina que por el esfuerzo personal y las pasiones?» De este inimitable modo bosqueja Quintana el gran mérito de las batallas descritas por D. Alonso de Ercilla, mostrándose constantemente fogoso, rápido y de espíritu extraordinario, según palabras de Vargas Ponce; con adoptar los dictámenes juiciosos de críticos tan esclarecidos, nada se toma de fuera de casa.

Dentro del asunto del libro se hallan muy preciosos ornatos, que distraen de sañudas refriegas y dan variedad al conjunto: selectísimos cuadros forma la pintura de la extraña manera de proceder a la elección de general entre los caciques, de las juntas de guerra de los araucanos, de sus juegos y regocijos; así como la de la grande tormenta que entre el río de Maule y el puerto de la Concepción experimentaron los españoles, y de sus padecimientos en las jornadas angustiosas hacia el estrecho de Magallanes. Varios episodios se podían arrancar de cuajo, según rígidos preceptistas, no teniendo enlace alguno con el poema: sin embargo, para no hacer desatentadas mutilaciones, también hay la regla segura de que a todo autor se le ve retratado en sus obras. Eliminadas de La Araucana las descripciones del mundo y de las batallas de San Quintín y de Lepanto, se mermaría a sabiendas y mucho la natural expansión de los sentimientos patrióticos y aun domésticos de Ercilla. Tentadora por demás era para su [LXIV] mente juvenil de poeta y soldado la circunstancia de coincidir en el mismo día la gloriosa batalla de San Quintín y la bizarra defensa del fuerte de Penco: ante la más alta ocasión que vieron los siglos su numen fecundo se había de exaltar poderoso; del siempre vencedor y nunca vencido marqués de Santa Cruz era pariente; por maestro eligiolo de su único hijo. ¿Cómo formar capítulo de culpas de que en La Araucana diera cabida al fruto de su ardiente inspiración sobre el nacional triunfo de Lepanto? ¿Ni cómo hacer abstracción redonda de pasajes, en que dedicó

memoria tierna al país de donde era oriundo, y dulce plática amorosa a la ilustre dama, que vino a labrar su ventura? Para decir bien siempre es buen tiempo y la verdad en cualquiera sazón debe ser bien escuchada; máximas tan morales alegó por excusa de la digresión hecha con el propósito noble de restituir en su honor a Dido. ¿No se le han de admitir con descargo absoluto? Nada tiene que ver con La Araucana su postrer canto, principiado y seguido en bélico tono, y terminado en voz de dolor y llanto de gemido, que traspasan y parten el alma... A los artífices de preceptos se proporcionara quizá gusto con la supresión de esos episodios; pero la bella y simpática figura moral del autor afamado parecería incompleta, al modo que la imagen física del que se mirara a un espejo falto a trechos de azogue.

Abundante mies hay en La Araucana donde cosechar tesoros de elocuencia, graduada a tenor de [LXV] las distintas circunstancias de los personajes, que aspiran a captarse la voluntad o el afecto de sus auditorios; comparaciones variadas, numerosas, precisas y de mérito relevante, como de talento observador en grado sumo, que había estudiado la naturaleza bajo diversos climas; sentencias graves y sensata, o máximas sólidas y saludables de política y guerra, de alta moral y práctica de vida, que aleccionan el corazón y elevan el espíritu de los lectores; todo sin trasposiciones violentas ni oscuridades, con lenguaje propio, fluido y correcto, y en dicción natural y pura. No son bellas, dulces y sonoras todas sus octavas: a las veces decaen sus versos, por falta de tono en el número y los sonidos, y de esmero y elegancia en las rimas: quizás se encuentren algunas frases o expresiones triviales; pero es tarea ingrata y poco digna y menos justa la de hacer hincapié excesivo en ligeros defectos, ora provengan de descuido, ora de la mísera condición humana, donde brillan y centellean miles y miles de primores a todas luces.

Hora es de resumir especies. Criado en palacio desde la infancia; de corte en corte desde la adolescencia; sintiéndose desde el albor de la juventud lozana con espíritu belicoso, que pudo ciertamente desfogar en Europa y con graduación correspondiente a su clase, D. Alonso de Ercilla y Zúñiga se resolvió a pelear en América de simple voluntario, quizá buscando medicina en la ausencia contra malaventurados amores. Aunque ejecutó con la espada mucho [LXVI] más de lo que dijo con la pluma, según testimonio fidedigno de su antagonista Pedro de Oña, allí se le pudieron aproximar bastantes e igualar no pocos por el denuedo, si bien la inspiración poética le elevaba imponderablemente sobre el nivel de todos: con ella exaltada ante el espectáculo asombroso de las extrañas costumbres, del carácter indomable y del heroico valor de los araucanos, desde luego puso por obra el gran designio de transmitir a la posteridad las hazañas de sus compatriotas, hostilizando y venciendo a enemigos de tanta intrepidez y tesón tanto en defender su independencia. A España trajo los preciosos borradores a la vuelta de siete años: cerca de veinte dedicó a ponerlos en orden y darlos forma y revestirlos de ornato y gala: versado estaba en los clásicos antiguos: le eran familiares los italianos y españoles, notándosele preferencia por Ariosto y por Garcilaso; y opulento de numen y con grande fondo de estudio y rectitud suprema de juicio y caudal valioso de nobilísimos sentimientos, se halló fuerzas muy superiores a la carga, que voluntariamente había echado sobre sus hombros. Así dominó por completo la materia de La Araucana: y compuso un excelente libro histórico de buena poesía, donde el arte de contar está llevado a perfección maravillosa, no alcanzada ni de lejos por ningún otro poeta ni prosista de entonces, y cuya dicción es tan pura que rara frase o voz se encontrarán allí usadas en distinto sentido que ahora. Por consiguiente D. Alonso



de [LXVII] Ercilla y Zúñiga figura entre los primeros clásicos españoles, a la par de Fray Luis de Granada y Miguel de Cervantes; y entre nuestros más estimables libros se contará La Araucana, mientras la hermosa lengua de Castilla suene en labios de hombres, y mientras sea base principal de crítica sana el buen gusto.

Antonio Ferrer del Río [1]

#### Prólogo del autor

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me había de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera y de cosas de guerra, a las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando a ello las importunaciones de muchos testigos que en lo de más dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirían quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba; no por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Perú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupación de la guerra, que no da lugar a ello; y así el que pude hurtar le gasté en este libro, el cual porque fuese más cierto y verdadero se hizo en la misma guerra [2] y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intención con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si a alguno le pareciere que me muestro algo inclinado a la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tal constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiración que, no poseyendo los araucanos más de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, a lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos; no faltando a los muertos quien les suceda en llevar su opinión adelante; pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural [3] rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra; y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que, para hacer más cuerpo y henchir los escuadrones, vienen también las mujeres a la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay agora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí

escribo, a ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y a los que la leyeren se la encomiendo. [4]

Declaración de algunas cosas de esta obra

Porque hay en este libro algunas cosas y vocablos que por ser de indios no se dejan bien entender, me pareció declararlas aquí para que fácilmente se entiendan.

Angol. Valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron por nombre Los confines de Angol.

Apó. Señor o capitán absoluto de otros.

Arauco (el Estado de). Es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho poco más o menos, la cual ha sido la más belicosa de todas las Indias; y por esto es llamado el Estado indómito. Llámense los indios de él Araucanos, tomando el nombre de la provincia.

Arcabuco. Espesura grande de árboles altos y bosqueje.

Bohío. Es una casa pajiza grande, de sola una pieza sin alto.

Cacique. Quiere decir señor de vasallos, que tiene gente a su cargo. Los caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos o sucesores que suceden en ellos: declárase esto porque los que mueren en la guerra [5] se oirán después nombrar en otra batalla; entiéndase que son los hijos o sucesores de los muertos.

Caupolicán. Fue hijo de Leocán, y Lautaro hijo de Pillán. Declaro esto, porque como son capitanes señalados, de los cuales la historia hace muchas veces mención, por no poner tantas veces sus nombres, me aprovecho de los de los de sus padres.

Cautén. Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la más próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenía trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla La Imperial, porque, cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo, a manera de timbre de armas; que cierto es extraña cosa y de notar, pues jamás en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

Coquimbo. Es el primer valle de Chile donde pobló el capitán Valdivia un pueblo que le llamó La Serena, por ser él natural de La Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase también el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

Chaquiras. Son unas cuentas muy menudas a manera de aljófar, que las hallan por las marinas, y cuanto más menudas, son más preciadas: labran y adornan con ellas sus llautos, y las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la

frente a manera de bicos o ciertas puntillas de oro que se ponían en los birretes de terciopelo con que antiguamente se cubría la cabeza: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espalda. [6]

Chile. Es una provincia grande que contiene en sí otras muchas provincias: nómbrese Chile por un valle principal llamado así: fue sujeto al Inga rey del Perú, de donde le traían cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia deste valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron Chile a toda la provincia hasta el estrecho de Magallanes.

Eponamón. Es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente a cumplir lo que prometen.

Jota. Véase Ojota.

Llauto. Es un trocho o rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen en la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquira con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas o penachos de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

Mapochó. Es un hermoso valle donde los españoles poblaron la ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.

Mita. Es la carga o tributo que trae el indio tributario.

Mitayo. Es el indio que la lleva o trae.

Ojota, y por contracción jota. Especie de calzado que usaban las indias, el cual era a modo de los alpargates de España. Dábalas el novio a la novia al tiempo de casarse: si era doncella se las daba de lana, y si no, de esparto.

Paco. Especie de carnero que se cría en Indias, algo [7] mayor que el común. Son muy lanudos y tienen el cuello muy largo. Son de varios colores, blancos, negros o pardos. Es animal muy útil y provechoso, porque su carne es sabrosa y mantiene mucho. Sirve para el tráfico y conducción de las mercaderías y géneros que se llevan de una parte a otra. Los pacos a veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella, sin remedio de hacerlos levantar.

Pálla. Es lo que llamamos nosotros señora: pero entre ellos no alcanza este nombre sino a la noble de linaje, y señora de muchos vasallos y hacienda.

Penco. Es un valle muy pequeño y no llano, pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron La Concepción.

Puelches. Se llaman los indios serranos, los cuales son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

Valdivia. Es un pueblo bueno y provechoso: tiene un puerto de mar por un río arriba, tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y a la ciudad llamó Valdivia de su nombre. Entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos era Valdivia capitán general de los españoles, y a él se atribuye la gloria del descubrimiento y población de Chile.

Vicuña. Cabra montés que se cría en Indias: no tiene cuernos y es más alta de cuerpo que una cabra por grande que sea. Su lana es finísima y nunca pierde el color.

Villa-Rica. Es otro pueblo que fundaron los españoles a la ribera de un lago pequeño cerca de dos [8] volcanes, que lanzan a tiempos tanto fuego y tan alto que acontece llover en el pueblo ceniza.

Yanacónas. Son indios mozos amigos que sirven a los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean a las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, en especial cuando los españoles dejan los caballos y pelean a pie, porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente.

[9]

#### Canto I

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile y Estado de Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó a rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas  
de caballeros canto enamorados;  
ni las muestras, regalos ni ternezas  
de amorosos afectos y cuidados:  
mas el valor, los hechos, las proezas 5  
de aquellos españoles esforzados,  
que a la cerviz de Arauco, no domada,  
pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré también harto notables  
de gente que a ningún rey obedecen, 10  
temerarias empresas memorables  
que celebrarse con razón merecen;  
raras industrias, términos loables  
que más los españoles engrandecen;  
pues no es el vencedor más estimado 15  
de aquello en que el vencido es reputado. [10]

Suplícoos, gran Felipe, que mirada  
esta labor, de vos sea recebida,

que, de todo favor necesitada,  
queda con darse a vos favorecida: 20  
es relación sin corromper, sacada  
de la verdad, cortada a su medida;  
no despreciéis el don, aunque tan pobre,  
para que autoridad mi verso cobre.

Quiero a señor tan alto dedicarlo, 25  
porque este atrevimiento lo sostenga,  
tomando esta manera de ilustrarlo,  
para que quien lo viere en más lo tenga:  
y si esto no bastare a no tacharlo,  
a lo menos confuso se detenga, 30  
pensando que, pues va a vos dirigido,  
que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,  
que crédito me da por otra parte,  
hará mi torpe estilo delicado, 35  
y lo que va sin orden lleno de arte:  
así, de tantas cosas animado,  
la pluma entregaré al furor de Marte;  
dad orejas, Señor, a lo que digo,  
que soy de parte de ello buen testigo. 40

Chile, fértil provincia, y señalada  
en la región antártica famosa,  
de remotas naciones respetada  
por fuerte, principal y poderosa,  
la gente que produce es tan granada, 45  
tan soberbia, gallarda y belicosa,  
que no ha sido por rey jamás regida,  
ni a extranjero dominio sometida. [11]

Es Chile Norte Sur de gran longura,  
costa del nuevo mar del Sur llamado; 50  
tendrá del Este al Oeste de angostura  
cien millas, por lo más ancho tomado,  
bajo del polo Antártico en altura  
de veinte y siete grados, prolongado  
hasta do el mar Océano y Chileno 55  
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden,  
pasando de sus términos, juntarse,  
baten las rocas y sus olas tienden;  
mas esles impedido el allegarse; 60  
por esta parte al fin la tierra hienden  
y pueden por aquí comunicarse:  
Magallanes, Señor, fue el primer hombre  
que, abriendo este camino, le dio nombre.

Por falta de piloto, o encubierta 65

causa, quizá importante y no sabida,  
esta secreta senda descubierta  
quedó para nosotros escondida:  
ora sea yerro de la altura cierta,  
ora que alguna isleta removida 70  
del tempestuoso mar y viento airado,  
encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra,  
y baña la del Oeste la marina;  
a la banda del Este va una sierra 75  
que el mismo rumbo mil leguas camina:  
en medio es donde el punto de la guerra  
por uso y ejercicio más se afina:  
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;  
sólo domina el iracundo Marte. 80 [12]

Pues en este distrito demarcado,  
por donde su grandeza es manifiesta,  
está a treinta y seis grados el Estado  
que tanta sangre extraña y propia cuesta:  
éste es el fiero pueblo no domado 85  
que tuvo a Chile en tal estrecho puesta,  
y aquel que por valor y pura guerra  
hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto  
lo más de este gran término tenía, 90  
con tanta fama, crédito y conceto  
que del un polo al otro se extendía:  
y puso al español en tal aprieto  
cual presto se verá en la carta mía:  
veinte leguas contienen sus mojones, 95  
poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores  
es el soberbio estado poseído,  
en militar estudio los mejores  
que de bárbaras madres han nacido: 100  
reparo de su patria y defensores,  
ninguno en el gobierno preferido;  
otros caciques hay, mas por valientes  
son éstos en mandar los preeminentes.

Sólo al señor de imposición le viene 105  
servicio personal de sus vasallos,  
y en cualquiera ocasión cuando conviene  
puede por fuerza al débito apreamiallos;  
pero así obligación el señor tiene  
en las cosas de guerra doctrinallos, 110  
con tal uso, cuidado y diciplina,  
que son maestros después de esta doctrina. [13]

En lo que usan los niños, en teniendo  
habilidad y fuerza provechosa,  
es que un trecho seguido han de ir corriendo 115  
por una áspera cuesta pedregosa;  
y al puesto y fin del curso revolviendo  
le dan al vencedor alguna cosa:  
vienen a ser tan sueltos y alentados  
que alcanzan por aliento los venados. 120

Y desde la niñez al ejercicio  
los apremian por fuerza y los incitan,  
y en el bélico estudio y duro oficio,  
entrando en más edad, los ejercitan:  
si alguno de flaqueza da un indicio, 125  
del uso militar lo inhabilitan;  
y al que sale en las armas señalado  
conforme a su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia  
no son por flacos medios proveídos, 130  
ni van por calidad, ni por herencia,  
ni por hacienda y ser mejor nacidos;  
mas la virtud del brazo y la excelencia,  
ésta hace los hombres preferidos;  
ésta ilustra, habilita, perficiona 135  
y quilata el valor de la persona.

Los que están a la guerra dedicados  
no son a otro servicio constreñidos,  
del trabajo y labranza reservados  
y de la gente baja mantenidos: 140  
pero son por las leyes obligados  
de estar a punto de armas proveídos,  
y a saber diestramente gobernallas  
en las lícitas guerras y batallas. [14]

Las armas dellos más ejercitadas 145  
son picas, alabardas y lanzones,  
con otras puntas largas enhastadas  
de la fación y forma de punzones:  
hachas, martillos, mazas barreadas,  
dardos, sargentas, flechas y bastones, 150  
lazos de fuertes mimbres y bejucos,  
tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado  
de los cristianos nuevamente agora,  
que el continuo ejercicio y el cuidado 155  
enseña y aprovecha cada hora;  
y otras, según los tiempos, inventado,  
que es la necesidad grande inventora,  
y el trabajo solícito en las cosas,

maestro de invenciones prodigiosas. 160

Tienen fuertes y dobles coseletes,  
arma común a todos los soldados,  
y otros a la manera de sayetes,  
que son, aunque modernos, más usados:  
grevas, brazales, golas, capacetes 165  
de diversas hechuras encajados,  
hechos de piel curtida y duro cuero,  
que no basta ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente  
ha de aprender y en ella ejercitarse, 170  
y es aquella a que más naturalmente  
en la niñez mostrare aficionarse:  
desta sola procura diestramente  
saberse aprovechar, y no empacharse  
en jugar de la pica el que es flechero, 175  
ni de la maza y flechas el piquero. [15]

Hacen su campo, y muéstranse en formados  
escuadrones distintos muy enteros,  
cada hila de más de cien soldados,  
entre una pica y otra los flecheros, 180  
que de lejos ofenden desmandados  
bajo la protección de los piqueros,  
que van hombro con hombro, como digo,  
hasta medir a pica al enemigo.

Si el escuadrón primero que acomete 185  
por fuerza viene a ser desbaratado,  
tan presto a socorrerle otro se mete,  
que casi no da tiempo a ser notado;  
si aquél se desbarata, otro arremete,  
y estando ya el primero reformado, 190  
moverse de su término no puede  
hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse  
por el daño y temor de los caballos,  
donde suelen a veces acogerse, 195  
si viene a suceder desbaratallos:  
allí pueden seguros rehacerse,  
ofenden sin que puedan enojallos;  
que el falso sitio y gran inconveniente  
impide la llegada a nuestra gente. 200

Del escuadrón se van adelantando  
los bárbaros que son sobresalientes,  
soberbios cielo y tierra despreciando,  
ganosos de extremarse por valientes;  
las picas por los cuentos arrastrando, 205  
poniéndose en posturas diferentes,



diciendo: «Si hay valiente algún cristiano  
salga luego adelante mano a mano.» [16]

Hasta treinta o cuarenta en compañía,  
ambiciosos de crédito y loores, 210  
vienen con grande orgullo y bizarría  
al son de presurosos atambores:  
las armas matizadas a porfía  
con varias y finísimas colores;  
de poblados penachos adornados 215  
saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas o fuertes cuando entienden  
ser el lugar y sitio en su provecho,  
o si ocupar un término pretenden,  
o por algún aprieto y grande estrecho, 220  
de do más a su salvo se defienden,  
y salen de rebato a caso hecho,  
recogiéndose a tiempo al sitio fuerte,  
que su forma y hechura es desta suerte.

Señalado el lugar, hecha la traza, 225  
de poderosos árboles labrados  
cercan una cuadrada y ancha plaza  
en valientes estacas afirmados,  
que a los de fuera impide y embaraza  
la entrada y combatir, porque, guardados 230  
del muro los de dentro, fácilmente  
de mucha se defiende poca gente.

Solían antiguamente de tablones  
hacer dentro del fuerte otro apartado,  
puestos de trecho a trecho unos troncones 235  
en los cuales el muro iba fijado  
con cuatro levantados torreones  
a caballero del primer cercado,  
de pequeñas troneras lleno el muro,  
para jugar sin miedo y más seguro. 240 [17]

En torno desta plaza poco trecho  
cercan de espesos hoyos por de fuera:  
cual es largo, cual ancho, y cual estrecho;  
y así van, sin faltar desta manera,  
para el incauto mozo que de hecho 245  
apresura el caballo en la carrera  
tras el astuto bárbaro engañoso,  
que le mete en el cerco peligroso.

También suelen hacer hoyos mayores  
con estacas agudas en el suelo, 250  
cubiertos de carrizo, yerba y flores,  
porque puedan picar más sin recelo:  
allí los indiscretos corredores,

teniendo sólo por remedio el cielo,  
se sumen dentro y quedan enterrados 255  
en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera  
tienen de tiempo antiguo acostumbrada;  
que es hacer un convite y borrachera  
cuando sucede cosa señalada: 260  
y así cualquier señor que la primera  
nueva del tal suceso le es llegada,  
despacha con presteza embajadores  
a todos los caciques y señores;

haciéndoles saber como se ofrece 265  
necesidad y tiempo de juntarse,  
pues a todos les toca y pertenece,  
que es bien con brevedad comunicarse:  
según el caso, así se lo encarece,  
y el daño que se sigue dilatarse; 270  
lo cual, visto que a todos les conviene,  
ninguno venir puede que no viene. [18]

Juntos, pues, los caciques del senado  
propóneles el caso nuevamente;  
el cual por ellos visto y ponderado, 275  
se trata del remedio conveniente;  
y resueltos en uno, y decretado,  
si alguno de opinión es diferente,  
no puede en cuanto al débito eximirse,  
que allí la mayor voz ha de seguirse. 280

Después que cosa en contra no se halla,  
se va el nuevo decreto declarando  
por la gente común y de canalla,  
que alguna novedad está aguardando:  
si viene a averiguarse por batalla, 285  
con gran rumor lo van manifestando  
de trompas y atambores altamente,  
porque a noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado  
para se ver sobre ello y remirarse, 290  
tres días se han de haber ratificado  
en la difinición sin retractarse:  
y el franco y libre término pasado,  
es de ley imposible revocarse;  
y así como a forzoso acaecimiento, 295  
se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso  
asiento en mil florestas escogido,  
donde se muestra el campo más hermoso  
de infinidad de flores guarnecido; 300

allí de un viento fresco y amoroso  
los árboles se mueven con ruido,  
cruzando muchas veces por el prado  
un claro arroyo limpio y sosegado, [19]

do una fresca y altísima alameda 305  
por orden y artificio tienen puesta  
en torno de la plaza, y ancha rueda  
capaz de cualquier junta y grande fiesta,  
que convida a descanso, y al Sol veda  
la entrada y paso en la enojosa siesta: 310  
allí se oye la dulce melodía  
del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios ni ley, aunque respeta  
a aquel que fue del cielo derribado,  
que como a poderoso y gran profeta 315  
es siempre en sus cantares celebrado:  
invocan su furor con falsa seta  
y a todos sus negocios es llamado,  
teniendo cuanto dice por seguro  
del próspero suceso o mal futuro. 320

Y cuando quieren dar una batalla  
con él lo comunican en su rito,  
si no responde bien, dejan de dalla,  
aunque más les insista el apetito;  
caso grave o negocio no se halla 325  
do no sea convocado este maldito;  
llámanle Eponamón, y comúnmente  
dan este nombre a alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,  
ciencia a que naturalmente se inclinan, 330  
en señales mirando y en agüeros,  
por las cuales sus cosas determinan:  
veneran a los necios agoreros  
que los casos futuros adivinan;  
el agüero acrecienta su osadía, 335  
y les infunde miedo o cobardía. [20]

Algunos de estos son predicadores,  
tenidos en sagrada reverencia,  
que sólo se mantienen de loores,  
y guardan vida estrecha y abstinencia: 340  
éstos son los que ponen en errores  
al liviano común con su elocuencia,  
teniendo por tan cierta su locura  
como nos la evangélica escritura.

Y éstos que guardan orden algo estrecha 345  
no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;  
mas sólo aquel vivir les aprovecha

de ser por sabios hombres reputados:  
pero la espada, lanza, el arco y flecha  
tienen por mejor ciencia otros soldados; 350  
diciendo que el agüero alegre o triste  
en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima de esta tierra,  
si su estrella y pronóstico se miran,  
es contienda, furor, discordia, guerra, 355  
y a sólo esto los ánimos aspiran:  
todo su bien y mal aquí se encierra;  
son hombres que de súbito se aían,  
de condiciones feroces, impacientes,  
amigos de domar extrañas gentes. 360

Son de gestos robustos, desbarbados,  
bien formados los cuerpos y crecidos,  
espaldas grandes, pechos levantados,  
recios miembros, de nervios bien fornidos;  
ágiles, desenvueltos, alentados, 365  
animosos, valientes, atrevidos,  
duros en el trabajo, y sufridores  
de fríos mortales, hambres y calores. [21]

No ha habido rey jamás que sujetase  
esta soberbia gente libertada, 370  
ni extranjera nación que se jactase  
de haber dado en sus términos pisada;  
ni comarcana tierra que se osase  
mover en contra y levantar espada:  
siempre fue exenta, indómita, temida, 375  
de leyes libre y de cerviz erguida.

El potente rey Inga, aventajado  
en todas las antárticas regiones,  
fue un señor en extremo aficionado  
a ver y conquistar nuevas naciones; 380  
y por la gran noticia del estado  
a Chile despachó sus Orejones;  
mas la parlera fama de esta gente  
la sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos 385  
los despoblados ásperos rompieron,  
y en Chile algunos pueblos belicosos  
por fuerza a servidumbre redujeron:  
a do leyes y edictos trabajosos  
con dura mano armada introdujeron, 390  
haciéndoles con fueros disolutos  
pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra y reformado  
el campo con ejército pujante,

en demanda del reino deseado 395  
movieron sus escuadras adelante:  
no hubieron muchas millas caminado,  
cuando entendieron que era semejante  
el valor a la fama que alcanzada  
tenía el pueblo araucano por la espada. 400 [22]

Los Promaucaes de Maule, que supieron  
el vano intento de los Ingas vanos,  
al paso y duro encuentro les salieron,  
no menos en buen orden que lozanos;  
y las cosas de suerte sucedieron 405  
que, llegando estas gentes a las manos,  
murieron infinitos Orejones,  
perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios Promaucaes es una gente  
que está cien millas antes del estado, 410  
brava, soberbia, próspera y valiente,  
que bien los españoles la han probado:  
pero con cuanto digo, es diferente  
de la fiera nación, que, cotejado  
el valor de las armas y excelencia, 415  
es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas, que la fuerza conocían  
que en la provincia indómita se encierra,  
y cuán poco a los brazos ganarían  
llegada al cabo la empezada guerra; 420  
visto el errado intento que traían,  
desamparando la ganada tierra,  
volvieron a los pueblos que dejaron  
donde por algún tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, Adelantado, 425  
que en otras mil conquistas se había visto,  
por sabio en todas ellas reputado,  
animoso, valiente, franco y quisto,  
a Chile caminó determinado  
de extender y ensanchar la fe de Cristo; 430  
pero en llegando al fin de este camino  
dar en breve la vuelta le convino. [23]

A sólo el de Valdivia esta victoria  
con justa y gran razón le fue otorgada,  
y es bien que se celebre su memoria, 435  
pues pudo adelantar tanto su espada:  
éste alcanzó en Arauco aquella gloria,  
que de nadie hasta allí fuera alcanzada;  
la altiva gente al grave yugo trujo,  
y en opresión la libertad redujo. 440

Con una espada y capa solamente,

ayudado de industria que tenía,  
hizo con brevedad de buena gente  
una lucida y gruesa compañía;  
y con designio y ánimo valiente 445  
toma de Chile la derecha vía,  
resuelto en acabar de esta salida  
la demanda difícil o la vida.

Viose en el largo y áspero camino  
por la hambre, sed y frío en gran estrecho; 450  
pero con la constancia que convino  
puso al trabajo el animoso pecho:  
y el diestro hado y próspero destino  
en Chile le metieron, a despecho  
de cuantos estorbarlo procuraron, 455  
que en su daño las armas levantaron.

Tuvo a la entrada con aquellas gentes  
batallas y rencuentros peligrosos,  
en tiempos y lugares diferentes,  
que estuvieron los fines bien dudosos; 460  
pero al cabo por fuerza los valientes  
españoles, con brazos valerosos,  
siguiendo el hado y con rigor la guerra,  
ocuparon gran parte de la tierra. [24]

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas 465  
asediados seis años sostuvieron,  
y de incultas raíces desabridas  
los trabajados cuerpos mantuvieron,  
do a las bárbaras armas oprimidas  
a la española devoción trujeron, 470  
por ánimo constante y raras pruebas  
criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando  
con esfuerzo y espada rigurosa,  
los Promaucaes por fuerza sujetando, 475  
Curios, Cauquenes, gente belicosa;  
y, el Maule y raudo Itata atravesando,  
llegó al Andaliën, do la famosa  
ciudad fundó de muros levantada,  
felice en poco tiempo y desdichada. 480

Una batalla tuvo aquí sangrienta  
donde a punto llegó de ser perdido:  
pero Dios le acorrió en aquella afrenta;  
que en todas las demás le había acorrido:  
otros dello darán más larga cuenta, 485  
que les está este cargo cometido;  
allí fue preso el bárbaro Ainavillo,  
honor de los Pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío,  
el cual divide a Penco del estado, 490  
que del Nibequetén, copioso río,  
y de otros viene al mar acompañado;  
de donde con presteza y nuevo brío,  
en orden buena y escuadrón formado  
pasó de Andalicán la áspera sierra, 495  
pisando la araucana y fértil tierra. [25]

No quiero detenerme más en esto,  
pues que no es mi intención dar pesadumbre;  
y así pienso pasar por todo presto,  
huyendo de importunos la costumbre: 500  
digo con tal intento y presupuesto  
que antes que los de Arauco a servidumbre  
viniesen, fueron tantas las batallas,  
que dejo por prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño 505  
de ver en animales corregidos  
hombres que por milagro y caso extraño  
de la región celeste eran venidos:  
y del súbito estruendo y grave daño  
de los tiros de pólvora sentidos, 510  
como a inmortales dioses los temían,  
que con ardientes rayos combatían.

Los españoles hechos hazañosos  
el error confirmaban de inmortales,  
afirmando los más supersticiosos, 515  
por los presentes los futuros males:  
y así tibios, suspensos y dudosos,  
viendo de su opresión claras señales,  
debajo de hermandad y fe jurada  
dio Arauco la obediencia jamás dada. 520

Dejando allí el seguro suficiente  
adelante los nuestros caminaron;  
pero todas las tierras llanamente,  
viendo Arauco sujeta, se entregaron;  
y reduciendo a su opinión gran gente, 525  
siete ciudades prósperas fundaron,  
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,  
La Imperial, Villa-Rica, y la del Lago. [26]

El felice suceso, la victoria,  
la fama y posesiones que adquirirían 530  
los trujo a tal soberbia y vanagloria,  
que en mil leguas diez hombres no cabían;  
sin pasarles jamás por la memoria  
que en siete pies de tierra al fin habían  
de venir a caber sus hinchazones, 535

su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecían los intereses y malicia,  
a costa del sudor y daño ajeno,  
y la hambrienta y mísera codicia  
con libertad paciendo iba sin freno: 540  
la ley, derecho, el fuero y la justicia  
era lo que Valdivia había por bueno,  
remiso en graves culpas y piadoso,  
y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo Castellano, 545  
en mal y estimación iba creciendo,  
y siguiendo el soberbio intento vano  
tras su fortuna próspera corriendo:  
pero el Padre del cielo soberano  
atajó este camino, permitiendo 550  
que aquel a quien él mismo puso el yugo  
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado  
a dar leyes, mandar y ser temido,  
viéndose de su trono derribado, 555  
y de mortales hombres oprimido;  
de adquirir libertad determinado,  
reprobando el subsidio padecido,  
acude al ejercicio de la espada,  
ya por la paz ociosa desusada. 560 [27]

Dieron señal primero y nuevo tiento  
(por ver con qué rigor se tomaría)  
en dos soldados nuestros, que a tormento  
mataron sin razón y causa un día:  
disimulose aquel atrevimiento, 565  
y con esto crecioles la osadía;  
no aguardando a más tiempo, abiertamente  
comienzan a llamar y juntar gente.

Principio fue del daño no pensado  
el no tomar Valdivia presta enmienda 570  
con ejemplar castigo del estado;  
pero nadie castiga en su hacienda:  
el pueblo sin temor desvergonzado  
con nueva libertad rompe la rienda  
del homenaje hecho y la promesa, 575  
como el segundo canto aquí lo expresa.



## Canto II

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado  
a la engañosa alteza desta vida,  
que Fortuna los ha siempre ayudado  
y dádoles la mano a la subida,  
para, después de haberlos levantado, 5  
derribarlos con mísera caída,  
cuando es mayor el golpe y sentimiento  
y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza  
que el contento es principio de tristeza, 10  
ni miran en la súbita mudanza  
del consumidor tiempo y su presteza:  
mas con altiva y vana confianza  
quieren que en su fortuna haya firmeza;  
la cual, de su aspereza no olvidada, 15  
revuelve con la vuelta acostumbrada. [29]

Con un revés de todo se desquita,  
que no quiere que nadie se le atreva,  
y mucho más que da siempre les quita,  
no perdonando cosa vieja o nueva: 20  
de crédito y de honor los necesita,  
que en el fin de la vida está la prueba,  
por el cual han de ser todos juzgados,  
aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda 25  
sino pena, dolor y pesadumbre?  
Pensar que en él Fortuna ha de estar queda,  
antes dejara el sol de darnos lumbre:  
que no es su condición fijar la rueda,  
y es malo de mudar vieja costumbre. 30  
El más seguro bien de la Fortuna  
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia:  
ejemplo dello aquí puede sacarse,  
que no bastó riqueza, honor y gloria, 35  
con todo el bien que puede desearse,  
a llevar adelante la victoria;  
que el claro cielo al fin vino a turbarse,  
mudando la Fortuna en triste estado  
el curso y orden próspera del Hado. 40

La gente nuestra ingrata se hallaba

en la prosperidad que arriba cuento,  
y en otro mayor bien, que me olvidaba,  
hallado en pocas casas, que es contento:  
de tal manera en él se descuidaba 45  
(cierta señal de triste acaecimiento)  
que en una hora perdió el honor y estado  
que en mil años de afán había ganado. [30]

Por dioses, como dije, eran tenidos  
de los indios los nuestros; pero olieron 50  
que de mujer y hombre eran nacidos,  
y todas sus flaquezas entendieron:  
viéndolos a miserias sometidos,  
el error ignorante conocieron,  
ardiendo en viva rabia avergonzados 55  
por verse de mortales conquistados.

No queriendo a más plazo diferirlo,  
entre ellos comenzó luego a tratarse  
que, para en breve tiempo concluirlo  
y dar el modo y orden de vengarse, 60  
se junten a consulta a definirlo,  
do venga la sentencia a pronunciarse,  
dura, ejemplar, cruël, irrevocable,  
horrenda a todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando 65  
los campos con la gente que marchaba,  
y no fue menester general bando,  
que el deseo de guerra los llamaba  
sin promesas, ni pagas, deseando  
el esperado tiempo, que tardaba, 70  
para el decreto y áspero castigo,  
con muerte y destrucción del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron  
es bien que haya memoria de sus nombres,  
que, siendo incultos bárbaros, ganaron 75  
con no poca razón claros renombres:  
pues en tan breve término alcanzaron  
grandes victorias de notables hombres,  
que de ellas darán fe los que vivieren,  
y los muertos allá donde estuvieren. 80 [31]

Tucapel se llamaba aquel primero  
que al plazo señalado había venido;  
éste fue de cristianos carnicero,  
siempre en su enemistad endurecido,  
tiene tres mil vasallos el guerrero, 85  
de todos como rey obedecido.  
Ongol luego llegó, mozo valiente;  
gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,  
no fue el postrero que dejó su tierra; 90  
que allí llegó el tercero, deseoso  
de hacer a todo el mundo él solo guerra:  
tres mil vasallos tiene este famoso  
usados tras las fieras en la sierra.  
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino, 95  
que cinco mil gobierna de contino.

Paicabí se juntó aquel mismo día,  
tres mil fuertes soldados señorea.  
No lejos Lemolemo dél venía,  
que tiene seis mil hombres de pelea. 100  
Mareguano, Gualemo y Lebopía  
se dan prisa a llegar, porque se vea  
que quieren ser en todo los primeros;  
gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir, pues, Elicura 105  
que al tiempo y plazo puesto había llegado,  
de gran cuerpo, robusto en la hechura,  
por uno de los fuertes reputado:  
dice que estar sujeto es gran locura  
quien seis mil hombres tiene a su mandado. 110  
Luego llegó el anciano Colocolo;  
otros tantos y más rige éste solo. [32]

Tras éste a la consulta Ongolmo viene,  
que cuatro mil guerreros gobernaba.  
Purén en arribar no se detiene, 115  
seis mil súbditos éste administraba.  
Pasados de seis mil Lincoya tiene,  
que bravo y orgulloso ya llegaba,  
diestro, gallardo, fiero en el semblante,  
de proporción y altura de gigante. 120

Peteguelén, cacique señalado,  
que el gran valle de Arauco le obedece  
por natural Señor, y así el estado  
este nombre tomó, según parece,  
como Venecia, pueblo libertado, 125  
que en todo aquel gobierno más florece:  
tomando el nombre de él la Señoría,  
así guarda el estado el nombre hoy día.

Éste no se halló personalmente,  
por estar impedido de cristianos; 130  
pero de seis mil hombres que él valiente  
gobierna, naturales araucanos,  
acudió desmandada alguna gente  
a ver si es menester mandar las manos.  
Caupolicán el fuerte no venía, 135

que toda Pilmaiquén le obedecía.

Tomé y Andalicán también vinieron,  
que eran del araucano regimiento,  
y otros muchos caciques acudieron,  
que por no ser prolijo no los cuento. 140  
Todos con leda faz se recibieron,  
mostrando en verse juntos gran contento.  
Después de razonar en su venida  
se comenzó la espléndida comida. [33]

Al tiempo que el beber furioso andaba, 145  
y mal de las tinajas el partido,  
de palabra en palabra se llegaba  
a encenderse entre todos gran ruido:  
la razón uno de otro no escuchaba:  
sabida la ocasión do había nacido, 150  
vino sobre cuál era el más valiente  
y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando  
las mesas, de manjares ocupadas,  
aguijan a las armas, desgajando 155  
las armas al depósito obligadas;  
y dellas se aperciben, no cesando  
palabras peligrosas y pesadas,  
que atizaban la cólera encendida  
con el calor del vino y la comida. 160

El audaz Tucapel claro decía  
que el cargo del mandar le pertenece,  
pues todo el universo conocía  
que si va por valor que lo merece:  
«Ninguno se me iguala en valentía; 165  
de mostrarlo estoy presto, si se ofrece,  
(añade el jactancioso) a quien quisiere;  
y aquel que esta razón contradijere...»

Sin dejarle acabar dijo Elicura:  
«A mí es dado el gobierno desta danza, 170  
y el simple que intentare otra locura  
ha de probar el hierro de esta lanza.»  
Ongolmo, que el primero ser procura,  
dice: «Yo no he perdido la esperanza  
en tanto que este brazo sustentare 175  
y con él la ferrada gobernare.» [34]

De cólera Lincoya y rabia insano  
responde: «Tratar de eso es devaneo,  
que ser señor del mundo es en mi mano,  
si en ella libre este bastón poseo.» 180  
«Ninguno, dice Ongol, será tan vano  
que ponga en igualárseme el deseo,

pues es más el temor que pasaría  
que la gloria que el hecho le daría.»

Cayocupil furioso y arrogante 185  
la maza esgrime, haciéndose a lo largo,  
diciendo: «Yo veré quién es bastante  
a dar de lo que ha dicho más descargo:  
haceos los pretensores adelante,  
veremos de cuál de ellos es el cargo; 190  
que de probar aquí luego me ofrezco  
que más que todos juntos lo merezco.»

»Alto, sus, que yo aceto el desafío  
(responde Lemolemo), y tengo en nada  
poner a prueba lo que es mío, 195  
que más quiero librarlo por la espada:  
mostraré ser verdad lo que porfío  
a dos, a cuatro, a seis en la estacada;  
y si todos cuestión queréis conmigo,  
os haré manifiesto lo que digo.» 200

Purén, que estaba aparte, habiendo oído  
la plática enconosa y rumor grande,  
diciendo, en medio de ellos se ha metido,  
que nadie en su presencia se desmande;  
y ¿quién imaginar es atrevido 205  
que donde está Purén más otro mande?  
La grita y el furor se multiplica,  
quién esgrime la maza, y quién la pica. [35]

Tomé y otros caciques se metieron  
en medio de estos bárbaros de presto, 210  
y con dificultad los despartieron,  
que no hicieron poco en hacer esto:  
de herirse lugar aún no tuvieron,  
y en voz airada ya el temor pospuesto,  
Colocolo, el cacique más anciano, 215  
a razonar así tomó la mano.-

«Caciques, del Estado defensores,  
codicia de mandar no me convida  
a pesarme de veros pretensores  
de cosa que a mí tanto era debida: 220  
porque, según mi edad, ya veis, señores,  
que estoy al otro mundo de partida;  
mas el amor que siempre os he mostrado  
a bien aconsejaros me ha incitado.

»¿Por qué cargos honrosos pretendemos 225  
y ser en opinión grande tenidos,  
pues que negar al mundo no podemos  
haber sido sujetos y vencidos?  
Y en esto averiguarnos no queremos,

estando aún de españoles oprimidos: 230  
mejor fuera esa furia ejecutalla  
contra el fiero enemigo en la batalla.

»¿Qué furor es el vuestro ¡oh araucanos!  
que a perdición os lleva sin sentido?  
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos, 235  
y no contra el tirano en resistillo?  
¿Teniendo tan a golpe a los cristianos  
volvéis contra vosotros el cuchillo?  
Si gana de morir os ha movido,  
no sea en tan bajo estado y abatido. 240 [36]

»Volved las armas y ánimo furioso  
a los pechos de aquellos que os han puesto  
en dura sujeción, con afrentoso  
partido, a todo el mundo manifiesto;  
lanzad de vos el yugo vergonzoso; 245  
mostrad vuestro valor y fuerza en esto:  
no derraméis la sangre del estado  
que para redimirnos ha quedado.

»No me pesa de ver la lozanía  
de vuestro corazón, antes me esfuerza; 250  
mas temo que esta vuestra valentía,  
por mal gobierno, el buen camino tuerza:  
que, vuelta entre nosotros la porfía,  
degolléis nuestra patria con su fuerza:  
cortad, pues, si ha de ser desamano, 255  
esta vieja garganta la primera:

»Que esta flaca persona, atormentada  
de golpes de fortuna, no procura  
sino el agudo filo de una espada,  
pues no la acaba tanta desventura. 260  
Aquella vida es bien afortunada  
que la temprana muerte la asegura;  
pero, a nuestro bien público atendiendo,  
quiero decir en esto lo que entiendo.

»Pares sois en valor y fortaleza; 265  
el cielo os igualó en el nacimiento;  
de linaje, de estado y de riqueza  
hizo a todos igual repartimiento;  
y en singular por ánimo y grandeza  
podéis tener del mundo el regimiento: 270  
que este precioso don, no agradecido,  
nos ha al presente término traído. [37]

»En la virtud de vuestro brazo espero  
que puede en breve tiempo remediarse,  
mas ha de haber un capitán primero 275  
que todos por él quieran gobernarse:

este será quien más un gran madero  
sustentare en el hombro sin pararse;  
y pues que sois iguales en la suerte,  
procure cada cual ser el más fuerte.»- 280

Ningún hombre dejó de estar atento  
oyendo del anciano las razones,  
y puesto ya silencio al parlamento,  
hubo entre ellos diversas opiniones:  
al fin, de general consentimiento, 285  
siguiendo las mejores intenciones,  
por todos los caciques acordado  
lo propuesto del viejo fue acetado.

Podría de alguno ser aquí una cosa  
que parece sin término notada, 290  
y es que una provincia poderosa,  
en la milicia tanto ejercitada,  
de leyes y ordenanzas abundosa,  
no hubiese una cabeza señalada  
a quien tocase el mando y regimiento, 295  
sin allegar a tanto rompimiento.

Respondo a esto que nunca sin caudillo  
la tierra estuvo electo del senado;  
que, como dije, en Penco el Ainavillo  
fue por nuestra nación desbaratado; 300  
y viniendo de paz, en un castillo  
se dice, aunque no es cierto, que un bocado  
le dieron de veneno en la comida,  
donde acabó su cargo con la vida. [38]

Pues el madero súbito traído, 305  
(no me atrevo a decir lo que pesaba),  
era un macizo líbano fornido,  
que con dificultad se rodeaba:  
Paicabí le aferró menos sufrido,  
y en los valientes hombros le afirmaba; 310  
seis horas lo sostuvo aquel membrudo,  
pero llegar a siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,  
de ser el más valiente confiado,  
y encima de los altos hombros puesto, 315  
lo deja a las cinco horas de cansado:  
Gualemo lo probó, joven dispuesto,  
mas no pasó de allí; y esto acabado,  
Ongol el grueso leño tomó luego:  
duró seis horas largas en el juego. 320

Purén tras él lo trujo medio día,  
y el esforzado Ongolmo más de medio;  
y cuatro horas y media Lebopía,

que de sufrirle más no hubo remedio:  
Lemolemo siete horas le traía, 325  
el cual jamás en todo este comedio  
dejó de andar acá y allá saltando,  
hasta que ya el vigor le fue faltando.

Elicura a la prueba se previene,  
y en sustentar el líbano trabaja; 330  
a nueve horas dejarle le conviene,  
que no pudiera más si fuera paja.  
Tucapelo catorce lo sostiene,  
encareciendo todos la ventaja.  
Pero en esto Lincoya apercebido 335  
mudó en un gran silencio aquel ruido. [39]

De los hombros el manto derribando  
las terribles espaldas descubría,  
y el duro y grave leño levantando  
sobre el fornido asiento lo ponía: 340  
corre ligero aquí y allí, mostrando  
que poco aquella carga le impedía:  
Era de Sol a Sol el día pasado,  
y el peso sustentaba aún no cansado.

Venía apriesa la noche, aborrecida 345  
por la ausencia del Sol; pero Diana  
les daba claridad con su salida,  
mostrándose a tal tiempo más lozana;  
Lincoya con la carga no convida  
aunque ya despuntaba la mañana, 350  
hasta que llegó el Sol al medio cielo,  
que dio con ella entonces en el suelo.

No se vio allí persona en tanta gente  
que no quedase atónita de espanto,  
creyendo no haber hombre tan potente 355  
que la pesada carga sufra tanto:  
la ventaja le daban, juntamente  
con el gobierno, mando, y todo cuanto  
a digno general era debido,  
hasta allí justamente merecido. 360

Ufano andaba el bárbaro y contento  
de haberse más que todos señalado;  
cuando Caupolicán a aquel asiento  
sin gente a la ligera había llegado:  
tenía un ojo sin luz de nacimiento, 365  
como un fino granate colorado;  
pero lo que en la vista le faltaba  
en la fuerza y esfuerzo le sobraba. [40]

Era este noble mozo de alto hecho,  
varón de autoridad, grave y severo, 370



amigo de guardar todo derecho,  
áspero, riguroso, justiciero,  
de cuerpo grande y relevado pecho,  
hábil, diestro, fortísimo y ligero,  
sabio, astuto, sagaz, determinado, 375  
y en casos de repente reportado.

Fue con alegre muestra recibido,  
aunque no sé si todos se alegraron:  
el caso en esta suma referido  
por su término y puntos le contaron: 380  
Viendo que Apolo ya se había escondido  
en el profundo mar, determinaron  
que la prueba de aquél se dilatase  
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía 385  
que causó esta venida entre la gente;  
cuál se atiene a Lincoya, y cuál decía  
que es el Caupolicano más valiente:  
Apuestas en favor y contra había,  
otros sin apostar dudosamente 390  
hacia el oriente vueltos aguardaban  
si los febeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba  
las nubes a bordar de mil labores,  
y a la usada labranza dispertaba 395  
la miserable gente y labradores:  
y a los marchitos campos restauraba  
la frescura perdida y sus colores,  
aclarando aquel valle la luz nueva,  
cuando Caupolicán viene a la prueba. 400 [41]

Con un desdén y muestra confiada  
asiendo del troncón duro y ñudoso,  
como si fuera vara delicada,  
se le pone en el hombro poderoso:  
La gente enmudeció, maravillada 405  
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso;  
la color a Lincoya se le muda,  
poniendo en su victoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,  
y a toda priesa entraba el claro día; 410  
el Sol las largas sombras acortaba,  
mas él nunca descrece en su porfía:  
al ocaso la luz se retiraba,  
ni por esto flaqueza en él había:  
las estrellas se muestran claramente, 415  
y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara Luna a ver la fiesta

del tenebroso albergue húmido y frío,  
desocupando el campo y la floresta  
de un negro velo lóbrego y sombrío: 420  
Caupolicán no afloja de su apuesta,  
antes con nueva fuerza y mayor brío  
se mueve y representa de manera  
como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos 425  
la esposa de Titón ya parecía,  
los dorados cabellos esparcidos,  
que de la fresca helada sacudía,  
con que a los mustios prados florecidos  
con el húmido humor reverdecía, 430  
y quedaba engastado así en las flores  
cual perlas entre piedras de colores. [42]

El carro de Faetón sale corriendo  
del mar por el camino acostumbrado:  
sus sombras van los montes recogiendo 435  
de la vista del Sol, y el esforzado  
varón, el grave peso sosteniendo,  
acá y allá se mueve no cansado;  
aunque otra vez la negra sombra espesa  
tornaba a parecer corriendo apriesa. 440

La Luna su salida provechosa  
por un espacio largo dilatada:  
al fin turbia, encendida y perezosa,  
de rostro y luz escasa se mostraba:  
Parose al medio curso más hermosa 445  
a ver la extraña prueba en qué paraba;  
y viéndola en el punto y ser primero  
se derribó en el ártico hemisfero;  
y el bárbaro en el hombro la gran viga,  
sin muestra de mudanza y pesadumbre, 450  
venciendo con esfuerzo la fatiga,  
y creciendo la fuerza por costumbre.  
Apolo en seguimiento de su amiga  
tendido había los rayos de su lumbre;  
y el hijo de Leocán en el semblante 455  
más firme que al principio y más constante.

Era salido el Sol, cuando el enorme  
peso de las espaldas despedía,  
y un salto dio en lanzándole disforme,  
mostrando que aún más ánimo tenía: 460  
el circunstante pueblo en voz conforme  
pronunció la sentencia, y le decía:  
«Sobre tan firmes hombros descargamos  
el peso y grande carga que tomamos.» [43]

El nuevo juego y pleito difinido, 465  
con las más cerimonias que supieron  
por sumo capitán fue recibido,  
y a su gobernación se sometieron.  
Creció en reputación, fue tan temido,  
y en opinión tan grande le tuvieron, 470  
que ausentes muchas leguas dél temblaban,  
y casi como a rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,  
y están en duda muchos hoy en día,  
pareciéndoles que esto que he contado 475  
es alguna ficción y poesía:  
pues en razón no cabe, que un senado  
de tan gran diciplina y policía  
pusiese una elección de tanto peso  
en la robusta fuerza y no en el seso. 480

Sabed que fue artificio, fue prudencia  
del sabio Colocolo, que miraba  
la dañosa discordia y diferencia  
y el gran peligro en que su patria andaba,  
conociendo el valor y suficiencia 485  
de este Caupolicán que ausente estaba,  
varón en cuerpo y fuerzas extremado,  
de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente,  
para que la elección se dilatase, 490  
la prueba al parecer impertinente  
en que Caupolicán se señalase,  
y en esta dilación secretamente  
dándole aviso, a la elección llegase,  
trayendo así el negocio por rodeo 495  
a conseguir su fin y buen deseo. [44]

Celebraba con pompa allí el senado  
de la justa elección la fiesta honrosa,  
y el nuevo capitán, ya con cuidado  
de dar principio a alguna grande cosa, 500  
manda a Palta sargento que, callado,  
de la gente más presta y animosa  
ochenta diestros hombres aperciba,  
y a su cargo apartados los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta 505  
de más esfuerzo y menos conocidos;  
entre ellos dos soldados de gran cuenta  
por quien fuesen mandados y regidos,  
hombres diestros, usados en afrenta,  
a cualquiera peligro apercebidos, 510  
el uno se llamaba Cayeguano

el otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados  
tenían para el seguro de la tierra,  
de fuertes y anchos muros fabricados, 515  
con foso que los ciñe en torno y cierra  
guarnecidos de pláticos soldados,  
usados al trabajo de la guerra,  
caballos, bastimento, artillería  
que en espesas troneras asistía. 520

Estaba el uno cerca del asiento  
adonde era la fiesta celebrada;  
y el araucano ejército contento,  
mostrando no tener al mundo en nada:  
que con discurso vano y movimiento 525  
quería llevarlo todo a pura espada;  
pero Caupolicán más cuerdate  
trataba del remedio conveniente. [45]

Había entre ellos algunas opiniones  
de cercar el castillo más vecino; 530  
otros, que con formados escuadrones  
a Penco enderezasen el camino:  
dadas de cada parte sus razones,  
Caupolicán en nada desto vino,  
antes al pabellón se retiraba 535  
y a los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar al castillo fácilmente  
les da industria y manera disfrazada,  
con expresa instrucción que plaza y gente  
metan a fuego y a rigor de espada: 540  
porque él luego tras ellos diligente  
ocupará los pasos y la entrada:  
después de haberlos bien amonestado  
pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio 545  
la entrada a los de Arauco defendida,  
salvo los necesarios al servicio  
de la gente española, estatuída  
a la defensa de ella y ejercicio  
de la fiera Belona embravecida; 550  
y así los cautos bárbaros soldados  
de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos a las demandas y preguntas,  
siguen su intento y el camino usado,  
las cargas en hilera y orden juntas, 555  
habiendo entre los haces sepultado  
astas fornidas de ferradas puntas;  
y así contra el castillo, descuidado

del encubierto engaño, caminaban,  
y en los vedados límites entraban. 560 [46]

El puente, muro y puerta atravesando,  
miserables, los gestos afligidos,  
algunos de cansados cojeando,  
mostrándose marchitos y encojidos;  
pero dentro las cargas desatando, 565  
arrebatan las armas atrevidos,  
con amenaza, orgullo y confianza  
de la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,  
viendo la airada muerte tan vecina, 570  
corren presto a las armas, aterrados  
de la extraña cautela repentina;  
y, a vencer o morir determinados,  
cuál con celada, cuál con coracina,  
salen a resistir la furia insana 575  
de la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,  
suenan los hierros de una y otra parte;  
allí muestra su fuerza el sanguinoso  
y más que nunca embravecido Marte: 580  
de vencer cada uno deseoso,  
buscaba nuevo modo, industria y arte  
de encaminar el golpe de la espada  
por do diese a la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva 585  
con la sangre que saca el hierro duro,  
y la española gente a la india lleva  
a dar de las espaldas en el muro.  
ya el infiel escuadrón con fuerza nueva  
cobra el perdido campo mal seguro, 590  
que estaba de los golpes esforzados  
cubierto de armas, y ellos desarmados. [47]

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,  
de temor y vergüenza constreñidos,  
las espadas aprietan en las manos, 595  
en ira envueltos y en furor metidos:  
cargan sobre los fieros araucanos,  
por el ímpetu nuevo enflaquecidos;  
entran en ellos, hieren y derriban,  
y a muchos de cuidado y vida privan. 600

Siempre los españoles mejoraban,  
haciendo fiero estrago y tan sangriento  
en los osados indios, que pagaban  
el poco seso y mucho atrevimiento:  
Casi defensa en ellos no hallaban: 605

pierden la plaza y cobran escarmiento:  
al fin de tal manera los trataron  
que a fuerza de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguán y Talcaguano  
salían, cuando con paso apresurado 610  
asomó el escuadrón caupolicano  
teniendo el hecho ya por acabado;  
mas viendo el esperado efeto vano,  
y el puente del castillo levantado,  
pone cerco sobre él, con juramento 615  
de no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que había  
demasiado temor en nuestra gente,  
más de temeridad que de osadía,  
cala sin miedo y sin ayuda el puente, 620  
y puesto en medio dél alto decía:  
«Salga adelante, salga el más valiente;  
uno por uno a treinta desafío,  
y a mil no negaré este cuerpo mío.» [48]

No tan presto las fieras acudieron 625  
al bramar de la res desamparada,  
que de lejos sin orden conocieron  
del pueblo y moradores apartada,  
como los araucanos cuando oyeron  
del valiente español la voz osada, 630  
partiendo más de ciento presurosos,  
del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene  
el gallardo español, ni esto le espanta,  
antes al escuadrón que espeso viene 635  
por mejor recibirle se adelanta:  
El curso enfrena, el ímpetu detiene  
de los fieros contrarios, que con tanta  
furia se arroja entre ellos sin recelo,  
que rodaron algunos por el suelo. 640

De dos golpes a dos tendió por tierra,  
la espada revolviendo a todos lados:  
aquí esparce una junta, y allí cierra  
a donde ve los más amontonados:  
igual andaba la desigual guerra 645  
cuando los españoles bien armados,  
abriendo con presteza un gran postigo  
salen a la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,  
y en medio de aquel campo y ancho llano 650  
al ejercicio del sangriento Marte  
viene el bando español y araucano:

la primera batalla se desparte,  
que era de ciento a un solo castellano,  
vuelven el crudo hierro no teñido 655  
contra los que del fuerte habían salido. [49]

Arrójanse con furia, no dudando,  
en las agudas armas por juntarse,  
y con las duras puntas van tentando  
las partes por do más pueden dañarse: 660  
cual los cíclopes suelen martillando  
en las vulcanas yunques fatigarse,  
así martillan, baten y cercenan,  
y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente; 665  
mas gran ventaja y diferencia había  
en el número y copia de la gente,  
aunque el valor de España lo suplía:  
pero el soberbio bárbaro impaciente,  
viendo que un nuestro a ciento resistía, 670  
con diabólica furia y movimiento  
arranca a los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo  
dejan el campo y de tropel corriendo  
se lanzan por las puertas del castillo, 675  
al bárbaro la entrada resistiendo,  
levan el puente, calan el rastrillo,  
reparos y defensas previniendo,  
suben tiros y fuegos a lo alto,  
temiendo el enemigo y fiero asalto. 680

Pero viendo ser todo perdimiento,  
y aprovecharles poco o casi nada,  
de voto y de común consentimiento  
su clara destrucción considerada,  
acuerdan de dejar el fuerte asiento; 685  
y así en la oscura noche deseada,  
cuando se muestra el mundo más quiëto  
la partida pusieron en efeto. [50]

A punto estaban y a caballo, cuando  
abren las puertas, derribando el puente, 690  
y a los prestos caballos aguijando  
el escuadrón embisten de la frente;  
rompen por él hiriendo y tropellando,  
y sin hombre perder dichosamente  
arriban a Purén, plaza segura, 695  
cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedía,  
en el pueblo de Penco más vecino,  
que a la sazón en Chile florecía,

fértil de ricas minas de oro fino, 700  
el capitán Valdivia residía;  
donde la nueva por el aire vino,  
que afirmaba con término asignado  
la alteración y junta del estado.

El común, siempre amigo de ruido, 705  
la libertad y guerra deseando,  
por su parte alterado y removido,  
se va con este son desentonando:  
al servicio no acude prometido,  
sacudiendo la carga y levantando 710  
la soberbia cerviz desvergonzada,  
negando la obediencia a Carlos dada.

Valdivia, perezoso y negligente,  
incrédulo, remiso y descuidado,  
hizo en la Concepción copia de gente, 715  
más que en ella, en su dicha confiado:  
el cual, si fuera un poco diligente,  
hallaba en pie el castillo arruinado,  
con soldados, con armas, municiones,  
seis piezas de campaña y dos cañones. 720 [51]

Tenía con la Imperial concierto hecho  
que alguna gente armada le enviase,  
la cual a Tucapel fuese en derecho,  
donde con él a tiempo se juntase:  
resoluto en hacer allí de hecho 725  
un ejemplar castigo, que sonase  
en todos los confines de la tierra,  
porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso,  
y, descuidado dél, torció la vía, 730  
metiéndose por otro, codicioso,  
que era donde una mina de oro había:  
y de ver el tributo y don hermoso,  
que de sus ricas venas ofrecía,  
paró de la codicia embarazado, 735  
cortando el hilo próspero del hado.

A partir (como dije) antes, llegaba  
al concierto en el tiempo prometido:  
mas el metal goloso que sacaba  
le tuvo a tal sazón embebecido: 740  
después salió de allí, y se apresuraba  
cuando fuera mejor no haber salido.  
Quiero dar fin al canto, porque pueda  
decir de la codicia lo que queda.



[52]

### Canto III

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina a la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos a los corredores en el camino en un paso estrecho y danle después la batalla, en la cual fue muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga  
con tanta diligencia alimentada!  
Vicio común y pegajosa liga,  
voluntad sin razón desenfrenada;  
del provecho y bien público enemiga; 5  
sedienta bestia, hidrópica hinchada,  
principio y fin de todos nuestros males.  
¡Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado a los señores  
contentos en el alto asiento vemos, 10  
ni a pobrecillos bajos labradores  
libres de esta dolencia conocemos:  
ni el deseo y ambición de ser mayores  
que tenga fin y límite sabemos:  
el fausto, la riqueza y el estado, 15  
hincha, pero no harta, al más templado. [53]

A Valdivia mirad, de pobre infante  
si era poco el estado que tenía,  
cincuenta mil vasallos que delante  
le ofrecen doce marcos de oro al día: 20  
esto y aun mucho más no era bastante,  
y así la hambre allí lo detenía;  
codicia fue ocasión de tanta guerra,  
y perdición total de aquesta tierra.

Ésta fue quien halló los apartados 25  
indios de las antárticas regiones;  
por ésta eran sin orden trabajados  
con dura imposición y vejaciones:  
pero rotas las cinchas de apretados,  
buscaron modo y nuevas invenciones 30  
de libertad, con áspera venganza,  
levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, cómo claro conocemos,  
que al doliente en salud consejos damos,  
y aprovecharnos dellos no sabemos; 35  
pero de predicarlos nos preciamos.  
Cuando en la sosegada paz nos vemos,

¡qué bien la dura guerra platicamos!  
¡Qué bien damos consejos y razones  
lejos de los peligros y ocasiones! 40  
¡Cómo de los que yerran abominan  
los que están libres en seguro puerto!  
¡Qué bien de allí las cosas encaminan,  
y dan en todo un medio y buen concierto!  
¡Con qué facilidad se determinan, 45  
visto el suceso y daño descubierto!  
Dios sabe aquel que la derecha vía,  
metido en la ocasión, acertaría. [54]

Valdivia iba siguiendo su jornada,  
y el duro disponer del hado duro, 50  
no con la furia y priesa acostumbrada,  
présago y con temor de mal futuro:  
sospechoso de bárbara emboscada,  
por hacer el camino más seguro,  
echó algunos delante para prueba, 55  
pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto  
los tardos corredores no volvían,  
unos juzgan el daño manifiesto,  
otros impedimentos les ponían: 60  
hubo consejo y parecer sobre esto;  
al cabo en caminar se resolvían,  
ofreciéndose todos a una suerte,  
a un mismo caso y a una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino, 65  
en sus valientes brazos se atrevieron,  
y a su próspera suerte y buen destino  
el dudoso suceso cometieron:  
no dos leguas andadas del camino,  
las amigas cabezas conocieron, 70  
de los sangrientos cuerpos apartadas,  
y en empinados troncos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente  
causó en los firmes ánimos mudanza;  
antes con ira y cólera impaciente 75  
se encienden más, sedientos de venganza:  
y de rabia incitados nuevamente  
maldicen y murmuran la tardanza:  
sólo Valdivia calla y teme el punto;  
pero rompió el silencio y pena junto 80 [55]

diciendo: «¡Oh compañeros! do se encierra  
todo esfuerzo, valor y entendimiento:  
ya veis la desvergüenza de la tierra,  
que en nuestro daño da bandera al viento:

veis quebrada la fe, rota la guerra, 85  
los pactos van del todo en rompimiento:  
siento la áspera trompa en el oído,  
y veo un fuego diabólico encendido.

»Bien conocéis la fuerza del estado;  
con tanto daño nuestro autorizada: 90  
mirad lo que Fortuna os ha ayudado  
guiando con su mano vuestra espada;  
el trabajo y la sangre que ha costado,  
que de ella está la tierra alimentada;  
y pues tenemos tiempo y aparejo, 95  
será bueno tomar nuevo consejo.

»Quien éstos son tendréis en la memoria,  
pues hay tanta razón de conocellos,  
que si de ellos no hubiésemos vitoria  
y en campo no pudiésemos vencellos, 100  
será tal su arrogancia y vanagloria,  
que el mundo no podrá después con ellos;  
dudoso estoy, no sé, no sé qué haga  
que a nuestro honor y causa satisfaga.»

La poca edad y menos experiencia 105  
de los mozos livianos que allí había,  
descubrió con la usada inadvertencia  
a tal tiempo su necia valentía,  
diciendo: «¡Oh capitán! danos licencia  
que solos diez sin otra compañía 110  
el bando asolaremos araucano,  
y haremos el camino y paso llano. [56]

»Lo que jamás hicimos en estrecho,  
no es bien por nuestro honor que lo hagamos,  
pues cierto es, que cuanto habemos hecho, 115  
volviendo atrás un paso, lo manchamos:  
mostremos al peligro osado pecho,  
que en él está la gloria que buscamos.»  
Valdivia, de la réplica sentido,  
enmudeció de rabia y de corrido. 120

¡Oh, Valdivia, varón acreditado!  
¡Cuánto la verde plática sentiste!  
No solías tú temer como soldado;  
mas de buen capitán ahora temiste:  
vas a precisa muerte condenado, 125  
que como diestro y sabio la entendiste;  
pero quieres perder antes la vida  
que sea en ti una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,  
y a sus pies en voz alta arrodillado 130  
le dice: «¡Oh capitán! mira que digo

que no pases el término vedado:  
veinte mil conjurados, yo testigo,  
en Tucapel te esperan, protestado  
de pasar sin temor la muerte honrosa 135  
antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbación dio de repente  
lo que el amigo bárbaro propuso:  
discurre un miedo helado por la gente;  
la triste muerte en medio se les puso: 140  
pero el gobernador osadamente,  
que también hasta allí estuvo confuso,  
les dice: «Caballeros, ¿qué dudamos?  
¿Sin ver los enemigos nos turbamos?» [57]

Al caballo con ánimo hiriendo, 145  
sin más les persuadir, rompe la vía,  
de los miembros el miedo sacudiendo,  
le sigue la esforzada compañía:  
y en breve espacio el valle descubriendo  
de Tucapel, bien lejos parecía 150  
el muro, antes vistoso levantado,  
por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: «¡Oh constante  
española nación de confianza!  
Por tierra está el castillo tan pujante, 155  
que en él solo estribaba mi esperanza:  
el pérfido enemigo veis delante;  
ya os amenaza la contraria lanza:  
en esto más no tengo que avisaros,  
pues sólo el pelear puede salvaros.» 160

Estaba como digo así hablando,  
que aún no acababa bien estas razones,  
cuando por todas partes rodeando  
los iban con espesos escuadrones,  
las astas de anchos hierros blandiendo, 165  
gritando: «¡Engañadores y ladrones!  
La tierra dejaréis hoy con la vida,  
pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso  
que la fuerza y fortuna se probase, 170  
mandó que al escuadrón menos copioso  
y más vecino, a fin que no cerrase,  
saliese Bobadilla, el cual furioso,  
sin que Valdivia más le amonestase,  
con poca gente y con esfuerzo grande, 175  
asalta el escuadrón de Mareande. [58]

La piquería del bárbaro calada,  
a los pocos soldados atendía;

pero al tiempo del golpe levantada,  
abriendo un gran portillo, se desvía; 180  
dales sin resistir franca la entrada,  
y en medio el escuadrón los recogía;  
las hileras abiertas se cerraron,  
y dentro a los cristianos sepultaron.

Como el caimán hambriento, cuando siente 185  
el escuadrón de peces, que cortando  
viene con gran bullicio la corriente,  
el agua clara en torno alborotando,  
que, abriendo la gran boca, cautamente  
recoge allí el pescado, y apretando 190  
las cóncavas quijadas lo deshace,  
y al insaciable vientre satisface:

pues de aquella manera recogido  
fue el pequeño escuadrón del homicida,  
y en un espacio breve consumido, 195  
sin escapar cristiano con la vida:  
ya el araucano ejército movido  
por la ronca trompeta obedecida,  
con gran estruendo y pasos ordenados  
cerraba sin temor por todos lados. 200

La escuadra de Mareande encarnizada  
tendía el paso con más atrevimiento;  
viéndola así Valdivia adelantada,  
no escarmentado, manda a su sargento,  
que, escogiendo la gente más granada, 205  
dé sobre ella con recio movimiento;  
pero diez españoles solamente  
pusieron a la muerte osada frente. [59]

Contra el escuadrón bárbaro importuno,  
ir se dejan sin miedo a rienda floja, 210  
y en el encuentro de los diez, ninguno  
dejó allí de sacar la lanza roja:  
desocupó la silla sólo uno,  
que con la basca y última congoja  
de la rabiosa muerte el pecho abierto, 215  
sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron,  
haciendo tales hechos señalados,  
que digna y justamente merecieron  
ser de la eterna fama levantados: 220  
hechos pedazos todos diez murieron,  
quedando de su muerte antes vengados:  
en esto la española trompa oída  
dio la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte 225

los dientes y las lanzas apretando,  
que de cuatro escuadrones, al más fuerte  
le van un largo trecho retirando:  
hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,  
piernas, brazos, cabezas cercenando: 230  
los bárbaros por esto no se admiran,  
antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,  
perdone Dios a aquel que allí cayere;  
del un bando y del otro así se ofende, 235  
que de ambas partes mucha gente muere:  
bien se estima la plaza y se defiende;  
volver un paso atrás ninguno quiere:  
cubre la roja sangre todo el prado,  
tornándole, de verde, colorado. 240 [60]

Del rigor de las armas homicidas  
los templados arneses reteñían,  
y las vivas entrañas escondidas  
con carniceros golpes descubrían:  
cabezas de los cuerpos divididas, 245  
que aún el vital espíritu tenían,  
por el sangriento campo iban rodando,  
vuelos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso  
todo en color de sangre lo convierte; 250  
siempre el acometer es más furioso,  
pero ya el combatir es menos fuerte;  
ninguno allí pretende otro reposo  
que el último reposo de la muerte:  
el más medroso atiende con cuidado 255  
a sólo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente  
crió en los nuestros fuerza tan extraña,  
que con deshonra y daño de la gente  
pierden los araucanos la campaña: 260  
al fin dan las espaldas, claramente  
suenan voces: «¡Vitoria! ¡España! ¡España!»  
Mas el incontrastable y duro hado  
dio un extraño principio a lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido, 265  
que a Valdivia de paje le servía,  
acariciado dél y favorito,  
en su servicio a la sazón venía;  
del amor de su patria conmovido,  
viendo que a más andar se retraía, 270  
comienza a grandes voces a animarla,  
y con tales razones a incitarla: [61]

«¡Oh ciega gente, del temor guiada!  
¿A dó volvéis los temerosos pechos?  
Que la fama en mil años alcanzada 275  
aquí perece y todos vuestros hechos:  
la fuerza pierden hoy, jamás violada,  
vuestras leyes, los fueros y derechos:  
de señores, de libres, de temidos,  
quedáis siervos, sujetos y abatidos. 280

»Mancháis la clara estirpe y decendencia,  
y engerís en el tronco generoso  
una incurable plaga, una dolencia,  
un deshonor perpetuo, ignominioso:  
mirad de los contrarios la impotencia, 285  
la falta del aliento, y el fogoso  
latir de los caballos, las ijadas  
llenas de sangre y de sudor bañadas.

»No os desnudéis del hábito y costumbre  
que de nuestros abuelos mantenemos, 290  
ni el araucano nombre de la cumbre  
a estado tan infame derribemos:  
huid el grave yugo y servidumbre;  
al duro hierro osado pecho demos;  
¿por qué mostráis espaldas esforzadas 295  
que son de los peligros reservadas?

»Fijad esto que digo en la memoria,  
que el ciego y torpe miedo os va turbando;  
dejad de vos al mundo eterna historia,  
vuestra sujeta patria libertando: 300  
volved, no rehuséis tan gran vitoria,  
que os está el hado próspero llamando:  
a lo menos firmad el pie ligero,  
veréis cómo en defensa vuestra muero.» [62]

En esto una nervosa y gruesa lanza 305  
contra Valdivia, su señor, blandía:  
dando de sí gran muestra y esperanza,  
por más los persuadir arremetía;  
y entre el hierro español así se lanza  
como con gran calor en agua fría 310  
se arroja el ciervo en el caliente estío,  
para templar el sol con algún frío.

De sólo el primer bote uno atraviesa,  
otro apunta por medio del costado,  
y aunque la dura lanza era muy gruesa 315  
salió el hierro sangriento al otro lado:  
salta, vuelve, revuelve con gran priesa  
y barrenando el muslo a otro soldado,  
en él la fuerte pica fue rompida,

quedando un grueso trozo en la herida. 320

Rota la asta dañosa, luego aferra  
del suelo una pesada y dura maza;  
mata, hiere, destroza y echa a tierra,  
haciendo en breve espacio larga plaza:  
en él se resumió toda la guerra; 325  
cesa el alcance y dan en él la caza;  
mas él aquí y allí va tan liviano,  
que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,  
ni en antigua escritura se ha leído, 330  
que estando de la parte vitoriosa  
se pase a la contraria del vencido?

¿Y que sólo valor, y no otra cosa,  
de un bárbaro muchacho, haya podido  
arrebatar por fuerza a los cristianos 335  
una tan gran vitoria de las manos? [63]

No los dos Publios Decios, que las vidas  
sacrificaron por la patria amada,  
ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas  
dieron muestra de sí tan señalada: 340  
ni aquellos que en las guerras más reñidas  
alcanzaron gran fama por la espada,  
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,  
Marco Sergio, Filón, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos, ¿qué hicieron 345  
que al hecho deste bárbaro igual fuese?

¿Qué empresa o qué batalla acometieron  
que a lo menos en duda no estuviese?

¿A que riesgo y peligro se pusieron  
que la sed del reinar no los moviese; 350  
y de intereses grandes insistidos  
que a los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos  
y se ofrecen con ánimo a la muerte,  
de fama y vanagloria codiciosos, 355  
que no saben sufrir un golpe fuerte;  
mostrándose constantes y animosos,  
hasta que ven ya declinar su suerte,  
faltándoles valor y esfuerzo a una,  
roto el crédito frágil de fortuna. 360

Éste el decreto y la fatal sentencia,  
en contra de su patria declarada,  
turbó y redujo a nueva diferencia,  
y al fin bastó a que fuese revocada:  
hizo a Fortuna y Hados resistencia, 365  
forzó su voluntad determinada,



y contrastó el furor del vitorioso,  
sacando vencedor al temeroso. [64]

Estaba el suelo de armas ocupado,  
y el desigual combate más revuelto, 370  
cuando Caupolicano reportado,  
a las amigas voces había vuelto:  
también habían sus gentes reparado,  
con vergonzoso ardor en ira envuelto,  
de ver que un solo mozo resistía 375  
a lo que tanta gente no podía.

Cual suele acontecer a los de honrosos  
ánimos, de repente inadvertidos,  
o cuando en los lugares sospechosos  
piensan otros que van desconocidos, 380  
que en pendencias y encuentros peligrosos  
huyen; pero si ven que conocidos  
fueron de quien los sigue, avergonzados  
vuelven furiosos, del honor forzados:

así los araucanos revolviendo 385  
contra los vencedores arremeten;  
y las rendidas armas esgrimiendo,  
a voces de morir todos prometen:  
treme y gime la tierra del horrendo  
furor con que ambas partes se acometen, 390  
derramando con rabia y fuerza brava  
aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba a Paynaguala,  
que de una punta le atraviesa el pecho;  
pero Caupolicano le señala, 395  
dejándole gozar poco del hecho.  
Al sesgo la ferrada maza cala,  
aunque el furioso golpe fue al derecho;  
pues quedó por de dentro la celada  
de los bullentes sesos rociada. 400 [65]

Tras éste otro tendió desfigurado,  
tanto que nunca más fue conocido;  
que la armada cabeza y todo el lado  
donde el golpe alcanzó quedó molido.  
Valdivia con Ongolmo se ha topado, 405  
y hanse el uno al otro acometido,  
hiere Valdivia a Ongolmo en una mano,  
haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia, y va furioso,  
que con Ongolmo más no se detiene, 410  
y adonde Leucotón, mozo animoso,  
estaba en una gran pendencia, viene:  
que contra Juan de Lamas y Reinoso

solo su parte y opinión mantiene;  
el cual con su destreza y mucho seso 415  
la guerra sustentaba en igual peso.

Partiose esta batalla, porque, cuando  
Valdivia llegó adonde combatía,  
parte acudió del araucano bando,  
que en su ayuda y defensa se metía: 420  
fuese el daño y destrozo renovando;  
de un cabo y de otro gente concurría:  
sube el alto rumor a las estrellas,  
sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso 425  
la confusa vitoria de esta guerra,  
lleno el aire de estruendo sonoro,  
roja de sangre y húmida la tierra:  
quién busca y sólo quiere un fin honroso,  
quién a los brazos con el otro cierra, 430  
y por darle más presto cruda muerte  
tienta con el puñal lo menos fuerte. [66]

A Juan de Gudiël no le fue sano  
el tenerse en la lucha por maestro,  
porque sin tiempo y con esfuerzo vano 435  
cerró con Guaticol, no menos diestro:  
y en aquella sazón Purén, su hermano,  
que estaba cerca dél, en el siniestro  
lado le abrió con daga una herida,  
por do la muerte entró y salió la vida. 440 [67]

Andrés de Villarroel, ya enflaquecido  
por la falta de sangre derramada,  
andaba entre los bárbaros metido  
procurando la muerte más honrada.  
También Juan de las Peñas, mal herido, 445  
rompiendo por la espesa gente armada,  
se puso junto dél; y así la suerte  
los hizo a un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable  
del número infiel al bautizado: 450  
es el un escuadrón innumerable,  
el otro hasta sesenta numerado:  
ya incierta la Fortuna variable,  
que dudosa hasta entonces había estado,  
aprobó la maldad, y dio por justa 455  
la causa y opinión hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados,  
que el bando de Valdivia sustentaban,  
en el flechar del arco ejercitados,  
el sangriento destrozo acrecentaban 460

derramando más sangre, y esforzados  
en la muerte también acompañaban  
a la española gente, no vencida  
en cuanto sustentar pudo la vida.

Cuando de aqueste y cuando de aquel canto 465  
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,  
haciendo por la espada todo cuanto  
pudiera hacer el poderoso Marte:  
no basta a reparar él solo tanto,  
que falta de los suyos la más parte: 470  
los otros, aunque ven su fin tan cierto,  
ningún medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo  
iba la desangrada y poca gente,  
siempre el ímpetu bárbaro creciendo, 475  
con el ya declarado fin presente:  
fuese el número flaco resumiendo  
en catorce soldados solamente,  
que constantes rendir no se quisieron  
hasta que al crudo hierro se rindieron. 480

Sólo quedó Valdivia acompañado  
de un clérigo, que acaso allí venía;  
y viendo así su campo destrozado,  
el mal remedio y poca compañía,  
dijo: «Pues pelear es excusado, 485  
procuremos vivir por otra vía.»  
Pica en esto al caballo a toda prisa,  
tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros  
dos grandes jabalís fieros, cerdosos, 490  
seguidos de solícitos rastros  
de la campestre sangre codiciosos:  
y salen en su alcance los ligeros  
lebreles irlandeses generosos;  
con no menor codicia y pies livianos 495  
arrancan tras los míseros cristianos. [68]

Tal tempestad de tiros, Señor, lanzan,  
cual el turbión que granizando viene:  
en fin, a poco trecho los alcanzan,  
que un paso cenagoso los detiene: 500  
los bárbaros sobre ellos se abalanzan:  
por valiente el postrero no se tiene:  
murió el clérigo luego, y maltratado  
trujeron a Valdivia ante el senado.

Caupolicán, gozoso en verle vivo 505  
y en el estado y término presente,  
con voz de vencedor y gesto altivo

le amenaza y pregunta juntamente.  
Valdivia, como mísero cautivo,  
responde y pide humilde y obediente 510  
que no le dé la muerte, y que le jura  
dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido  
del contrito Valdivia aquel consejo;  
mas un pariente suyo empedernido, 515  
a quien él respetaba por ser viejo,  
le dice: «¿Por dar crédito a un rendido  
quieres perder tal tiempo y aparejo?»  
Y apuntando a Valdivia en el cerebro  
descarga un gran bastón de duro enebro. 520

Como el furioso toro, que apremiado  
con fuerte amarra al palo, está bramando,  
de la tímida gente rodeado,  
que con admiración le está mirando;  
y el diestro carnicero ejercitado, 525  
el grave y duro mazo levantando,  
recio al cogote cóncavo decidiendo,  
y muerto estremeciéndose le tiende: [69]

así el determinado viejo cano,  
que a Valdivia escuchaba con mal ceño, 530  
ayudándose de una y otra mano,  
en alto levantó el ferrado leño:  
no hizo el crudo viejo golpe en vano,  
que a Valdivia entregó al eterno sueño,  
y en el suelo con súbita caída, 535  
estremeciendo el cuerpo, dio la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,  
y el gran Caupolicán dello enojado,  
quiso enmendar el libre desacato,  
pero fue del ejército rogado; 540  
salió el viejo de aquello al fin barato,  
y el destrozo del todo fue acabado,  
que no escapó cristiano de esta prueba  
para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida 545  
solos de los tres mil; que como vieron  
la gente nuestra rota y de vencida,  
en un jaral espeso se escondieron:  
de allí vieron el fin de la reñida  
guerra, y puestos en salvo lo dijeron, 550  
que como las estrellas se mostraron,  
sin ser de nadie vistos se escaparon.

La oscura noche en esto se subía  
a más andar a la mitad del cielo,

y con las alas lóbregas cubría 555  
el orbe y redondez del ancho suelo:  
cuando la vencedora compañía,  
arrimadas las armas sin recelo,  
danzas en anchos cercos ordenaban,  
donde la gran vitoria celebraban. 560 [70]

Fue la nueva en un punto discurriendo  
por todo el araucano regimiento,  
y antes que el Sol se fuese descubriendo  
el campo se cubrió de bastimento;  
gran multitud de gente concurriendo, 565  
se forma un general ayuntamiento  
de mozos, viejos, niños y mujeres,  
partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban,  
y alegres sus cantares repetían, 570  
un sitio de altos árboles cercaban,  
que una espaciosa plaza contenían:  
y en ellos las cabezas empalaban  
que de españoles cuerpos dividían:  
los troncos, de sus ramas despojados, 575  
eran de los despojos adornados;

y dentro de aquel círculo y asiento,  
cercado de una amena y gran floresta,  
en memoria y honor del vencimiento,  
celebran de beber la alegre fiesta: 580  
el vino así aumentó el atrevimiento  
que España en gran peligro estaba puesta;  
pues que promete el mínimo soldado  
de no dejar cimienta levantado.

Era allí la opinión generalmente 585  
que sin tardar, doblando las jornadas,  
partiese un grueso número de gente  
a dar en las ciudades descuidadas:  
que tomadas de salto y de repente,  
serían con solo el miedo arruinadas; 590  
y la patria en su honor restituída  
no dejando cristiano con la vida. [71]

Y dado orden bastante, y esto hecho,  
para acabar de ejecutar su saña  
con gran poder y ejército, de hecho 595  
querían pasar la vuelta de la España:  
pensándola poner en tanto estrecho,  
por fuerza de armas, puestos en campaña,  
que fuesen cultivadas las iberas  
tierras de las naciones extranjeras. 600

El hijo de Leocano bien entiende

el vano intento, y quiere desviarlo,  
que como diestro y sabio, otro pretende,  
y por mejor camino enderezarlo:  
el tiempo espera y la sazón atiende 605  
que estén mejor dispuestos a tratarlo:  
la fiesta era acabada y borrachera,  
cuando a todos los habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo  
la dulce libertad tan estimada, 610  
ni que sea nuestra patria, yo defiando,  
en el sublime trono restaurada;  
mas hase de atender a que, pudiendo  
ganar, no se aventure a perder nada;  
y así, con este celo y fin, procuro 615  
no poner en peligro lo seguro.

»Tomad con discreción los pareceres  
que van a la razón más arrimados,  
pues cobrar vuestros hijos y mujeres  
está en ir los principios acertados: 620  
vuestra fama, el honor, tierra y haberes,  
a punto están de ser recuperados;  
que el tiempo, que es el padre del consejo,  
en las manos nos pone el aparejo. [72]

»A Valdivia y los suyos habéis muerto, 625  
y una importante plaza destruido:  
venir a la venganza será cierto  
luego que en las ciudades sea sabido:  
demos al enemigo el paso abierto:  
esto asegura más nuestro partido: 630  
vengan, vengan con furia a rienda suelta,  
que difícil será después la vuelta.

»La vitoria tenemos en las manos,  
y pasos en la tierra mil seguros,  
de ciénagas, lagunas y pantanos, 635  
espesos montes ásperos y duros:  
mejor pelean aquí los araucanos:  
españoles mejor dentro en sus muros:  
cualquier hombre, en su casa acometido,  
es más sabio, más fuerte y atrevido. 640

»Esto os vengo a decir, porque se entienda  
cuanto con más seguro acertaremos,  
para poder tomar la justa emienda,  
que en sitios escogidos esperemos,  
donde no habrá en el mundo quien defienda 645  
la razón y derecho que tenemos:  
cuando temor tuviesen de buscarnos,  
a sus casas iremos a alojarnos.»

Con atención de todos escuchada  
fue la oración que el general hacía, 650  
siendo de los más de ellos aprobada,  
por ver que a su remedio convenía;  
la gente ya del todo sosegada,  
Caupolicán al joven se volvía  
por quien fue la vitoria, ya perdida, 655  
con milagrosa prueba conseguida. [73]

Por darle más favor, lo tenía asido  
con la siniestra de la diestra mano,  
diciéndole: «¡Oh varón, que has extendido  
el claro nombre y límite araucano! 660  
Por ti ha sido el estado redimido,  
tú le sacaste del poder tirano:  
a ti solo se debe esta vitoria,  
digna de premio y de inmortal memoria.

»Y señores, pues es tan manifiesto 665  
(esto dijo volviéndose al senado)  
el punto en que Lautaro nos ha puesto,  
(que así el valiente mozo era llamado):  
yo por remuneralle en algo desto,  
con vuestra autoridad que me habéis dado 670  
por paga, aunque a tal deuda insuficiente,  
le hago capitán y mi teniente.

»Con la gente de guerra que escogiere,  
pues que ya de sus obras sois testigos,  
en el sitio que más le pareciere 675  
se ponga a recibir los enemigos,  
adonde hasta que vengan los espere;  
porque yo con la resta y mis amigos  
ocuparé la entrada de Elicura,  
aguardando la misma coyuntura.» 680

Del grato mozo el cargo fue acetado  
con el favor que el general le daba:  
aprobolo el común aficionado;  
si a alguno le pesó no lo mostraba:  
y por el orden y uso acostumbrado 685  
el gran Caupolicán le trasquilaba,  
dejándole el copete en trenza largo  
insignia verdadera de aquel cargo. [74]

Fue Lautaro industrioso, sabio, presto,  
de gran consejo, término y cordura, 690  
manso de condición y hermoso gesto,  
ni grande ni pequeño de estatura;  
el ánimo en las cosas grandes puesto,  
de fuerte trabazón y compostura,  
duros los miembros, recios y nervosos, 695

anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,  
ejercitando siempre nuevos juegos  
de saltos, luchas, pruebas nunca usadas,  
danzas de noche en torno de los fuegos: 700  
había precios y joyas señaladas,  
que nunca los troyanos ni los griegos,  
cuando los juegos más continuaron,  
tan ricas y estimadas las sacaron.

Llegó a Caupolicán estando en esto 705  
un bárbaro turbado sin aliento,  
perdida la color, mudado el gesto,  
cubierto de sudor y polvoriento,  
diciéndole: «Señor, socorre presto,  
tu campo es roto y cierto el perdimiento; 710  
que la gente que estaba en la emboscada  
es muerta la más della y destrozada.

»Por tierra de Elicura son bajados  
catorce valentísimos guerreros,  
de corazas finísimas armados, 715  
sobre caballos prestos y ligeros:  
por estos solos son desbaratados  
dos escuadrones tuyos de piqueros;  
y visto el gran estrago, al improviso  
partí corriendo a darte de ello aviso.» 720 [75]

Caupolicán, con muestra no alterada,  
hizo que del temor se asegurase,  
diciendo que tan poca gente armada  
al cabo era imposible que escapase;  
y con la diligencia acostumbrada 725  
mandó al nuevo teniente que guiase  
con la más presta gente por la vía,  
que luego con el resto le seguía.

Lautaro, en lo acetar no perezoso,  
escogiendo una escuadra suficiente, 730  
marcha con tanta priesa, codicioso  
de ganar opinión entre la gente...  
Mas de Marte el estruendo sonoro  
me llama, que me tardo injustamente:  
de los catorce es tiempo que se trate, 735  
y del sangriento y áspero combate.

Extiéndase su fama y sea notoria,  
pues que tanto su espada resplandece,  
y de ellos se eternice la memoria  
si valor en las armas lo merece: 740  
testimonio dará dello la historia;  
pero acabar el canto me parece;



que a decir tan gran cosa no me atrevo,  
si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

[76]

#### Canto IV

Vienen catorce españoles por concierto a juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel:  
hallan los indios en una emboscada, con los cuales tuvieron un porfiado recuento: llega  
Lautaro con gente de refresco: mueren siete españoles y todos los amigos que llevan:  
escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!

por ella son mil males atajados,  
que si el rebelde Arauco está pujante  
con todos sus vecinos alterados,  
y pasa su furor tan adelante, 5  
fue por no ser a tiempo castigados:  
la llaga que al principio no se cura  
requiere al fin más áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,  
cuando de un daño otro mayor se espera, 10  
el no curar con hierro la dolencia,  
si del mal lo requiere la manera:  
mas no con tal rigor que la clemencia  
pierda su fuerza y la virtud entera;  
Clemente es y piadoso el que sin miedo 15  
por escapar el brazo corta el dedo. [77]

No quiero yo decir que a cada paso  
traiga el hierro en la mano la justicia,  
sino según la gravedad del caso,  
y la importancia y fin de la malicia: 20  
pues vemos claro en el presente paso,  
que al cabo, corrompida de avaricia,  
dio a la maldad lugar que se arraigase,  
y en los ánimos más se apoderase.

Mas no se ha de entender, como el liviano 25  
que se entrega al primero movimiento,  
que por ser justiciero es inhumano,  
y por alcanzar crédito es sangriento;  
y como aquél que con injusta mano,  
sin término, sin causa y fundamento, 30  
por sólo liviandad y vanagloria,  
quiere dejar de su maldad memoria.  
No faltara materia y coyuntura

para mostrar la pluma aquí curiosa;  
mas no quiero meterme en tal hondura, 35  
que es cosa no importante y peligrosa:  
el tiempo lo dirá, y no mi escritura,  
que quizá la tendrán por sospechosa:  
sólo diré que es opinión de sabios,  
que donde falta el rey sobran agravios. 40

Pero a nuestro propósito tornando,  
dejaré de tratar de sinrazones,  
que es trabajar en vano, derramando  
al viento en el desierto las razones:  
de los nuestros diré, que peleando 45  
estaban con los fieros escuadrones,  
ganando fama y prez, honor y gloria,  
haciendo cosas dignas de memoria. [78]

Fue hecho tan notable, que requiere  
mucha atención, y autorizada pluma: 50  
y así digo que aquél que le leyere,  
en que fue de los grandes se resuma:  
diré cuanto en mi estilo yo pudiere,  
aunque toda será una breve suma;  
y los nombres también de los soldados, 55  
que con razón merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,  
Morán, Gonzalo Hernández, Maldonado,  
Peñalosa, Vergara, Castañeda,  
Diego García Herrero el arriscado, 60  
Pero Niño, Escalona, y otro queda  
con el cual es el número acabado;  
don Leonardo Manrique es el postrero,  
igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venían 65  
a verse con Valdivia en el concierto,  
que del pueblo Imperial partido habían  
sin saber que Valdivia fuese muerto:  
por la alta cuesta de Purén subían,  
y en el más alto asiento y descubierta 70  
los caminos de rama ven sembrados,  
señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada,  
y que de gentes hacen llamamiento;  
no torcieron por esto la jornada, 75  
ni les mudó el temor el firme intento:  
la fresca y nueva aurora colorada  
daba con su venida gran contento,  
y las sombras del Sol se retraían,  
cuando el licúreo valle descubrían. 80 [79]

Aquí estaban los indios emboscados  
esperando a los nuestros si viniesen  
por cogerlos sin orden descuidados  
antes que del peligro se advirtiesen:  
de un bosque a mano hecho rodeados, 85  
para que más cubiertos estuviesen,  
hasta que, inadvertidos del engaño,  
pudiesen a su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban  
por un repecho, al valle enderezando, 90  
donde ocultos los bárbaros estaban  
cubiertos de los ramos aguardando:  
los nuestros con el bosque aún no igualaban  
cuando los indios, súbito sonando  
bárbaras trompas, rancos tamborinos, 95  
los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría,  
cuando más sin pensar la liebre echada  
de súbito por medio de la vía  
salta de entre los pies alborotada; 100  
cuanto causó la muestra y vocería  
del vecino escuadrón de la emboscada  
a nuestros españoles, que al instante  
arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron 105  
de puntas de diamante una muralla;  
pero los españoles no pararon  
hasta de parte a parte atravesalla:  
hombres, picas y mazas tropellaron,  
revuelven, por dar fin a la batalla, 110  
con más valor y esfuerzo que esperanza,  
vista de los contrarios la pujanza. [80]

De tres dos escuadrones desviados  
el paso les cercaron y huida:  
viéndose así de bárbaros cercados, 115  
piensan abrir por ellos la salida:  
otra vez arremeten apiñados,  
y aunque una escuadra dellos fue rompida  
volvieron a sus puestos recogidos,  
quedando desta vuelta mal heridos. 120

Dos veces embistieron desta suerte,  
las cerradas escuadras tropellando;  
mas viéndose cercanos a la muerte,  
prosiguen su derrota, enderezando  
al desolado sitio y casa fuerte, 125  
a diestro y a siniestro derribando,  
que los indios entre ellos van mezclados,

hiriéndoles también por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura  
por la pequeña falda de una sierra: 130  
la causa y la razón de esta angostura  
es un lago que el valle abajo cierra:  
Para los nuestros esto fue ventura,  
pues siguen su jornada haciendo guerra,  
que sólo un español que atrás venía 135  
la bárbara arrogancia resistía.

Ellos, que iban así por una espesa  
mata, al calar de un áspero collado  
ven un indio salir a toda priesa,  
el vestido y el rostro demudado, 140  
el cual en el camino se atraviesa,  
y del seno sacó un papel cerrado  
que Juan Gómez de Almagro el propio día,  
dando aviso a Valdivia escrito había. [81]

El mismo mensajero ven lloroso, 145  
que dellos adelante había partido:  
de Valdivia el suceso lastimoso  
les dijo, y lo demás acontecido:  
y que el castillo el bárbaro furioso  
le había por los cimientos destruido. 150  
Viendo el remedio y presupuesto vano,  
tomaron a la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lomas rodeado,  
aunque por esta senda y paso abierto,  
del Este, Norte, Oeste está abrigado, 155  
y el Sur le hiera casi en descubierta,  
por do seguido va el camino usado,  
de los ligeros bárbaros cubierto  
en espaciosa hila prolongada,  
sedientos de la sangre bautizada. 160

Tras los nuestros los bárbaros saliendo,  
en el llano asimismo repararon,  
y la gente esparcida recogiendo,  
dos gruesos escuadrones reformaron:  
los catorce españoles, conociendo 165  
que era mejor romper, se aparejaron;  
mueven los escuadrones concertados  
por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncros instrumentos,  
alto estruendo, alaridos desdeñosos, 170  
salen los fieros bárbaros sangrientos  
contra los españoles valerosos,  
que convertir esperan en lamentos  
los arrogantes gritos orgullosos:

tanto el esfuerzo y ánimo les crece, 175  
que poca gente en contra les parece. [82]

Aunque allí un español desfigurado,  
que yo no digo aquí cuál dellos era,  
dijo, viendo tan poca gente al lado:  
«¡Oh si nuestro escuadrón de ciento fuera!» 180  
Pero Gonzalo Hernández animado,  
vuelto al cielo, responde; «A Dios pluguiera  
fuéramos solos doce y dos faltaran,  
que doce de la fama nos llamaran.»

Los caballos en esto apercibiendo, 185  
firmes y recogidos en las sillas,  
sueltan las riendas, y los pies batiendo,  
parten contra las bárbaras cuadrillas:  
las poderosas lanzas requiriendo,  
afiladas en sangre las cuchillas, 190  
llamando en alta voz a Dios del cielo,  
hacen gemir y retremblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas  
los bárbaros las picas al momento,  
de la suerte que suelen las espigas 195  
derribarse al furor del recio viento:  
no bastaron las armas enemigas  
al ímpetu español y movimiento,  
que los nuestros rompieron por un lado,  
dejando el escuadrón aportillado. 200

A un tiempo los caballos volteando,  
lejos las rotas lanzas arrojadas,  
vuelven al enemigo y fiero bando,  
en alto ya desnudas las espadas:  
otra vez arremeten, no bastando 205  
infinidad de puntas enastadas,  
puestas en contra de la airada gente,  
a que no se mezclasen igualmente. [83]

Los unos, que no saben ser vencidos,  
los otros a vencer acostumbrados 210  
son causa que se aumenten los heridos,  
y que bajen los brazos más pesados:  
de llamas los arneses encendidos,  
con gran fuerza y presteza golpeados,  
formaban un rumor, que el alto cielo 215  
del todo parecía venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernández, presumiendo  
imitar al de Córdova famoso,  
iba por el ejército rompiendo,  
no menos diestro y fuerte que animoso; 220  
Peñalosa y Vergara, conociendo

que vencer o morir era forzoso,  
hacen de sus personas arriscadas  
de esfuerzo y fuerzas pruebas señaladas:

El valiente soldado de Escalona, 225  
la rigurosa espada ejercitando,  
aventura y señala su persona  
mil bárbaros valientes señalando:  
don Leonardo Manrique no perdona  
los golpes que recibe, antes doblando 230  
los suyos con gran priesa y mayor ira,  
los castiga, maltrata y los retira.

Otro, pues, que de Córdoba se llama,  
mozo de grande esfuerzo y valentía,  
tanta sangre araucana allí derrama, 235  
que hizo cien viudas aquel día:  
por una que venganza al cielo clama,  
saltan todas las otras de alegría;  
que al fin son las mujeres variables,  
amigas de mudanzas y mudables. 240 [84]

Cortés y Pero Niño por un lado  
hacen un fiero estrago y cruda guerra;  
Morán, Gómez de Almagro y Maldonado  
siembran de cuerpos bárbaros la tierra:  
el Herrero, como hombre acostumbrado 245  
y diestro en golpear, mata y atierra:  
pues Nereda también, que era maestro,  
hiere, derriba a diestro y a siniestro.

Como si fueran a morir desnudos,  
las rabiosas espadas así cortan; 250  
con tanta fuerza bajan golpes crudos,  
que poco fuertes armas les importan:  
lo que sufrir no pueden los escudos,  
los insensibles cuerpos lo comportan  
en furor encendidos, de tal suerte, 255  
que no sienten los golpes ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados,  
con poderosos golpes los martillan,  
y de muchos con fuerza redoblados  
los cargados caballos arrodillan: 260  
abollan los arneses relevados,  
abren, desclavan, rompen, deshebillan:  
ruedan las rotas piezas y celadas,  
y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando 265  
anima con hervor los escuadrones,  
contra su fuerza y maza no bastando  
de crestas altas fuertes morriones.

Cortés un golpe suyo reparando,  
la cabeza inclinó entre los arzones, 270  
llevándole el caballo medio muerto,  
suelto el freno, corriendo a campo abierto. [85]

Con el cuello inclinado, adormecido  
acá y allá el caballo le traía;  
pero tornando luego en su sentido, 275  
vergonzoso las riendas recogía:  
vuelve a buscar aquél que le ha herido,  
y al punto que miró le conocía,  
que al mayor araucano que allí andaba  
de los hombros arriba le llevaba. 280

Conócelo también en la braveza  
que mostraba, animando allí su gente,  
y en la facilidad y ligereza  
con que esgrime la maza diestramente.  
Como el suelto lebrél, por la maleza 285  
se arroja al jabalí fiero y valiente,  
así asalta Cortés al araucano,  
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado,  
no le valiendo el coselete duro: 290  
mas de aquella manera le ha mudado  
que mudara un peñasco o fuerte muro:  
pasa recio el caballo espoleado,  
y Cortés, de Lincoya ya seguro,  
por medio de la espesa escuadra hiende, 295  
y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo a cuerpo combatía  
con el joven Guacón, soldado fuerte;  
pero presto la lid se decidía,  
que poco se mostró neutral la suerte; 300  
de un golpe Almagro al bárbaro hería,  
por donde una ancha puerta abrió a la muerte,  
sale de ella de sangre roja un río,  
y ocupa el desangrado cuerpo el frío. [86]

Airado Castañeda en la batalla 305  
mata, tropella, daña, hiere, ofende;  
acaso a Narpo a la derecha halla,  
y allí la rigurosa espada tiende:  
no le valió el jubón de fina malla,  
ni un peto de dos cueros le defiende 310  
que la furiosa punta no calase,  
y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,  
crece el hervor, coraje y la revuelta,  
y el río de la corriente sangre crece, 315

bárbara y española toda envuelta:  
del grueso aliento el aire se escurece,  
alguna infernal furia andaba suelta,  
que por llevar a tantos en un día  
diabólico furor les infundía. 320

Tanto el tesón entre ellos ha durado,  
que espanta cómo alzar pueden los brazos;  
estaban por el uno y otro lado  
de amontonados cuerpos los ribazos.  
El Sol había en su curso declinado, 325  
cuando ya sin vigor hechos pedazos,  
de manera igualmente enflaquecían,  
que moverse adelante no podían.

Como el aliento y fuerza van faltando  
a dos valientes toros animosos, 330  
cuando en la fiera lucha porfiando  
se muestran igualmente poderosos,  
que se van poco a poco retirando  
rostro a rostro con pasos perezosos,  
cubiertos de un humor y espeso aliento, 335  
y esparcen con los pies la arena al viento; [87]

los dos puestos así se retiraron,  
sin sangre y sin vigor desalentados,  
que jamás las espadas se mostraron,  
mas siempre frente a frente careados, 340  
ambos a un mismo tiempo repararon,  
a un punto hicieron alto, y desviados  
los unos de los otros tanto estaban,  
que aún un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando 345  
en el sitio y contrario alojamiento,  
cubiertos de agua y sangre y jadeando,  
que no pueden hartarse del aliento:  
los fatigados miembros regalando,  
el pecho y boca abierta al fresco viento, 350  
que con templados soplos respiraba,  
mitigando del Sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas  
a falta de las manos se ofendían:  
diciéndose palabras afrentosas 355  
la muerte con rigor se prometían;  
y a vueltas de esto, flechas peligrosas  
los enemigos arcos despedían,  
que aunque el aliento y fuerza les faltaba  
el rabioso rencor las arrojaba. 360

Yo no sé de cuál brazo descansado  
una flecha con ímpetu saliendo,



a manera de rayo arrebatado,  
el aire con rumor iba rompiendo:  
tocó en soslayo a Córdoba en un lado, 365  
y la furiosa punta no prendiendo,  
torció a Morán el curso, y encarnada  
por el ojo derecho abrió la entrada. [88]

El buen Morán con mano cruda y fuerte  
sacó la flecha y ojo en ella asido; 370  
Gonzalo, al duro paso de la muerte  
le apercibe y esfuerza condolido;  
pero Morán gritó: «No estoy de suerte  
que me sienta de esfuerzo enflaquecido;  
que solo, así herido, soy bastante 375  
a vencer cuantos veis que están delante».

Pica el caballo temerariamente,  
que galopar no puede de cansado,  
contra todo aquel número de gente,  
que en escuadrón estaba reformado: 380  
pero Gonzalo Hernández diligente  
se le puso delante acelerado,  
que ya Lincoya al paso le salía,  
y al puesto, aunque por fuerza, le volvía.

Con grande alarde, estruendo y movimiento, 385  
sobre la cumbre de una verde loma,  
tendidas las banderas por el viento,  
Lautaro con la presta gente asoma.  
Como cuando de lejos el hambriento  
león, viendo la presa, placer toma, 390  
y mira acá y allá, feroz rugiendo,  
el bedijoso cuello sacudiendo:

Lautaro así veloz por un repecho  
bajaba, enderezando a los de España,  
pensando él solo dar fin a aquel hecho, 395  
si no le desamparan la campaña.  
Delante de su gente va gran trecho:  
digna es de celebrarse tal hazaña;  
solos catorce esperan, hechos piezas,  
rotos los brazos, piernas y cabezas. 400 [89]

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos,  
apiñados los nuestros los esperan,  
no de ver tanta gente temerosos,  
porque aún morir con más honor quisieran;  
los fieros enemigos orgullosos 405  
en alta voz gritaban: «¡Mueran! ¡Mueran!»,  
y el Lincoyano ejército animado,  
también acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos,

batiendo bien de espacio el hueco suelo 410  
contra los descansados araucanos  
que fieros amenazan tierra y cielo:  
vienen con tardos pies a prestas manos,  
y del primer encuentro hecho un hielo  
Pero Niño tocó la blanca arena, 415  
bañándola de sangre en larga vena.

Atravesole el cuerpo la herida,  
aunque en atribuirle hay desconcierto:  
unos dicen que Angol fue el homicida,  
otros que Leocotón, y esto es más cierto: 420  
cualquier dellos que fue, de gran caída  
pero Niño quedó en el campo muerto  
con un trozo de pica atravesado,  
donde fue del tropel despedazado.

También el de Manrique volteando 425  
a los pies de Lautaro muerto vino;  
rompen los otros doce, enderezando  
por las espesas armas al camino:  
pero Ongolmo, los pies apresurando,  
de un golpe derribó fuera de tino 430  
a Nereda, que en guerras era experto;  
Cortés de muy herido cayó muerto. [90]

Tras él al suelo fue Diego García,  
de una llaga mortal abierto el pecho;  
de otro golpe Escalona se tendía 435  
que Tucapel le acierta por derecho:  
los demás españoles en la vía  
(considere quien ya se vio en estrecho)  
con cuánta priesa baten las ijadas  
de los lasos caballos desangradas. 440

El fiero Tucapel haciendo guerra  
a todos con audacia los asalta,  
y en viendo que estos dos baten la tierra,  
gallardo por encima dellos salta:  
topa a Almagro y con él ligero cierra, 445  
en los pies levantado y la maza alta,  
que sobre él derribándola venía  
con toda la pujanza que tenía.

O fue mal tiento, o furia que llevaba,  
o que el Sumo Señor quiso librallo, 450  
que el tiro a la cabeza señalaba,  
y a dar vino en las ancas del caballo:  
con tanta fuerza el golpe le cargaba,  
que Almagro más no pudo meneallo,  
quedando derrengado de manera 455  
que si fuera de masa o blanda cera.

Almagro con presteza por un lado,  
viendo el caballo cojo, se derriba,  
ora fue su ventura y diestro hado,  
ora siniestro del que tras él iba, 460  
el cual era el valiente Maldonado,  
que envuelto en sangre y polvo al punto arriba  
que el golpe secundaba Tucapelo,  
y por poco con él diera en el suelo. [91]

Con el jinete estribo en el derecho 465  
lado al bárbaro encuentra de pasada,  
y cuatro cinco pasos o más trecho  
lo lleva hacia adelante por la estrada:  
brama el bárbaro ardiendo de despecho;  
víbora no se vio más enconada, 470  
ni pisado escorpión vuelve tan presto,  
como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia  
que contra Juan de Almagro dado había,  
y la furiosa maza e impaciencia 475  
al triste Maldonado revolvía:  
cala un golpe con toda su potencia,  
mas el presto caballo se desvía;  
Tucapel de furioso el tiro yerra,  
y el ferrado troncón metió por tierra. 480

No escapó Maldonado de la muerte,  
que al punto llega el bravo Lemolemo  
con un largo bastón ñudoso y fuerte,  
a manera le corvo y grueso remo;  
y un golpe le señala de tal suerte, 485  
que no le erró el ferrado y duro extremo,  
ni la celada prestó de estofa llena,  
que los sesos saltaron por la arena.

En esto una gran nube tenebrosa,  
el aire y cielo súbito turbando, 490  
con una obscuridad triste y medrosa  
del Sol la luz escasa fue ocupando:  
salta Aquilón con furia procelosa  
los árboles y plantas inclinando,  
envuelto en raras gotas de agua gruesas, 495  
que luego descargaron más espesas. [92]

Como el diestro atambor, que apercibiendo  
al duro asalto y fiera batería,  
va con los tardos golpes previniendo  
la presta y animosa compañía, 500  
pero el punto y señal última oyendo,  
suena la horrenda y áspera armonía:  
así el negro nublado turbulento

lanza un diluvio súbito y violento.

En oscura tiniebla el cielo vuelto, 505  
la furiosa tormenta se esforzaba,  
agua, piedras y rayos todo envuelto  
en espesos relámpagos lanzaba:  
el araucano ejército revuelto  
por acá y por allá se derramaba: 510  
crece la tempestad horrenda, tanto  
que a los más esforzados puso espanto.

De Juan Gómez la próspera ventura  
hizo que al punto el cielo se cerrase,  
y la tiniebla de la noche oscura 515  
gran rato en su favor se anticipase:  
turbado se metió en una espesura  
hasta tanto que el ímpetu pasase  
de aquella gente bárbara furiosa,  
de la española sangre codiciosa. 520

Cuando vio en su violencia el torbellino  
y que él podía salir más encubierto,  
el bosque deja y toma su camino,  
que el temor se le muestra bien abierto:  
cayendo y levantando al cabo vino, 525  
de sangre, lodo y de sudor cubierto,  
junto donde los nuestros esperaban  
si las furiosas aguas aplacaban. [93]

Estaban del camino desviados,  
y uno de los caballos relinchando, 530  
el español con pasos sosegados  
al alegre rumor se fue acercando:  
llegó adonde los seis amedrentados  
con baja voz estaban dél tratando,  
y en aquella sazón se les presenta, 535  
dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fue luego conocido,  
que entre ellos ya por muerto se tenía,  
y cada uno de lástima movido,  
a morir en su ayuda se ofrecía; 540  
mas él como animoso y entendido,  
viendo que aprovechar no le podía,  
dice: «De mí, señores, nadie cure,  
la vida el que pudiere la asegure.»

Esto no dijo bien, cuando esforzado 545  
por el bosque tomó una senda incierta,  
y aquella más usada deja a un lado,  
de gente y pueblos bárbaros cubierta:  
otro trance mayor le está guardado;  
pero pues hay de Chile historia cierta, 550

allí lo podrá ver el que quisiere,  
si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo  
de Chile y del Perú en latín la historia,  
con tanta erudición, que será justo 555  
que dure eternamente su memoria;  
y la vida de Carlos Quinto Augusto,  
y en verso los encomios y la gloria  
de varones ilustres en milicia,  
gobernación, en letras y justicia. 560 [94]

Vuelvo a los seis guerreros, que sintiendo  
la desgracia de Almagro, lo mostraban:  
pero ayudalle en ella no pudiendo,  
a la Imperial ciudad enderezaban:  
la tempestad furiosa iba creciendo, 565  
relámpagos y truenos no cesaban,  
hasta que salió el Sol y el claro día  
la plaza de Purén les descubría.

Era un castillo, el cual con poca gente  
le había Juan Gómez antes sustentado, 570  
hallándose una noche de repente  
de multitud de bárbaros cercado:  
repelidos al fin gallardamente,  
fue por su industria el cerco levantado:  
No escribo esta batalla, aunque famosa, 575  
por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados  
fueron con tierna muestra recibidos  
de los caros amigos admirados  
de verlos a tal término traídos; 580  
miseros, afligidos, demudados,  
flacos, roncós, deshechos, consumidos,  
corriendo sangre y lodo, sin celadas,  
las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron 585  
las armas defendiendo su partido,  
que nunca en este tiempo descansaron,  
haciendo lo que habéis, Señor, oído:  
un rato en el castillo reposaron,  
del cual la noche atrás habían salido, 590  
no con poco temor de los de casa,  
y más cuando supieron lo que pasa. [95]

La sangre les cuajó un temor helado,  
gran turbación les puso a todos, cuando  
el caso de Valdivia desastrado 595  
les fueron por sus términos narrando:  
y así viendo el castillo mal parado,

de consejo común, considerando  
la pujanza que el bárbaro traía,  
le dejaron desierto el mismo día. 600

Hacia Cautén tomaron la jornada,  
llevando a Almagro acaso de camino,  
que por venir la noche tan cerrada  
libre salió del campo lautarino:  
la fuerza fue por tierra derribada, 605  
que luego el enemigo pueblo vino  
talando municiones y comidas,  
que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos  
hacia donde su ejército venía, 610  
retumbando en los montes cavernosos  
el alegre rumor y vocería;  
y por aquellos prados espaciosos,  
con la alegre vitoria de aquel día,  
tales cantos y juegos inventaban 615  
que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra  
los habla y los recibe alegremente;  
y siendo blandamente de la diestra  
al valiente Lautaro, su teniente, 620  
una escuadra le entrega de maestra,  
escogida, gallarda y buena gente,  
en armas y trabajo ejercitada,  
para cualquier empresa y gran jornada. [96]

A Lautaro dejemos pues en esto, 625  
que mucho su proceso me detiene:  
forzoso a tratar dél volveré presto,  
que llegar hasta Penco me conviene,  
pues hace tanto a nuestro presupuesto  
decir cómo a la guerra se previene 630  
que sangrienta y mortal se aparejaba,  
y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama, ligera embajadora  
de tristes nuevas y de grandes males,  
a Penco atormentaba de hora en hora, 635  
esforzando su voz ruines señales:  
cuando llegan los indios a deshora,  
los dos que ya conté que en los jarales,  
viendo a Valdivia roto, se escondieron,  
y estos el triste caso refirieron. 640

Por mensajeros ciertos entendiendo  
el duro y desdichado acaecimiento,  
viejos, mujeres, niños concurriendo,  
se forma un triste y general lamento:

el cielo con aguda voz rompiendo, 645  
hinchén de tristes lástimas el viento  
nuevas viudas, huérfanas, doncellas;  
era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros, más que flores bellos,  
eran de crudos puños ofendidos, 650  
y manojos dorados de cabellos  
andaban por los suelos esparcidos;  
vieran pechos de nieve y tersos cuellos  
de sangre y vivas lágrimas teñidos;  
y rotos por mil partes y arrojados 655  
ricos vestidos, joyas y tocados. [97]

No con menor estruendo los varones  
de la edad más robusta juntamente  
daban de su dolor demostraciones,  
pero con otro modo diferente: 660  
suenan las armas, suenan municiones,  
suenan el nuevo aparato de la gente;  
y la ronca trompeta del dios Marte  
a guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban, 665  
otros petos mohosos enlucían,  
otros las viejas cotas remallaban,  
hierros otros en astas engerían,  
cañones reforzados apuntaban,  
al viento las banderas descogían, 670  
y en alardosa muestra los soldados  
iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente  
Francisco Villagrán, varón tenido  
por sabio en la milicia y suficiente, 675  
con suma diligencia prevenido:  
de Pedro de Valdivia fue teniente,  
después de su persona obedecido:  
sentido del suceso y caso fuerte  
brama por la venganza de su muerte. 680

Las mujeres de nuevos alaridos  
hieren el alto cóncavo del cielo,  
viendo al peligro puestos los maridos  
y ellas en tal trabajo y desconsuelo:  
con lagrimosos ojos y gemidos, 685  
echadas de rodillas por el suelo,  
les ponen los hijuelos por delante;  
pero cosa a moverlos no es bastante. [98]

Ya de lo necesario aparejados  
en demanda del bárbaro salían, 690  
de arneses lucidísimos armados,

que vistosos de lejos parecían:  
las mujeres por torres y tejados  
con fijos ojos tiernos los seguían;  
y echándoles de allí mil bendiciones, 695  
vuelven a Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,  
que del pueblo saliera a acompañarlos,  
y en busca del ejército araucano  
pican a toda priesa los caballos: 700  
dejan a la siniestra a Mareguano,  
y a la diestra de Talca los vasallos,  
hijo de Talcaguano, que su tierra  
la ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando, 705  
pisan de Andalicán la enjuta arena,  
y el espacioso llano atravesando,  
suben las lomas, y el rumor no suena;  
y al pie del cerro andálico llegando,  
sin entender lo que Lautaro ordena, 710  
sólo el miedo de entrar por el estado  
les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho,  
de la banda del Norte está a la entrada  
por un monte asperísimo y derecho, 715  
la cumbre hasta los cielos levantada:  
está tras éste un llano a poco trecho,  
y luego otra menor cuesta tajada,  
que divide el distrito andalicano  
del fértil valle y límite araucano. 720 [99]

Esta cuesta Lautaro había elegido  
para dar la batalla, y por concierto  
tenía todo su ejército tendido  
en lo más alto della y descubierto:  
viendo que a pie en lo llano es mal partido 725  
seguir a los caballos campo abierto,  
el alto y primer cerro deja exento,  
pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino  
quiero aquí figurarle por entero: 730  
la subida no es mala del camino,  
mas todo lo demás despeñadero:  
tiene al Poniente al bravo mar vecino,  
que bate al pie de un gran derrumbadero,  
y en la cumbre y más alto de la cuesta 735  
se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado  
del poderoso ejército enemigo,



y el camino al entrar desocupado,  
sin defensa ni estorbo, como digo: 740  
pasado el primer monte, había llegado  
al pie deste segundo bando amigo;  
pero aquí Villagrán confuso estuvo,  
que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, receloso 745  
el pie en el Rubicón fijó a la entrada,  
pensando allí de nuevo el peligroso  
hecho que acometía y gran jornada;  
Al fin soltó las riendas animoso;  
diciendo: «¡Sús!, ¡la suerte ya es echada!...» 750  
Así nuestro español rompió el camino,  
dando libre la rienda a su destino. [100]

Apenas el primer paso había dado,  
cuando luego tras él osadamente  
por el fragoso monte levantado 755  
alegre comenzó a subir la gente:  
Lautaro sin moverse, arrinconado,  
franca les da la entrada llanamente;  
diez mil hombres gobierna, gente usada  
en el duro ejercicio de la espada. 760

Tenía su campo en torno de la cuesta,  
y mandado que nadie se moviese  
un paso a comenzar la dura fiesta,  
hasta que el son de arremeter se oyese,  
con una irremisible pena puesta 765  
para aquél que del término saliese;  
que estaban así quedos y callados  
cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente, deseando  
ejercitar la vencedora diestra, 770  
se va a los enemigos acercando  
por la banda del bárbaro siniestra:  
Lautaro al puesto término llegando,  
presenta la batalla en bella muestra,  
con gran rumor de bárbaras trompetas, 775  
atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, Señor, que será justo  
dar fin al largo canto en este paso,  
porque el deseo del otro mueva el gusto,  
y porque de cantar me siento laso. 780  
Suplícoos que el tardar no os dé disgusto,  
pareciéndoos que voy tan paso a paso,  
que aun de gentes agravio una gran suma,  
atento a no llevar prolija pluma.

[101]

### Canto V

Contiéndose la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles, fueron los nuestros desbaratados, y muertos más de la mitad de ellos, juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios, por su clemencia,  
nos dilata el castigo merecido,  
hasta ver sin emienda la insolencia  
y el corazón rebelde endurecido:  
y es tanta la dañosa inadvertencia, 5  
que aunque vemos el término cumplido  
y ejemplo del castigo en el vecino,  
no queremos dejar el mal camino.

Dígolo, porque viene muy contenta  
nuestra gente española a las espadas, 10  
que en el fin de Valdivia no escarmienta,  
ni mira haber seguido sus pisadas:  
presto la veréis dar estrecha cuenta  
de las culpas presentes y pasadas;  
que el verdugo Lautaro, ardiendo en saña 15  
se muestra con su gente en la campaña. [102]

Villagrán con la suya a punto puesto,  
en el estrecho llano se detiene;  
plantando seis cañones en buen puesto,  
ordena aquí y allí lo que conviene: 20  
estuvo sin moverse un rato en esto  
por ver el orden que Lautaro tiene,  
que ocupaba su gente tanto trecho  
que mitigó el ardor de más de un pecho.

De muchos fue esta guerra deseada; 25  
pero sabe ora Dios sus intenciones,  
viendo toda la cuesta rodeada  
de gente en concertados escuadrones:  
la sangre, del temor ya resfriada,  
con presteza acudió a los corazones; 30  
los miembros, del calor desamparados,  
fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando,  
porque la trompa del partir no suena;  
tanto el trance y batalla deseando 35  
que cualquiera tardanza les da pena.

De la otra parte el araucano bando,  
sujeto a lo que su caudillo ordena,  
rabiaba por cerrar; mas la obediencia  
le pone duro freno y resistencia. 40

Como el feroz caballo, que impaciente,  
cuando el competidor ve ya cercano,  
bufa, relincha, y con soberbia frente  
hiere la tierra de una y otra mano;  
así el bárbaro ejército obediente, 45  
viendo tan cerca el campo castellano  
gime por ver el juego comenzado,  
mas no pasa del término asignado. [103]

Desta manera, pues, la cosa estaba,  
ganosos de ambas partes por juntarse; 50  
pero ya Villagrán consideraba  
que era dalles más ánimo el tardarse:  
tres bandas de jinetes apartaba  
de aquellos codiciosos de probarse,  
que a la seña, sin más amonestallos, 55  
ponen las piernas recio a los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo,  
salen con gran tropel y movimiento;  
Rauco se estremeció del son horrendo,  
y la mar hizo extraño sentimiento. 60  
Los corregidos bárbaros temiendo  
de Lautaro el expreso mandamiento,  
aunque por los herir se deshacían,  
el paso hacia delante no movían.

Con el concierto y orden que en Castilla 65  
juegan las cañas en solemne fiesta,  
que parte y desembraza una cuadrilla,  
revolviendo la darga al pecho puesta:  
así los nuestros firmes en la silla,  
llegan hasta el remate de la cuesta, 70  
y vuelven casi en cerco a retirarse,  
por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,  
y desta suerte muchas vueltas prueban;  
pero todas las veces una carga 75  
de flecha, dardo y piedra espesa llevan:  
a algunos vale allí la buena adarga;  
las celadas y grebas bien aprueban,  
que no pueden venir al corto hierro  
por ser peinado en torno el alto cerro. 80 [104]

Firme estaba Lautaro sin mudarse,  
y cercada de gente la montaña;  
algunos que pretenden señalarse

salen con su licencia a la campaña:  
quieren uno por uno ejercitarse 85  
de la pica y bastón con los de España;  
o dos a dos, o tres a tres soldados,  
a la franca elección de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes  
vienen con muestra airosa y contoneo, 90  
más bizarros que bravos alemanes,  
haciendo aquí y allí gentil paseo:  
como los diestros y ágiles galanes  
en público ejercicio del torneo,  
así llegan gallardos a juntarse 95  
y con las duras puntas a tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro  
sale a probar la fuerza y el destino,  
tentando el lado diestro y el siniestro,  
buscando lo mejor con sabio tino: 100  
cuál acomete, vence y hurta presto,  
hallando para entrar franco el camino;  
cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto  
que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros de estas posturas no se curan, 105  
ni paran en el aire y gentileza;  
que el golpe sea mortal sólo procuran,  
y en el cuerpo y los pies llevar firmeza:  
con ánimo arrojado se aventuran,  
llevados de la cólera y braveza; 110  
ésta a veces los golpes hace vanos,  
y ellos venir más juntos a las manos. [105]

Pero por más veloz en la corrida  
el mozo Curiomán se señalaba,  
que con gallarda muestra y atrevida 115  
larga carrera sin temor tomaba:  
y blandiendo una lanza muy fornida  
en medio de la furia la arrojaba,  
que nunca la ballesta al torno armada  
jara con tal presteza fue enviada. 120

Había siete españoles ya herido,  
mas nadie se atraviesa a la venganza,  
que era el valiente bárbaro temido  
por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:  
en esto Villagrán algo corrido, 125  
viéndole despedir la octava lanza,  
dijo con voz airada: «¿No hay alguno  
que castigue este bárbaro importuno?»

Diciendo esto, miraba a Diego Cano,  
el cual de osado crédito tenía, 130

que, una asta gruesa en la derecha mano,  
su rabicánpreciado apercebía;  
y al tiempo cuando el bárbaro lozano  
con fuerza extrema el brazo sacudía,  
en la silla los muslos enclavados 135  
hiere al caballo a un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido  
sale el presto caballo desenvuelto  
hacia el gallardo bárbaro atrevido,  
que en esto las espaldas había vuelto; 140  
pero el fuerte español, embebecido  
en que no se le fuese, el freno suelto,  
bate al caballo a priesa los talones  
hasta los enemigos escuadrones. [106]

No el araucano y fiero ayuntamiento 145  
con las espesas picas derribadas,  
ni el presuroso y recio movimiento  
de mazas y de bárbaras espadas  
pudieron resistir el duro intento  
del airado español, que las pisadas 150  
del ligero araucano iba siguiendo,  
la espesa turba y multitud rompiendo:

donde a pesar de tantos y a despecho,  
con grande esfuerzo y valerosa mano  
rompe por ellos, y la lanza al pecho 155  
de aquél que dilató su muerte en vano:  
y glorioso del bravo y alto hecho,  
al caballo picó a la diestra mano,  
abriendo con esfuerzo y diestro tino  
por medio de las armas el camino. 160

Luego se arroja el escuadrón jinete  
al araucano ejército llamando,  
que a esperarle parece que acomete,  
y vase luego al borde retirando:  
una, cuatro y diez veces arremete, 165  
poco el arremeter aprovechando;  
que en aquella sazón ninguna espada  
había de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban,  
mas poco del trabajo se aprovecha, 170  
que los nuestros en vano les picaban,  
heridos y hostigados de la flecha:  
las bravezas de algunos aplacaban  
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,  
ellos lasos, los otros descansados, 175  
los pasos y caminos ya cerrados. [107]

La presta y temerosa artillería

a toda furia y priesa disparaba,  
y así en el escuadrón indio batía,  
que cuanto topa enhiesto lo allanaba: 180  
de fuego y humo el cerro se cubría,  
el aire cerca y lejos retumbaba:  
parece con estruendo abrirse el suelo  
y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente 185  
quitar y deshacer aquel nublado,  
que lanzaba los rayos en su gente  
y había gran parte della destrozado;  
al escuadrón que a Leucotón valiente  
por su valor le estaba encomendado 190  
le manda arremeter con furia presta  
y en alta voz diciendo le amonesta:

«¡Oh fieles compañeros vitoriosos  
a quien fortuna llama a tales hechos!  
¡Ya es tiempo que los brazos valerosos 195  
nuestras causas aprueben y derechos!  
¡Sus, sus, calad las lanzas animosos!  
¡Rompan los hierros los contrarios pechos,  
y por ellos abrid roja corriente  
sin respetar a amigo ni a pariente! 200

»A las plazas guiad, que si ganadas  
por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria  
célebres quedarán vuestras espadas,  
y eterna al mundo dellas la memoria:  
el campo seguirá vuestras pisadas, 205  
siendo vos los autores desta gloria.»

Y con esto la gente envanecida  
hizo la temeraria arremetida. [108]

Por infame se tiene allí el postrero,  
que es la cosa que entre ellos más se nota; 210  
el más medroso quiere ser primero  
al probar si la lanza lleva bota:  
no espanta ver morir al compañero,  
ni llevar quince o veinte una pelota,  
volando por los aires hechos piezas, 215  
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,  
ni punto los detiene el temor ciego;  
antes si el tiro a alguno lleva el brazo,  
con el otro la espada esgrime luego: 220  
llegan sin reparar hasta el ribazo  
donde estaba la máquina del fuego;  
viéranse allí las balas escupidas  
por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda, 225  
y de tiros la tierra y sol cubrían:  
pluma no basta, lengua no hay que pueda  
figurar el furor con que venían:  
de voces, fuego, humo y polvareda  
no se entienden allí ni conocían; 230  
mas poco aprovechó este impedimento,  
que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse  
las enemigas haces ya mezcladas:  
lo que allí se vio más para notarse 235  
era el presto batir de las espadas:  
procuran ambas partes señalarse,  
y así vieran cabezas y celadas  
en cantidad y número partidas,  
y piernas de sus troncos divididas. 240 [109]

Unos por defender la artillería,  
con tal ímpetu y furia acometida;  
otros por dar remate a su porfía  
traban una batalla bien reñida:  
para un solo español cincuenta había, 245  
la ventaja era fuera de medida;  
mas cada cual por sí tanto trabaja,  
que iguala con valor a la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte  
de Carlos Quinto, Máximo, glorioso, 250  
mas que, a pesar del contrapuesto Marte,  
vaya siempre adelante vitorioso:  
el cual, terrible y fiero a cada parte,  
envuelto en ira y polvo sanguinoso,  
daba nuevo vigor a las espadas, 255  
de tanto combatir aún no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza  
según es el herir apresurado,  
con aquel mismo esfuerzo y entereza  
que si entonces la hubieran comenzado: 260  
las muertes, el rigor y la crueza,  
esto no puede ser significado,  
que la espesa y menuda yerba verde  
en sangre convertida el color pierde.

Villagrán la batalla en peso tiene, 265  
que no pierde una mínima su puesto;  
de todo lo importante se previene,  
aquí va y allí acude, y vuelve presto:  
hace de capitán lo que conviene  
con usada experiencia; y fuera desto, 270  
como usado soldado y buen guerrero

se arroja a los peligros el primero. [110]

Andando envuelto en sangre a Torbo mira  
que en los cristianos hace gran matanza;  
lleva el caballo, y él llevado de ira 275  
requiere en la derecha bien la lanza:  
en los estribos firme al pecho tira;  
mas la codicia y sobra de pujanza  
desatentó la presurosa mano,  
haciendo antes de tiempo el golpe en vano. 280

Hiende el caballo desapoderado  
por la canalla bárbara enemiga;  
revuelve a Torbo el español airado,  
y en bajo el brazo la jineta abriga;  
pásale un fuerte peto tresdoblado 285  
y el jubón de algodón, y en la barriga  
le abrió una gran herida por do al punto  
vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando  
el brazo atrás, con ira la arrojaba: 290  
vuelve la furiosa asta rechinando  
del ímpetu y pujanza que llevaba,  
y a Corpillan que estaba descansando  
por entre el brazo y cuerpo le pasaba,  
y al suelo penetró sin dañar nada, 295  
quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagrán, la espada fuera,  
por medio de la hueste va a gran priesa;  
haciendo con rigor ancha carrera  
adonde va la turba más espesa. 300  
No menos Pedro de Olmos de Aguilera  
en todos los peligros se atraviesa,  
habiendo él solo muerto por su mano  
a Guancho, Canio, Pillo y Titaguano. [111]

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado, 305  
daban de su valor notoria muestra,  
y el viejo gran jinete Maldonado  
voltea el caballo allí con mano diestra,  
ejercitando con valor usado  
la espada que en herir era maestra, 310  
aunque la débil fuerza envejecida  
hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano a dos manos, sin escudo,  
no deja lanza enhiesta ni armadura,  
que todo por rigor de filo agudo 315  
hecho pedazos viene a la llanura:  
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,  
se revuelve con tal desenvoltura



cual Cesio entre las armas de Pompeo,  
o en Troya el fiero hijo de Peleo. 320

Por otra parte el español Reinoso,  
de ponzoñosa rabia estimulado,  
con la espada sangrienta va furioso  
hiriendo por el uno y otro lado;  
mata de un golpe a Palta, y riguroso 325  
la punta enderezó contra el costado  
del fuerte Ron, y así acertó la vena,  
que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,  
Ruiz, Gonzalo Hernández, y Pantoja 330  
tienen hecha de muertos una rueda  
y la tierra de sangre toda roja:  
no hay quien ganar del campo un paso pueda  
ni el espeso herir un punto afloja,  
haciendo los cristianos tales cosas 335  
que las harán los tiempos milagrosas. [112]

Mas eran los contrarios tanta gente,  
y tan poco el remedio y confianza,  
que a muchos les faltaba juntamente  
la sangre, aliento, fuerza y la esperanza: 340  
llevados, pues, al fin de la corriente,  
sin poder resistir la gran pujanza,  
pierden un largo trecho la montaña  
con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza 345  
sin aflojar los nuestros siempre usaron;  
no se vio en español jamás flaqueza  
hasta que el campo y sitio les ganaron:  
mas viéndose a tal hora en estrechez,  
que pasaba de cinco que empezaron, 350  
comienzan a dudar ya la batalla  
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,  
cuando ellos en la fuerza iban menguando;  
representoles el temor la muerte, 355  
las heridas y sangre resfriando:  
algunos desaniman de tal suerte  
que se van al camino retirando,  
no del todo, Señor, desbaratados,  
mas haciéndoles rostro y ordenados. 360

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza,  
se arroja y contrapone al paso airado,  
y con sabias razones los esfuerza,  
como de capitán escarmentado,  
diciendo: «Caballeros, nadie tuerza 365

de aquello que a su honor es obligado;  
no os entreguéis al miedo, que es, yo os digo,  
de todo nuestro bien gran enemigo. [113]

»Sacudidle de vos, y veréis luego  
la deshonra y afrenta manifiesta: 370  
mirad que el miedo infame, torpe y ciego  
más que el hierro enemigo aquí os molesta:  
no os turbéis, reportaos, tened sosiego,  
que en este solo punto tenéis puesta  
vuestra fama, el honor, vida y hacienda, 375  
y es cosa que después no tiene emienda.

»¿A dó volvéis sin orden y sin tiento,  
que los pasos tenemos impedidos?  
¿Con cuánto deshonor y abatimiento  
seremos de los nuestros acogidos? 380  
La vida y honra está en el vencimiento,  
la muerte y deshonor en ser vencidos:  
mirad esto, y veréis huyendo cierta  
vuestra deshonra y más la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo 385  
por esto y otras cosas que decía,  
según era el terror y extraño miedo  
en que el peligro puesto los había.  
«¿Dónde quedar mejor que aquí yo puedo?»  
diciendo Villagrán, con osadía 390  
temeraria arremete a tanta gente,  
sólo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta,  
por no estar al rigor de ser juzgado;  
teme más que a la muerte alguna afrenta 395  
y el verse con el dedo señalado:  
no quiere andar a todos dando cuenta  
si a volver las espaldas fue forzado;  
que por dolencia o mancha se reputa  
tener hombre el honor puesto en disputa. 400 [114]

Cuán bien desto salió, que del caballo  
al suelo le trujeron aturdido;  
cuál procura prendello, cuál matallo;  
pero las buenas armas le han valido;  
otros dicen a voces: «¡Desarmallo!» 405  
Acude allí la gente y el ruido...  
Mas quien saber el fin desto quisiere  
al otro canto pido que me espere.

[115]

### Canto VI

Prosigue la comenzada batalla, con las extrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos a cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,  
ni revolver de hado riguroso  
le pueden presentar caso tan fuerte,  
que le traigan a estado vergonzoso;  
como ahora a Villagrán, que con su muerte,  
no siendo de otro modo poderoso, 5  
piensa atajar el áspero camino  
adonde le tiraba su destino.

Sus soldados, el paso apresurando,  
en confuso montón se retrujeron,  
cuando en el nuevo y gran rumor mirando 10  
a su buen capitán en tierra vieron:  
solos trece, la vida despreciando,  
los rostros y las riendas revolvieron;  
rasgando a los caballos los ijares  
se arrojan a embestir tantos millares. 15 [116]

Con más valor que yo sabré decillo  
el pequeño escuadrón ligero cierra,  
abriendo en los contrarios un portillo,  
que casi puso en condición la guerra:  
rompen hasta do el mísero caudillo 20  
de golpes aturdido estaba en tierra,  
sin ayuda y favor desamparado,  
de la enemiga turba rodeado.

Todos a un tiempo quieren ser primeros  
en esta presa y suerte señalada, 25  
y estaban como lobos carniceros  
sobre la mansa oveja desmandada,  
cuando discordes con ahullidos fieros  
forman música en voz desentonada;  
y en esto los mastines del egido 30  
llegan con gran presteza a aquel ruido;

Así los enemigos apiñados,  
en medio al triste Villagrán tenían,  
que por darle la muerte, embarazados,  
los unos a los otros se impedían: 35  
mas los trece españoles esforzados,  
rompiendo a la sazón, sobrevenían  
de roja y fresca sangre ya cubiertos  
de aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza, del amor movidos, 40  
adonde a Villagrán ven se arrojaban,  
y los agudos hierros atrevidos  
de nuevo en sangre nueva remojaban:  
desamparan el cerco los heridos,  
acá y allá medrosos se apartaban: 45  
algunos sustentaban con más suerte  
su parte y opinión hasta la muerte. [117]

Si un espeso montón se deshacía;  
desocupando el campo escarmentados,  
otra junta mayor luego nacía, 50  
y estaban sus lugares ocupados:  
del sueño Villagrán aún no volvía;  
mas tal maña se dieron sus soldados,  
y así las prestas armas revolvieron,  
que en su acuerdo a caballo lo pusieron. 55

A tardarse más tiempo fuera muerto,  
y a bien librar salió tan mal parado  
que, aunque estaba de planchas bien cubierto,  
tenía el cuerpo molido y magullado:  
pero del sueño súbito despierto, 60  
viendo trece españoles a su lado,  
olvidando el peligro en que aún estaba,  
entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo  
sin escarmiento ni temor hendía, 65  
llevando en su defensa al bando amigo,  
que destrozando bárbaros venía:  
trillan, derriban, hacen tal castigo  
que duran las reliquias hoy en día,  
y durará en Arauco muchos años 70  
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere a Mailongo de pasada  
de un valiente altibajo a fil derecho;  
no le valió de acero la celada,  
que los filos corrieron hasta el pecho: 75  
Aguilera al través tendió la espada,  
y al dispuesto Guamán dejó mal trecho;  
haciendo ya el temor tan ancha senda  
que bien pueden correr a toda rienda. [118]

Salen, pues, los catorce vitoriosos 80  
donde los otros de su bando estaban,  
que turbados, sin orden, temerosos  
de ver su muerte ya remolinaban:  
no bastaron ni fueron poderosos  
Villagrán y los otros que llegaban 85  
a estorbar el camino comenzado,

que ya el temor gran fuerza había cobrado.

Viendo bravo y gallardo al araucano,  
del todo de vencer desconfiados,  
y los caballos sin aliento, en vano 90  
de importunas espuelas fatigados;  
a grandes voces dicen: «¡A lo llano!  
No estemos desta suerte arrinconados;»  
y con nuevo temor y desatino  
toman algunos dellos el camino. 95

Cual de cabras montesas la manada,  
cuando a lugar estrecho es reducida,  
de diestros cazadores rodeada  
y de importunos tiros perseguida;  
que viéndose ofendida y apretada, 100  
una rompe el camino y la huída,  
siguiendo las demás a la primera;  
así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte, desmandados  
corren a la bajada de la cuesta, 105  
sin orden y atención apresurados,  
como si al palio fueran sobre apuesta:  
aunque algunos valientes ocupados  
con firme rostro y con espada presta,  
combatiendo animosos, no miraban 110  
cómo así los amigos los dejaban. [119]

No atienden al huir, ni se previenen  
de remedio tan flaco y vergonzoso;  
antes en su batalla se mantienen,  
trayendo el fin a término dudoso 115  
y con heroicos ánimos detienen  
de los indios el ímpetu furioso,  
y la disposición del duro hado  
en daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen, 120  
contrastando al destino, que parece  
que el valor araucano disminuyen,  
y el suyo con difícil prueba crece:  
mas viendo a los amigos cómo huyen,  
que a más correr la gente desaparece, 125  
hubieron de seguir la misma vía,  
que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,  
que será a la sazón más conveniente,  
pues me suena en la oreja el triste llanto 130  
del pueblo amigo y género inocente.  
No siento el ser vencidos, tanto cuanto  
ver pasar las espadas crudamente

por vírgenes, mujeres, servidores,  
que penetran los cielos sus clamores. 135

La infantería española sin pereza  
y gente de servicio iban camino,  
que el miedo les prestaba ligereza,  
y más de la que a algunos les convino;  
pues con la turbación y gran torpeza 140  
muchos perdieron de la cuesta el tino,  
ruedan unos, los lomos quebrantados,  
otros hechos pedazos despeñados. [120]

Quedan por el camino mil tendidos,  
los arroyos de sangre el llano riegan, 145  
rompiendo el aire el llanto y alaridos  
que en son desentonado al cielo llegan:  
y las lástimas tristes y gemidos,  
puestas las manos altas, con que ruegan  
y piden de la vida gracia en vano 150  
al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando,  
con mano presta y pies en la corrida,  
hiriendo sin respeto y derribando  
la inútil gente, mísera, impedida, 155  
que a la amiga nación iba invocando  
la ayuda en vano a la amistad debida,  
poniéndole delante con razones  
la deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque más las razones obligaban, 160  
si alguno a defenderlos resolvía,  
viendo cuanto los otros se alargaban,  
alargarse también le convenía.  
Ni a los que por amigos se trataban,  
ni a las que por amigas se debía, 165  
con quien había amistad y cuenta estrecha,  
llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros sin parar en nada  
por la carrera de su sangre roja  
dan siempre nueva furia en su jornada, 170  
y a los caballos priesa y rienda floja:  
que ni la voz de virgen delicada,  
ni obligación de amigos los congoja:  
la pena y la fatiga que llevaban  
era que los caballos no volaban. 175 [121]

Sordos a aquel clamor y endurecidos,  
miden con sueltos pies el verde llano;  
pero algunos de lástima movidos,  
viendo el fiero espectáculo inhumano,  
de una rabiosa cólera encendidos, 180

vuelven contra el ejército araucano  
que corre por el campo derramado,  
la más parte en la presa embarazado.

Determinados de morir, revuelven  
haciendo al sexo tímido reparo, 185  
y de suerte en los bárbaros se envuelven,  
que a más de diez la vuelta costó caro:  
por esto los primeros aún no vuelven,  
que quieren que el partido sea más claro,  
y no poner la vida en aventura, 190  
cuanto lejos de allí tanto segura.

Torna la lid de nuevo a refrescarse;  
de un lado y otro andaba igual trabada:  
pecho con pecho vienen a juntarse,  
lanza con lanza, espada con espada; 195  
pueden los españoles sustentarse,  
que la gente araucana derramada  
el alcance sin orden proseguía  
haciendo todo el daño que podía.

Cual banda de cornejas esparcidas 200  
que por el aire claro el vuelo tienden,  
que de la compañera condolidas,  
por los chirridos la prisión entienden,  
las batidoras alas recogidas  
a darle ayuda en círculo descenden; 205  
el bárbaro escuadrón de esta manera  
al rumor endereza la carrera. [122]

La gente que de acá y allá discurre,  
viendo el tumulto y aire polvoroso  
deja el alcance, y de tropel concurre 210  
al son de las espadas sonoro:  
cada araucano con presteza ocurre  
adonde era el favor más provechoso,  
y los sangrientos hierros en las manos,  
cercan el escuadrón de los cristianos. 215

La copia de los bárbaros creciendo,  
crece el son de las armas y refriega,  
y los nuestros se van disminuyendo,  
que en su ayuda y socorro nadie llega:  
pero con grande esfuerzo combatiendo 220  
ninguno la persona a ciento niega,  
ni allí se vio español que se notase  
que a su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte, como si del cielo  
tuvieran el seguro de las vidas, 225  
se meten y se arrojan sin recelo  
por las furiosas armas homicidas:

caen por tierra, y echan por el suelo,  
dan y reciben ásperas heridas,  
que el número dispar y aventajado 230  
suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo  
la muerte y furia bárbara importuna,  
el ímpetu y pujanza resistiendo  
de la gente, del hado y la fortuna: 235  
mas contrastar a tantos no pudiendo  
sin socorro, favor ni ayuda alguna,  
dilatando el morir, les fue forzoso  
volver a su camino trabajoso. [123]

Parece el esperar más desatino, 240  
que van los delanteros como el viento;  
usar de aquel remedio les convino  
y no del temerario atrevimiento:  
muchos mueren en medio del camino  
por falta de caballos y de aliento, 245  
y de sangre también, que el verde prado  
quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,  
los bárbaros por pies los alcanzaban,  
y en los rendidos dueños derribados 250  
las fuerzas de los brazos ensayaban:  
otros de los peones empachados,  
digo, de los cristianos que a pie andaban,  
casi moverse al trote no podían,  
que con sólo el temor los detenían. 255

Los cansados peones se contentan  
con las colas o acciones aferradas,  
y en vano lastimosos representan  
estrechas amistades olvidadas:  
de sí los de a caballo los ausentan, 260  
si no pueden a ruego, a cuchilladas,  
como a los más odiosos enemigos;  
que no era a la sazón tiempo de amigos.

Atruenan todo el valle el gran bullicio,  
armas, grita, clamor triste se oía 265  
de la gente española y de servicio  
que a manos de los indios perecía:  
no se vio tan sangriento sacrificio,  
ni tan extraña y cruda anatomía  
como los fieros bárbaros hicieron 270  
en dos mil y quinientos que murieron. [124]

Unos vienen al suelo mal heridos,  
de los lomos al vientre atravesados;  
por medio de la frente otros hendidos,



otros mueren con honra degollados: 275  
otros, que piden medios y partidos,  
de los cascos los ojos arrancados,  
los fuerzan a correr por peligrosos  
peñascos sin parar precipitosos.

Y a las tristes mujeres delicadas 280  
el debido respeto no guardaban,  
antes con más rigor por las espadas  
sin escuchar sus ruegos las pasaban:  
no tienen miramiento a las preñadas,  
mas los golpes al vientre encaminaban, 285  
y aconteció salir por las heridas  
las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que más puede,  
y paga el perezoso y negligente,  
que a ninguno más vida se concede 290  
de cuanto puede andar ligeramente:  
y aquel torpe es forzoso que se quede  
que no es en la carrera diligente;  
que la muerte que airada atrás venía,  
en afirmando el pie le sacudía. 295

Aunque la cuesta es áspera y derecha,  
muchos a la alta cumbre han arribado,  
adonde una albarrada hallaron hecha,  
y el paso con maderos ocupado:  
no tiene aquel camino otra deshecha, 300  
que el cerro casi en torno era tajado;  
del un lado le bate la marina,  
del otro un gran peñón con él confina. [125]

Era de gruesos troncos mal pulidos  
el nuevo muro en breve tiempo hecho, 305  
con arte unos en otros engeridos  
que cerraban la senda y paso estrecho:  
dentro estaban los indios prevenidos,  
las armas sobre el muro y antepecho,  
que según orgullosos se mostraban, 310  
al cielo, no a la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados  
los pasos y cerrada la esperanza,  
a pasar o morir determinados,  
poniendo en Dios la firme confianza, 315  
de la albarrada un trecho desviados  
prueban de los caballos la pujanza,  
corriendo un golpe dellos a romperla,  
y los bárbaros dentro a defenderla.

Así la gente estaba detenida, 320  
que todo su trabajo no importaba,

ni al peligro hallaba la salida,  
hasta que el viejo Villagrán llegaba:  
que vista la excusada arremetida  
cuán poco en el remedio aprovechaba, 325  
sin temor de morir ni muestra alguna  
dio aquí el último tiento a la fortuna.

Estaba en un caballo derivado  
de la española raza poderoso,  
ancho de cuadra, espeso, bien trabado, 330  
castaño de color, presto, animoso,  
veloz en la carrera y alentado,  
de grande fuerza y de ímpetu furioso,  
y la furia sujeta y corregida  
por un débil bocado y blanda brida. 335 [126]

El rostro le endereza, y al momento  
bate el presto español recio la ijada,  
que sale con furioso movimiento  
y encuentra con los pechos la albarrada:  
no hace en el romper más sentimiento 340  
que si fuera en carrera acostumbrada,  
abriendo tal camino, que pasaron  
todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendían  
el paso, pero al cabo no pudieron, 345  
que por más que las armas esgrimían  
los fuertes españoles los rompieron:  
unos hacia la mano diestra guían,  
otros tan buen camino no supieron,  
tomando a la siniestra un mal sendero 350  
que a dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hacia el Poniente  
estaban dos caminos mal usados;  
estos debían de ser antiguamente  
por do al agua bajaban los venados: 355  
Digo en tiempos pasados, que al presente  
por mil partes estaban derrumbados,  
y el remate tajado con un salto  
de más de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de Natura no sabida, 360  
o por gran sequedad de aquella tierra,  
o algún diluvio grande y avenida,  
fue causa de tajarse aquella sierra:  
pues por allí la gente mal regida  
ocupada del miedo de la guerra, 365  
huyendo de la muerte ya sin tino  
a dar derechamente en ella vino. [127]

La inadvertida gente iba rodando

que repararse un paso no podía,  
el segundo al primero tropellando, 370  
y el tercero al segundo recio envía;  
el número se va multiplicando,  
un cuerpo mil pedazos se hacía,  
siempre rodando con furor violento  
hasta parar en el más bajo asiento. 375

Como el fiero Tifeo, presumiendo  
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,  
cuando el terrible cuerpo estremeciendo  
sacude los peñascos de la cumbre,  
que vienen con gran ímpetu y estruendo 380  
hechos piezas abajo en muchedumbre;  
así la triste gente mal guiada  
rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,  
de verle con presteza el fin procura: 385  
ninguno por el otro se detiene,  
que detenerse ya fuera locura:  
rodar también alguno le conviene,  
que más de lo posible se apresura:  
A caballo y a pie y aún de cabeza 390  
llegaron a lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,  
que muertos lo señores han caído;  
otros desocuparlos fue forzado  
que por flojos la silla habían perdido: 395  
cuál ligero cabalga y cuál turbado,  
del temor de la muerte ya impedido,  
atinar al estribo no podía,  
y el caballo y sazón se le huía. [128]

No aguardaban por esto, mas corriendo 400  
juegan a mucha priesa los talones,  
al delantero sin parar siguiendo,  
que no le alcanzarán a dos tirones:  
votos, promesas entre sí haciendo  
de ayunos, romerías, oraciones, 405  
y aún otros reservados sólo al Papa,  
si Dios de este peligro los escapa.

Venían ya los caballos por el llano  
las orejas tremiendo derramadas:  
quíérenlos aguijar, mas es en vano, 410  
aunque recio les abren las ijadas:  
El hermano no escucha al caro hermano;  
las lástimas allí son excusadas:  
quien dos pasos del otro se aventaja,  
por ganar otros dos muere y trabaja. 415

Como el que sueña que en el ancho coso  
siente al furioso toro avecinarse,  
que piensa atribulado y temeroso  
huyendo de aquel ímpetu salvarse,  
y se aflige y congoja presuroso 420  
por correr, y no puede menearse;  
así estos a gran priesa a los caballos  
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza  
sigue el alcance y siempre los aqueja: 425  
dichoso aquél que buen caballo alcanza,  
que de su furia un poco más se aleja:  
quién la adarga abandona, quién la lanza,  
quién de cansado el propio cuerpo deja;  
y así la vencedora gente brava 430  
la fiera sed con sangre mitigaba. [129]

A aquél que por desdicha atrás venía,  
ninguno, aunque sea amigo, le socorre,  
despacio el más ligero se movía,  
quien el caballo trota mucho corre: 435  
el cansancio y la sed los afligía:  
mas Dios, que en el mayor peligro acorre,  
frenó el ímpetu y curso al enemigo,  
según en el siguiente canto digo.

[130]

## Canto VII

Llegan los españoles a la ciudad de la Concepción hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad había, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepción.

Tener en mucho un pecho se debería

a dó el temor jamás halló posada,  
temor que honrosa muerte nos desvía  
por una vida infame y deshonorada:  
En los peligros grandes, la osadía 5  
merece ser de todos estimada:  
el miedo es natural en el prudente,  
y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban  
los cansados caballos aguijando; 10

pues tanto de temor se apresuraban  
que les daremos crédito aún callando;  
con los prestos calcaños lo afirmaban,  
con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;  
también los araucanos sin aliento 15  
la furia iban perdiendo y movimiento. [131]

Que del grande trabajo fatigados  
en el largo y veloz curso aflojaron,  
y por el gran tesón desalentados  
a seis leguas de alcance los dejaron. 20  
Los nuestros, del temor más aguijados,  
al entrar de la noche se hallaron  
en la extrema ribera de Biobío,  
adonde pierde el nombre y ser de río.

Y a la orilla un gran barco asido vieron 25  
de una gruesa cadena a un viejo pino:  
los más heridos dentro se metieron,  
abriendo por las aguas el camino;  
y los demás con ánimo atendieron  
hasta que el esperado barco vino, 30  
y con la diligencia comenzada  
a la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cuál llegarían  
del trabajo y heridas maltratados,  
algunos casi rostros no traían, 35  
otros los traen de golpes levantados:  
del infierno parece que salían:  
no hablan ni responden elevados:  
a todos con los ojos rodeaban;  
y más callando el daño declaraban. 40

Después que dio el cansancio y torpe espanto  
licencia de decir lo que pasaba,  
dejando el pueblo atónito ya cuanto,  
súbito en triste tono levantaba  
un alboroto y doloroso llanto, 45  
que el gran desastre más solemnizaba;  
y al son discorde y áspera armonía  
la casa más vecina respondía. [132]

Quién llora el muerto padre, quién marido,  
quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos; 50  
mujeres como locas sin sentido  
ansiosas tuercen las hermosas manos:  
con el fresco dolor crece el gemido,  
y los protestos de accidente vanos:  
los niños abrazados con las madres 55  
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando

las voces y clamores esforzados  
los muertos que murieron peleando  
y aquellos infelices despeñados: 60  
mozas, casadas, viudas lamentando,  
puestas las manos y ojos levantados,  
piden a Dios para dolor tan fuerte,  
el último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban 65  
al son de dolorosos instrumentos;  
mas el día venido, se atajaban  
con otro mayor mal estos lamentos;  
diciendo que a gran furia se acercaban  
los araucanos bárbaros sangrientos, 70  
en una mano hierro, en otra fuego,  
sobre el pueblo español, de temor ciego.

Ya la parlera Fama pregonando  
torpes y rudas lenguas desataba:  
las cosas de Lautaro acrecentando, 75  
los enemigos ánimos menguaba:  
que ya cada español casi temblando,  
dando fuerza a la Fama, levantaba  
al más flaco araucano hasta el cielo,  
derramando en los ánimos un hielo. 80 [133]

Levántase un rumor de retirarse,  
y la triste ciudad desamparalla,  
diciendo que no pueden sustentarse  
contra los enemigos en batalla:  
corrillos comenzaban a formarse: 85  
la voz común aprueba el despoblalla:  
algunos con razones importantes  
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas,  
del temor y el amor de la hacienda; 90  
la poca gente, muertes y heridas,  
dicen que la ciudad no se defienda:  
las haciendas y rentas adquiridas,  
al liberal temor cogen la rienda:  
mas luego se esforzó y creció de modo, 95  
que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende  
desamparar el pueblo y propio nido:  
el temeroso vulgo aún no lo entiende,  
mas tiende oreja atenta a aquel ruido, 100  
visto el público trato, más no atiende;  
que súbito, alterado y removido,  
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,  
poniendo un alarido en las estrellas.

Quién a su casa corre pregonando 105  
la venida del bárbaro guerrero;  
quién aguija a la silla, procurando  
cincharla en el caballo más ligero:  
las encerradas vírgenes llorando  
por las calles sin manto ni escudero, 110  
atónitas, de acá y de allá perdidas,  
a las madres buscaban desvalidas. [134]

Como las corderillas temerosas  
de las queridas madres apartadas,  
balando van perdidas presurosas, 115  
haciendo en poco espacio mil paradas,  
ponen atenta oreja a todas cosas,  
corren aquí y allí desatinadas;  
así las tiernas vírgenes llorando,  
a voces a las madres van llamando. 120

De rato en rato se renueva y crece  
el llanto, la aflicción y el alarido:  
tal voz hay que de súbito enmudece,  
reduciendo el sentir sólo al oído:  
cualquier sombra, Lautaro les parece, 125  
su rigurosa voz cualquier ruido,  
alzan la grito y corren, no sabiendo  
más de ver a los otros ir corriendo.

Era cosa de oír bien lastimosa  
los suspiros, clamores y lamento, 130  
haciéndoles mayores cualquier cosa  
que trae de nuevo el miedo por el viento:  
desampara la turba temerosa  
sus casas, posesión y heredamiento,  
sedas, tapices, camas, recamados, 135  
tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestos, requiriendo  
que no sea la ciudad desamparada,  
responde el principal: «Yo no lo entiendo  
ni de mi voluntad soy parte en nada.» 140  
Pero el temor un viejo posponiendo,  
les dice: «¡Gente vil, acobardada,  
deshonra del honor y ser de España!  
¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?» [135]

No fue esta corrección de algún provecho 145  
ni otras cosas que el viejo les decía;  
muestran todos hacerse a su despecho  
y van al que más corre ya la vía.  
Es justo que la fama cante un hecho  
digno de celebrarse hasta el día, 150  
que cese la memoria por la pluma

y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama noble, discreta, valerosa, osada, es aquélla que alcanza tanta fama 155 en tiempo que a los hombres es negada: estando enferma y flaca en una cama, siente el grande alboroto, y esforzada, asiendo de una espada y un escudo, salió tras los vecinos como pudo. 160

Ya por el monte arriba caminaban, volviendo atrás los rostros afligidos a las casas y tierras que dejaban, oyendo de gallinas mil graznidos: los gatos con voz hórrida maullaban, 165 perros daban tristísimos aullidos, Progne con la turbada Filomena mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con más dolor doña Mencía, que dello daba indicio y muestra clara, 170 con la espada desnuda lo impedía, y en medio de la cuesta y dellos para. El rostro a la ciudad vuelto decía:

«¡Oh valiente nación, a quien tan cara cuesta la tierra y opinión ganada 175 por el rigor y filo de la espada! [136]

»Decidme ¿qué es de aquella fortaleza que contra los que así teméis mostrastes? ¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza de la inmortalidad a que aspirastes? 180 ¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza y el natural valor de que os preciastes? ¿Adónde vais, cuitados de vosotros que no viene ninguno tras nosotros?

»¡Oh cuántas veces fuistes imputados 185 de impacientes, altivos, temerarios, en los casos dudosos arrojados, sin atender a medios necesarios: y os vimos en el yugo traer domados tan gran número y copia de adversarios, 190 y emprender y acabar empresas tales que distes a entender ser inmortales!

»¡Volved a vuestro pueblo ojos piadosos, por vos de sus cimientos levantado; mirad los campos fértiles viciosos 195 que os tienen su tributo aparejado; las ricas minas, y los caudalosos ríos de arenas de oro, y el ganado,



que ya de cerro en cerro anda perdido,  
buscando a su pastor desconocido. 200

»Hasta los animales, que carecen  
de vuestro racional entendimiento,  
usando de razón se condolecen,  
y muestran doloroso sentimiento:  
los duros corazones se enternecen, 205  
no usados a sentir, y por el viento  
las fieras la gran lástima derraman,  
y en voz casi formada nos infaman. [137]

»Dejáis quietud, hacienda y vida honrosa,  
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida, 210  
por ir a casa ajena embarazosa  
a do tendremos mísera acogida:  
¿Qué cosa puede haber más afrentosa,  
que ser huéspedes toda nuestra vida?  
¡Volved, que a los honrados vida honrada 215  
les conviene, o la muerte acelerada!

»¡Volved, no vais así de esa manera,  
ni del temor os deis tan por amigos;  
que yo me ofrezco aquí, que la primera  
me arrojaré en los hierros enemigos! 220  
¡Haré yo esta palabra verdadera  
y vosotros seréis dello testigos!  
«¡Volved, volved!» gritaba, pero en vano,  
que a nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado, 225  
que piensa reducir con persuasiones  
al hijo, del propósito dañado,  
y está alegando en vano mil razones,  
que al hijo incorregible y obstinado  
le importunan y cansan los sermones: 230  
así al temor la gente ya entregada,  
no sufre ser en esto aconsejada.

Ni a Paulo le pasó con tal presteza  
por las sienas la Jáculo serpiente,  
sin perder de su vuelo ligereza, 235  
llevándole la vida juntamente,  
como la odiosa plática y braveza  
de la dama de Nidos por la gente,  
pues apenas entró por un oído  
cuando ya por el otro había salido. 240 [138]

Sin escuchar la plática, del todo  
llevados de su antojo caminaban:  
mujeres sin chapines por el lodo  
a gran priesa las faldas arrastraban:  
fueron doce jornadas de este modo, 245

y a Mapochó al fin dellas arribaban:  
Lautaro, que se siente descansado,  
me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,  
pues él no se descuida en nuestro daño, 250  
y adonde le dejamos volveremos,  
que fue donde dejó el alcance extraño:  
En muy poco papel resumiremos  
un gran proceso y término tamaño:  
que fuera necesario larga historia 255  
para ponerlo extenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada  
me detendré lo menos que pudiere,  
y las cosas menudas, de pasada  
tocaré lo mejor que yo supiere: 260  
pido que atenta oreja me sea dada,  
que el cuento es grave y atención requiere,  
para que con curiosa y fácil pluma  
los hechos de estos bárbaros resuma;

que luego que el alcance hubo cesado 265  
volviendo al hijo de Pillán gozoso,  
que atrás un largo trecho había quedado,  
más por autoridad que de medroso,  
al general despachan un soldado,  
alojándose el campo en el gracioso 270  
valle de Talcamábida importante,  
de pastos y comidas abundante. [139]

Un bárbaro valiente que tenía  
la estancia y heredad en aquel valle,  
halló un indio cristiano por la vía; 275  
pero no se preciando de matalle,  
prisionero a su casa le traía,  
y comienza en tal modo a razonalle:  
«La vida, ¡oh miserable! quiero darte,  
aunque no la mereces por tu parte. 280

»Pues que ya a la guerra tú venías,  
gozando del honor de los guerreros,  
¿por qué con las mujeres te escondías  
viendo a hierro morir tus compañeros?  
Mujer debes de ser, pues que temías 285  
tanto de alguna espada los aceros;  
y así quiero que tengas el oficio  
en todo lo que toca a mi servicio.»

Mandó que del oficio se encargase  
que a la mujer honesta es permitido, 290  
y la posada y cena concertase,  
en tanto que del sueño convencido

los fatigados miembros recrease:  
y habiéndose a su cama recogido,  
al mundo el Sol dos vueltas había dado, 295  
y no había el araucano despertado:  
sepultado en un sueño tan profundo  
como si de mil años fuera muerto,  
hasta que el claro Sol dio luz al mundo  
a la vuelta tercera; que despierto 300  
pidió la usada ropa, y lo segundo  
si estaba la comida ya en concierto:  
el diligente siervo respondía  
que después de guisada estaba fría: [140]  
diciéndole también cómo había estado 305  
cincuenta horas de término en el lecho,  
del trabajo y manjares olvidado,  
con todo lo demás que se había hecho;  
y que el comer estaba aparejado,  
si del sueño se hallaba satisfecho. 310  
El bárbaro responde: «No me espanto  
de haber sin despertar dormido tanto;  
»que el cuidadoso Lautaro apercebido,  
por hacer desear vuestra llegada,  
la gente en escuadrones ha tenido 315  
con tal orden y tasa castigada,  
que aún el sentarnos era defendido  
en acabando Apolo su jornada,  
hasta que ya los rayos de su lumbre  
nos daban de la vuelta certidumbre. 320  
»Si alguno de su puesto se movía,  
sin esperar descargo le empalaba,  
y aquél que de cansado se dormía  
en medio de dos picas le colgaba:  
quien cortaba una espiga, allí moría, 325  
de más de la ración que se le daba:  
con órdenes estrechas y preceos  
nos tuvo, como digo, así sujetos.  
»Desta suerte estuvimos los soldados  
más de catorce noches aguardando, 330  
las picas altas, a ellas arrimados,  
vuestra tarda venida deseando:  
del sueño y del cansancio quebrantados,  
pasando gran trabajo, hasta cuando  
supimos que llegábades ya junto, 335  
que nos quitó el cansancio en aquel punto.» [141]  
Viendo el silencio que en el valle había,  
le pregunta si el campo era partido  
el mozo dice: «Ayer antes del día

salió de aquí con súbito ruido; 340  
afirmarte la causa no sabría;  
aunque por claras muestras he entendido  
que la ciudad de Penco torreada  
era del español desamparada.»

Así era la verdad, que caminado 345  
habían los escuadrones vencedores  
hacia el pueblo español, desamparado  
de los inadvertidos moradores.  
La codicia del robo y el cuidado  
les puso espuelas y ánimos mayores: 350  
siete leguas del valle a Penco había  
y arribaron en sólo medio día.

A vista de las casas, ya la gente  
se reparte por todos los caminos,  
porque el saco del pueblo sea igualmente 355  
lleno de ropa y falto de vecinos:  
apenas la señal del partir siente,  
cuando cual negra banda de estorninos  
que se abate al montón del blanco trigo,  
baja al pueblo el ejército enemigo. 360

La ciudad yerma en gran silencio atiende  
el presto asalto y fiera arremetida  
de la bárbara furia, que decidiendo  
con alto estruendo y con veloz corrida:  
el menos codicioso allí pretende 365  
la casa más copiosa y bastecida:  
vienen de gran tropel hacia las puertas,  
todas de par en par francas y abiertas. [142]

Corren toda la casa en el momento,  
y en un punto escudriñan los rincones; 370  
muchos por no engañarse por el tiento  
rompen y descerrajan los cajones;  
baten tapices, rimas y ornamento,  
camas de seda y ricos pabellones,  
y cuanto descubrir pueden de vista, 375  
que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego  
entró por el troyano alojamiento,  
sembrando frigia sangre y vivo fuego,  
talando hasta en el último cimiento; 380  
cuanto de ira, venganza y furor ciego,  
el bárbaro, del robo no contento,  
arruina, destroza, desperdicia,  
y así aún no satisface su malicia.

Quién sube la escalera y quién abaja, 385  
quién a la ropa y quién al cofre aguija,

quién abre, quién desquicia y desencaja,  
quién no deja fardel ni baratija;  
quién contiene, quién riñe, quién baraja,  
quién alega y se mete a la partija: 390  
por las torres, desvanes y tejados  
aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,  
priesa y solicitud, cuando fabrican  
en el panal la miel con providencia, 395  
que a los hombres jamás lo comunican;  
ni aquel salir, entrar y diligencia  
con que las tiernas flores melifican,  
se puede comparar, ni ser figura  
de lo que aquella gente se apresura 400 [143]

alguno de robar no se contenta  
la casa que le da cierta ventura;  
que la insaciable voluntad sedienta  
otra de mayor presa le figura:  
haciendo codiciosa y necia cuenta 405  
busca la incierta y deja la segura;  
y llegando, el Sol puesto, a la posada,  
se queda por buscar mucho sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,  
que poca cuenta y amistad había, 410  
si no se pone en salvo a buen recado,  
que allí el mayor ladrón más adquiriría;  
cuál lo saca arrastrando, cuál cargado  
va, que del propio hermano no se fía:  
más parte a ningún hombre se concede 415  
de aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen  
las guardosas hormigas avisadas,  
que a la abundante troje van y vienen  
y andan en acarretos ocupadas, 420  
no se impiden, estorban, ni detienen,  
dan las vacías paso a las cargadas;  
así los araucanos codiciosos  
entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, más no espera, 425  
que presto pone fuego al aposento;  
no aguarda que los otros salgan fuera,  
ni tiene al edificio miramiento:  
la codiciosa llama de manera  
iba en tanto furor y crecimiento, 430  
que todo el pueblo mísero se abrasa,  
corriendo el fuego ya de casa en casa. [144]

Por alto y bajo el fuego se derrama,

los cielos amenaza el son horrendo,  
de negro humo espeso y viva llama 435  
la infelice ciudad se va cubriendo:  
treme la Tierra en torno, el fuego brama,  
de subir a su esfera presumiendo:  
caen de rica labor maderamientos  
resumidos en polvos cenicientos. 440

Piérdese la ciudad más fértil de oro  
que estaba en lo poblado de la tierra,  
y adonde más riquezas y tesoro,  
según fama, en sus términos se encierra:  
¡Oh, cuántos vivirán en triste lloro, 445  
que les fuera mejor continua guerra!  
Pues es mayor miseria la pobreza  
para quien se vio en próspera riqueza.

A quién diez, a quién veinte, y a quién treinta  
mil ducados por año les rentara: 450  
el más pobre tuviera mil de renta,  
de aquí ninguno de ellos abajara:  
la parte de Valdivia era sin cuenta,  
si la ciudad en paz se sustentara,  
que en torno la cercaban ricas venas 455  
fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servían  
a los de la ciudad desamparada,  
sacar tanto oro en cantidad podían  
que a tenerse viniera casi en nada: 460  
Esto que digo y la opinión perdían  
por aflojar el brazo de la espada,  
ganados, heredades, ricas casas,  
que ya se van tornando en vivas brasas. [145]

La grito de los bárbaros se entona, 465  
no cabe el gozo dentro de sus pechos,  
viendo que el fuego horrible no perdona  
hermosas cuadras ni labrados techos:  
en tanta multitud no hay tal persona  
que de verlos se duela así deshechos; 470  
antes suspiran, gimen y se ofenden  
porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso,  
pues tanto en abrasarlos se tardaba,  
y maldicen al Tracio proceloso 475  
porque la flaca llama no esforzaba:  
al caer de las casas sonoro  
un terrible alarido resonaba,  
que junto con el humo y las centellas,  
subiendo amenazaba las estrellas. 480

Crece la fiera llama en tanto grado  
que las más altas nubes encendía;  
Tracio con movimiento arrebatado  
sacudiendo los árboles venía;  
y Vulcano al rumor, sucio y tizado, 485  
con los herreros fuelles acudía,  
que ayudaron su parte al presto fuego,  
y así se apoderó de todo luego.

Nunca fue de Nerón el gozo tanto  
de ver en la gran Roma poderosa 490  
prendido el fuego ya por cada canto,  
vista sola a tal hombre deleitosa;  
ni aquello tan gran gusto le dio, cuanto  
gusta la gente bárbara dañosa  
de ver cómo la llama se extendía, 495  
y la triste ciudad se consumía. [146]

Era cosa de oír dura y terrible  
de estallidos el son y grande estruendo;  
el negro humo espeso e insufrible,  
cual nube en aire, así se va imprimiendo: 500  
no hay cosa reservada al fuego horrible,  
todo en sí lo convierte, resumiendo  
los ricos edificios levantados  
en antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento 505  
de aquella fiera gente vengativa,  
aún no parando en esto el mal intento,  
ni planta en pie, ni cosa dejan viva.  
El incendio acabado, como cuento,  
un mensajero con gran priesa arriba 510  
del hijo de Leocán, y su embajada  
será en el otro canto declarada.

[147]

### Canto VIII

Júntanse los caciques y señores principales a consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial, fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido  
jamás puede olvidar aquella afrenta,  
trayendo al hombre siempre así encogido  
que dello sin hablar da larga cuenta:

y en el mayor contento, desabrido 5  
se le pone delante, y representa  
la dura y grave afrenta, con un miedo  
que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran  
y al temor con esfuerzo resistieran, 10  
sus haciendas y casas sustentaran,  
y en la justa demanda fenecieran:  
de mil desabrimientos no gustaran,  
ni al terrero del vulgo se pusieran;  
del vulgo, que jamás dice lo bueno, 15  
ni en decir los defectos tiene freno. [148]

Pero de un bando y de otro contemplada  
la diferencia en número de gentes,  
la ciudad sin reparos, descercada,  
con otra infinidad de inconvenientes: 20  
y el ver puestas al filo de la espada  
las gargantas de tantos inocentes,  
niños, mujeres, vírgenes sin culpa,  
será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo, 25  
se puede atribuir este suceso  
a que fue del Señor justo castigo,  
visto de su soberbia el gran exceso:  
permitiendo que el bárbaro enemigo,  
aquél que fue su súbdito y opreso, 30  
los eche de su tierra y posesiones,  
y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepción copia de gente  
estaba a la sazón, pero gran parte  
de barba blanca y arrugada frente, 35  
inútil en la dura y bélica arte,  
y poca de la edad más suficiente  
a resistir el gran rigor de Marte  
y a la parcial fortuna, que se muestra  
en todos los sucesos ya siniestra. 40

¿Quién podrá con el bando lautarino,  
viendo que su opinión tanto crecía,  
y la fortuna próspera el camino  
en nuestro daño y su provecho abría?  
No piensa reparar hasta el divino 45  
cielo y arruinar su monarquía,  
haciendo aquellos bárbaros bizarros,  
grandes fieros, bravezas y desgarros. [149]

Pues el pueblo de Penco desolado  
y de la fiera llama consumido, 50  
dije como a gran priesa había llegado



un indio mensajero, conocido,  
que por Caupolicán era enviado;  
y habiendo de su parte encarecido  
la gran batalla, digna de memoria, 55  
las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo también, sin alargar razones,  
que el general mandaba que partiese  
Lautaro con los prestos escuadrones,  
y en el valle de Arauco se metiese, 60  
donde el senado y junta de varones  
tratase lo que más les conviniese;  
pues en fértil valle hay aparejo  
para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato, 65  
levanta el campo, sin parar camina,  
deja gran tierra atrás, y en poco rato  
al monte Andalicano se avecina:  
y por llegar con súbito rebato  
el camino torció por la marina, 70  
ganoso de burlar al bando amigo,  
tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del día  
dio sobre el general súbitamente,  
con una baraúnda y vocería 75  
que puso en arma y alteró la gente:  
mas vuelto el alboroto en alegría,  
conocida la burla claramente,  
los unos y los otros sin firmarse  
sueeltas las armas corren a abrazarse. 80 [150]

Caupolicán alegre, humano y grave,  
los recibe, abrazando al buen Lautaro,  
y con regalo y plática süave  
le da prendas y honor de hermano caro:  
la gente, que de gozo en sí no cabe, 85  
por la ribera de un arroyo claro,  
en juntas y corrillos derramada,  
celebra de beber la fiesta usada.

Algún tiempo pasaron después de esto  
antes que el gran senado fuese junto, 90  
tratando en su jornada y presupuesto  
desde el principio al fin sin faltar punto:  
pero al término justo y plazo puesto  
llegó la demás gente, y todo a punto,  
los principales hombres de la tierra 95  
entraron en consulta a uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido  
con que Valdivia ante él fue presentado;

era de verde y púrpura, tejido  
con rica plata y oro recamado, 100  
un peto fuerte, en buena guerra habido,  
de fina pasta y temple relevado,  
la celada de claro y limpio acero,  
y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados 105  
a la española usanza se vestían,  
la gente del común y los soldados  
se visten del despojo que traían;  
calzas, jubones, cueros desgarrados,  
en gran estima y precio se tenían; 110  
por inútil y bajo se juzgaba  
el que español despojo no llevaba. [151]

A manera de triunfos, ordenaron  
el venir a la junta así vestidos  
y en el consejo, como digo, entraron 115  
ciento y treinta caciques escogidos:  
por su costumbre antigua se sentaron,  
según que por la espada eran tenidos.  
Estando en gran silencio el pueblo ufano,  
así soltó la voz Caupolicano.- 120

«Bien entendido tengo yo, varones,  
para que nuestra fama se acreciente,  
que no es menester fuerza de razones,  
mas sólo el apuntarlo brevemente;  
que, según vuestros fuertes corazones, 125  
entrar la España pienso fácilmente,  
y el gran Emperador, invicto Carlo  
al dominio araucano sujetarlo.

»Los españoles vemos que ya entienden  
el peso de las mazas barreadas, 130  
pues ni en campo ni en muro nos atienden:  
sabemos cómo cortan sus espadas,  
y cuán poco las mallas los defienden  
del corte de las hachas aceradas;  
si sus picas son largas y fornidas, 135  
con las vuestras han sido ya medidas.

»De vuestro intento asegurarme quiero,  
pues estoy del valor tan satisfecho,  
que gruesos muros de templado acero  
allanaréis poniéndoles el pecho: 140  
con esta confianza, yo el primero  
seguiré vuestro bando y el derecho  
que tenéis de ganar la fuerte España  
y conquistar del mundo la campaña. [152]

»La deidad de esta gente entenderemos 145

y si del alto cielo cristalino  
deciende, como dicen, abriremos  
a puro hierro anchísimo camino;  
su género y linaje asolaremos:  
que no bastará ejército divino, 150  
ni divino poder, esfuerzo y arte,  
si todos nos hacemos a una parte.

»En fin, fuertes guerreros, como digo,  
no puede mi intención más declararse.  
Aquél que me quisiere por amigo, 155  
a tiempo está que puede señalarse:  
ténganme desde aquí por enemigo  
el que quisiere a paces arrimarse».-  
Aquí dio fin y su intención propuesta,  
esperaba sereno la respuesta. 160

Ceja no se movió, y aun el aliento  
apenas al espíritu halló vía  
mientras duró el soberbio parlamento,  
que el gran Caupolicano les hacía.  
Hubo en el responder el cumplimiento 165  
y ceremonia usada en cortesía;  
a Lautaro tocaba, y excusado,  
Lincoya así responde levantado.-

«Señor, yo no me he visto tan gozoso  
después que en este triste mundo vivo, 170  
como en ver manifiesto el valeroso  
intento tuyo, el ánimo y motivo:  
y así, por pensamiento tan glorioso,  
me ofrezco por tu siervo y tu cautivo:  
que no quiero ser rey del cielo y tierra 175  
si hubiese de acabarse aquí la guerra. [153]

»Y en testimonio desto, yo te juro  
de te seguir y acompañar de hecho;  
ni por áspero caso, adverso y duro  
a la patria volver jamás el pecho: 180  
desto puedes, señor, estar seguro;  
y todo faltará y será deshecho  
antes que la palabra acreditada  
de un hombre como yo por prenda dada.»-

Así dijo; y tras él, aunque rogado, 185  
el buen Peteguelén, Curaca anciano,  
de condición muy áspera enojado,  
pero afable en la paz, fácil y humano;  
viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,  
señor de aquel hermoso y fértil llano, 190  
con espaciosa voz y grave gesto  
propuso en sus razones sabias esto.-

«Fuerte varón y capitán perfeto,  
no dejaré de ser el delantero  
a probar la fineza deste peto 195  
y si mi hacha rompe el fino acero;  
mas, como quien lo entiende, te prometo  
que falta por hacer mucho primero  
que salgan españoles desta tierra,  
cuanto más ir a España a mover guerra. 200

»Bien será que, señor, nos contentemos  
con lo que nos dejaron los pasados,  
y a nuestros enemigos desterremos,  
que están en lo más dello apoderados:  
después, por el suceso entenderemos 205  
mejor el disponer de nuestros hados.  
Esto a mí me parece; y quien quisiere  
proponga otra razón si mejor fuere.»- [154]

Callando este cacique, se adelanta  
Tucapelo, de cólera encendido, 210  
y sin respeto así la voz levanta  
con un tono soberbio y atrevido,  
diciendo: «A mí la España no me espanta,  
y no quiero por hombre ser tenido  
si solo no arruino a los cristianos, 215  
ora sean divinos, ora humanos.

»Pues lanzarlos de Chile y destruirlos  
no será para mí bastante guerra;  
que pienso, si me esperan, confundirlos  
en el profundo centro de la tierra; 220  
y si huyen, mi maza ha de seguirlos,  
que es la que deste mundo los destierra:  
por eso no nos ponga nadie miedo,  
que aún no haré en hacerlo lo que puedo.

»Y por mi diestro brazo os aseguro, 225  
si la maza dos años me sustenta,  
a despecho del cielo, a hierro puro  
de dar desto descargo y buena cuenta,  
y no dejar de España enhiesto muro;  
y aun el ánimo a más se me acrecienta, 230  
que después que allanare el ancho suelo,  
a guerra incitaré al supremo cielo.

»Que no son hados, es pura flaqueza  
la que nos pone estorbos y embarazos:  
pensar que haya fortuna, es gran simpleza, 235  
la fortuna es la fuerza de los brazos:  
la máquina del cielo y fortaleza  
vendrá primero abajo hecha pedazos,  
que Tucapel en esta y otra empresa

falte un mínimo punto en su promesa.»- 240 [155]

Peteguelén, la vieja sangre fría  
se le encendió de rabia, y levantado  
le dice: «¡Oh arrogante! La osadía  
sin discreción jamás fue de esforzado...»  
Pero Caupolicán, que conocía 245  
del viejo a tiempo el ánimo arrojado,  
con discreción le ataja las razones,  
haciendo proponer a otros varones.

Purén se ofrece allí, y Angol se ofrece  
no con menor braveza y desatiento: 250  
Ongolmo no quedó, según parece,  
de mostrar su soberbio pensamiento:  
del uno en otro multiplica y crece  
el número en el mismo ofrecimiento.  
Colocolo, que atento estaba a todo, 255  
sacó la voz, diciendo de este modo.-

«La verde edad os lleva a ser furiosos,  
¡oh hijos!, y nosotros los ancianos  
no somos en el mundo provechosos  
más de para decir consejos sanos; 260  
que no nos ciegan humos vaporosos  
del juvenil hervor y años lozanos:  
y así, como más libres, entendemos  
lo que siendo mancebos no podemos.

»Vosotros, capitanes esforzados, 265  
de sola una vitoria envanecidos,  
estáis de tal manera levantados,  
que os parecen ya pocos los nacidos:  
templad, templad los pechos alterados  
y esos vanos esfuerzos mal regidos; 270  
no hagáis de españoles tal desprecio,  
que no venden sus vidas a mal precio. [156]

»Si dos veces, por dicha, los vencistes,  
mirad cuando primero aquí vinieron  
que resistir su fuerza no pudistes, 275  
pues más de cinco veces os vencieron:  
En el licúreo campo ya lo vistes  
lo que solos catorce allí hicieron:  
no será poco hecho y buen partido  
cobrar la tierra y crédito perdido. 280

»Debemos procurar con seso y arte  
redimir nuestra patria, y libertarnos,  
dando a vuestras bravezas menos parte,  
pues más pueden dañar que aprovecharnos.  
¡Oh hijo de Leocán!, quiero avisarte, 285  
si quieres como sabio gobernarnos,

que temples esta furia, y con maduro  
seso pongas remedio en lo futuro.

»El consejo más sano y conveniente  
es que el campo en tres bandas repartido, 290  
a un tiempo, aunque por parte diferente,  
dé sobre el Cautén, pueblo aborrecido:  
bien que esté en su defensa buena gente,  
es poca; y este asiento destruido,  
Valdivia de allanar fácil sería, 295  
pues no alcanza arcabuz ni artillería.

»Sólo a mí Santiago me da pena;  
pero modo a su tiempo buscaremos  
para poderla entrar, y La Serena  
fácilmente después la allanaremos. 300  
Aunque sujeto a lo que el hado ordena,  
es el mejor camino que tenemos.»  
Acabando con esto el sabio viejo,  
a muchos pareció bien su consejo. [157]

Tras este otro Curaca, hechicero, 305  
de la vejez decrépita impedido,  
Puchecalco se llama el agorero,  
por sabio en los pronósticos tenido,  
con profundo suspiro, íntimo y fiero,  
comienza así a decir entristecido: 310  
«Al negro Eponamón doy por testigo  
de lo que siempre he dicho y ahora digo.

»Por un término breve se os concede  
la libertad, y habéis lo más gozado:  
mudarse esta sentencia ya no puede, 315  
que está por las estrellas ordenado,  
y que fortuna en vuestro daño rueda:  
mirad que os llama ya el preciso hado  
a dura sujeción y trances fuertes:  
repárense a lo menos tantas muertes. 320

»El aire de señales anda lleno,  
y las nocturnas aves van turbando  
con sordo vuelo el claro día sereno,  
mil prodigios funestos anunciando:  
las plantas con sobrado humor terreno 325  
se van, sin producir fruto, secando:  
las estrellas, la luna, el sol lo afirman;  
cien mil agujeros tristes lo confirman.

»Mírolo todo, y todo contemplado,  
no sé en qué pueda yo esperar consuelo, 330  
que de su espada el Orión armado  
con gran ruina ya amenaza el suelo:  
Júpiter se ha al Ocaso retirado;

sólo Marte sangriento posee el cielo,  
que, denotando la futura guerra, 335  
enciende un fuego bélico en la tierra. [158]

»Ya la furiosa Muerte irreparable,  
viene a nosotros con airada diestra;  
y la amiga Fortuna favorable  
con diferente rostro se nos muestra; 340  
y Eponamón horrendo y espantable,  
envuelto en la caliente sangre nuestra,  
la corva garra tiende, el cerro yerto,  
llevándonos al no sabido puerto.»

Tucapel, que de rabia reventando 345  
estaba oyendo al viejo, más no atiende,  
que dice: «Yo veré si adivinando  
de mi maza este necio se defiende.»  
Diciendo esto, y la maza levantando,  
la derriba sobre él, y así lo tiende, 350  
que jamás mudó curso de planeta  
ni fue más adivino ni profeta.

Quedole desto el brazo tan sabroso,  
según la muestra, que movido estuvo  
de dar tras el senado religioso, 355  
y no sé la razón que lo detuvo.  
Caupolicán, atónito y rabioso  
transportada la mente un rato estuvo;  
mas vuelto en sí, con voz horrible y fiera  
gritaba: «¡Capitanes, muera! ¡Muera!» 360

No le dio tanto gusto a aquella gente  
lo que Caupolicano le decía,  
cuanto al soberbio bárbaro impaciente  
viendo que ocasión tal se le ofrecía:  
era alto el tribunal, pero el valiente 365  
los hace saltar de él tan a porfía,  
que ciento y treinta que eran, en un punto  
saltan los ciento y él tras ellos junto. [159]

Los que en el alto tribunal quedaron  
son los en esta historia señalados, 370  
que jamás de su asiento se mudaron,  
de donde lo miraban sosegados:  
que de ver uno solo no curaron  
mostrarse por tan poco alborotados,  
aunque los que saltaron de tan alto 375  
en menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla  
saltó como un ligero y suelto pardo  
en medio de la tímida canalla,  
haciendo plaza el bárbaro gallardo: 380

con silbos, grita, en desigual batalla,  
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo  
le persigue la gente de manera  
como si fuera toro o brava fiera.

Según suele jugar por gran destreza 385  
el liviano montante un buen maestro,  
hiriendo con extraña ligereza  
delante, atrás, a diestro y a siniestro;  
con más desenvoltura y más presteza,  
mostrándose en los golpes fuerte y diestro, 390  
el fiero Tucapel en la pelea  
con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,  
ni para contentarse esto le basta;  
sólo de aquellos tristes hace cuenta 395  
que su maza los hace torta o pasta:  
rompe, magulla, muele y atormenta,  
desgobierna, destroza, estrophia y gasta:  
tiros llueven sobre él arrojadizos  
cual tempestad furiosa de granizos. 400 [160]

Pero sin miedo el bárbaro sangriento  
por las espesas armas discurría;  
brazos, cabezas y ánimos sin cuento  
soberbios quebrantó en solo aquel día;  
y cual menuda lluvia por el viento 405  
la sangre y frescos sesos esparcía:  
no discierne al pariente del extraño,  
haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran sólo en defenderle  
de la canalla bárbara araucana, 410  
que en montón trabajaba de ofenderle;  
mas el temor la ofensa hacía liviana.  
Era, cierto, admirable cosa verle  
saltar y acometer con furia insana,  
desmembrando la gente, sin poderse 415  
de su maza y presteza defenderse.

Caupolicán, del caso no pensado  
en tal furor y cólera se enciende,  
que estaba de bajar determinado  
aunque su gravedad se lo defiende: 420  
pero Lautaro alegre y admirado  
miraba cómo solo así contiene  
un hombre contra tanto barbarismo,  
incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al General, con el debido 425  
respeto y ojos bajos en el suelo  
le dice: «Una merced, señor, te pido,



si algo merecen mi intención y celo,  
y es, que el gran desacato cometido,  
perdones francamente a Tucapelo, 430  
pues ha mostrado en campo claramente  
valer él más que toda aquella gente.» [161]

Perplejo el General estaba en duda;  
pero mirando al fin quién lo pedía,  
luego el ejecutivo intento muda, 435  
y con el rostro alegre respondía:  
«Él ha tenido en vos bastante ayuda,  
por la cual le perdono», y más decía,  
que fuese a las escuadras, y mandase  
que el combatirle más luego cesase. 440

Baja Lautaro al campo, y prestamente  
el rico cuerno a retirar tocaba,  
al son del cual se recogió la gente,  
que recogerse a nadie le pesaba:  
sólo lo siente el bárbaro valiente, 445  
que satisfecho a su labor no estaba;  
y volviendo a Lautaro el fiero gesto,  
en alta y libre voz le dijo aquesto:-

«¿Cómo, buen capitán, has estorbado  
el tomar desta vil canalla emienda, 450  
y verme destes rústicos vengado  
para que mi valor mejor se entienda?»  
Lautaro le responde: «Es excusado  
quien viniere contigo a la contienda  
que se pueda valer contra tu diestra, 455  
según que dello has dado aquí la muestra.

»Conmigo puedes ir, que te aseguro  
que ningún daño y mal te sobrevenga.»  
Tucapel le responde: «Yo te juro  
que un paso ese temor no me detenga: 460  
mi maza es la que a mí me da el seguro;  
lo demás como quiera vaya y venga:  
que el miedo es de los niños y mujeres.  
Sus, alto, vamos luego a do quisieres.» [162]

Juntos los dos al tribunal llegando, 465  
Tucapel de Lautaro adelantado  
subió por la escalera, no mostrando  
punto de alteración por lo pasado:  
el sagaz General disimulando  
con graciosa apariencia le ha tratado; 470  
y de la rota plática el estilo  
Lautaro así diciendo añudó el hilo:

«Invicto capitán, yo he estado atento  
a lo que estos varones han propuesto,

y no sé figurarte el gran contento 475  
que me da ver su esfuerzo manifiesto:  
si de servirte tengo sano intento,  
mis obras por las tuyas dirán esto;  
pues para ser del todo agradecidas  
será poco perder por ti mil vidas. 480

»Estos fuertes guerreros ayudarte  
quieren a restaurar la propia tierra,  
porque en ello les va también su parte,  
y por el vicio grande de la guerra:  
no puedo yo dejar de aconsejarte, 485  
aunque todo el consejo en ti se encierra,  
aquello que mejor me pareciere  
y más bien al bien público viniere.

»Es mi voto que debes atenerte  
al consejo, con término discreto, 490  
del sabio Colocolo; que por suerte  
le cupo ser en todo tan perfeto:  
así que, gran señor, sin detenerte,  
cumple que esto se ponga por efeto  
antes que los cristianos se aperciban, 495  
porque más flacamente nos reciban. [163]

»Y pues que Mapochó sólo es temido,  
después que lo demás esté allanado,  
por el potente Eponamón te pido  
que el cargo de asolarle me sea dado: 500  
la tierra palmo a palmo la he medido,  
con españoles siempre he militado:  
entiendo sus astucias e invenciones,  
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

»Quinientos araucanos solamente 505  
quiero para la empresa que yo digo,  
escogidos en toda nuestra gente:  
un soldado de más no ha de ir conmigo.  
Aquí lo digo, estando tú presente  
y estos sabios caciques, que me obligo 510  
de darte la ciudad puesta en las manos  
con cien cabezas nobles de cristianos.»

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso  
y gran rato sobre ello platicaron:  
pareciéndoles modo provechoso, 515  
todos en este acuerdo concordaron:  
después do estaba el pueblo deseoso  
de saber novedades, se bajaron,  
donde lo difinido y decretado  
con general pregón fue declarado. 520

Estuvieron allí catorce días

en grande regocijo y mucha fiesta,  
ocupados en juegos y alegrías,  
y en quién más veces bebe sobre apuesta:  
después contra los pueblos del Mesías 525  
la alborozada gente en orden puesta,  
marcha Caupolicán con la vanguardia,  
quedando Lemolemo en retaguardia. [164]

Cerca llegó el ejército furioso  
de la Imperial, fundada en sitio fuerte, 530  
donde el fiero enemigo vitorioso  
la pensaba entregar presto a la muerte:  
mas el Eterno Padre poderoso  
lo dispone y ordena de otra suerte,  
dilatando el azote merecido, 535  
como veréis, prestando atento oído.

[165]

#### Canto IX

Llegan los araucanos a tres leguas de la Imperial con grueso ejército: no ha efecto su intención por permisión divina. Dan vuelta a sus tierras, adonde les vino nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepción; vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos  
como se vieron en la edad pasada,  
es causa haber agora pocos santos,  
y estar la ley cristiana autorizada:  
y así de cualquier cosa hacen espantos 5  
que sobre el natural uso es obrada;  
y no sólo al Autor no dan creencia,  
mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,  
por su costumbre y tiempo convalece: 10  
si al bajo miserable levantarle,  
por modos ordinarios le engrandece,  
si al soberbio hinchado derribarle,  
por naturales términos se ofrece:  
de suerte que las cosas de esta vida 15  
van por su natural curso y medida. [166]

Por do vemos que Dios quiere y procura  
hacer su voluntad naturalmente,  
sirviendo de instrumento la Natura,  
sobre la cual él solo es el potente; 20

y así los que creyeron por fe pura  
merecen más que si palpablemente  
viesen lo que, después de ya visible,  
sacarlos de que fue sería imposible.

En contar una cosa estoy dudoso, 25  
que soy de poner dudas enemigo,  
y es un extraño caso milagroso,  
que fue todo un ejército testigo:  
aunque yo soy en esto escrupuloso,  
por lo que dello arriba, Señor, digo, 30  
no dejaré en efeto de contarlo,  
pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en día  
que, porque la Ley sacra se extendiese,  
nuestro Dios los milagros permitía 35  
y que el natural orden se excediese:  
presumirse podrá por esta vía  
que, para que a la fe se redujese  
la bárbara costumbre y ciega gente,  
usase de milagros claramente. 40

Ya dije que el ejército araucano  
de la Imperial tres leguas se alojaba,  
en un dispuesto asiento y campo llano  
y que Caupolicán determinaba  
entrar el pueblo con armada mano: 45  
también como el castigo dilataba  
Dios a su pueblo ingrato y sin emienda,  
usando de clemencia y larga rienda. [167]

Estaba la Imperial desbastecida  
de armas, de munición y vitualla; 50  
bien que la gente della era escogida,  
pero muy poca para dar batalla;  
fuera por los cimientos destruída,  
cualquier fuerza bastara a arruinalla;  
y persona de dentro no escapara 55  
si a vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí quería mudarse,  
que ya la trompa a caminar tocaba,  
súbito comenzó el aire a turbarse,  
y de prodigios triste se espesaba: 60  
nubes con nubes vienen a cerrarse,  
turbulento rumor se levantaba;  
que con airados ímpetus violentos  
mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa 65  
las intrincadas nubes despedían:  
rayos, truenos, relámpagos a priesa

rompen los cielos y la tierra abrían:  
hacen los vientos ásperos represa,  
que en su entera violencia competían: 70  
cuanto topa arrebató el torbellino,  
alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual a todos atormenta:  
no hay corazón, no hay ánimo así entero  
que en tanta confusión, furia y tormenta 75  
no temblase, aunque más fuese de acero.  
En esto Eponamón se les presenta  
en forma de un dragón horrible y fiero,  
con enroscada cola, envuelto en fuego,  
y en ronca y torpe voz les habló luego, 80 [168]

diciéndoles: que apriesa caminasen  
sobre el pueblo español amedrentado;  
que por cualquiera banda que llegasen  
con gran facilidad sería tomado;  
y que al cuchillo y fuego la entregasen 85  
sin dejar hombre a vida y muro alzado.  
Esto dicho, que todos lo entendieron,  
en humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos  
fueron sus movimientos aplacando, 90  
y los desenfrenados cuatro vientos  
se van a sus cavernas retirando:  
las nubes se retraen a sus asientos,  
el cielo y claro sol desocupando:  
sólo el miedo en el pecho más osado 95  
no dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesada, el raso cielo  
vistió el húmido campo de alegría;  
cuando con claro y presuroso vuelo  
en una nube una mujer venía 100  
cubierta de un hermoso y limpio velo,  
con tanto resplandor, que al mediodía  
la claridad del sol delante della  
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada 105  
a todos confortó con su venida:  
venía de un viejo cano acompañada,  
al parecer de grave y santa vida:  
con una blanda voz y delicada  
les dice: «¿Adónde andáis gente perdida? 110  
Volved, volved el paso a vuestra tierra,  
no vais a la Imperial a mover guerra. [169]

»Que Dios quiere ayudar a sus cristianos  
y darles sobre vos mando y potencia;

pues ingratos, rebeldes e inhumanos 115  
así le habéis negado la obediencia:  
mirad, no vais allá, porque en sus manos  
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.»  
Diciendo esto, y dejando el bajo suelo,  
por el aire espacioso subió al cielo. 120

Los araucanos la visión gloriosa  
de aquel velo blanquísimo cubierta  
siguen con vista fija y codiciosa,  
casi sin alentar la boca abierta:  
ya que desapareció fue extraña cosa 125  
que, como quien atónito despierta,  
los unos a los otros se miraban  
y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazón y pensamiento,  
sin esperar mandato ni otro ruego, 130  
como si solo aquel fuera su intento,  
el camino de Arauco toman luego;  
Van sin orden, ligeros como el viento,  
paréceles que de un sensible fuego  
por detrás las espaldas se encendían, 135  
y así con mayor ímpetu corrían.

Heme, Señor, de muchos informado,  
para no lo escribir confusamente:  
a veintitrés de abril, que hoy es mediado,  
hará cuatro años cierta y justamente 140  
que el caso milagroso aquí contado  
aconteció, presente tanta gente,  
el año de quinientos y cincuenta  
y cuatro sobre mil por cierta cuenta. [170]

Ya la verdad en suma declarada, 145  
según que de los bárbaros se sabe,  
y no de fingimientos adornada,  
que es cosa que en materia tal no cabe;  
tienen ellos por cosa averiguada  
(que no es en prueba desto poco grave) 150  
que por esta visión hubo en dos años  
hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar, reprimiendo sus vapores,  
faltó la agua y vertientes de la sierra,  
talando el sol en tierna edad las flores, 155  
ayudado del fuego de la guerra:  
como creció la seca y las calores,  
por falta de humedad la árida tierra  
rompió banco y alzose con los frutos  
dejando de acudir con sus tributos. 160

Causó que una maldad se introdujese

en el distrito y término araucano,  
y fue que carne humana se comiese,  
(¡inorme introducción, caso inhumano!)  
y en parricidio error se convirtiese 165  
el hermano en sustancia del hermano:  
tal madre hubo, que al hijo muy querido  
al vientre le volvió do había salido.

Digo, pues, que los bárbaros llegando  
al valle de Purén, paterno suelo, 170  
las armas por entonces arrimando,  
dieron lugar al tempestuoso cielo.  
En este tiempo, en estas partes, cuando  
el encogido invierno con su hielo  
del todo apoderándose en la tierra 175  
pone punto al discurso de la guerra. [171]

Espárcese y derrámase la gente,  
dejan el campo y buscan los poblados,  
cesa el fiero ejercicio comúnmente,  
la tierra cubren húmidos nublados. 180  
Mas cuando enciende a Escorpio el sol ardiente  
y la frígida nieve los collados  
sacuden de sus cimas levantadas  
ya de la nueva yerba coronadas,

en este tiempo el bullicioso Marte 185  
saca su carro con horrible estruendo,  
y ardiendo en ira belicosa parte  
por el dispuesto Arauco discurriendo:  
hace temblar la tierra a cada parte,  
los ferrados caballos impeliendo, 190  
y en la diestra el sangriento hierro agudo  
bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego a furor movidos los guerreros  
toman las armas, dejan el reposo;  
acuden los remotos forasteros 195  
al cebo de la guerra codicioso:  
de los hierros renuevan los aceros;  
templan la cuerda al arco vigoroso;  
el peso de las mazas acrecientan,  
y el duro fresno de las astas tientan. 200

La gente andaba ya desta manera,  
con el son de las armas y bullicio,  
que codiciosa comenzar espera  
el deseado bélico ejercicio:  
juntáronse a la usada borrachera 205  
(orden antigua y detestable vicio)  
la más ilustre gente y señalada  
a dar difinición en la jornada. [172]

Tratando en general concilio estaban  
del bien y aumentación de aquel estado, 210  
cuando cuatro soldados arribaban  
con triste muestra y paso apresurado,  
haciéndoles saber cómo ya andaban  
en el sitio de Penco arruinado  
cantidad de españoles trabajando, 215  
un grueso y fuerte muro levantando;

diciéndoles: «Venimos, oh guerreros,  
de parte de los pueblos comarcanos  
con facultad bastante a prometeros,  
si desterráis de nuevo a los cristianos 220  
que pagarán con suma de dineros  
el trabajo y labor de vuestras manos;  
y no habiendo el efeto deseado,  
la tercia parte hayáis de lo asentado.

»Viendo el poco reparo y resistencia 225  
que sin vuestro favor todos tenemos,  
les dimos llanamente la obediencia  
que en el tiempo infelice dar solemos.  
No fue por opresión, no fue violencia;  
pues, aunque desdichados, entendemos 230  
cuán breve es el suspiro de la muerte,  
que pone fin y límite a la suerte:

»mas, porque estando Arauco tan vecino,  
y fija en su favor la instable rueda,  
la paz nos pareció mejor camino 235  
para que remediar todo se pueda;  
ya que lo estrague el áspero destino,  
tiempo para morir después nos queda;  
pues no estarán los brazos tan cansados  
que no puedan abrir nuestros costados. 240 [173]

»Y pues os es patente y manifiesta  
la embajada y gran priesa que traemos,  
en ella hora tratada, que la respuesta  
con la resolución esperaremos:  
brevedad os pedimos, que con ésta 245  
podrá ser que sin riesgo derribemos  
la soberbia española y confianza,  
antes que les dé esfuerzo la tardanza.»

No se puede decir el gran contento  
que les dio a los caciques la embajada: 250  
de todos desde allí en el pensamiento,  
antes que se acabase fue acetada:  
pero tuvieron freno y sufrimiento,  
que la primera voz estaba dada  
al hijo de Leocán, que, consultado, 255



así responde en nombre del senado:

«Estamos con razón maravillados  
de lo que en este caso hemos oído,  
¿y es verdad que hay cristianos tan osados  
que quieren con nosotros más ruido? 260  
Sus, Sus, que estos varones esforzados  
acetan la promesa y el partido:  
no dando entero fin a la jornada,  
del trabajo no quieren llevar nada.

»Bien os podéis volver luego con esto, 265  
que sin duda en efeto lo pondremos,  
y sobre los cristianos, lo más presto  
que se pueda dar orden, llegaremos;  
donde se mostrará bien manifiesto  
lo poco en que nosotros los tenemos; 270  
pero habéis de advertir con sabio modo  
que aviso se nos dé siempre de todo.» [174]

Muy alegres los cuatro se partieron  
por llevar tal respuesta; y caminando  
en breve a sus señores se volvieron, 275  
que estaban por momentos aguardando:  
y visto el buen despacho que trujeron,  
el contento y traición disimulando,  
sufrían con discreción las vejaciones  
encubriendo las falsas intenciones. 280

Domésticos se muestran en el trato;  
nadie toma la causa y la defiende,  
conociendo que el medio más barato  
del araucano ejército depende;  
y con doble y solícito contrato 285  
la esperada venganza se pretende  
debajo de humildad y gran secreto,  
para que su intención viniese a efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado  
gran descuido en hablar he yo tenido; 290  
mas como es en el mundo acostumbrado  
desamparar la parte del vencido,  
así yo tras el bando afortunado  
he llevado camino tan seguido;  
y si aquí la ocasión no me avisara 295  
jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad la despoblada  
y de sus ciudadanos el camino;  
púselos en el fin de la jornada,  
do forzoso dejarlos me convino: 300  
pues volviendo a la historia comenzada  
y al duro proceder de su destino,

estuvieron el tiempo en Santiägo  
que yo de ellos mención aquí no hago. [175]

Retirados allí, se reformaron 305  
de todo el aparato conveniente,  
donde por los más votos acordaron  
reedificar a Penco nuevamente.  
Con gran trabajo y gasto levantaron  
pequeña copia y número de gente: 310  
afirmar la ocasión desto no puedo,  
si fue la poca paga o mucho miedo.

Al yermo Penco herboso habían llegado;  
y un sitio, que en mitad del pueblo había,  
le tenían de tapión fortificado, 315  
que en recogido cuadro le ceñía,  
de dos fuertes bastiones abrigado,  
que cada uno dos frentes descubría;  
y a cada frente asiste una bombardas  
que con maciza bala el paso guarda. 320

La gente comarcana, con fingida  
muestra, la paz malvada aseguraba,  
esperando la ayuda prometida  
que a cencerros tapados caminaba;  
pero no fue secreta esta partida, 325  
pues entre los cristianos se trataba  
que el valiente Lautaro había pasado  
las lomas con ejército formado.

Suénase que Purén allí venía,  
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano; 330  
Tucapel, que con orgullo y bizarría  
no le igualaba bárbaro araucano,  
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,  
Caniomangue, Elicura, Mareguano,  
Cayocupil, Lincoya, Lepomande, 335  
Chilcano, Leucotón y Mareande. [176]

Todos estos varones señalados  
fueron para esta guerra apercebidos,  
con otros dos mil pláticos soldados  
en el copioso ejército escogidos. 340  
Venían de fuertes petos arreados,  
gruesas picas de hierros muy fornidos,  
ferradas mazas, hachas aceradas,  
armas arrojadizas y enastadas.

Destá manera el escuadrón camina 345  
en la callada noche y sombra oscura,  
debajo del gobierno y disciplina  
del cuidadoso Lautaro, que procura  
llegar cuando la estrella matutina

alegra el mustio campo y la verdura; 350  
antes que por aviso y doble trato  
de su venida hubiese algún recato.

Pero los españoles, de un amigo  
bárbaro que con ellos contrataba,  
saben cómo el ejército enemigo 355  
con riguroso intento se acercaba:  
pues avisados desto, como digo,  
y de cuanto en secreto se trataba,  
al trance se aparejan y batalla,  
requiriendo los fosos y muralla. 360

Era caudillo y capitán de España  
el noble montañés Juan de Alvarado,  
hombre sagaz, solícito y de maña,  
de gran esfuerzo y discreción dotado;  
el cual con orden y presteza extraña, 365  
del presente peligro recatado,  
sazón no pierde, tiempo y coyuntura,  
antes las prevenciones apresura. [177]

Que al punto, apercebidos los soldados,  
en su lugar cada uno dellos puesto, 370  
manda a nueve guerreros más cursados  
que salgan a correr la tierra presto:  
y en la cerrada noche confiados  
llegan al campo bárbaro, y en esto  
del callado escuadrón fueron sentidos, 375  
levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,  
el súbito alboroto de la guerra,  
las sonoras trompas y atambores  
hacen gemir y estremecer la tierra: 380  
en esto los astutos corredores,  
atravesando una pequeña sierra,  
toman la vuelta por más corta vía,  
dando aviso a la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte 385  
de la fuerza lo flaco fortifica,  
y en lo más necesario, allí reparte  
gente del arcabuz y de la pica:  
proveído recaudo en toda parte,  
a recibir al araucano pica 390  
con la ligera escuadra de caballo,  
por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del día siguiente  
sobre el claro horizonte se mostraba,  
y el sol por el dorado y fresco Oriente 395  
de rojo ya las nubes coloraba;

a tal hora Alvarado con su gente  
del prevenido fuerte se alejaba  
en busca de la escuadra lautarina,  
que a más andar también se le avecina. 400 [178]

Los nuestros media legua aún no se habían  
de aquel su muro lejos alongado,  
cuando al calar de un monte descubrían  
el araucano ejército ordenado.

Allí las limpias armas relucían 405  
más que el claro cristal del sol tocado,  
cubiertas de altas plumas las celadas,  
verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento, cuando  
sienten los araucanos el ruido, 410  
que, las diestras en alto levantando,  
pusieron en el cielo un alarido?

Mil instrumentos bárbaros tocando  
con grande orgullo y paso más tendido  
se vienen acercando a los de España, 415  
sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos  
con el horrible son de armada mano:  
calan el monte a fin de acometerlos,  
teniendo por mejor el sitio llano: 420  
bajas las lanzas vienen a romperlos;  
pero la osada muestra salió en vano,  
que los bárbaros ya diciplinados  
del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron 425  
con pie y con rostro firme hacia delante,  
que no sólo el encuentro repararon,  
pero a desbaratarlos fue bastante:  
los nuestros sin romper se retiraron,  
y ellos gloriosos con furor pujante, 430  
por dar remate al venturoso lance,  
siguen con pies ligeros el alcance. [179]

Apretándolos iban reciamente,  
los nuestros resistiendo y peleando,  
hasta el estrecho paso de una puente, 435  
que allí Lautaro, al cuerno aliento dando,  
el araucano ejército obediente  
se va al son conocido reparando;  
del fuerte tanto trecho esto sería  
cuanto tira un cañón de puntería. 440

Detúvose Lautaro, con intento  
de esperar al caliente medio día,  
porque de la mañana el fresco viento

los caballos y gente alentaría:  
reforma su escuadrón, haciendo asiento 445  
a vista de los nuestros, que a porfía  
se habían al sitio fuerte recogido,  
teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba  
no declinando a parte un solo punto, 450  
y la aguda chicharra se entonaba  
con un desapacible contrapunto,  
el astuto Lautaro levantaba  
su campo en escuadrón cerrado y junto,  
con grande estruendo y paso concertado, 455  
hacia el sitio español fortificado.

Con audacia, desdén y confianza  
Lautaro contra el fuerte caminaba:  
síguele atrás la gente en ordenanza,  
y él con gracioso término arrastraba 460  
una larga, ñudosa y gruesa lanza,  
que airoso poco a poco la terciaba,  
y tanto por el cuento la blandía,  
que juntar los extremos parecía. [180]

Los pocos españoles salen fuera, 465  
que encerrados no quieren esperallos;  
de arcabuces delante una hilera,  
otra de picas luego, y los caballos  
a los lados: y así desta manera  
con fiera muestra vienen a buscarlos: 470  
llegados a do ya podían herirse  
los unos a los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados  
los movidos ejércitos venían:  
suenan los arcabuces asestados, 475  
del humo, fuego y polvo se cubrían:  
los corvos arcos con vigor flechados  
gran número de tiros despedían:  
vuelan nubadas de armas enastadas  
por los valientes brazos arrojadas. 480

Cuales contrarias aguas a toparse  
van con rauda corriente sonora,  
que, resistiendo al tiempo del mezclarse,  
aquélla más violenta y poderosa  
a la menos pujante sin pararse 485  
volverla contra el curso es cierta cosa:  
así a nuestro escuadrón forzosamente  
le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava  
del número de gente y movimiento, 490

al español el bárbaro llevaba  
como a liviana paja el recio viento.  
Entran sin orden, que ya rota andaba,  
todos mezclados en el fuerte asiento,  
y dentro del cuadrado y ancho muro 495  
comienzan pie con pie un combate duro. [181]

Algunos españoles castigados  
recogerse en la fuerza no quisieron,  
que eran de corazones congojados  
y de verse en estrecho rehuyeron: 500  
quieren el campo abierto, y por los lados  
del turbado montón se dividieron;  
pero los de más ser, con mano osada  
procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir o defenderse: 505  
la carrera más larga otros tomaron,  
que acordaron con tiempo guarecerse:  
otros a la marina se llegaron  
metiéndose en un barco, sin poderse  
sufrir, las corvas áncoras alzarón; 510  
satisfaciendo al miedo y bajo intento,  
las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,  
viendo levar el áncora a la nave,  
no duda en arrojarse al mar furioso, 515  
teniendo aquel morir por menos grave.  
Quién antes no nadaba, de medroso  
las olas rompe agora y nadar sabe:  
mirad, pues, el temor a qué ha llegado,  
que viene a ser de miedo el hombre osado. 520

Los que están en la fuerza retraídos,  
como buenos guerreros se defienden;  
muertos quieren quedar y no vencidos,  
que ya sólo un honrado fin pretenden:  
y con tal presupuesto embravecidos, 525  
sin esperanza de vivir ofenden,  
haciendo en los contrarios tal estrago  
que la plaza de sangre era ya lago. [182]

Lautaro, gente y armas contrastando,  
en la fuerza el primero entrado había, 530  
y muerto a dos soldados en entrando  
que en suerte le cupieron aquel día.  
Lincoya iba hiriendo y derribando:  
mas ¿quién podrá decir la bravería  
de Tucapel, que el cielo acometiera, 535  
si hallara algún camino o escalera?

No entró el fuerte por puerta ni por puente,

antes con desenvuelto y diestro salto,  
libre el foso saltó ligeramente,  
y estaba en un momento en lo más alto: 540  
no le pudo seguir por allí gente,  
él solo de aquel lado dio el asalto;  
mas, como si de mil fuera guardado,  
se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pie firme en la plaza, 545  
cuando el furioso bárbaro esgrimiendo  
la ejercitada, dura y gruesa maza,  
iba los enemigos esparciendo:  
no vale malla fina ni coraza;  
y las celadas fuertes, no pudiendo 550  
sufrir los recios golpes que bajaban,  
machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,  
otros para en su vida lastimados,  
a quién hunde el pescuezo por los pechos, 555  
a quién rompe los lomos y costados  
cual si fueran de blanda cera hechos:  
magulla, muele y deja derrengados,  
y en el mayor peligro osadamente  
se arroja sin temor de armas y gente. 560 [183]

Contra Ortiz revolvió con muestra airada,  
que había muerto a Torquín, mozo animoso,  
la maza alta, y la vista en él clavada,  
rompe por el tropel de armas furioso:  
no sé cuál fue la espada señalada 565  
ni aquel brazo pujante y provechoso,  
que el mástil cercenó del araucano  
y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba  
no sintió la herida de repente; 570  
mas cuando el brazo y golpe descargaba,  
que los dedos y maza faltar siente,  
herida tigre hircana no es tan brava,  
ni acosado león tan impaciente  
como el indio, que lleno de postema, 575  
del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba,  
y en ellas la persona más levanta:  
el brazo cuanto puede atrás derriba,  
y el trozo impele con violencia tanta 580  
que a Ortiz, que alta la espada sobre él iba.  
La celada y los cascos le quebranta,  
y del grave dolor desvanecido  
dio en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro, con esto no vengado, 585  
viene sobre él con furia acelerada,  
y con la diestra, aún no medrosa, airado,  
a Ortiz arrebató la aguda espada;  
alzándole la cota por un lado,  
le atravesó de la una a la otra ijada, 590  
y la alma del corpóreo alojamiento  
hizo el duro y forzoso apartamiento. [184]

La espada a la siniestra el indio trueca,  
sintiéndose tullido de la diestra,  
y del golpe primero otro derrueca, 595  
que también en herir era maestra:  
como suele segar la paja seca  
el presto segador con mano diestra,  
así aquel Tucapel con fuerza brava  
brazos, piernas y cuello cercenaba. 600

Dejándose guiar por do la ira  
le llevaba furioso, discurriendo,  
unos hiere, maltrata, otros retira,  
la espesa selva de astas deshaciendo:  
acaso al Padre Lobo un golpe tira, 605  
que contra cuatro estaba combatiendo;  
el cual sin ver el fin de aquella guerra  
dio el alma a Dios y el cuerpo dio a la tierra.

El grave Leucotón, no menos fuerte,  
con el valor que el cielo le concede, 610  
hiere, aturde, derriba y da la muerte,  
que nadie en fuerza y ánimo le excede:  
no sé cómo a escribirlo todo acierte,  
que mi cansada mano ya no puede  
por tanta confusión llevar la pluma, 615  
y así reduce mucho a breve suma.

También Angol, soberbio y esforzado,  
su corvo y gran cuchillo en torno esgrime,  
hiere al joven Diego Oro, y del pesado  
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime: 620  
pero en esta sazón Juan de Alvarado,  
la furia de una punta le reprime,  
que al tiempo que el furioso alfange alzaba  
por debajo del brazo le calaba. [185]

No halló defensa la enemiga espada; 625  
lanzándose por parte descubierta,  
derecho al corazón hizo la entrada,  
abriendo una sangrienta y ancha puerta  
la cara antes del joven colorada  
se vio de amarillez mustia cubierta; 630  
descoyuntole el brazo un mortal hielo,



batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,  
que airado a todas partes discurría,  
llegó al tiempo que Angol por diestra mano 635  
al riguroso hierro se rendía:  
era su íntimo amigo y primo hermano,  
de estrecho trato antiguo y compañía;  
«pues fue siempre en la vida igual la suerte,  
quiero, dijo, también que sea en la muerte.» 640

Y contra el matador con repentina  
rabia, que el pecho y venas le abrasaba,  
un macizo y fornido tronco empina  
y con fuerza sobre él lo derribaba;  
mas temiendo del golpe la ruina 645  
Alvarado, que el ojo alerta estaba,  
saca presto el caballo apercebido,  
y en el suelo el troncón quedó metido.

Chilcán, Ongolmo, Cayeguán de un lado,  
Lepomande y Purén en compañía, 650  
habían así a los nuestros apretado,  
que ganaron gran crédito aquel día:  
Tomé, Cayocupín y el esforzado  
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,  
Mareande, Elicura y Lemolemo 655  
de su valor mostraron el extremo. [186]

En esto un rumor súbito se siente  
que los cóncavos cielos atronaba,  
y era que la vitoria abiertamente  
por el bárbaro infiel se declaraba: 660  
ya la española destrozada gente  
al camino de Itata enderezaba,  
desamparando el suelo desdichado,  
de sangre y enemigos ocupado.

Del todo a toda furia comenzando 665  
iban los españoles la huída,  
siempre más el temor apresurando  
con agudas espuelas la corrida;  
sigue el alcance y valos aquejando  
la bárbara canalla embravecida, 670  
envuelta en una espesa polvareda,  
matando al que por flojo atrás se queda.

Alvarado con ánimo y cordura  
los anima y esfuerza, y no aprovecha;  
que la turbada gente en tal rotura 675  
huye la muerte y plaza tan estrecha:  
cuál encamina al monte, y cuál procura  
de Mapochó la senda más derecha,

y cuál y cuál constante todavía,  
animoso con Átropos porfía. 680

Estos, honrosa muerte deseando,  
despreciaban la vida deshonrada,  
aquel forzoso punto dilatando  
con raro esfuerzo y valerosa espada:  
presto quedó la plaza sin un bando, 685  
de almas vacía y de cuerpos ocupada,  
que animosos los pocos que quedaban  
a las armas y muerte se entregaban. [187]

Unos por los costados caen abiertos;  
otros de parte a parte atravesados; 690  
otros, que de su sangre están cubiertos,  
se rinden a la muerte desangrados:  
al fin, todos quedaron allí muertos,  
del riguroso hierro apedazados.  
Vamos tras los que aguijan los caballos, 695  
que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda  
áspera, peligrosa y desusada,  
bate al caballo y dale suelta rienda,  
que el miedo es grande y grande la jornada: 700  
el bárbaro escuadrón con grito horrenda  
por sierra, monte, llano y por cañada  
las espaldas les iba calentando,  
hiriendo, dando muerte y derribando.

Había de la comarca concurrido 705  
gente armada por uno y otro lado,  
que a la mira imparcial había asistido  
hasta ver el derecho declarado:  
en esto alzando un súbito alarido,  
con el orgullo a vencedores dado, 710  
baja las armas, hasta allí neutrales,  
en daño de las señas imperiales.

Salen en codicioso seguimiento  
de la española gente, que corría  
con furia y ligereza más que el viento. 715  
Sin hacerse uno a otro compañía:  
la mucha turbación y desatiento,  
que a los nuestros el miedo les ponía,  
los lleva sin caminos, esparcidos  
por sierras, valles, montes, por ejidos. 720 [188]

Los que tienen caballos más ligeros  
¡oh cuán de corazón son envidiados!  
¡Qué poco se conocen compañeros  
de largo tiempo y amistad tratados!  
No aprovechan promesas de dineros, 725

ni de bienes allí representados:  
Tanto el miedo ocupado los había  
que lugar la codicia aún no tenía;  
antes, los intereses despreciando,  
se muestran allí poco codiciosos, 730  
tras las ricas celadas arrojando  
petos de fina plata embarazosos:  
y así de las promesas no curando;  
jugaban los talones presurosos:  
sólo las alas de Ícaro quisieran, 735  
aunque pasando el mar se derritieran.

Juan y Hernando Alvarados la jornada  
con el valiente Ibarra apresuraban,  
animando la gente desmayada,  
mas no por esto el paso moderaban: 740  
abren por la carrera embarazada,  
que ligeros caballos gobernaban,  
y aunque con viva espuela los batían,  
alargarse de un indio no podían.

Delante largo trecho de la gente, 745  
a los tres les da caza y atormenta  
un espaldudo bárbaro valiente,  
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:  
éste solo los sigue osadamente  
y a voces con palabras los afrenta; 750  
y los aprieta y corre a campo raso,  
sin poderle ganar un solo paso. [189]

«¡Jo!, ¡jo! (les va gritando) espera!, espera!»  
Que más en castellano no sabía;  
pero en su natural lengua primera 755  
atrevidas injurias les decía.

Tres leguas los corrió desta manera,  
que jamás de las colas se partía  
por mucho que agujjasen los rocines,  
llamándolos infames y ruines. 760

Llevaba una arma en alto levantada,  
que no hay quien su fación y forma diga:  
era una gruesa haya mal labrada,  
de la grandeza y peso de una viga,  
de metal la cabeza barreada: 765  
y esgrímela el garzón sin más fatiga  
que el presto esgrimidor suelto y liviano  
juega el fácil bastón con diestra mano.

Si alguna vez con el troncón pesado  
los caballos el bárbaro alcanzaba, 770  
era de fuerza el golpe tan cargado  
que casi derregados los dejaba;

así cada caballo escarmentado  
sin espuelas el curso apresuraba,  
que jamás fue baqueta en la corrida 775  
como el bastón del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follón se aleja  
del seguro montón y amigo bando,  
no por esto la dura empresa deja,  
antes más los persigue y va afrentando: 780  
con prestos pies y maza los aqueja,  
la nación española profazando  
en lenguaje araucano, que entendían  
los tres, que a más correr dél se desvían. [190]

Veinte veces revuelven los cristianos, 785  
dando sobre él con súbita presteza;  
a todos tres les da llenas las manos  
con su diabólica arma y ligereza:  
entretanto llegaban los ufanos  
indios en el alcance sin pereza, 790  
y volviendo los tres a su carrera  
el bárbaro y bastón sobre ellos era.

No por áspero monte ni agria cuesta  
afloja el curso y animoso brío;  
antes cual correr suele sobre apuesta 795  
tras las fieras el Puelche en desafío,  
los corre, aflige, aprieta y los molesta;  
y a diez millas de alcance, por do un río  
el camino atraviesa al mar corriendo,  
se fue en la húmida orilla deteniendo. 800

El bárbaro escuadrón parado había;  
solo el contumaz Rengo porfiando,  
desistir de la empresa no quería,  
aunque no ve persona de su bando:  
los tres lasos cristianos a porfía 805  
iban el ancho vado atravesando,  
cuando Rengo cargó de una pesada  
piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado,  
rodea el brazo dos veces, despidiendo 810  
el tosco y gran guijarro así arrojado,  
que el monte retumbó del sordo estruendo;  
las ninfas por lo más sesgo del vado,  
las cristalinas aguas revolviendo,  
sus doradas cabezas levantaron 815  
y a ver el caso atentas se pararon. [191]

El importuno bárbaro no cesa  
ni afloja de la empresa que pretende;  
antes con silbos, grita y piedra espesa,

la agua a más de la cinta, los ofende; 820  
y dándoles en esto mucho priesa,  
el beber los caballos les defiende,  
diciendo: «¡Sus, salid, salid afuera,  
que yo os manterné campo en la ribera!»

Viendo Alvarado a Rengo así orgulloso, 825  
de la soberbia tema ya impaciente,  
dice a los dos: «¡Oh caso vergonzoso,  
que a tres nos siga un indio solamente  
y triunfe de nosotros vitorioso!  
No es bien que de españoles tal se cuente: 830  
volvamos, y de aquí jamás pasemos  
si primero morir no le hacemos.»

Así dijo, y las riendas revolviendo,  
segunda vez el vado atravesaban;  
de morir o matarle proponiendo, 835  
los caballos cansados aguijaban;  
en esto el araucano, conociendo  
la cólera y furor con que tornaban,  
olvidando la maza y presupuesto,  
las voladoras plantas mueve presto. 840

Una larga carrera por la arena  
los tres a toda furia le siguieron,  
aunque en balde tomaron esta pena,  
que el indio más corrió que ellos corrieron:  
faltos, no de intención, pero de lena, 845  
de cansados las riendas recogieron;  
y en un áspero sitio y peligroso  
les hizo rostro el bárbaro animoso. [192]

Por espaldas tomó una gran quebrada,  
revolviendo a los tres con osadía, 850  
y a falta de la maza acostumbrada,  
a menudo la honda sacudía:  
de allí con mofa, silbos y pedrada,  
sin poderle ofender, los ofendía,  
por ser aquel lugar despeñadero, 855  
y más que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así excusado  
el fin de lo que tanto deseaba,  
dejando libre al bárbaro esforzado,  
que bien de mala gana se quedaba, 860  
pasa otra vez el ya seguro vado,  
y al usado camino se tornaba,  
triste en ver que Fortuna por tal modo  
se le mostraba adversa y dura en todo.

Había dejado el campo lautarino 865  
de seguir el alcance grande rato;

iban los españoles sin camino,  
como ovejas que van fuera de hato.  
De no seguirlos más me determino,  
que por lo que adelante dellos trato, 870  
dejarlos por agora me es forzado  
donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,  
dichosa a la sazón y afortunada;  
y, como se acostumbra, desviarme 875  
de la parte vencida y desdichada:  
por donde tantos van quiero guiarme,  
siguiendo la carrera tan usada,  
pues la costumbre y tiempo me convence,  
y todo el mundo es ya ¡viva quien vence! 880 [193]

¡Cuán usado es huir los abatidos  
y seguir los soberbios levantados,  
de la instable Fortuna favoritos  
para sólo después ser derribados!  
Al cabo destos favores, reducidos 885  
a su valor, son bienes prestados  
que habemos de pagar con siete tanto,  
como claro nos muestra el nuevo canto.

[194]

#### Canto X

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece

y las dádivas prósperas reparte,  
¡cómo al ánimo flaco fortalece,  
que de triste mujer se vuelve un Marte,  
y derriba, acobarda y enflaquece 5  
el esfuerzo viril en la otra parte,  
haciendo cuesta arriba lo que es llano  
y un gran cerro la palma de la mano!  
¡Quién vio los españoles colocados  
sobre el más alto cuerno de la luna 10  
de sus famosos hechos rodeados,  
sin punto y muestra de mudanza alguna!  
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!  
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,

seguidos, no de Marte, dios sanguino, 15  
mas del tímido sexo femenino! [195]

Mirad aquí la suerte tan trocada,  
pues aquellos que al cielo no temían,  
las mujeres, a quien la rueca es dada,  
con varonil esfuerzo los seguían; 20  
y con la diestra a la labor usada  
las atrevidas lanzas esgrimían,  
que, por el hado próspero impelidas,  
hacían crudos efetos y heridas.

Estas mujeres digo que estuvieron 25  
en un monte escondidas, esperando  
de la batalla el fin; y cuando vieron  
que iba de rota el castellano bando,  
hiriendo el cielo a gritos decendieron,  
el mujeril temor de sí lanzando; 30  
y de ajeno valor y esfuerzo armadas,  
toman de los ya muertos las espadas.

Y a vueltas del estruendo y muchedumbre,  
también en la vitoria embebecidas,  
de medrosas y blandas de costumbre 35  
se vuelven temerarias homicidas:  
no sienten ni les daba pesadumbre  
los pechos al correr, ni las crecidas  
barrigas de ocho meses ocupadas,  
antes corren mejor las más preñadas. 40

Llamábase infelice la postrera,  
y con ruegos al cielo se volvía,  
porque a tal coyuntura en la carrera  
mover más presto el paso no podía.  
Si las mujeres van desta manera, 45  
¿la bárbara canalla cuál iría?  
De aquí tuvo principio en esta tierra  
venir también mujeres a la guerra. [196]

Vienen acompañando a sus maridos,  
y en el dudoso trance están paradas; 50  
pero, si los contrarios son vencidos,  
salen a perseguirlos esforzadas:  
prueban la flaca fuerza en los rendidos  
y si cortan en ellos sus espadas,  
haciéndolos morir de mil maneras, 55  
que la mujer cruël eslo de veras.

Así a los nuestros esta vez siguieron  
hasta donde el alcance había cesado,  
y desde allí la vuelta al pueblo dieron,  
ya de los enemigos saqueado. 60  
Que cuando hacer más daño no pudieron,

subiendo en los caballos que en el prado  
suelos sin orden y gobierno andaban,  
a sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huía, 65  
y quién tras el que huye va corriendo:  
quién finge que está muerto, y se tendía,  
quién correr procuraba no pudiendo:  
la alegre gente así se entretenía,  
el trabajo importuno despidiendo, 70  
hasta que el sol rayaba los collados  
que el general llegó y los más soldados.

Los unos y los otros aguijaban  
con gran priesa a abrazarse estrechamente;  
pero algunos, por más que se esforzaban, 75  
la envidia les hacía arrugar la frente:  
francos los vencedores se mostraban,  
repartiendo la presa alegremente;  
que aún en el pecho vil contra natura  
puede tanto la próspera ventura. 80 [197]

Una solemne fiesta en este asiento  
quiso Caupolicán que se hiciese,  
donde del araucano ayuntamiento  
la gente militar sola estuviese;  
y con alegre muestra y gran contento, 85  
sin que la popular se entremetiese,  
en danzas, juegos, vicio y pasatiempo  
allí se detuvieron algún tiempo.

Los juegos y ejercicios acabados,  
para el valle de Arauco caminaron, 90  
do a las usadas fiestas los soldados  
de toda la provincia convocaron;  
fueron bastantes plazos señalados,  
joyas de gran valor se pregonaron,  
de los que en ellas fuesen vencedores, 95  
premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo  
más que los diligentes mensajeros,  
en un término breve apercibiendo  
naturales, vecinos y extranjeros: 100  
gran multitud de gente concurriendo,  
creció el número tanto de guerreros,  
que ocupaban las tiendas forasteras  
los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno día, 105  
que tanta gente estaba deseando,  
al campo su color restituía,  
las importunas sombras desterrando;



cuando la bulliciosa compañía  
de los briosos jóvenes, mostrando 110  
el juvenil hervor y sangre nueva,  
en campo estaban, prestos a la prueba. [198]

Fue con solemne pompa referido  
el orden de los precios, y el primero  
era un lustroso alfange, guarnecido 115  
por mano artificiosa de platero:  
este premio fue allí constituido  
para aquel que con brazo más entero  
tirase una fornida y gruesa lanza,  
sobrando a los demás en la pujanza. 120

Y de cendrada plata una celada,  
cubierta de altas plumas de colores,  
de un cerco de oro puro rodeada,  
esmaltadas en él varias labores,  
fue la preciada joya señalada 125  
para aquel que, entre diestros luchadores,  
en la difícil prueba se extremase  
y por señor del campo en pie quedase.

Un lebrél animoso, remendado,  
que el collar remataba una venera 130  
de agudas puntas de metal herrado,  
era el precio de aquel que en la carrera,  
de todas armas y presteza armado,  
arribase más presto a la bandera  
que una gran milla lejos tremolaba 135  
y el trecho señalado limitaba.

Y de niervos un arco, hecho por arte,  
con su dorada aljaba que pendía  
de un ancho y bien labrado talabarte  
con dos gruesas hebillas de taujía, 140  
éste se señaló y se puso aparte  
para aquel que con flecha a puntería,  
ganando por destreza el precio rico,  
llevase al papagayo el corvo pico. [199]

Un caballo morcillo, rabicano, 145  
tascando el freno estaba de cabestro,  
precio del que con suelta y presta mano  
esgrimiese el bastón como más diestro.  
Por juez se señaló a Caupolicano,  
de todos ejercicios gran maestro. 150  
Ya la trompeta con sonada nueva  
llamaba opositores a la prueba.

No bien sonó la alegre trompa, cuando  
el joven Orompello, ya en el puesto,  
airosamente el manto derribando, 155

mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto  
y en la valiente diestra blandiendo  
una maciza lanza. Luego en esto  
se ponen asimismo Lepomande,  
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande. 160

Estos seis en igual hila corriendo,  
las lanzas por los fieles igualadas,  
a un tiempo las derechas sacudiendo,  
fueron con seis gemidos arrojadas:  
salen la astas con rumor crugiendo, 165  
de aquella fuerza e ímpetu llevadas,  
rompen el aire, suben hasta el cielo,  
bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fue la asta primera  
que falta de vigor a tierra vino, 170  
tras ella la de Guambo, y la tercera  
de Lepomande, y cuarta la de Crino,  
la quinta de Mareande, y la postrera,  
haciendo por más fuerza más camino,  
la de Orompello fue, mozo pujante, 175  
pasando cinco brazas adelante. [200]

Tras éstos otros seis lanzas tomaron,  
de los que por más fuertes se estimaban,  
y aunque con fuerza extrema procuraron  
sobrepujar el tiro, no llegaban: 180  
otros tras éstos, y otros seis probaron,  
mas todos con vergüenza atrás quedaban;  
y por no detenerme en este cuento,  
digo que lo probaron más de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo 185  
al tiro de Orompello señalado,  
hasta que Leucotón, varón membrudo,  
viendo que ya el probar había aflojado,  
dijo en voz alta: «De perder no dudo,  
mas porque todos ya me habéis mirado, 190  
quiero ver deste brazo lo que puede  
y a dó llegar mi estrella me concede».

Esto dicho, la lanza requerida,  
en ponerse en el puesto poco tarda;  
y dando una ligera arremetida, 195  
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:  
la lanza por los aires impelida  
sale cual gruesa bala de bombardas,  
o cual furioso trueno que, corriendo,  
por las espesas nubes va rompiendo. 200

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo  
de la señal y raya delantera;

rompiendo el hierro por el duro suelo,  
tiembla por largo espacio la asta fuera:  
alza la turba un alarido al cielo, 205  
y de tropel con súbita carrera  
muchos a ver el tiro van corriendo,  
la fuerza y tirador engrandeciendo. [201]

Unos el largo trecho a pies medían  
y examinan el peso de la lanza, 210  
otros por maravilla encarecían  
del esforzado brazo la pujanza:  
otros van por el precio, otros hacían  
al vencedor cantares de alabanza;  
de Leucotón el nombre levantando 215  
le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende.  
Y aquel rumor, colérico, baraja,  
diciendo: «Aún no he perdido, ni se entiende  
de sólo el primer tiro la ventaja.» 220  
Caupolicán la vara en esto tiende,  
y a tiempo un encendido fuego ataja,  
que Tucapel al primo había acudido,  
y otros con Leucotón se habían metido.

Caupolicán, que estaba por juez puesto, 225  
mostrándose imparcial, discretamente  
la furia de Orompello aplaca presto  
con sabrosas palabras blandamente:  
y así, no se altercando más sobre esto,  
conforme a la postura, justamente 230  
a Leucotón, por más aventajado,  
le fue ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfía,  
y Leucotón quedando vitorioso,  
Orompello a una parte se desvía, 235  
del caso algo corrido y vergonzoso;  
mas como sabio mozo lo encubría,  
de verse en ocasiones deseoso  
por do con Leucotón, y causa nueva,  
venir pudiese a más estrecha prueba. 240 [202]

Era Orompello mozo asaz valido,  
que desde su niñez fue muy brioso,  
manso, tratable, fácil, corregido,  
y en ocasión metido, valeroso;  
de muchos en asiento preferido 245  
por su esfuerzo y linaje generoso,  
hijo del venerable Mauropande,  
primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio y despejado

el campo do la prueba se hacía, 250  
el diestro Cayeguán, mozo esforzado,  
a mantener la lucha se metía:  
no pasó mucho, cuando de otro lado  
con gran disposición Torquín salía  
de haber en él pujanza y ligereza; 255  
ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados  
los dos gallardos bárbaros se mueven;  
ya los viérades juntos, ya apartados,  
ora tienden el cuerpo, ora le embeben: 260  
por un lado y por otro recatados  
se inquietan, cercan, buscan y remueven,  
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,  
y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos, 265  
en su fuerza procuran conocerse;  
pero de ardor colérico encendidos  
comienzan por el campo a revolverse:  
cñense pies con pies, y entretegidos  
cargan a un lado y otro, sin poderse 270  
llevar cuanto una mínima ventaja,  
por más que el uno y otro se trabaja. [203]

Andando así, en un tiempo, cauteloso  
metió la pierna diestra Cayeguano;  
quiso Torquín ceñirla codicioso 275  
cargando con gran fuerza a aquella mano:  
sácala a tiempo Cayeguán mañoso,  
y el cuerpo de Torquín quedando en vano,  
del mismo peso y fuerza que traía  
a los pies enemigos se tendía. 280

Tras éste el fuerte Rengo se presenta,  
el cual, lanzando fuera los vestidos,  
descubre la persona corpulenta,  
brazos robustos, músculos fornidos:  
mírale la confusa turba atenta, 285  
que de cuatro entre todos escogidos  
este valiente bárbaro era el uno,  
jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo  
se apareja a la lucha y desafío, 290  
y al vencedor contrario aperciendo  
le va a buscar con animoso brío:  
de la otra parte Cayeguán saliendo  
en medio de aquel campo a su albedrío,  
vienen los dos gallardos a juntarse, 295  
procurando en la presa aventajarse.

Un rato los juzgaron igualmente,  
y anduvo en duda la vitoria incierta;  
mas luego Rengo dio señal patente  
con que fue su pujanza descubierta: 300  
que entre los duros brazos reciamente  
al triste Cayeguán, la boca abierta,  
sin dejarle alentar, le retraía,  
y acá y allá con él se revolvía. [204]

Alzole de la tierra, y apretado, 305  
en el aire gran pieza le suspende;  
Cayeguán sin color, desalentado,  
abre los brazos y las piernas tiende:  
viéndolo así rendido, el esforzado  
Rengo que a la vitoria sólo atiende, 310  
dejándole bajar, con poca pena  
le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,  
y a su tienda en los hombros le llevaron:  
todos la fuerza grande y el partido 315  
de Rengo en alta voz solemnizaron:  
pero cesando en esto aquel ruido,  
a sus asientos luego se tornaron,  
porque vieron que Talco aparejado  
el puesto de la lucha había tomado. 320

Fue este Talco de pruebas gran maestro,  
de recios miembros y feroz semblante,  
diestro en la lucha y en las armas diestro,  
ligero y esforzado aunque arrogante;  
y con todas las partes que aquí muestro, 325  
era Rengo más suelto y más pujante,  
usado en los robustos ejercicios,  
que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza;  
Rengo espaciosamente se movía; 330  
fíase mucho el uno en la destreza,  
el otro en su vigor sólo se fía:  
en esto con extraña ligereza,  
cuando menos cuidado en Talco había,  
un gran salto dio Rengo no pensado, 335  
cogiendo al enemigo descuidado. [205]

De la suerte que el tigre cauteloso,  
viendo venir lozano al suelto pardo,  
el cuello bajo, lerdo y perezoso,  
con ronco son se mueve a paso tardo, 340  
y en un instante súbito y furioso  
salta sobre él con ímpetu gallardo,  
y echándole la garra, así le aprieta,

que le oprime, le rinde y le sujeta:

de esta manera Rengo a Talco afierra, 345

y, antes que a la defensa se prevenga,

tan recio le apretó contra la tierra,

que el lomo quebrantado lo derrienga:

viéndolo pues así lo desafierra,

y a su puesto, esperando que otro venga, 350

vuelve, dejando el campo con tal hecho

de su extremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía

que a contrastar al bárbaro se atreva;

y así, porque la noche ya venía, 355

se difirió la comenzada prueba

hasta que el carro del siguiente día

alegrase los campos con luz nueva:

sonando luego varios instrumentos,

de las mesas hinchieron los asientos. 360

Pues otro día, saliendo de su tienda

el hijo de Leocán, acompañado

de gran gente, al lugar de la contienda

con altos instrumentos fue llevado:

Rengo, porque su fama más se extienda, 365

dando una vuelta en torno del cercado

entró dentro con una bella muestra,

y a mantener se puso la palestra. [206]

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto

sin que nadie la plaza le pisase, 370

que no se vio soldado tan dispuesto

que, viéndole, el lugar vacío ocupase:

pero ya Leucotón mirando en esto,

que, porque su valor más se notase,

hasta ver el más fuerte había esperado, 375

con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo

entre el parlero vulgo se levanta

de ver estos dos juntos, conociendo

en ambos igualmente fuerza tanta. 380

Leucotón, la persona recogiendo,

a recibir a Rengo se adelanta,

que con gallardo paso se venía

de esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al paragón dos animosos 385

que en esfuerzo y pujanza par no tienen:

unas veces agujian presurosos

otras frenan el paso y lo detienen:

andan en torno y miran cautelosos,

y a todos los engaños se previenen; 390

pero no tardó mucho que cerraron,  
y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pechos con pechos,  
van las últimas fuerzas apurando:  
ya se afirman y tienden muy estrechos, 395  
ya se arrojan en torno volteando,  
ya los izquierdos, ya los pies derechos  
se enclavijan y enredan, no bastando  
cuanta fuerza se pone, estudio y arte,  
a poder mejorarse alguna parte. 400 [207]

Acá y allá furiosos se rodean,  
la fuerza uno del otro resistiendo;  
tanto forcejan, gimen, ijadean,  
que los miembros se van entorpeciendo:  
tiemblan de la fatiga y titubean 405  
las cansadas rodillas, no pudiendo  
comportar el tesón y furia insana,  
que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento  
cubiertos los dos bárbaros andaban, 410  
y del fogoso y recio movimiento  
roncos los pechos dentro resonaban:  
ellos siempre con más encendimiento,  
sacando nuevas fuerzas, procuraban  
llegar la empresa al cabo comenzada 415  
por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida  
no se vio allí, ni de flaqueza indicio;  
ambos jóvenes son de edad florida,  
iguales en la fuerza y ejercicio: 420  
mas la suerte de Rengo enflaquecida,  
y el hado, que hasta allí le fue propicio,  
hicieron que perdiese a su despecho  
del precio y del honor todo el derecho.

Había en la plaza un hoyo hacia el un lado, 425  
engaste de un guijarro, y nuevamente  
estaba de su encaje levantado  
por el concurso y huella de la gente:  
desto el cansado Rengo no avisado,  
metió el pie dentro, y desgraciadamente, 430  
cual cae de la segur herido el pino,  
con no menos estruendo a tierra vino. [208]

No la pelota con tan presto salto  
resurte arriba del macizo suelo,  
ni la águila, que al robo cala de alto, 435  
sube en el aire con tan recio vuelo;  
como de corrimiento el seso falto,

Rengo rabioso, amenazando al cielo,  
se puso en pie, que aun bien no tocó en tierra,  
y contra Leucotón furioso cierra. 440

Como en la fiera lucha Anteo temido  
por el furioso Alcides derribado,  
que de la Tierra madre recogido,  
cobraba fuerza y ánimo doblado;  
así el airado Rengo embravecido, 445  
que apenas en la arena había tocado,  
sobre el contrario arriba de tal suerte,  
que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanta afrenta, vergüenza y dolor siente,  
el público lugar considerando, 450  
que, abrasado de fuego y rabia ardiente,  
se le fueron las fuerzas aumentando;  
y furioso, colérico, impaciente,  
de suerte a Leucotón va retirando,  
que apenas le resiste; y el suceso 455  
oiréis en el siguiente canto expreso.

[209]

## Canto XI

Acábanse las fiestas y diferencias, y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar a ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados

a dar señal y muestra de flaqueza  
se ven en lugar público afrentados,  
entonces manifiestan su grandeza,  
fortalecen los miembros fatigados, 5  
despiden el cansancio y la torpeza,  
y salen fácilmente con las cosas  
que eran antes, Señor, dificultosas.

Así le avino a Rengo, que, en cayendo,  
tanto esfuerzo le puso el corrimiento, 10  
que, lleno de furor y en ira ardiendo,  
se le dobló la fuerza y el aliento:  
y al enemigo fuerte, no pudiendo  
ganarle antes un paso, agora ciento  
alzado de la tierra lo llevaba, 15  
que aun afirmar los pies no le dejaba. [210]

Adelante la cólera pasara



y hubiera alguna brega en aquel llano,  
si, receloso de esto, no bajara  
presto de arriba el hijo de Pillano, 20  
que de Caupolicán traía la vara,  
y él propio los aparta de su mano:  
que no fue poco, en tanto encendimiento  
tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido 25  
despartida la lucha ya enconada,  
le fue a Rengo su honor restituído,  
mas quedó sin derecho a la celada:  
aún no estaba del todo difinido,  
ni la plaza de gente despejada, 30  
cuando el mozo Orompello dijo presto:  
Mi vez ahora me toca, mío es el puesto.

Que bramando entre sí se deshacía  
esperando aquel tiempo deseado,  
viendo que Leucotón ya mantenía, 35  
del tiro de la lanza no olvidado:  
con gran desenvoltura y gallardía  
salta el palenque y entra el estacado,  
y en medio de la plaza, como digo,  
llamaba cuerpo a cuerpo al enemigo. 40

La trápala y murmurio en el momento  
creció, porque parando el pueblo en ello,  
conoce por allí cuán descontento  
del fuerte Leucotón está Orompello:  
témese que vendrán a rompimiento, 45  
mas nadie se atraviesa a defendello,  
antes la plaza libre les dejaron  
y los vacíos lugares ocuparon. [211]

El pueblo, de la lucha deseoso,  
la más parte a Orompello se inclinaba; 50  
mira los bellos miembros y el airoso  
cuerpo que a la sazón se desnudaba,  
la gracia, el pelo crespo y el hermoso  
rostro, donde su poca edad mostraba,  
que veinte años cumplidos no tenía, 55  
y a Leucotón a fuerzas desafía.

Juzgan ser desconformes los presentes  
las fuerzas de estos dos por la apariencia;  
viendo del uno el talle y los valientes  
niervos, edad perfeta y experiencia; 60  
y del otro los miembros diferentes,  
la tierna edad y grata adolescencia;  
aunque a tal opinión contradecía  
la muestra de Orompello y osadía:

que, puesto en su lugar, ufano espera 65  
el son de la trompeta, como cuando  
el fogoso caballo en la carrera  
la seña del partir está aguardando;  
y cual halcón, que en la húmida ribera  
ve la garza de lejos blanqueando, 70  
que se alegra y se pule ya lozano,  
y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba  
aquel alegre son para moverse,  
que, de ver la tardanza, imaginaba 75  
que habían impedimentos de ofrecerse.  
Visto que tanto ya se dilataba,  
queriendo a su sabor satisfacerse,  
derecho a Leucotón sale animoso,  
que no fue en recibirle perezoso. 80 [212]

En gran silencio vuelto el rumor vano,  
quedando mudos todos los presentes,  
en medio de la plaza, mano a mano,  
salen a se probar los dos valientes.  
Como cuando el lebel y fiero alano, 85  
mostrándose con ronco son los dientes,  
yertos los cerros y ojos encendidos,  
se vienen a morder embravecidos;

de tal modo los dos amordazados,  
sin esperar trompeta ni padrino, 90  
de coraje y rencor estimulados,  
de medio a medio parten el camino,  
y en un instante iguales, aferrados,  
con extremada fuerza y diestro tino  
se ciñeron los brazos poderosos, 95  
echándose a los pies lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,  
los lleva, arroja y vuelve a todos lados,  
viéranlos sin mudarse a veces tales  
que parecen en tierra estar clavados: 100  
donde ponen los pies, dejan señales,  
cavan el duro suelo, y apretados,  
juntándose rodillas con rodillas,  
hacen crugir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña 105  
usaba que en tal tiempo usar podía,  
viendo el duro tesón y fuerza extraña  
que en su recio adversario conocía:  
revuélvense los dos por la campaña,  
sin conocerse en nadie mejoría; 110  
pero tanto de acá y de allá anduvieron

que ambos juntos a un tiempo en tierra dieron. [213]

Fue tan presto el caer, y en el momento  
tan presto el levantarse, por manera,  
que se puede decir que el más atento, 115  
a mover la pestaña, no lo viera:  
ventaja ni señal de vencimiento  
juzgarse por entonces no pudiera,  
que Leucotón arrodilló en el llano  
y Orompello tocó sola una mano. 120

En esto los padrinos se metieron,  
y a cada lado el suyo retirando,  
en disputa la lucha resumieron,  
sus puntos y razones alegando:  
de entrambas partes gentes acudieron, 125  
la porfía y rumor multiplicando;  
quién daba al uno el precio, honor y gloria;  
quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento  
a la diestra del hijo de Pillano, 130  
visto lo que pasaba, en el momento  
salta en la plaza, la ferrada en mano;  
y con aquel usado atrevimiento  
dice: «El precio ganó mi primo hermano,  
y si alguno esta causa me defiende, 135  
harele yo entender que no lo entiende:

«La joya es de Orompello, y quien bastante  
se halle a reprobar el voto mío,  
en campo estamos, hágase adelante,  
que en suma le desmiento y desafío.» 140  
Leucotón con un término arrogante  
dice: «Yo amansaré tu loco brío  
y el vano orgullo y necio devaneo,  
que mucho tiempo ha ya que lo deseo.» [214]

«Conmigo lo has de haber, que comenzado 145  
juego tenemos ya», dijo Orompello.

Responde Leucotón fiero y airado:  
«Contigo y con tu primo quiero habello.»  
Caupolicán en esto era llegado,  
que del supremo asiento, viendo aquello, 150  
había bajado a la sazón confuso,  
y allí su autoridad toda interpuso.

Leucotón y Orompello, conociendo  
que el gran Caupolicán allí venía,  
las enconosas voces reprimiendo 155  
cada cual por su parte se desvía:  
mas Tucapel, la maza revolviendo,  
que otro acuerdo y concierto no quería,

lleno de ira diabólica, no calla,  
llamando a todo el mundo a la batalla. 160

Ruego y medios con él no valen nada  
del hijo de Leocán ni de otra gente,  
diciendo que a Orompello la celada  
le den por vencedor y más valiente:  
después, que en plaza franca y estacada 165  
con Leucotón le dejen libremente,  
donde aquella disputa se decida,  
perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,  
lleno de rabia y de furor movido, 170  
le dice: «Haré que guardes el respeto  
que a mi persona y cargo le es debido.»  
Tucapel le responde: «Yo prometo  
que por temor no baje del partido;  
y aquel que en lo que digo no viniere, 175  
haga a su voluntad lo que pudiere. [215]

«Guardarete respeto, si derecho  
en lo que justo pido me guardares,  
y mientras que con recto y sano pecho  
la causa sin pasión de esto mirares: 180  
mas si, contra razón, sólo de hecho,  
torciendo la justicia lo llevares,  
por ti y tu cargo, y todo el mundo junto,  
no perderé de mi derecho un punto.»

Caupolicán, perdida la paciencia, 185  
se mueve a Tucapel determinado;  
mas Colocolo, viejo de experiencia,  
que con temor le andaba siempre al lado,  
le hizo una acatada resistencia  
diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado 190  
de ti y tu autoridad y salud nuestra  
que lo pongas en sólo alzar la diestra?

«Mira, señor, que todo se aventura:  
mira que están los más ya diferentes:  
de Tucapel conoces la locura 195  
y la fuerza que tiene de parientes;  
lo que emendarse puede con cordura  
no lo emiendes con sangre de inocentes:  
dale a Orompello el contenido precio,  
y otro al competidor de igual aprecio. 200

»Si por rigor y término sangriento  
quieres poner en riesgo lo que queda,  
puesto que sobre fijo fundamento  
Fortuna a tu sabor mueva la rueda,  
y el juvenil furor y atrevimiento 205

castigar a tu salvo te conceda,  
queda tu fuerza más disminuida,  
y al fin tu autoridad menos temida. [216]

»Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas  
que el límite araucano han extendido, 210  
y en las fieras naciones apartadas  
hacen que sea tu nombre tan temido:  
si agora han sido aquí desacatada,  
mira lo que otras veces han servido  
en trances peligrosos, derramando 215  
la sangre propia y del contrario bando.»

Imprimieron así en Caupolicano  
las razones y celo de aquel viejo,  
que, frenando el furor, dijo: «En tu mano  
lo dejo todo y tomo ese consejo». 220  
Con tal resolución, el sabio anciano,  
viendo abierto camino y aparejo,  
habló con Leucotón que vino en todo,  
y a los primos después del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera, 225  
que en tal discordia y caso tan diviso,  
lo que el mundo universo no pudiera  
pudo su discreción y buen aviso:  
fuelos, pues, reduciendo de manera  
que vinieron a todo lo que quiso; 230  
pero con condición que la celada  
por precio al Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traída  
al ufano Orompello le fue puesta;  
y una cuera de malla guarnecida 235  
de fino oro a la par vino con ésta,  
y al mismo tiempo a Leucotón vestida.  
Todos conformes, en alegre fiesta  
a las copiosas mesas se sentaron,  
donde más la amistad confederaron. 240 [217]

Acabado el comer, lo que del día  
les quedaba, las mesas levantadas,  
se pasó en regocijo y alegría,  
tegiendo en corros danzas siempre usadas,  
donde un número grande intervenía 245  
de mozos y mujeres festejadas;  
que las pruebas cesaron y ocasiones  
atento a no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra,  
y con la negra sombra el mundo abraza, 250  
los principales hombres de la tierra  
se juntaron en una antigua plaza

a tratar de las cosas de la guerra,  
y en el discurso dellas dar la traza,  
diciendo que el subsidio padecido 255  
había de ser con sangre redemido.

Salieron con que al hijo de Pillano  
se cometiese el cargo deseado,  
y el número de gente por su mano  
fuese absolutamente señalado: 260  
tal era la opinión del araucano  
y tal crédito y fama había alcanzado,  
que si asolar el cielo prometiera  
crédito a la promesa se le diera.

Y entre la gente joven más granada 265  
fueron por él quinientos escogidos,  
mozos gallardos, de la vida airada,  
por más bravos que pláticos tenidos:  
y hubo de otros por ir esta jornada  
tantos ruegos, protestos y partidos, 270  
que excusa no bastó ni impedimento  
a no exceder la copia en otros ciento. [218]

Los que Lautaro escoge son soldados  
amigos de inquietud, facinerosos,  
en el duro trabajo ejercitados, 275  
perversos, disolutos, sediciosos,  
a cualquiera maldad determinados,  
de presas y ganancias codiciosos,  
homicidas, sangrientos, temerarios,  
ladrones, bandoleros y cosarios. 280

Con esta buena gente caminaba  
hasta Maule de paz atravesando,  
y las tierras, después, por do pasaba  
iba a fuego y a sangre sujetando:  
todo sin resistir se le allanaba, 285  
poniéndose debajo de su mando;  
los caciques le ofrecen francamente  
servicio, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades  
la comarca los bárbaros destruyen. 290  
Talan comidas, casas y heredades,  
que los indios de miedo al pueblo huyen:  
estupros, adulterios y maldades  
por violencia sin término concluyen,  
no reservando edad, estado y tierra, 295  
que a todo riesgo y trance era la guerra.

No paran, con la gana que tenían  
de venir con los nuestros a la prueba,  
los indios comarcanos que huían

llevan a la ciudad la triste nueva: 300  
rumores y alborotos se movían,  
el bélico bullicio se renueva,  
aunque algunos que el caso contemplaban  
a tales nuevas crédito no daban. [219]

Dicen que era locura claramente 305  
pensar que así una escuadra desmandada  
de tan pequeño número de gente  
se atreviese a emprender esta jornada,  
y más contra ciudad tan eminente,  
y lejos de su tierra y apartada; 310  
pero los que de Penco habían salido  
tienen por más el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino,  
éstos son de los jóvenes briosos;  
otros que era imprudencia y desatino, 315  
por los pasos y sitios peligrosos:  
a todo con presteza se previno,  
que de grandes reparos ingeniosos  
el pueblo fortalecen, y en un punto  
despachan corredores todo junto; 320

debajo de un caudillo diligente,  
que verdadera relación trujese  
del número y designio de la gente;  
con comisión, si lance le saliese  
a su honor y defensa conveniente, 325  
que al bárbaro escuadrón acometiese,  
volviendo a rienda suelta dos soldados  
para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,  
abrevio con decir que se partieron, 330  
y al cuarto día con ánimo esforzado,  
sobre el campo enemigo amanecieron:  
trabose el juego y no duró trabado,  
que los bárbaros luego les rompieron;  
y todos con cuidado y pies ligeros 335  
revolvieron a ser los mensajeros. [220]

Sin aliento, cansados y afligidos  
vuelven con testimonio asaz bastante,  
de cómo fueron rotos y vencidos  
por la fuerza del bárbaro pujante, 340  
lasos, llenos de sangre, mal heridos,  
con pérdida de un hombre, el cual delante  
y en medio de los campos desmandado,  
a manos de Lautaro había espirado.

Cuentan que levantado un muro había 345  
adonde con sus bárbaros se acoge,

y que infinita gente le acudía,  
de la cual la más diestra y fuerte escoge:  
también que bastimentos cada día  
y cantidad de munición recoge, 350  
afirmando por cierto, fuera desto,  
que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,  
teniendo allí el venir por desvarío,  
a tan clara señal crédito daba, 355  
helándole la sangre un miedo frío:  
Quién de pura congoja trasudaba,  
que de Lautaro ya conoce el brío;  
quién con ardiente y animoso pecho  
bramaba por venir más presto al hecho. 360

Villagrán enfermado acaso había,  
no puede a la sazón seguir la guerra,  
mas con ruegos y dádivas movía  
la gente más gallarda de la tierra:  
y por caudillo en su lugar ponía 365  
un caro primo suyo, en quien se encierra  
todo lo que conviene a buen soldado,  
Pedro de Villagrán era llamado. [221]

Éste, sin más tardar, tomó el camino  
en demanda del bárbaro Lautaro, 370  
y el cargo que tan loco desatino  
como es venir allí le cueste caro:  
diose tal prisa a andar que presto vino  
a la corva ribera del río claro,  
que vuelve atrás en círculo gran trecho; 375  
después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto,  
de donde estaba el bárbaro alojado,  
en el lugar mejor y más dispuesto,  
y allí por ver la noche ha reparado: 380  
estaba a cualquier trance y rumor presto,  
de guardia y centinelas rodeado,  
cuando, sin entender la cosa cierta,  
gritaban: «¡Arma!, ¡arma!; ¡alerta!, ¡alerta!»

Esto fue que Lautaro había sabido 385  
como allí nuestra gente era llegada,  
que después de la haber reconocido  
por su misma persona y numerada,  
volviose sin de nadie ser sentido;  
y mostrando estimarlo todo en nada, 390  
hizo de los caballos que tenía  
soltar el de más furia y lozanía.

Diciendo en alta voz: «Si no me engaño,



no deben de saber que soy Lautaro  
de quien han recibido tanto daño, 395  
daño que no tendrá jamás reparo:  
mas, porque no me tengan por extraño,  
y el ser yo aquí venido sea más claro,  
sabiendo con quien vienen a la prueba,  
quiero que este rocín lleve la nueva.» 400 [222]

Diez caballos, Señor, había ganado  
en la refriega y última revuelta:  
el mejor ensillado y enfrenado,  
porque diese el aviso cierto, suelta:  
siendo el feroz caballo amenazado, 405  
hacia el campo español toma la vuelta  
al rastro y al olor de los caballos,  
y ésta fue la ocasión de alborotallos.

Venía con un rumor y furia tanta,  
que dio más fuerza al arma y mayor fuego; 410  
la gente recatada se levanta  
con sobresalto y gran desasosiego:  
el escándalo tanto no fue cuanta  
era después la burla, risa y juego,  
de ver que un animal de tal manera 415  
en arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto,  
hasta el nuevo apuntar de la mañana,  
que, con ánimo y firme presupuesto  
de vencer o morir de buena gana, 420  
salen del sitio y alojado puesto  
contra la gente bárbara araucana;  
que no menos estaba acodiciada  
del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto había 425  
que quien fuera del muro un paso diese,  
como por crimen grave y rebeldía,  
sin otra información luego muriese:  
así, el temor frenando a la osadía,  
por más que la ocasión la conmoviese 430  
las riendas no rompió de la obediencia  
ni el ímpetu pasó de su licencia. [223]

Del muro estaba el bárbaro cubierto,  
no dejando salir soldado fuera;  
quiere que su partido sea más cierto, 435  
encerrando a los nuestros, de manera  
que no les aproveche en campo abierto  
de ligeros caballos la carrera,  
mas sólo ánimo, esfuerzo y entereza,  
y la virtud del brazo y fortaleza. 440

Era el orden así, que acometiendo  
la plaza, al tiempo del herir volviesen  
las espaldas los bárbaros huyendo,  
porque dentro los nuestros se metiesen:  
y algunos por de fuera revolviendo, 445  
antes que los cristianos se advirtiesen,  
ocuparles las puertas del cercado,  
y combatir allí a campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban  
a la gente española que venía; 450  
y en viéndola asomar, la saludaban  
alzando una terrible vocería:  
soberbios desde allí la amenazaban  
con audacia, desprecio y bizarría,  
quién la fornida pica blandiendo, 455  
quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van a ser lidiados,  
cuando aquellos que cerca los desean,  
con silbos y rumor de los tablados,  
seguros del peligro, los toread, 460  
y en su daño los hierros amolados  
sin miedo amenazándolos blandean;  
así la gente bárbara araucana  
del muro amenazaba a la cristiana. [224]

Los españoles, siempre con semblante 465  
de parecerles poca aquella caza,  
paso a paso caminan adelante,  
pensando de allanar la fuerte plaza,  
en alta voz diciendo: «No es bastante  
el muro, ni la pica y dura maza 470  
a estorbaros la muerte merecida  
por la gran desvergüenza cometida».

Llegados de la fuerza poco trecho,  
reconocida bien por cada parte,  
pónenle el rostro, y sin torcer, derecho 475  
asaltan el fosado baluarte:  
por acabado tienen aquel hecho:  
de los bárbaros huye la más parte,  
ganan las puertas francas con gran gloria;  
cantando en altas voces la vitoria. 480

No hubiera relación deste contento,  
si los primeros indios aguardaran  
tanto espacio y sazón cuanto un momento  
que las puertas los últimos tomaran:  
mas viéndolos entrar, sin sufrimiento, 485  
ni poderse abstener, luego reparan:  
haciendo la señal que no debían,

hicieron revolver los que huían.

Como corre el caballo cuando ha oído  
las yeguas que atrás quedan y querencia, 490  
que allí el intento inclina y el sentido,  
gime y relincha con celosa ausencia,  
afloja el curso, atrás tiende el oído,  
alerto a si el señor le da licencia,  
que a dar la vuelta aún no le ha señalado, 495  
cuando sobre los pies ha volteado; [225]

de aquel modo los bárbaros huyendo,  
con muestra de temor, aunque fingida,  
firman el paso presuroso oyendo  
la alegre y cierta seña conocida: 500  
y en contra de los nuestros esgrimiendo  
la cruda espada, al parecer rendida,  
vuelven con una furia tan terrible  
que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento 505  
siguen las graves olas el camino  
y con furioso y recio movimiento  
salta el contrario Coro repentino,  
que las arenas del profundo asiento  
las saca arriba en turbio remolino, 510  
y, las hinchadas olas revolviendo,  
al tempestuoso Coro van siguiendo;

de la misma manera a nuestra gente,  
que el alcance sin término seguía,  
la súbita mudanza de repente 515  
le turbó la vitoria y alegría:  
que, sin se reparar, violentamente  
por el mismo camino revolvía,  
resistiendo con ánimo esforzado  
el número de gente aventajado. 520

Mas como un caudaloso río de fama,  
la presa y palizada desatando,  
por inculto camino se derrama,  
los arraigados troncos arrancando;  
cuando con desfrenado curso brama, 525  
cuanto topa delante arrebatando,  
y los duros peñascos enterrados  
por las furiosas aguas son llevados; [226]

con ímpetu y violencia semejante  
los indios a los nuestros arrancaron, 530  
y, sin paralles cosa por delante,  
en furiosa corriente los llevaron:  
hasta que con veloz furor pujante  
de la cerrada plaza los lanzaron,

que el miedo de perder allí la vida 535  
les hizo el paso llano a la salida.

De más priesa y con pies más desenvueltos  
los sueltos españoles que a la entrada,  
en una polvorosa nube envueltos  
salen del cerco estrecho y palizada: 540  
entre ellos van los bárbaros revueltos,  
una gente con otra amontonada,  
que sin perder un punto se herían  
de manos y de pies como podían.

No el alzado antepecho y agujeros 545  
que fuera dél en torno había cavados,  
ni la fagina y suma de maderos  
con los fuertes bejucos amarrados,  
detuvieron el curso a los ligeros  
caballos, de los hierros hostigados; 550  
que, como si volaran por el viento,  
salieron a lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo  
libre la plaza a los contrarios dejan,  
que la fortuna próspera siguiendo 555  
con prestos pies y manos los aquejan:  
pero los nuestros, el morir temiendo,  
siempre alargan el paso y más se alejan,  
deteniendo a las veces flojamente  
la gran furia y pujanza de la gente. 560 [227]

Bien una legua larga habían corrido  
a toda furia por la seca arena;  
sólo Lautaro no los ha seguido,  
llo de enojo y de rabiosa pena:  
viendo el poco sostén del mal regido 565  
campo, tan recio el rico cuerno suena,  
que los más delanteros los sintieron,  
y al son, sin más correr, se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,  
que mirarle a la cara nadie osaba, 570  
y al pabellón él solo retirado  
un nuevo edicto publicar mandaba,  
que guerrero ninguno fuese osado  
salir un paso fuera de la cava,  
aunque los españoles revolviesen 575  
y mil veces el fuerte acometiesen.

Después llamando a junta a los soldados,  
aunque ardiendo en furor, templadamente  
les dice: «Amigos, vamos engañados  
si con tan poco número de gente 580  
pensamos allanar los levantados

muros de una ciudad así eminente:  
la industria tiene aquí más fuerza y parte  
que la temeridad del fiero Marte.

»Ésta los fieros ánimos reprime, 585  
y a los flacos y débiles esfuerza:  
las cervices indómitas oprime  
y las hace domésticas por fuerza:  
ésta el honor y pérdidas redime,  
y la sazón a usar della nos fuerza; 590  
que la industria solícita y fortuna  
tienen conformidad y andan a una. [228]

»Cumple partir de aquí, muestras haciendo  
que sólo de temor nos retiramos,  
y asegurar los españoles, viendo 595  
cómo el honor y campo les dejamos;  
que después a su tiempo revolviendo  
haremos lo que así dificultamos,  
teniendo ellos el llano, y por guarida  
vecina la ciudad fortalecida.» 600

El hijo de Pillán esto decía,  
cuando asomaba el bando castellano,  
que con esfuerzo nuevo y osadía  
quiere probar segunda vez la mano.  
Fue tanto el alborozo y alegría 605  
de los bárbaros viendo por el llano  
aparecer los nuestros, que al momento  
gritan y baten palmas de contento.

En esto los cristianos acercando  
poco a poco se van a la batalla, 610  
y al justo tiempo del partir llegando,  
dejan irse a la bárbara canalla:  
que uno la maza en alto, otro bajando  
la pica, el cuerpo exento en la muralla,  
con animoso esfuerzo se mostraban, 615  
y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden a las anchas puertas  
y comienzan allí el combate duro;  
de escudos las cabezas bien cubiertas  
se llegan otros al guardado muro; 620  
otros buscan por partes descubiertas  
la subida y el paso más seguro:  
hinche el bando español la cava honda,  
y el araucano el muro a la redonda. [229]

Pero el pueblo español con osadía, 625  
cubierto de fortísimos escudos,  
la lluvia de los tiros resistía  
y los botes de lanzas muy agudos.

Era tanta la grita y armonía,  
y el espeso batir de golpes crudos, 630  
que Maule el raudo curso refrenaba  
confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas y frente y por los lados  
el muro se combate y se defiende;  
allí corren con priesa amontonados 635  
adonde más peligro haber se entiende:  
allí con prestos golpes esforzados  
a su enemigo cada cual ofende  
con furia tan terrible y fuerza dura  
que poco importa escudo ni armadura. 640

Los nuestros hacia atrás se retrujeron,  
de los tiros y golpes impelidos,  
tres veces, y otras tantas revolvieron  
de vergonzosa cólera movidos:  
gran pieza a la fortuna resistieron; 645  
mas ya todos andaban mal heridos,  
flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,  
y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte,  
que va en aumento el daño y la crueza; 650  
hallan los españoles siempre el fuerte  
más fuerte y en los golpes más dureza:  
sin temor acometen de la muerte;  
pero poco aprovecha esta braveza,  
que el que menos herido y flaco andaba 655  
por seis partes la sangre derramaba. [230]

Hasta la gente bárbara se espanta  
de ver lo que los nuestros han sufrido  
de espesos golpes, flecha y piedra tanta,  
que sin cesar sobre ellos ha llovido, 660  
y cuán determinados y con cuánta  
furia tres veces han acometido;  
desto los enemigos impacientes  
apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa, 665  
antes que va en furioso crecimiento,  
cuando la congelada piedra espesa  
hiere los techos y se esfuerza el viento:  
así los duros bárbaros, apriesa,  
movidos de vergüenza y corrimiento, 670  
con lanzas, dardos, piedras arrojadas,  
baten dargas, rodela y celadas.

Los cansados cristianos, no pudiendo  
sufrir el gran trabajo incomportable,  
se van forzosamente retrayendo 675

del vano intento y plaza inexpugnable;  
y el destrozado campo recogiendo,  
vista su suerte y hado miserable,  
por el mismo camino que vinieron,  
aunque con menos furia, se volvieron. 680

Aquella noche al pie de una montaña  
vinieron a tener su alojamiento,  
segura de enemigos la campaña,  
que ninguno salió en su seguimiento.  
Decir prometo la cautela extraña 685  
de Lautaro después, que ahora me siento  
flaco, cansado, ronco; y entretanto  
esforzaré la voz al nuevo canto.

[231]

## Canto XII

Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener a los españoles. Pasa ciertas razones con él Marco Veaz, por las cuales Pedro de Villagrán viene a entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete a la ciudad de Los Reyes en el Perú.

### Virtud difícil y difícil prueba

es guardar el secreto peligroso,  
que la dificultad bien clara prueba  
cuánto es sano, seguro y provechoso;  
y el poco fruto y mucho mal que lleva 5  
el vicio inútil del hablar dañoso:  
ejemplo los de Líbico homicidas,  
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veranse por los ojos y escrituras  
en los presentes tiempos y pasados 10  
crueldades, ruínas, desventuras,  
infamias, puniciones de pecados,  
grandes yerros en grandes coyunturas,  
pérdidas de personas y de estados:  
todo por no sufrir el indiscreto 15  
la peligrosa carga del secreto. [232]

De los vicios el menos de provecho  
y por donde más daño a veces viene,  
es el no retener el fácil pecho  
el secreto hasta el tiempo que conviene: 20  
rompe y deshace al fin todo lo hecho,  
quita la fuerza que la industria tiene,

guerra, furor, discordia, fuego enciende:  
al propio dueño y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano 25  
la causa a sus soldados encubría  
de no dejar salir gente a lo llano,  
siguiendo la vitoria de aquel día:  
y el retirado campo castellano,  
seguro a paso largo por la vía, 30  
como dije, la furia quebrantada,  
toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo  
que fuese para algún sagaz intento,  
el cual, por congeturas, comprehendo 35  
ser de gran importancia y fundamento.  
Dejado esto a su tiempo y revolviendo  
a los nuestros, que así del fuerte asiento  
se alejan, a tres leguas otro día  
hicieron alto, asiento y ranchería. 40

Dos días los españoles estuvieron  
haciendo de los bravos aguardando;  
pero jamás los bárbaros vinieron,  
ni gente pareció del otro bando:  
al fin dos de los nuestros se atrevieron 45  
a ver el fuerte y cerca de él llegando,  
oyeron una voz alta del muro  
diciéndoles: «Llegaos, que os doy seguro.» [233]

Al uno por su nombre lo llamaba,  
con el cierto seguro prometido, 50  
el cual, dejando al otro, se llegaba  
por conocer quién era el atrevido:  
Llegado el español junto a la cava,  
el de la voz fue luego conocido,  
que era el gallardo hijo de Pillano, 55  
tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado  
con sobrevista de oro guarnecida,  
en una gruesa pica recostado  
por el ferrado regatón asida: 60  
el ancho y duro hierro colorado  
y de sangre la media asta teñida;  
puesta de limpio acero una celada  
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podía 65  
hablarle y entenderle claramente,  
el bizarro Lautaro le decía:  
«Marcos, de ti me espanto extrañamente  
y de esa tu ignorante compañía,



que sin razón y seso, ciegamente 70  
penséis así de mi opinión mudarme  
y ser bastantes todos a enojarme.

»¿Qué intento os mueve o qué furor insano,  
que así queréis tiranizar la tierra?

¿No veis que todo agora está en mi mano, 75  
el bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?

¿No veis que el nombre y crédito araucano  
los levantados ánimos atierra?

¿Que sólo el son al mundo pone miedo  
y quebranta las fuerzas y el denuedo? 80 [234]

»En los pueblos no fuistes poderosos  
de defender las propias posesiones,  
que es cosa que aun los pájaros medrosos  
hacen rostro en su nido a los leones:

¿y en los desiertos campos pedregosos 85  
pensáis de sustentar los pabellones,  
en tiempo que estáis más amedrentados,  
y más vuestros contrarios animados?

»Es, a mi parecer, loca osadía  
querer contra nosotros sustentaros, 90  
pues ni por arte, maña ni otra vía  
podéis en nuestro daño aprovecharos:  
si lo queréis llevar por valentía,  
baste el presente estrago a escarmentaros;  
que fresca sangre aún vierten las heridas, 95  
y della aquí las yerbas veo teñidas.

»Pues dejar yo jamás de perseguiros,  
según que lo juré, será excusado;  
hasta dentro de España he de seguirsos,  
que así lo he prometido al gran senado; 100  
mas si queréis en tiempo reduciros,  
haciendo lo que aquí os será mandado,  
saldré de la promesa y juramento,  
y vosotros saldréis de perdimiento.

»Treinta mujeres vírgines apuestas 105  
por tal concierto habéis de dar cada año,  
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,  
de quince años a veinte, sin engaño:  
Han de ser españolas; y tras éstas,  
treinta capas de verde y fino paño, 110  
y otras treinta de púrpura, tejidas  
con fino hilo de oro guarnecidas: [235]

»También doce caballos poderosos  
nuevos y ricamente enjaezados,  
domésticos, ligeros y furiosos, 115  
debajo de la rienda concertados:

y seis diestros lebreles animosos  
en la caza me habéis de dar cebados:  
este solo tributo estorbaría  
lo que estorbar el mundo no podría.» 120

Atento el castellano le escuchaba,  
estando de la plática gustoso;  
mas cuando a estas razones allegaba  
no pudo aquí tener ya más reposo:  
así impaciente al bárbaro atajaba, 125  
diciéndole: «No estés tan orgulloso,  
que las parias que pides, ¡oh Lautaro!  
te costarán, si esperas, presto caro.

»En pago de tu loco atrevimiento  
te darán españoles por tributo 130  
cruda muerte, con áspero tormento,  
y Arauco cubrirán de eterno luto.»  
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;  
sobre ello, Marcos, más yo no disputo;  
las armas, no la lengua, han de tratarlo 135  
y la fuerza y valor determinar.

»Libre puedes decir lo que quisieres,  
como aquel que seguro le está dado;  
que tú después harás lo que pudieres,  
y yo podré hacer lo que he jurado: 140  
tratemos de otras cosas de placeres,  
quede para su tiempo comenzado;  
y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,  
una lucida escuadra de caballo. [236]

»Que, para que no andéis tan al seguro, 145  
acuerdo de tener también caballos,  
y de imponer mis súbditos procuro  
a saberlos tratar y gobernallos.»  
Esto dijo Lautaro y desde el muro  
a seis dispuestos mozos sus vasallos 150  
mandó que en seis caballos cabalgasen,  
y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes, a la vez caladas,  
salieron a caballo seis chilcanos,  
pintadas y anchas dargas embrazadas, 155  
gruesas lanzas terciadas en las manos;  
vestidas fuertes cotas, y tocadas  
las cabezas al modo de africanos,  
mantos por las caderas derribados,  
los brazos hasta el codo arremangados: 160

y con airosa muestra, por delante  
del atento español dos vueltas dieron;  
pero ni de su puesto y buen semblante,

punto que se notase le movieron:  
antes con muestra y ánimo arrogante, 165  
en alta voz, que todos lo entendieron,  
(que el muro estaba ya lleno de gente),  
habló así con Lautaro libremente.

«En vano, ¡oh capitán! cierto trabaja  
quien pretende con fieros espantarme; 170  
no estimo lo que ves en una paja,  
ni alardes pueden punto amedrentarme:  
y por mostrar si temo la ventaja,  
yo solo con los seis quiero probarme,  
do verás que a seis mil seré bastante: 175  
vengan luego a la prueba aquí delante.» [237]

Lautaro respondió: «Marcos, si mueres  
tanto por nos mostrar tu fuerza y brío,  
el mínimo que de ellos escogieres  
a pie vendrá contigo en desafío 180  
del modo y la manera que quisieres:  
elige armas y campo a tu albedrío,  
ora con ellas, ora desarmados,  
a puños, coces, uñas y a bocados.»

El español le dijo: «Yo te digo 185  
que mi honor en tal caso no consiente  
darles uno por uno su castigo,  
porque jamás se diga entre la gente  
que cuerpo a cuerpo bárbaro conmigo  
en campo osase entrar singularmente: 190  
por tanto, si no quieres lo que pido,  
no quiero yo aceptar otro partido.»

No vinieron en esto a concertarse:  
después por otras cosas discurrieron;  
pero, llegado el tiempo de apartarse, 195  
del bárbaro los dos se despidieron.  
Vueltos a su camino, oyen llamarse,  
y a la voz conocida revolvieron,  
que era el mesmo Lautaro quien llamaba,  
diciendo: «Una razón se me olvidaba. 200

»Tengo mi gente triste y afligida,  
con gran necesidad de bastimento,  
que me falta del todo la comida  
por orden mala y poco regimiento:  
pues la tenéis de sobra recogida, 205  
haced un liberal repartimiento  
proveyéndonos della, que a mi cuenta  
más la gloria y honor vuestro acrecienta: [238]

»Que en el ínclito Estado es uso antiguo,  
y entre buenos soldados ley guardada, 210

alimentar la fuerza al enemigo  
para sólo oprimirle por la espada:  
Estad, Marcos, atento a lo que digo,  
y entended que será cosa loada,  
que digan que las fuerzas sojuzgastes 215  
que para mayor triunfo alimentastes.

»Que se llame vitoria yo lo dudo  
cuando el contrario a tal extremo viene,  
que, en aquello que nunca el valor pudo,  
la hambre miserable poder tiene, 220  
y al fuerte brazo indómito y membrudo  
lo debilita, doma y lo detiene,  
y así por bajo modo y estrechez,  
viene a parecer fuerte la flaqueza.»

Era, Señor, su intento que pensase 225  
ser la necesidad, fingida, cierta,  
para que nuestra gente se animase,  
de industria abriendo aquella falsa puerta;  
y con esto inducir a que esperase,  
teniendo así su astucia más cubierta, 230  
hasta que el fin llegase deseado  
del cauteloso engaño fabricado.

Marcos, de las palabras conmovido,  
le dice: «Yo prometo de intentallo  
por sólo esas razones que has movido, 235  
y hacer todo el poder en procurallo.»  
Habiéndose con esto despedido,  
revolviendo las riendas al caballo,  
él y su compañero caminaron  
hasta que al español campo llegaron. 240 [239]

De todo al punto Villagrá informado  
cuanto a Marcos, Lautaro dicho había,  
sospechoso, confuso y admirado  
de ver que bastimentos le pedía:  
era sagaz, celoso y recatado, 245  
revolviendo la presta fantasía,  
los secretos designios comprehende,  
y el peligroso estado y trance entiende;  
y en el presto remedio resolutivo,  
cuando el mundo se muestra más oscuro, 250  
sin tocar trompa, del peligro instruto,  
toma el camino a la ciudad seguro,  
maravillado del ardid astuto;  
pero de nuestra gente ahora no curo,  
que quiero antes decir el modo extraño 255  
de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aún no era bien la nueva luz llegada,

cuando luego los bárbaros supieron  
la súbita partida y retirada,  
que no con poca muestra lo sintieron, 260  
viendo claro que al fin de la jornada  
por un espacio breve no pudieron  
hacer en los cristianos tal matanza  
que nadie dellos más tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña, 265  
que es en un bajo y recogido llano,  
de acequias copiosísimas se baña  
por zanjas con industria hechas a mano:  
Rotas al nacimiento, la campaña  
se hace en breve un lago y gran pantano; 270  
la tierra es honda, floja, anegadiza,  
hueca, falsa, esponjada y movediza. [240]

Quedaran, si las zanjas se rompieran,  
en agua aquellos campos empapados;  
moverse los caballos no pudieran 275  
en pegajosos lodos atascados,  
adonde, si aguardaran, los cogieran  
como en liga a los pájaros cebados:  
que ya Lautaro, con despacho presto,  
había en ejecución el ardid puesto. 280

Triste por la partida y con despecho  
la fuerza desampara el mismo día,  
y el camino de Arauco más derecho,  
marcha con su escuadrón de infantería:  
Revuelve y traza en el cuidadoso pecho 285  
diversas cosas, y en ninguna había  
el consuelo y disculpa que buscaba,  
y entre sí razonando sospiraba,

diciendo: «¿Qué color puede bastarme  
para ser de esta culpa reservado? 290  
¿No pretendí yo mucho de encargarme  
de cosa que me deja bien cargado?  
¿De quién sino de mí puedo quejarme,  
pues todo por mi mano se ha guiado?  
¿Soy yo quien prometió en un año solo 295  
de conquistar del uno al otro polo?

»Mientras que yo con tan lucida gente  
ver el muro español aún no he podido,  
la luna ya tres veces frente a frente  
ha visto nuestro campo mal regido: 300  
y el carro de Faetón resplandeciente  
del Escorpio al Acuario ha discurrido;  
y al fin damos la vuelta maltratados  
con pérdida de más de cien soldados. [241]

»Si con morir tuviese confianza 305  
que una vergüenza tal se colorase,  
haría a mi inútil brazo que esta lanza  
el débil corazón me atravesase;  
pero daría de mí mayor venganza  
y gloria al enemigo, si pensase 310  
que temí más su brazo poderoso  
que el flaco mío cobarde y temeroso;

»yo juro al infernal poder eterno,  
si la muerte en un año no me atierra,  
de echar de Chile el español gobierno, 315  
y de sangre empapar toda la tierra:  
ni mudanza, calor, ni crudo invierno  
podrán romper el hilo de la guerra,  
y dentro del profundo reino oscuro  
no se verá español de mí seguro.» 320

Hizo también solemne juramento  
de no volver jamás al nido caro,  
ni del agua, del sol, sereno y viento  
ponerse a la defensa ni al reparo:  
ni de tratar en cosas de contento 325  
hasta que el mundo entienda de Lautaro  
que cosa no emprendió dificultosa  
sin darla, con valor, salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba  
la cuerda del dolor, que a veces tanto 330  
con grave y dura afrenta le apretaba  
que de perder el seso estuvo a canto:  
así el feroz Lautaro caminaba,  
y al fin de tres jornadas entretanto  
que esperado tiempo se avecina, 335  
se aloja en una vega a la marina; [242]

junto adonde con recio movimiento  
baja de un monte Itata caudaloso,  
atravesando aquel umbroso asiento  
con sesgo curso, grave y espacioso: 340  
los árboles provocan a contento,  
el viento sopla allí más amoroso,  
burlando con las tiernas florecillas,  
rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente 345  
es esta deleitosa y fértil tierra,  
abundante, capaz y suficiente  
para poder sufrir gente de guerra:  
Tiene cerca a la banda del Oriente  
la grande cordillera y alta sierra, 350  
de donde el raudo Itata apresurado

baja a dar su tributo al mar salado.

Fue un tiempo de españoles; pero había  
la prometida fe ya quebrantado,  
viendo que la fortuna parecía 355  
declarada de parte del Estado;  
el cual veinte y dos leguas contenía,  
éste era su distrito señalado;  
pero tan grande crédito alcanzaba  
que toda la nación le respetaba. 360

Los españoles ánimos briosos  
éste los puso humildes por el suelo;  
éste los bajos, tristes y medrosos  
hace que se levanten contra el cielo,  
y los extraños pueblos poderosos 365  
de miedo de éste viven con recelo;  
los remotos, vecinos y extranjeros  
se rinden y someten a sus fueros. [243]

Pues la flor del Estado deseando  
estaba al tardo tiempo en esta vega, 370  
tardo para quien gusto está esperando;  
que al que no espera bien, bien presto llega:  
pero, el tiempo y sazón apresurando,  
a sus valientes bárbaros congrega,  
y antes que se metiesen en la vía, 375  
estas breves razones les decía.

«Amigos, si entendiese que el deseo  
de combatir, sin otro miramiento,  
y la fogosa gana, que en vos veo,  
fuese de la vitoria el fundamento, 380  
hágoos saber de mí que cierto creo  
estar en vuestra mano el vencimiento:  
y un paso atrás volver no me hiciera,  
si el mundo sobre mí todo viniera.

»Mas no es sólo con ánimo adquirida 385  
una cosa difícil y pesada:  
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida,  
si tenemos la fuerza limitada?  
Mas ésta, aunque con límite, regida  
por industrioso ingenio y gobernada, 390  
de duras y de muy dificultosas  
hace llanas y fáciles las cosas.

»¿Cuántos vemos el crédito perdido  
en afrentoso y mísero destierro  
por sólo haber sin término ofrecido 395  
el pecho osado al enemigo hierro?  
Que no es valor, mas antes es tenido  
por loco, temerario y torpe yerro;

valor es ser al orden obediente,  
y locura sin orden ser valiente. 400 [244]

»Como en este negocio y gran jornada  
con tanto esfuerzo así nos destruimos,  
fue porque no miramos jamás nada  
sino al ciego apetito a quién seguimos:  
que a no perder, por furia anticipada, 405  
el tiempo y coyuntura que tuvimos,  
no quedara español ni cosa alguna  
a la disposición de la fortuna.

»Si al entrar de la fuerza reportados  
allí algún sufrimiento se tuviera, 410  
fueran vuestros esfuerzos celebrados,  
pues ningún enemigo se nos fuera:  
en la ciudad estaban descuidados:  
con la gente que andaba por de fuera  
hiciéramos un hecho y una suerte 415  
que no la consumieran tiempo y muerte.

»Pero quiero poneros advertencia  
que habéis por la razón de gobernaros,  
haciendo al movimiento resistencia  
hasta que la sazón venga a llamaros: 420  
y no salirme un punto de obediencia,  
ni a lo que no os mandare adelantaros;  
que en el inobediente y atrevido  
haré ejemplar castigo nunca oído.

»Y, pues volvemos ya donde se muestra 425  
nuestro poco valor, por mal regidos,  
en fe que habéis de ser, alzo la diestra,  
en el primer honor restituidos,  
o el campo regará la sangre nuestra,  
y habemos de quedar en él tendidos 430  
por pasto de las brutas bestias fieras,  
y de las sucias aves carniceras.» [245]

Con esto fue la plática acabada  
y la trompeta a levantar tocando,  
dieron nuevo principio a su jornada, 435  
con la usada presteza caminando:  
yendo así, al descubrir de una ensenada,  
por Mataquito a la derecha entrando,  
un bárbaro encontraron por la vía,  
que del pueblo les dijo que venía. 440

Éste les afirmó con juramento  
que en Mapochó se sabe su venida,  
ora les dio la nueva della el viento,  
ora de espías solícitas sabida:  
también que de copioso bastimento 445



estaba la ciudad ya prevenida,  
con defensas, reparos, provisiones,  
pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto,  
muda el primer intento que traía, 450  
viendo ser temerario presupuesto  
seguirle con tan poca compañía:  
piensa juntar más gentes, y de presto  
un fuerte asiento, que en el valle había,  
con ingenio y cuidado diligente 455  
comienza a reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dio, dentro metido,  
y ser dispuesto el sitio y reparado,  
fue en breve aquel lugar fortalecido,  
de foso y fuerte muro rodeado: 460  
Gente a la fama desto había acudido,  
codiciosa del robo deseado:  
forzoso me es pasar de aquí corriendo  
que siento en nuestro pueblo un gran estruendo. [246]

Sábase en la ciudad por cosa cierta 465  
que a toda furia el hijo de Pillano,  
guiando un escuadrón de gente experta,  
viene sobre ella con armada mano:  
el súbito temor puso en alerta  
y confusión al pueblo castellano; 470  
mas la sangre, que el miedo helado había,  
de un ardiente coraje se encendía.

A las armas acuden los briosos,  
y aquellos que los años agravaban,  
con industrias y avisos provechosos 475  
la tierra y partes flacas reparaban:  
tras estos, treinta mozos animosos  
y un astuto caudillo se aprestaban,  
que con algunos bárbaros amigos  
fuesen a descubrir los enemigos. 480

Villagrà a la sazón no residía  
en el pueblo español alborotado,  
que para la Imperial partido había  
por camino de Arauco desviado:  
mas ya con nueva gente revolvía, 485  
y junto de do el bárbaro cercado  
de gruesos troncos y fagina estaba,  
sin saberlo una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,  
y él la nueva jornada comenzaba, 490  
al calar de una loma, en el camino  
un comarcano bárbaro encontraba,

el cual le dio la nueva del vecino  
campo y razón de cuanto en él pasaba;  
que todo bien el mozo lo sabía, 495  
como aquel que a robar de allá venía. [247]

Entendió el español del indio cuanto  
el bárbaro enemigo determina,  
y cómo allega gentes, entretanto  
que el oportuno tiempo se avecina: 500  
no puso a los cautenes esto espanto,  
y más cuando supieron que vecina  
venía también la gente nuestra armada,  
que dellos aún no estaba una jornada.

Villagrán le pregunta si podría 505  
ganar al araucano la albarrada:  
sonriéndose el indio respondía  
ser cosa de intentar bien excusada,  
por el reparo y sitio que tenía,  
y estar por las espaldas abrigada 510  
de una tajada y peñascosa sierra,  
que por aquella parte el fuerte cierra.

Díjole Villagrán: «Yo determino  
por esa relación tuya guiarme,  
y abrir por la montaña alta el camino, 515  
que quiero a cualquier cosa aventurarme;  
y si donde está el campo lautarino  
en una noche puedes tú llevarme,  
del trabajo serás gratificado  
y al fuego, si me mientes, entregado.» 520

Sin temor dice el bárbaro: «Yo juro  
en menos de una noche de llevarte  
por difícil camino, aunque seguro;  
desta palabra puedes confiarte:  
de Lautaro después no te aseguro, 525  
ni tu gente y amigos serán parte  
a que, si vais allá, no os coja a todos  
y os dé civiles muertes de mil modos.» [248]

No le movió el temor que le ponía  
a Villagrán el bárbaro guerrero 530  
que, visto cuán sin miedo se ofrecía,  
le pareció de trato verdadero;  
y a la gente del pueblo, que venía,  
despacha un diligente mensajero,  
para que con la priesa conveniente 535  
con él venga a juntarse brevemente.

Pues otro día allí juntos, se dejaron  
ir por do quiso el bárbaro guiallos,  
y en la cerrada noche no cesaron

de afligir con espuelas los caballos. 540  
Después se contará lo que pasaron,  
que cumple por agora aquí dejallos  
por decir la venida en esta tierra  
de quien dio nuevas fuerzas a la guerra.

Hasta aquí lo que en suma he referido 545  
yo no estuve, Señor, presente a ello,  
y así, de sospechoso, no he querido  
de parciales intérpretes sabello;  
de ambas las mismas partes lo he aprendido,  
y pongo justamente sólo aquello 550  
en que todos concuerdan y confieren,  
y en lo que en general menos difieren.

Pues que, en autoridad de lo que digo,  
vemos que hay tanta sangre derramada,  
prosiguiendo adelante, yo me obligo, 555  
que irá la historia más autorizada;  
podré ya discurrir como testigo,  
que fui presente a toda la jornada,  
sin cegarme pasión, de la cual huyo,  
ni quitar a ninguno lo que es suyo. 560 [249]

Pisada en esta tierra no han pisado  
que no haya por mis pies sido medida;  
golpe ni cuchillada no se ha dado,  
que no diga de quién es la herida;  
de las pocas que di estoy disculpado, 565  
pues tanto por mirar embebecida  
truje la mente en esto y ocupada,  
que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó a que yo escribiese  
con mi pobre talento y torpe pluma, 570  
fue que tanto valor no pereziese,  
ni el tiempo injustamente lo consuma:  
que el mostrarme yo sabio me moviese,  
ninguno que lo fuere lo presuma;  
que, cierto, bien entiendo mi pobreza, 575  
y de las flacas sienes la estrechez.

De mi poco caudal bastante indicio  
y testimonio aquí patente queda;  
va la verdad desnuda de artificio,  
para que más segura pasar pueda; 580  
pero, si fuera desto lleva vicio,  
pido que por merced se me conceda  
se mire en esta parte el buen intento,  
que es sólo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado, 585  
y la pluma a escribir tanto se atreve

que de crédito estoy necesitado,  
pues tan poco a mis años se le debe;  
espero que será, Señor, mirado  
el celo justo y causa que me mueve: 590  
y esto y la voluntad se tome en cuenta  
para que algún error se me consienta. [250]

Quiero dejar a Arauco por un rato;  
que para mi discurso es importante  
lo que forzado aquí del Perú trato, 595  
aunque de su comarca es bien distante:  
y para que se entienda más barato,  
y con facilidad lo de adelante,  
si Lautaro me deja, diré en breve  
la gente que en su daño ahora se mueve. 600

El marqués de Cañete era llegado,  
a la ciudad insigne de Los Reyes,  
de Carlos Quinto Máximo enviado  
a la guarda y reparo de sus leyes:  
éste fue por sus partes señalado 605  
para virey de donde dos vireyes  
por los rebeldes brazos atrevidos  
habían sido a la muerte conducidos.

Oliendo el virey nuevo las pasiones  
y maldades por uso introducidas, 610  
el ánimo dispuesto a alteraciones,  
en leal apariencia entretegidas;  
los agravios, insultos y traiciones,  
con tanta desvergüenza cometidas;  
viendo, que aun el tirano no hedía, 615  
que, aunque muerto, de fresco se bullía;  
entró como sagaz y receloso,  
no mostrando el cuchillo y duro hierro,  
que fuera en aquel tiempo peligroso,  
y dar con hierro en un notable yerro: 620  
mostrándose benigno y amoroso,  
trayéndoles la mano por el cerro,  
hasta tomar el paso a la malicia,  
y dar más fuerza y mano a la justicia. [251]

En tanto que las cosas disponía, 625  
para limpiar del todo las maldades,  
quitando las justicias, las ponía  
de su mano por todas las ciudades;  
éstas eran personas que entendía  
haber en ellas justas calidades, 630  
de Dios, del Rey, del mundo temerosas,  
en semejantes cargos provechosas.

Entretenía la gente y sustentaba

con son de un general repartimiento,  
y el más culpado más premio esperaba, 635  
fundado en el pasado regimiento.

El marqués entretanto se informaba,  
llevando deste error diverso intento,  
que no sólo dio pena a los culpados;  
mas renovó los yerros perdonados; 640

pues cuando con el tiempo ya pensaron  
que estaban sus insultos encubiertos,  
en público pregón se renovaron,  
y fueron con castigo descubiertos:  
que casi en los más pueblos que pecaron 645  
amanecieron en un tiempo muertos  
aquellos que con más poder y mano  
habían seguido el bando del tirano.

No condeno, Señor, los que murieron,  
pues fueron perdonados y admitidos, 650  
cuando a vuestro servicio en sazón fueron  
y en importante tiempo reducidos,  
quedando los errores que tuvieron  
a vuestra gran clemencia remitidos,  
de vos sólo, Señor, es el juzgarlos, 655  
y el poderlos salvar o condenarlos. [252]

Dar mi decreto en esto yo no puedo,  
que siempre en casos de honra lo rehúso:  
sólo digo el terror y extraño miedo  
que en la gente soberbia el marqués puso 660  
con el castigo, a la sazón acedo,  
dejando el reino atónito y confuso,  
del temerario hecho tan dudoso,  
que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida, 665  
del Perú le destierra en penitencia,  
que es entre ellos la afrenta más sentida  
y que más examina la paciencia:  
el justo de ejemplar y llana vida,  
temeroso escudriña la conciencia, 670  
viendo el rigor de la justicia airada,  
que ya desenvainado había la espada.

Y algunos capitanes y soldados,  
que con lustre sirvieron en la guerra  
y esperaban de ser gratificados, 675  
conforme a los humores de la tierra,  
recelando tenerlos agraviados,  
del reino en son de presos los destierra,  
remitiendo las pagas a la mano  
de rey tan poderoso y soberano. 680

Esto puso suspensa más la gente;  
la causa del destierro no sabiendo,  
no entiende si es injusta o justamente;  
sólo sabe callar y estar tremiendo:  
teme la furia y el rigor presente 685  
y a inquirir la razón no se atreviendo,  
tiende a cualquier rumor atento oído;  
mas no puede sentir más del ruido. [253]

Temor, silencio y confusión andaba,  
atónita la gente discurría, 690  
nadie la oculta causa preguntaba,  
que aun preguntar error le parecía:  
por saber, uno a otro se miraba,  
y el más sabio los hombros encogía,  
temiendo el golpe del furor presente, 695  
movido al parecer por accidente.

Fue hecho tan sagaz, grande y osado,  
que pocos con razón le van delante,  
asaz en estos tiempos celebrado,  
y a los ánimos sueltos importante; 700  
por él quedó el Perú atemorizado,  
temerario, rebelde y arrogante,  
y a la justicia el paso más seguro,  
con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Perú con un bocado, 705  
que no le romperá jamás la rienda,  
haciendo al ambicioso y alterado  
contentarse con sola su hacienda;  
y el bullicio y deseo desordenado,  
le redujo a quietud y nueva emienda: 710  
que poco lo mal puesto permanece,  
como por la experiencia al fin parece.

Quien antes no pensaba estar contento  
con veinte o treinta mil pesos de renta,  
enfrena de tal suerte el pensamiento 715  
que sólo con la vida se contenta:  
después hizo el marqués repartimiento  
entre los beneméritos de cuenta,  
para esforzar los ánimos caídos  
y dar mayor tormento a los perdidos. 720 [254]

Con ejemplos así y acaecimientos,  
¿cómo vemos que tantos van errados,  
que sobre arena y frágiles cimientos  
fabrican edificios levantados?  
Bien se muestran sus flacos fundamentos; 725  
pues por tierra tan presto derribados  
con afrentoso nombre y voz los vemos,

huyendo su infición cuanto podemos.

¡Oh vano error! ¡oh necio desconcierto,  
del torpe que con ánimo ignorante 730  
no mira en el peligro y paso incierto  
las pisadas de aquel que va delante,  
teniendo, a costa ajena, ejemplo cierto,  
que el brazo del amigo más constante  
ha de esparcir su sangre en su disculpa, 735  
lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algún tiempo falsamente  
sobre traidores hombros sostenido,  
que el viento que se mueva de repente  
le aflige, altera y turba aquel ruido: 740  
pues que cuando la voz del rey se siente,  
no hay son tan duro y áspero al oído;  
que tiene sólo el nombre fuerza tanta  
que los huesos le oprime y le quebranta:

que le asome fortuna algún contento, 745  
¡con cuántos sinsabores va mezclado!  
aquel recelo, aquel desabrimiento,  
aquel triste vivir tan recatado:  
traga el duro morir cada momento,  
témese del que está más confiado: 750  
que la vida antes libre y amparada  
está sujeta ya a cualquiera espada. [255]

Negando al rey la deuda y obediencia,  
se somete al más mínimo soldado,  
poniendo en contentarle diligencia, 755  
con gran miedo y solícito cuidado;  
y aquellos más amigos en presencia,  
las lanzas le enderezan al costado,  
y sobre la cabeza aparejadas  
le están amenazando mil espadas. 760

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,  
cualquier secreto piensa que es negarle:  
si el brazo mueve alguno y lo levanta  
piensa el triste que fue para matarle:  
la soga arrastra, el lazo a la garganta: 765  
¿qué confianza puede asegurarle?  
pues mal el que negar al rey procura  
tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados  
tan presto, y que ninguno permanece, 770  
y los rollos y términos poblados  
de quien tan justamente lo merece;  
bandos, casas, linajes estragados,  
con nombre que los mancha y escurece;

baste la obligación con que nacemos, 775  
que a nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo  
del discurso y materia que seguía;  
pero aunque vaya ciego discurriendo  
por caminos más ásperos sin guía, 780  
del encendido Marte el son horrendo  
me hará que atine a la derecha vía;  
y así seguro desto y confiado  
me atrevo a reposar, que estoy cansado.

[256]

### Canto XIII

Hecho el Marqués de Cañete el castigo en el Perú, llegan mensajeros de Chile a pedirle socorro; el cual, vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto como Francisco de Villagrán, guiado por un indio, viene sobre Lautaro.

Dichoso con razón puede llamarse  
aquel que en los peligros arrojado  
de ellos sabe salir sin ensuciarse,  
y libre de poder ser imputado:  
pero quien destos puede desviarse 5  
le tengo por más bienaventurado:  
aunque el peligro afina lo perfeto,  
aquel que dél se aparta es el discreto:  
que muchas veces da la fantasía  
en cosas que seguro nos promete, 10  
y un ánimo a salir con ellas cría  
que con temeridad las acomete:  
después en el peligro desvaría,  
y no acierta a salir de a do se mete:  
que la señora al siervo sometida, 15  
pierde la fuerza y tino a la salida. [257]  
Veréis en el Perú que han procurado  
levantar el tirano y ayudarle,  
para sólo mostrar, después de alzado,  
la traidora lealtad en derribarle: 20  
y con designio y ánimo dañado  
le dan fuerza, y después viene a matarle  
la espada infiel, de la maldad autora,  
al rey y amigos pérfida y traidora.  
Fraguan la guerra, atizan disensiones 25



en hábito leal, aunque engañoso,  
pensando de subir más escalones  
por un áspero atajo y tropezoso:  
al cabo las malvadas intenciones  
vienen a fin tan malo y afrentoso, 30  
como veréis, si bien miráis la guerra  
civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos, pues, del todo los nublados  
por el audaz marqués y su prudencia,  
curando con rigor los alterados, 35  
como quien entendió bien la dolencia:  
en nombre de su rey, a otros tocados  
de aquel olor, descubre la clemencia,  
que hasta allí del rigor cubierta estaba,  
con general perdón que los lavaba. 40

No el atrevido caso y espantoso,  
en el Perú jamás acontecido,  
ni el ejemplar castigo riguroso  
que amansó el fiero pueblo embravecido,  
fue en tal tiempo bastante y poderoso 45  
de ensordecer el bárbaro ruido,  
y la voz araucana y clara fama  
que en aquellas provincias se derrama. [258]

Nuevas por mar y tierra eran llegadas  
del daño y perdición de nuestra gente, 50  
por las vitorias grandes y jornadas  
del araucano bárbaro potente:  
pidiendo las ciudades apretadas  
presuroso socorro y suficiente,  
haciendo relación de cómo estaban 55  
y de todas las cosas que pasaban.

Jerónimo Alderete, Adelantado,  
a quien era el gobierno cometido,  
hombre en estas provincias señalado,  
y en gran figura y crédito tenido, 60  
donde como animoso y buen soldado  
había grandes trabajos padecido;  
(no pongo su proceso en esta historia,  
que dél la general hará memoria)

presente no se halla a tanta guerra 65  
y a tales desventuras y contrastes;  
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,  
cuando la fe de nuevo allí plantastes:  
allí le distes cargo desta tierra,  
de allí con gran favor le despachastes; 70  
pero cortole el áspero destino  
el hilo de la vida en el camino.

Fue su llorada muerte asaz sentida,  
y más el sentimiento acrecentaba  
ver el gobierno y tierra tan perdida 75  
que cada uno por sí se gobernaba:  
andaba la discordia ya encendida,  
la ambición del mandar se desmandaba;  
al fin, es imposible que acaezca  
que un cuerpo sin cabeza permanezca. 80 [259]

Aquellos que de Chile habían venido  
a pedir el socorro necesario,  
viendo a su Adelantado fallecido  
y todo a su propósito contrario,  
con un semblante triste y afligido, 85  
de parecer de todos voluntario,  
piden a don Hurtado que se vea,  
y de remedio presto los provea,

diciendo: «Varón claro y excelente,  
nuestra necesidad te es manifiesta, 90  
y la fuerza del bárbaro potente  
que tiene a Chile en tanto estrecho puesta:  
el más fuerte remedio es llevar gente,  
ésta ya puedes ver cuán cara cuesta.  
De parte de tu rey te requerimos 95  
nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo, ¡oh marqués!, te demandamos,  
en quien tanta virtud y gracia cabe,  
porque con su persona confiamos  
que nuestra desventura y mal se acabe: 100  
de sus partes, señor, nos contentamos,  
pues que por natural cosa se sabe,  
y aun acá en el común es habla vieja,  
que nunca del león nació la oveja.

»Y pues hay tanta falta de guerreros, 105  
haciendo esta jornada don García,  
se moverá el común y caballeros,  
alegres de llevar tan buena guía:  
y lo que no podrán muchos dineros  
podrá el amor y buena compañía, 110  
o la vergüenza y miedo de enojarte,  
o su propio interés en agradarte.» [260]

El marqués de Cañete, respondiendo  
a la justa demanda alegremente,  
vino en ella de grado, conociendo 115  
ser cosa necesaria y conveniente:  
y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,  
al punto derramó en toda la gente  
gran gana de pasar a aquella tierra,

a ejercitar las armas en tal guerra. 120

Uno se ofrece allí y otro se ofrece,  
así gran gente en número se mueve,  
y aquel que no lo hace, le parece  
que falta y no responde a lo que debe:  
hasta en cansados viejos reverdece 125  
el ardor juvenil, y se remueve  
el flaco humor y sangre casi helada  
con el alegre son de esta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos,  
las armas prevenid y corazones, 130  
y aquel raro valor de vuestras manos  
temido en las antárticas regiones!  
Que gran copia de jóvenes lozanos  
descoge en vuestro daño sus pendones;  
pensando entrar por toda vuestra tierra 135  
haciendo fiero estrago y cruda guerra;

no con los hierros botos y mohosos  
de los que las paredes hermosean,  
ni brazos del torpe ocio perezosos  
que con gran pesadumbre se rodean, 140  
ni los ánimos hechos a reposos,  
que cualquiera mudanza en que se vean  
los altera, los turba y entorpece  
y el desusado son los desvanece; [261]

mas hierros templadísimos y agudos, 145  
en sangre de tiranos afilados,  
fuertes brazos, robustos y membrudos,  
en dar golpes de muerte ejercitados;  
ánimos libres de temor desnudos,  
en los peligros siempre habituados, 150  
que el son horrendo, que a otros atormenta,  
los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas yo pienso que ninguna  
os puede derribar de vuestro estado;  
mas tiéneme dudoso sola una, 155  
que nadie della ha sido reservado:  
ésta es la usada vuelta de fortuna,  
que siempre alegre rostro os ha mostrado,  
y es inconstante, falsa y variable,  
en el mal firme, y en el bien mudable. 160

Que si la guerra el español procura,  
haciendo de su espada ufana muestra,  
querríale preguntar si por ventura  
corta por más lugares que la vuestra;  
si la fuerza del brazo le asegura 165  
del poder vuestro y vencedora diestra;

verá, si mira bien en lo pasado,  
el campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido  
en bélico furor el pueblo veo, 170  
y al más triste español apercebido  
de armas, rico aparato y buen deseo.  
¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido;  
si las obras igualan al arreo  
y no templa el camino esta braveza, 175  
¡ay de tu presunción y fortaleza! [262]

Del apartado Quito se movieron  
gentes para hallarse en esta guerra:  
de Loja, Piura, de Jaén salieron:  
de Trujillo, de Guánuco y su tierra, 180  
de Guamanga, Arequipa concurrieron  
gran copia; y de los pueblos de la sierra,  
La Paz, Cuzco y las Charcas bien armados  
bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado 185  
del estruendo, tumultos y rumores  
que suenan por el aire alborotado  
de pífanos, trompetas y atambores  
contra el rebelde pueblo libertado,  
amenazando ya sus defensores 190  
con gruesa y reforzada artillería,  
que dentro del Estado el son se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones  
los gallardos soldados se arreaban;  
sobrevistas y galas, invenciones 195  
nuevas y costosísimas sacaban:  
estandartes, enseñas y pendones  
al viento en cada calle tremolaban:  
vieron sastres y obreros ocupados  
en hechuras, recamos y bordados. 200

Con el concurso y junta de guerreros  
el grande estruendo y trápala crecía,  
y los prestos martillos de herreros  
formaban dura y áspera armonía:  
el rumor de solícitos armeros 205  
todo el ancho contorno ensordecía;  
los celosos caballos, de lozanos  
relinchando, triscaban con las manos. [263]

Andaba así la gente embarazada  
con el nuevo bullicio de la guerra; 210  
mas ya de lo importante aparejada,  
un caudillo salió luego por tierra:  
llevando copia de ella encomendada

atravesó a Atacama y la alta sierra  
con la desierta costa y despoblados, 215  
de osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal, todo aprestado,  
y reliquias del campo que quedaban,  
para romper el mar alborotado  
otra cosa que tiempo no aguardaban: 220  
mas viendo el cielo ya desocupado,  
y que las bravas olas aplacaban,  
con ordenada muestra y rico alarde  
salieron de Los Reyes una tarde.

Yo con ellos también, que en el servicio 225  
vuestro empecé y acabaré la vida,  
que, estando en Inglaterra en el oficio  
que aún la espada no me era permitida,  
llegó allí la maldad en deservicio  
vuestro, por los de Arauco cometida, 230  
y la gran desvergüenza de la gente  
a la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía  
del nuevo capitán y Adelantado,  
caminé desde Londres hasta el día 235  
que le dejé en Taboga sepultado;  
de donde, con trabajos y porfía,  
de la fortuna y vientos arrojado,  
llegué a tiempo que pude juntamente  
salir con tan lucida y buena gente. 240 [264]

Otro escuadrón de amigos se me olvida,  
no menos que nosotros necesarios,  
gente templada, mansa y recogida,  
de frailes, provisos, comisarios,  
teólogos de honesta y santa vida, 245  
franciscos, dominicos, mercenarios,  
para evitar insultos de la guerra,  
usados más allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores  
sale de Lima una lucida banda, 250  
y en el puerto tendidas por las flores  
estaban mesas llenas de vianda,  
con vinos de odoríferos sabores,  
donde luego por una y otra banda  
sobre la verde hierba reclinados 255  
gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos  
fuimos a la marina conducidos,  
a do de verdes ramos y ornamentos  
estaban los bateles prevenidos; 260

y al son de varios y altos instrumentos,  
de los caros amigos despedidos,  
en los ligeros barcos nos metemos,  
dando a un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban, 265  
dejando con penosa envidia a aquellos  
que en la arenosa playa se quedaban,  
sin apartar los ojos jamás dellos:  
sobre diez galeones arribaban  
los prestos barcos, y saltando en ellos, 270  
tiempo los marineros no perdieron,  
que las velas al viento descogieron. [265]

De estandartes, banderas, gallardetes  
estaban las diez naves adornadas;  
hiriendo el fresco viento en los trinquetes 275  
comienzan a moverse sosegadas:  
suenan cañones, sacres, falconetes,  
y al doblar de la Isleta embarazadas,  
del Austro cargan a babor la escota,  
tomando al Sud-Sudueste la derrota. 280

Las naos por el contrario mar rompiendo  
la blanca espuma en torno levantaban  
y a la furia del Austro resistiendo,  
por fuerza, a su pesar, tierra ganaban  
pero sobre el Garbino revolviendo, 285  
de la gran cordillera se apartaban;  
y de sola una vuelta que viraron  
el Guarco, al Est-Nordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos,  
con Chinca de otro bordo emparejando; 290  
en alta mar tras éstos nos metimos  
sobre la Nasca fértil arribando;  
y al esforzado Noto resistimos,  
su furia y bravas olas contrastando,  
no bastando los recios movimientos 295  
de dos tan poderosos elementos.

¿Qué haya en Perú, no es caso soberano,  
tanta mudanza en tres leguas de tierra,  
que cuando es en los llanos el verano,  
los montes el lluvioso invierno cierra; 300  
Y cuando espesa niebla cubre el llano  
en descubierta hiere el sol la sierra,  
y por esta razón van más crecientes  
en el verano abajo las vertientes? [266]

De los vientos, el Austro es el que manda 305  
que deshace los húmidos ñublados,  
y por todo aquel mar discurre y anda,

del cual son para siempre desterrados:  
los otros vientos reinan a la banda  
de Atacama, y allí son libertados, 310  
que bajar al Perú ninguno puede  
ni por natural orden se concede.

Pues las naves, del Austro combatidas,  
las espumosas olas van cortando,  
que de valientes soplos impelidas 315  
rompen la furia en ellas, azotando  
las levantadas proas guarnecidas  
de planchas de metal... Pero mirando  
al español del bárbaro vecino,  
habré de andar más presto este camino. 320

Correré a Villagrán, el cual por tierra  
también en su jornada se apresura,  
atravesando la fragosa sierra  
que iguala con las nubes su estatura:  
diré lo que sucede en esta guerra, 325  
y qué rostro le muestra la ventura.  
Mas, porque todo venga a ser más claro,  
quiero tratar un poco de Lautaro:

que estaba con su escuadra de guerreros  
en el sitio que dije recogido, 330  
y de foso, fagina y de maderos  
le había en breve sazón fortalecido.  
Tenía dentro soldados forasteros  
que a fama de la guerra habían venido,  
reparos, bastimentos, y otras cosas 335  
para el lugar y tiempo provechosas. [267]

Sola una senda este lugar tenía  
de alertas centinelas ocupada;  
otra ni rastro alguno no lo había,  
por ser casi la tierra despoblada: 340  
aquella noche el bárbaro dormía  
con la bella Guacolda enamorada,  
a quien él de encendido amor amaba,  
y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado 345  
del vestido de Marte embarazoso,  
que aquella sola noche el duro hado  
le dio aparejo y gana de reposo:  
los ojos le cerró un sueño pesado,  
del cual luego despierta congojoso, 350  
y la bella Guacolda sin aliento  
la causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: «Amiga mía,  
sabrás que yo soñaba en este instante

que un soberbio español se me ponía 355  
con muestra ferocísima delante,  
y con violenta mano me oprimía  
la fuerza y corazón, sin ser bastante  
de poderme valer; y en aquel punto  
me despertó la rabia y pena junto.» 360

Ella en esto soltó la voz turbada,  
diciendo: «¡Ay, que he soñado también cuanto  
de mi dicha temí, y es ya llegada  
la fin tuya y principio de mi llanto!  
Mas no podré ya ser tan desdichada, 365  
ni fortuna conmigo podrá tanto,  
que no corte y ataje con la muerte  
el áspero camino de mi suerte. [268]

»Trabaje por mostrármese terrible  
y del tálamo alegre derribarme, 370  
que, si revuelve y hace lo posible,  
de ti no es poderosa de apartarme:  
aunque el golpe que espero es insufrible,  
podré con otro luego remediarme,  
que no caerá tu cuerpo en tierra frío 375  
cuando estará en el suelo muerto el mío.»

El hijo de Pillán con lazo estrecho  
los brazos por el cuello le ceñía:  
de lágrimas bañando el blanco pecho,  
en nuevo amor ardiendo respondía: 380  
«No lo tengáis, señora, por tan hecho,  
ni turbéis con agüeros mi alegría  
y aquel gozoso estado en que me veo,  
pues libre en estos brazos os poseo.

»Siento el veros así imaginativa, 385  
no porque yo me juzgue peligroso;  
mas la llaga de amor está tan viva,  
que estoy de lo imposible receloso:  
si vos queréis, señora, que yo viva,  
¿quién a darme la muerte es poderoso? 390  
Mi vida está sujeta a vuestras manos  
y no a todo el poder de los humanos.

»¿Quién el pueblo araucano ha restaurado  
en su reputación que se perdía,  
pues el soberbio cuello no domado 395  
ya doméstico al yugo sometía?  
Yo soy quien de los hombros le ha quitado  
el español dominio y tiranía:  
mi nombre basta solo en esta tierra,  
sin levantar espada, a hacer la guerra. 400 [269]

»Cuanto más que, teniéndoos a mi lado,



no tengo que temer ni daño espero:  
no os dé un sueño, señora, tal cuidado,  
pues no os lo puede dar lo verdadero:  
que ya a poner estoy acostumbrado 405  
mi fortuna a mayor despeñadero;  
en más peligros que éste me he metido,  
y dellos con honor siempre he salido.»

Ella menos segura y más llorosa  
del cuello de Lautaro se colgaba, 410  
y con piadosos ojos lastimosa  
boca con boca así le conjuraba:  
«Si aquella voluntad pura, amorosa,  
que libre os di cuando más libre estaba,  
y dello el alto cielo es buen testigo, 415  
algo puede, señor, y dulce amigo;

»por ella os juro y por aquel tormento  
que sentí cuando vos de mí os partistes,  
y por la fe, si no la llevo el viento,  
que allí con tantas lágrimas me distes, 420  
que a lo menos me deis este contento,  
si alguna vez de mí ya lo tuvistes,  
y es que os vistáis las armas prestamente,  
y al muro asista en orden vuestra gente.»

El bárbaro responde: «Harto claro 425  
mi poca estimación por vos se muestra.  
¿En tan flaca opinión está Lautaro,  
y en tan poco tenéis la fuerte diestra  
que, por la redención del pueblo caro,  
ha dado ya de sí bastante muestra? 430  
¡Buen crédito con vos tengo por cierto,  
pues me lloráis de miedo ya por muerto!» [270]

«¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha,  
dice Guacolda, estoy, más no segura;  
¿ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha 435  
si es más fuerte y mayor mi desventura?  
Mas ya que salga cierta mi sospecha,  
el mismo amor que os tengo me asegura  
que la espada que hará el apartamiento,  
hará que vaya en vuestro seguimiento. 440

Pues ya el preciso hado y dura suerte  
me amenazan con áspera caída,  
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,  
un mal como es de vos verme partida:  
dejadme llorar antes de mi muerte 445  
esto poco que queda de mi vida:  
que quien no siente el mal, es argumento  
que tuvo con el bien poco contento.»

Tras esto tantas lágrimas vertía  
que mueve a compasión el contemplalla, 450  
y así el tierno Lautaro no podía  
dejar en tal sazón de acompañalla.  
Pero ya la turbada pluma mía,  
que en las cosas de amor nueva se halla,  
confusa, tarda y con temor se mueve, 455  
y a pasar adelante no se atreve.

[271]

#### Canto XIV

Llega Francisco de Villagrán de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido: da al amanecer súbito en ellos, y a la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada  
que a ofender las mujeres ya se atreva,  
pues vemos que es pasión averiguada  
la que a bajeza tal y error las lleva;  
si una bárbara moza no obligada 5  
hace de puro amor tan alta prueba,  
con razones y lágrimas, salidas  
de las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro  
de su amigo le daba algún consuelo, 10  
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro  
le basta asegurar de su recelo:  
que el gran temor nacido de amor puro  
todo lo allana y pone por el suelo;  
sólo halla el reparo de su suerte 15  
en el mismo peligro de la muerte. [272]

Así los dos unidos corazones  
conformes en amor desconformaban,  
y dando de ello allí demostraciones,  
más el dulce veneno alimentaban: 20  
los soldados en torno los tizones,  
ya de hablar cansados reposaban,  
teniendo centinelas, como digo,  
y el cerro a las espaldas por abrigo.

Villagrán con silencio y paso presto 25  
había el áspero monte atravesado,  
no sin grave trabajo, que sin esto,  
hacer mucha labor es excusado:

Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,  
viendo que el cielo estaba aún estrellado, 30  
paró, esperando el claro y nuevo día,  
que ya por el Oriente descubriría.

De ninguno fue visto ni sentido;  
la causa era la noche ser oscura,  
y haber las centinelas desmentido 35  
por parte descuidada por segura:  
caballo no relincha, ni hay ruido,  
que está ya de su parte la ventura;  
ésta hace las bestias avisadas,  
y a las personas bestias descuidadas. 40

Cuando ya las tinieblas y aire oscuro  
con la esperada luz se adelgazaban,  
las centinelas puestas por el muro  
al nuevo día de lejos saludaban:  
y pensando tener campo seguro 45  
también a descansar se retiraban;  
quedando mudo el fuerte, y los soldados  
en vino y dulce sueño sepultados. [273]

Era llegada al mundo aquella hora  
que la oscura tiniebla, no pudiendo 50  
sufrir la clara vista de la aurora,  
se va en el Occidente retrayendo:  
cuando la mustia Clície se mejora  
el rostro al rojo Oriente revolviendo,  
mirando tras las sombras ir la estrella, 55  
y al rubio Apolo Delfico tras ella.

El español, que ve tiempo oportuno,  
se acerca poco a poco más al fuerte,  
sin estorbo de bárbaro ninguno,  
que sordos los tenía su triste suerte: 60  
bien descuidado duerme cada uno  
de la cercana inexorable muerte;  
cierta señal que cerca della estamos  
cuando más apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros más, que en viendo 65  
ser ya tiempo de darles el asalto,  
de súbito levantan un estruendo  
con soberbio alarido horrendo y alto;  
y en tropel ordenado arremetiendo  
al fuerte van a dar de sobresalto; 70  
al fuerte más de sueño bastecido  
que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio  
jamás pueden hallar parte segura,  
por ser la condición propia del vicio 75

temer cualquier fortuna y desventura,  
que no sienten tan presto algún bullicio  
cuando el castigo y mal se les figura,  
y corren a las armas y defensa,  
según que cada cual valerse piensa; 80 [274]  
así medio dormidos y despiertos  
saltan los araucanos alterados,  
y del peligro y sobresalto ciertos,  
baten toldos y ranchos levantados:  
por verse de corazas descubiertos 85  
no dejan de mostrar pechos airados:  
mas con presteza y ánimo seguro  
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño,  
y cobrando la furia acostumbrada, 90  
quién el arco arrebató, quién un leño,  
quién del fuego un tizón, y quién la espada;  
quién aguija al bastón de ajeno dueño,  
quién por salir más presto va sin nada,  
pensando averiguarlo desarmados, 95  
si no pueden a puños, a bocados.

Lautaro a la sazón, según se entiende,  
con la gentil Guacolda razonaba;  
asegúrala, esfuerza y reprehende  
de la desconfianza que mostraba: 100  
ella razón no admite y más se ofende,  
que aquello mayor pena le causaba,  
rompiendo el tierno punto en sus amores  
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza 105  
el mísero avariento enriquecido,  
que siempre está pensando en su riqueza,  
si siente de ladrón algún ruido,  
ni madre así acudió con tal presteza  
al grito de su hijo muy querido, 110  
temiéndole de alguna bestia fiera,  
como Lautaro al son y voz primera. [275]

Revuelto el manto al brazo, en el instante  
con un desnudo estoque, y él desnudo,  
corre a la puerta el bárbaro arrogante, 115  
que armarse así tan súbito no pudo.  
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,  
cómo llevas tu fin por punto crudo,  
que el bien de tantos años en un punto  
de un golpe lo arrebatas todo junto! 120

Cuatrocientos amigos comarcanos  
por un lado la fuerza acometieron,

que en ayuda y favor de los cristianos  
con sus pintados arcos acudieron,  
que con extrema fuerza y prestas manos 125  
gran número de tiros despidieron:  
del toldo el hijo de Pillán salía,  
y una flecha a buscarle que venía.

Por el siniestro lado, ¡oh dura suerte!  
rompe la cruda punta, y tan derecho, 130  
que pasa el corazón más bravo y fuerte  
que jamás se encerró en humano pecho;  
de tal tiro quedó ufana la muerte,  
viendo de un solo golpe tan gran hecho;  
y, usurpando la gloria al homicida, 135  
se atribuye a la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo  
que al bárbaro tendió sobre la arena,  
abriendo puerta a un abundante flujo  
de negra sangre por copiosa vena: 140  
del rostro la color se le retrujo,  
los ojos tuerce, y con rabiosa pena  
la alma, del mortal cuerpo desatada,  
bajó furiosa a la infernal morada. [276]

Ganan los nuestros foso y baluarte, 145  
que nadie los impide ni embaraza,  
y así por veinte lados la más parte  
pisaba de la fuerza ya la plaza:  
los bárbaros con ánimo y sin arte,  
sin celada, ni escudo, y sin coraza, 150  
comienzan la batalla peligrosa,  
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios extranjeros  
que con Lautaro estaban recogidos  
el súbito rumor, salen ligeros, 155  
del miedo y sobresalto apercebidos:  
mas sintiendo los golpes carniceros,  
el ánimo turbado y los sentidos,  
con atentas orejas acechaban  
adónde con menor rigor sonaban. 160

Como tímidos gamos, que el ruido  
sienten del cazador, y quietamente,  
altos los cuellos, tienden el oído  
hacia la parte que el rumor se siente,  
y el balar de la gama conocido, 165  
que apedazan los perros, y la gente,  
con furioso tropel toman la vía  
que más de aquel peligro se desvía;

la baja y vil canalla, acostumbrada

a rendirse al temor de aquella suerte, 170  
por ciega senda, inculta y desusada,  
rompe el camino y desampara el fuerte,  
acá y allá corriendo derramada;  
y era tan grande el miedo de la muerte,  
que al más valiente y bravo se le antoja 175  
ver un fiero español tras cada hoja. [277]

Pero aquellos que nunca el miedo pudo  
hacerlos con peligros de su bando,  
poniendo osado pecho por escudo,  
están la antigua riña averiguando. 180

La desnuda cabeza del agudo  
cuchillo no se ve estar rehusando,  
ni rehúsa la espada la siniestra,  
ejercitando el uso de la diestra;

Que el joven Corpillán, no desmayado 185  
porque su espada y mano vino a tierra,  
antes en ira súbita abrasado  
contra la parte del contrario cierra;  
y habiendo ya la espada recobrado,  
la diestra, que aun bullendo el puño afierra, 190  
lejos con gran desdén y furia lanza,  
ofreciendo la izquierda a la venganza.

Flaqueza en Millapol no fue sentida,  
viéndole atravesado por la ijada  
y la cabeza de un revés hendida, 195  
ni por pasalle el pecho una lanzada;  
que de espumosa sangre a la salida  
vino la media lanza acompañada,  
dejando aquel lugar della vacío,  
aunque lleno de rabia y nuevo brío: 200

que a dos manos la maza aprieta fuerte,  
y con furia mayor la gobernaba:  
bien se puede llamar de triste suerte  
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:  
con la rabia postrera de la muerte, 205  
una vez el ferrado leño alzaba;  
mas faltole la vida en aquel punto,  
cayendo cuerpo y maza todo junto. [278]

Aunque la muerte en medio del camino  
le quebrantó el furor con que venía, 210  
un valiente español a tierra vino  
del peso y movimiento que traía:  
mas luego puesto en pie, con desatino  
hacia el lugar del dañador volvía,  
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra 215  
pensando que era vivo con él cierra:

y encima del cadáver arrojado,  
de dar la muerte al muerto deseoso,  
recio por uno y por el otro lado,  
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso, 220  
hasta tanto que, ya desalentado,  
se firma recatado y sospechoso,  
y vio a aquel que aferrado así tenía  
vuelos los ojos y la cara fría.

Traía la espada en esto Diego Cano 225  
tinta de sangre, y con Pícol se junta:  
haciendo atrás la rigurosa mano  
el pecho le barrena de una punta:  
turbado de la muerte el araucano  
cayó en tierra, la cara ya difunta, 230  
bascoso, revolviéndose en el lodo,  
hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado  
dio con el suelto Talco en tierra muerto;  
pero fue mal herido por un lado 235  
del gallardo Guacoldo en descubierto:  
estuvo el español algo atronado;  
mas del atronamiento ya despierto,  
corriendo al fuerte bárbaro derecho  
la espada le escondió dentro del pecho. 240 [279]

El viejo Villagrán, con la sangrienta  
espada por los bárbaros rompiendo,  
mata, hiere, tropella y atormenta,  
a tiempo a todas partes revolviendo:  
un golpe a Nico en la cabeza asienta, 245  
el cual los turbios ojos revolviendo  
a tierra vino muerto; y de otro a Polo  
le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,  
topando la desnuda carne blanda, 250  
ayudadas de un ímpetu ligero  
dan con piernas y brazos a la banda:  
No rehúsa el segundo ser primero,  
antes todos siguiendo una demanda,  
como olas, que creciendo van, crecían, 255  
y a la muerte animosos se ofrecían.

La gente una con otra así se cierra,  
que aún no daban lugar a las espadas,  
apenas los mortales van a tierra,  
cuando estaban sus plazas ocupadas: 260  
Unos por cima de otros se dan guerra,  
enhiestas las personas y empinadas;  
y de modo a las veces se apretaban,

que a meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen, 265  
que los más de los golpes son mortales,  
y los que no lo son, así se imprimen  
que dejan para siempre las señales:  
todos al descargar los brazos gimen;  
mas salen los efectos desiguales; 270  
que los unos topaban duro acero,  
los otros al desnudo y blando cuero. [280]

Como parten la carne en los tajones  
con los corvos cuchillos carniceros,  
y cual de fuerte hierro los planchones 275  
baten en dura yunque los herreros;  
así es la diferencia de los sones  
que forman con sus golpes los guerreros,  
quién la carne y los huesos quebrantado,  
quién templados arneses abollando. 280

Pues Juan de Villagrán firme en la silla  
contra Guarcondo a toda furia parte,  
y la lanza le echó por la tetilla  
con una braza de asta a la otra parte:  
el bárbaro, la cara ya amarilla, 285  
se arrima desmayado al baluarte;  
dando en el suelo súbita caída,  
el alma gomitó por la herida.

Pero Rengo, su hermano, que en el suelo  
el cuerpo vio caer descolorido, 290  
cuajósele la sangre, y hecho un hielo,  
del súbito dolor perdió el sentido;  
mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo,  
blasfemado el soberbio y descreído;  
y el ñudoso bastón alzando en alto, 295  
a Juan de Villagrán llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta  
hirió al caballo en medio de la frente;  
empínase el caballo, el cuello enhiesta,  
al freno y a la espuela inobediente; 300  
y entre los brazos la cabeza puesta,  
sacude el lomo y piernas impaciente:  
rendido Villagrán al duro hado,  
desocupó el arzón y ocupó el prado. [281]

Apenas en el suelo había caído 305  
cuando la presta maza descendía  
con una extraña fuerza y un ruido,  
que rayo o terremoto parecía;  
del golpe el español quedó adormido,  
y el bárbaro con otro revolvía, 310



bajando a la cabeza de manera,  
que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho  
del caso desastrado del hermano,  
antes con nueva rabia y más despecho, 315  
hiere de tal manera a Diego Cano,  
que, la barba inclinada sobre el pecho,  
se le cayó la rienda de la mano;  
y sin ningún sentido, casi frío,  
el caballo lo lleva a su albedrío. 320

En medio de la turba embravecido  
esgrime en torno la ferrada maza;  
a cuál deja contrecho, a cuál tullido,  
cuál el pescuezo del caballo abraza;  
quién se tiende en las ancas aturdido; 325  
quién, forzado, el arzón desembaraza;  
que todo a su pujanza y furia insana  
se le bate, derriba y se le allana.

Por partes más de diez le iba manando  
la sangre, de la cual cubierto andaba; 330  
pero no desfallece, antes bramando,  
con más fuerza y rigor los golpes daba:  
ligero corre acá y allá saltando,  
arneses y celadas abollaba;  
hunde las altas crestas, rompe sesos, 335  
muele los nervios, carne y duros huesos. [282]

En esto un gran rumor iba creciendo  
de espadas, lanzas, grita y vocería,  
al cual confusamente, no sabiendo  
la causa, mucha gente allí acudía: 340  
y era un gallardo mozo que, esgrimiendo  
un fornido cuchillo, discurría  
por medio de las bárbaras espadas,  
haciendo en armas cosas extremadas.

Venía el valiente mozo belicoso 345  
de una furia diabólica movido,  
el rostro fiero, sucio y polvoroso,  
lleno de sangre y de sudor teñido,  
como el potente Marte sanguinoso,  
cuando de furor bélico encendido, 350  
bate el ferrado escudo de Vulcano,  
blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno  
el pesado cuchillo rodeaba,  
y a Cron, como si fuera junco tierno, 355  
en dos partes de un golpe lo tajaba:  
tras éste al diestro Pon envía al infierno,

y tras de Pon a Lauco despachaba:  
no hallando defensa en armadura,  
descuartiza, desmiembra y desfigura. 360

Llamábase éste Andrea, que en grandeza  
y proporción de cuerpo era gigante,  
de estirpe humilde, y su naturaleza  
era arriba de Génova al Levante:  
pues con aquella fuerza y ligereza 365  
a los robustos miembros semejante,  
el gran cuchillo esgrime de tal suerte,  
que a todos los que alcanza da la muerte. [283]

De un tiro a Guaticol por la cintura  
le divide en dos trozos en la arena, 370  
y de otro al desdichado Quilacura  
limpio el derecho muslo le cercena:  
pues de golpes así desta hechura  
la gran plaza de muertos deja llena,  
que su espada a ninguno allí perdona, 375  
y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebatada  
la cabeza de un tajo, y luego tiende  
la espada hacia Maulén, señor de Itata,  
y de alto a bajo de un revés le hiende: 380  
lanzas, hachas y mazas desbarata,  
que todo el pueblo bárbaro le ofende.  
Llevando muchos tiros enclavados  
en los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida, 385  
cuando le van monteros dando caza,  
que con rabia y dolor de la herida  
los ñudosos venablos despedaza:  
y furiosa, impaciente, embravecida,  
la senda y callejón desembaraza, 390  
que los heridos perros lastimados  
le dan ancho lugar escarmentados;

de la misma manera el fiero Andrea,  
cercado de los bárbaros venía,  
pero de tal manera se rodea, 395  
que gran camino con la espada abría:  
crece el hervor, la grito y la pelea,  
tanto que la más gente allí acudía;  
he aquí a Rengo también ensangrentado  
que llega a la sazón por aquel lado. 400 [284]

Y como dos mastines rodeados  
de gozques importunos, que, en llegando  
a verse, con los cerros erizados  
se van el uno al otro regañando:

así los dos guerreros señalados, 405  
las inhumanas armas levantando,  
se vienen a herir... Pero el combate  
quiero que al otro canto se dilate.

[285]

#### Canto XV

En este quinceno y último canto se acaba la batalla en la cual fueron muertos todos los  
araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegación que las naos del  
Perú hicieron hasta llegar a Chile; y la grande tormenta que entre el río Maule y el puerto  
de la Concepción pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?

¿Qué verso sin amor dará contento?

¿Dónde jamás se ha visto rica vena  
que no tenga de amor el nacimiento?

No se puede llamar materia llena 5  
la que de amor no tiene el fundamento;  
los contentos, los gustos, los cuidados,  
son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero  
rompe la dura y áspera corteza; 10  
produce ingenio y gusto verdadero,  
y pone cualquier cosa en más fineza:  
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero,  
amor los trujo a tanta delgadeza;  
que la lengua más rica y más copiosa, 15  
si no trata de amor, es desgustosa. [286]

Pues yo, de amor desnudo y ornamento,  
con un inculto ingenio y rudo estilo,  
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,  
que me ponga al rigor del crudo filo? 20  
Pero mi celo bueno y sano intento,  
esto me hace a mí añudar el hilo,  
que ya con el temor cortado había,  
pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado 25  
ser escritura larga y trabajosa,  
por ir a la verdad tan arrimado  
y haber de tratar siempre de una cosa;  
que no hay tan dulce estilo y delicado,  
ni pluma tan cortada y sonora, 30  
que en un largo discurso no se estrague,

ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si a mi discreción dado me fuera  
salir al campo y escoger las flores,  
quizá el cansado gusto removiera 35  
la usada variedad de los sabores:  
pues como otros han hecho, yo pudiera  
entretejer mil fábulas y amores;  
mas, ya que tan adentro estoy metido,  
habré de proseguir lo prometido. 40

Al lombardo dejé y al araucano  
donde la guerra andaba más trabada,  
que vienen a juntarse mano a mano,  
la espada alta y la maza levantada:  
de malla está cubierto el italiano, 45  
el indio la persona desarmada,  
y así como más suelto y más ligero,  
en descargar el golpe fue el primero. [287]

El membrudo italiano, como vido  
la maza y el rigor con que bajaba, 50  
alzó el escudo en alto, y recogido  
debajo dél, el golpe reparaba:  
por medio el fuerte escudo fue rompido,  
y en modo la cabeza le cargaba,  
que, batiendo los dientes, vio en el suelo 55  
las estrellas más mínimas del cielo.

El brazo descargó, que alto tenía,  
sobre el valiente bárbaro el lombardo,  
pensando que dos piezas le haría,  
según era del ánimo gallardo: 60  
pero Rengo, que punto no perdía,  
como una onza ligera y suelto pardo,  
un presto salto dio a la diestra mano,  
de suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea 65  
la poderosa maza, de manera  
que acertarle de lleno, no al Andrea,  
pero un duro peñasco deshiciera.  
Igual andaba entre ellos la pelea,  
aunque temo yo a Rengo a la primera 70  
vez que el cuchillo baje, si le halla,  
que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,  
desnudo de armas y de esfuerzo armado,  
entra, sale y revuelve como el viento, 75  
que en maña y ligereza era extremado:  
hace siempre su golpe, y al momento  
le halla el enemigo así apartado,

que aunque el cuchillo de dos brazas fuera,  
alcanzar a herirle no pudiera. 80 [288]

Mil golpes por el aire arroja en vano  
el furioso italiano embravecido,  
viendo cómo desnudo un araucano  
y él armado, le tiene en tal partido:  
la izquierda junta a la derecha mano, 85  
y apretando la espada, de corrido  
al bárbaro arremete, altos los brazos,  
pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brío,  
baja la maza, firme lo esperaba, 90  
mas el cuerpo hurtó con un desvío  
al tiempo que el cuchillo derribaba:  
así que el brazo y golpe dio en vacío,  
y de la fuerza inmensa que llevaba,  
el gran cuchillo sustentar no pudo, 95  
quedando allí con sólo medio escudo.

Pues como tal lo vio, suelta la maza,  
cerrando el presto bárbaro de hecho,  
y cuerpo a cuerpo así con él se abraza,  
que le imprime las mallas en el pecho; 100  
no por esto el lombardo se embaraza,  
mas piensa dél así haber más derecho,  
y con brazos durísimos lo afierra,  
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo a Anteo 105  
quiso el nuestro hacer del araucano;  
mas no salió fortuna a su deseo,  
y así el deseado efeto salió en vano:  
que el esforzado Rengo de un rodeo  
lo lleva largo trecho por el llano, 110  
sobre los cuerpos muertos tropezando,  
siempre con más furor sobre él cargando. [289]

Andrea, de empacho ardiendo en rabia viva,  
sintiéndose de un hombre así apurado,  
firme en el suelo con los pies estriba, 115  
cobrando esfuerzo del honor sacado,  
y de manera sobre Rengo arriba  
que de tierra lo lleva levantado,  
que era de fuerza grande y de gran prueba,  
bastante a comportar la carga nueva. 120

Yo vi, entre muchos jóvenes valientes  
sobre pruebas de fuerza porfiando,  
trabar él una cuerda con los dientes,  
asiendo cuatro della, y estribando  
todos a un tiempo a parte diferentes, 125

a su pesar llevarlos arrastrando;  
y de solos los dientes se valía,  
que las manos atrás presas tenía.

Y con facilidad y poca pena,  
la mayor bota o pipa que hallaba, 130  
capaz de veinte arrobas, de agua llena,  
de tierra un codo y más la levantaba;  
y suspendida sin verter, serena,  
la sed por largo espacio mitigaba,  
bajándola después al suelo llano 135  
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces, barqueando  
ríos en esta tierra caudalosos,  
ir la corriente el ímpetu esforzando  
a desbravar en riscos peñascosos, 140  
arrebataando el barco, no bastando  
la fuerza de los remos presurosos,  
y él, cubierto de malla como estaba,  
luego animoso al agua se arrojaba; [290]  
y una cuerda en la boca, revolviendo 145  
al furioso raudal el duro pecho,  
los pies y fuertes brazos sacudiendo,  
rompía por la canal casi derecho,  
remolcando la barca y resistiendo  
el ímpetu del agua, del estrecho 150  
la sacaba a la orilla en salvamento,  
haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí también sobrepujaba,  
que no fue de su fuerza menor prueba;  
pero Rengo, que en ira se abrasaba, 155  
viendo que sin firmarse alto lo lleva,  
hizo por fuerza pie y sobre él tornaba,  
sacando la vergüenza fuerza nueva;  
pero al cabo los dos se desasieron,  
y otra vez a las armas acudieron. 160

Y comienzan de nuevo el fiero asalto  
como si descansaran todo el día,  
ora presto por bajo, ora por alto,  
sin miedo el uno al otro acometía:  
Rengo, que de armadura estaba falto, 165  
con tal destreza y maña se regía,  
que sostiene en un peso aquella guerra,  
no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta  
al valiente cristiano por un lado, 170  
que toda la persona le atormenta,  
según que fue de fuerza muy cargado:

otro redobla, y otro, y a mi cuenta  
al cuarto, que bajaba más pesado,  
el astuto italiano se desvía, 175  
y de una punta al bárbaro hería. [291]

La espada le atraviesa el brazo fuerte  
abriéndole en el lado una herida;  
mas fue tal su ventura y diestra suerte  
que no le privó el golpe de la vida: 180  
el bárbaro en ponzoña se convierte,  
y con braveza fuera de medida,  
con el fiero enemigo fue en un punto,  
descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo 185  
alzó, por recoger el golpe extraño;  
pero del todo resistir no pudo,  
aunque se reparó parte del daño;  
batió la cabeza el golpe crudo,  
y cual si el morrión fuera de estaño 190  
y no de fuerte pasta bien templado,  
así de aquella vez quedó abollado.

Dos o tres pasos dio desvanecido  
del golpe el italiano, vacilando,  
perdida la memoria y el sentido, 195  
y anduvo por caer titubeando:  
la sangre por el uno y otro oído  
le reventó en gran flujo, como cuando  
revienta de abundancia alguna fuente,  
y en pie se tuvo bien difícilmente. 200

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira  
lleno de sangre y puesto en tal estado,  
más furioso que nunca, ardiendo en ira  
de verse así de un bárbaro tratado,  
el brazo con el pie diestro retira 205  
para tomar más fuerza, y el pesado  
cuchillo derribó con tal ruido  
que revocó en los montes del sonido. [292]

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente  
y el ímpetu y furor con que venía, 210  
cruzando la alta maza osadamente,  
al reparo debajo se metía:  
no fue la asta defensa suficiente  
por más barras de acero que tenía,  
que a tierra vino della una gran pieza, 215  
y el furioso cuchillo a la cabeza.

Fue este golpe terrible y peligroso,  
por do una roja fuente manó luego,  
y anduvo por caer Rengo dudoso,

atónito y de sangre casi ciego: 220  
el italiano allí no perezoso,  
viendo que no era tiempo de sosiego,  
baja otra vez el gran cuchillo agudo  
con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto 225  
hiere al turbado Rengo el italiano,  
y hubiérale de arriba a abajo abierto,  
si no torciera al descargar la mano:  
el golpe fue de llano y como muerto  
vino al suelo tendido el araucano; 230  
y el cuchillo del golpe atormentado  
por tres o cuatro partes fue quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruído  
del poderoso golpe y la caída,  
viendo al valiente Rengo así tendido, 235  
pensó que era pasado de esta vida:  
y, de amistad y deudo conmovido,  
la espada de su propio amo homicida,  
que en Penco Tucapel ganado había,  
en venganza del bárbaro esgrimía. 240 [293]

Pasa al Andrea de un golpe el estofado  
no reparando en él la cruda espada,  
que, rompiendo la malla por el lado,  
le penetró hasta el hueso la estocada:  
vuelve con un mandoble, y recatado 245  
Andrea, viendo venir la cuchillada,  
fue tan presto con él por resistirle,  
que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle más lugar, con él se afierra,  
donde en satisfacción de la herida, 250  
alzándole bien alto de la tierra,  
de espaldas le tendió con gran caída;  
y por dar presto fin a aquella guerra  
la espada le quitó y luego la vida;  
metiéndose tras esto por la parte 255  
que andaba más sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el montón ve más estrecho;  
¡triste de aquel que allí con él se junta!  
Uno parte al través, otro al derecho,  
otro al sesgo, otro ensarta de una punta; 260  
otros que tiende, aún no bien satisfecho,  
a coces los quebranta y descoyunta:  
brazos, cabezas por el aire avienta  
sin término, sin número, ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada 265  
en medio del furor se desenvuelve,



pasa el pecho a Talcuen de una estocada,  
y sobre Titaguan furioso vuelve:  
abriole la cabeza desarmada;  
mas el rabioso bárbaro revuelve, 270  
y antes que la alma diese, le da un tajo,  
que se tuvo al arzón con gran trabajo. [294]

Pacheco a Norpa abrió por el costado,  
y a Longoval derriba tras él, muerto:  
pues Juan Gómez también por aquel lado, 275  
de fresca sangre bárbara cubierto,  
había de un golpe a Colca derribado  
y a Galvo el desarmado vientre abierto:  
el bárbaro mortal, la color vuelta,  
dio en el postrer suspiro la alma envuelta. 280

Gabriel de Villagrán no estaba ocioso,  
que a Cinga y a Pillolco había tendido,  
y andaba revolviéndose animoso  
entre los hierros bárbaros metido.  
El rumor de las armas sonoro, 285  
los varios apellidos y el ruido,  
a las aves confusas y turbadas  
hacen estar mirándolas paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende,  
la gente por juntarse se apiñaba, 290  
que ya ninguno más lugar pretende  
del que para morir en pie bastaba:  
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende;  
y era el estrecho tal y priesa brava,  
que, sin caer los muertos, de apretados 295  
quedaban a los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desdén, denuedo,  
la priesa de los golpes y dureza,  
figurarla del todo aquí no puedo  
ni la pluma llevar con tal presteza: 300  
De la muerte ninguno tiene miedo,  
antes, si vuelve el rostro, más tristeza  
mostraban, porque claro conocían  
que vencidos quedaban si vivían. [295]

Mas aunque de vivir desconfiaban, 305  
perdida de vencer ya la esperanza,  
el punto de la muerte dilataban  
por morir con alguna más venganza:  
y no por esto el paso retiraban,  
ni el pecho rehusaban de la lanza, 310  
si por mover un paso, como digo,  
dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados

vienen sin detenerse a tierra muertos,  
unos de mil heridas desangrados, 315  
de la cabeza al pecho otros abiertos;  
otros por las espadas y costados  
los bravos corazones descubiertos,  
así dentro en los pechos palpitaban,  
que bien el gran coraje declaraban. 320

Quién en sus mismas tripas tropezando  
al odioso enemigo arremetía,  
quién por veinte heridas resollando  
las cubiertas entrañas descubría:  
allí se vio la vida estar dudando 325  
por qué puerta de súbito saldría;  
al fin salía por todas y a un momento  
faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues, no estaba en pie la octava parte  
de los bárbaros muertos, no rendidos; 330  
Villagrán, que miraba esto de aparte,  
viendo los que quedaban tan heridos,  
les envió dos indios de su parte  
a decir que se entreguen por vencidos  
sometiéndose al yugo y obediencia, 335  
y que usará con ellos de clemencia. [296]

Todos los españoles retrujeron  
las espadas y el paso en el momento,  
y los dos mensajeros propusieron  
el pacto, condición y ofrecimiento; 340  
pero los araucanos, cuando oyeron  
aquel partido infame, el corrimiento  
fue tanto y su coraje, que respuesta  
no dieron a la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos braman, 345  
«¡morir! ¡morir!», no dicen otra cosa,  
morir quieren, y así la muerte llaman  
gritando: «¡afuera vida vergonzosa!»  
Ésta fue su respuesta y esto claman;  
y a dar fin a la guerra sanguinosa 350  
se disponen con ánimo y braveza,  
sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban,  
algunos de rodillas combatiendo,  
que las tullidas piernas les faltaban, 355  
sostenerse sobre ellas no pudiendo:  
y aun así las espadas rodeaban;  
otros, que ya en el suelo retorciendo  
se andaban, por dañar lo que podían  
a los contrarios pies se revolvían. 360

Viéranse vivos cuerpos desmembrados  
con la furiosa muerte porfiando,  
en el lodo y sangraza derribados,  
que rabiosos se andaban revolcando:  
de la suerte que vemos los pescados 365  
cuando se va algún lago desaguando,  
que entre dos elementos se estremecen,  
y en ellos revolcándose perecen. [297]

Si el crudo Sila, si Nerón sangriento,  
(por más sed que de sangre ellos mostraran), 370  
della vieran aquí el derramamiento,  
yo tengo para mí que se hartaran,  
pues con mayor rigor, a su contento  
en viva sangre humana se bañaran,  
que en Campo Marcio Sila carnicero, 375  
y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos  
aquellos que rendir no se quisieron,  
que ya al fin de la vida conducidos,  
a la forzosa muerte se rindieron: 380  
los lasos españoles mal heridos  
de la cercada plaza se salieron,  
de armas y cuerpos bárbaros tan llena,  
que sobre ellos andaban a gran pena.

Ningún bárbaro en pie quedó en el fuerte 385  
ni brazo que mover pudiese espada;  
sólo Mallén, que al punto de la muerte  
le dio de vivir gana acelerada:  
y rendido al temor y baja suerte,  
viéndose de una fiera cuchillada 390  
en el siniestro brazo mal herido,  
detrás de un paredón se había escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oía,  
que en torno retumbaba todo el llano,  
que, como dije, ya la muerte había 395  
puesto silencio con airada mano;  
dejó aquel paredón, y a ver salía  
si hallaba por allí algún araucano,  
a quien se encomendar que le salvase,  
y la sensible llaga le apretase. 400 [298]

Mas cuando vio la plaza cuál estaba,  
y en sus amigos tal carnicería,  
que aunque la muerte los desfiguraba,  
la envidia conocidos los hacía;  
con ira vergonzosa, presentaba 405  
la espalda al corazón, y así decía:  
«¡cómo! ¿yo solo quedo por testigo

de la muerte y valor de tanto amigo?

»Cobarde corazón, por cierto indigno  
de algún golpe de espada valerosa, 410  
pues fue por elección y no destino  
perder una sazón tan venturosa;  
tú me apartaste, ¡oh flaco! del camino  
de un eterno vivir, y a vergonzosa  
muerte he venido ya con mengua tuya, 415  
por más que la mi diestra lo rehúya.

»Si a mi sangre con esta del estado  
mezclarse aquí le fuere concedido,  
viendo mi cuerpo entre éstos arrojado,  
aunque de brazo débil ofendido, 420  
quizá seré en el número contado  
de los que así su patria han defendido:  
mas, ¡ay triste de mí!, que en la herida  
será mi flaca mano conocida.

»¿Qué indicios bastarán, qué recompensa, 425  
qué enmienda puedo dar de parte mía,  
que yo satisfacer pueda a la ofensa  
hecha a mi honor y patria y compañía?  
Yo turbo el claro honor y fama inmensa  
de tantos, pues podrán decir que había 430  
entre ellos quien de miedo, bajamente,  
del enemigo apenas vio la frente. [299]

«¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando  
con prolijas razones mi jornada?  
Arrepentirme ¿qué aprovecha cuando 435  
ya el arrepentimiento vale nada?»  
Aquí cerró la voz, y no dudando  
entrega el cuello a la homicida espada:  
corriendo con presteza el crudo filo,  
sin sazón de la vida cortó el hilo. 440

Cese el furor del fiero Marte airado,  
y descansen un poco las espadas,  
entretanto que vuelvo al comenzado  
camino de las naves derramadas:  
que contra el recio Noto porfiado, 445  
de Neptuno las olas levantadas,  
proejando por fuerza iban rompiendo,  
del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron  
de Sangallán, do nunca habita gente, 450  
y las otras ignotas se dejaron  
a la diestra de parte del Poniente;  
a Chaule a la siniestra, y arribaron  
en Arica, y después difícilmente

vimos a Copiapó, valle primero 455  
del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos,  
de sus cavernas cóncavas saliendo,  
y furiosos, indómitos, violentos,  
todo aquel ancho mar van discurriendo: 460  
rompiendo la prisión y mandamientos  
de Eolo su rey, el cual temiendo  
que el mundo no arruinen, los encierra  
echándoles encima una gran sierra. [300]

No con esto su furia corregida, 465  
viéndose en sus cavernas apremiados,  
buscan con gran estruendo la salida  
por los huecos y cóncavos cerrados:  
y así la firme tierra removida  
tiembla, y hay terremotos tan usados, 470  
derribando en los pueblos y montañas  
hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el día  
al revés de la Europa, porque es cuando  
el Sol del Equinoccio se desvía, 475  
y al Capricornio más se va acercando.  
Pues desde allí las naves, que a porfía  
corren, al mar y al Austro contrastando,  
de Bóreas ayudadas luego fueron,  
y en el puerto Coquímico surgieron. 480

Apenas en la deseada arena,  
salidos de las naos el pie firmamos,  
cuando el prolijo mar, peligro y pena  
de tan largos caminos olvidamos:  
y a la nueva ciudad de La Serena, 485  
que es dos leguas del puerto, caminamos  
en lozanos caballos guarnecidos,  
al esperado tiempo prevenidos:

Donde un caricioso acogimiento  
a todos nos hicieron y hospedaje, 490  
estimando con grato cumplimiento  
el socorro y larguísimo viaje,  
y de dulce refresco y bastimento  
al punto se aprestó el matalotaje,  
con que se reparó la hambrienta armada, 495  
del largo navegar necesitada. [301]

A la gente y caballos aguardaban,  
que, por áspera tierra y despoblados  
rompiendo, con esfuerzo caminaban,  
de hambres y trabajos fatigados; 500  
pero a cualquier fortuna contrastaban,

y desde poco a la ciudad llegados,  
un mes en mucho vicio reposaron  
hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual, sin esperar la flota, 505  
reparados del áspero camino,  
toman de su demanda la derrota,  
llevando a la derecha el mar vecino:  
pasan la fértil Ligua y a Quillota  
la dejaron a un lado, que convino 510  
entrar en Mapochó, que es do pararon  
las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del común Géminis salía  
trayendo nuevo tiempo a los mortales,  
y del Solsticio por Zenit hería 515  
las partes y región septentrionales,  
cuando es mayor la sombra al medio día  
por este apartamiento en las australes,  
y los vientos en más libre ejercicio  
soplan con gran rigor del austral quicio. 520

Nosotros, sin temor de los airados  
vientos, que entonces con mayor licencia  
andan en esta parte derramados  
mostrando más entera su violencia,  
a las usadas naves retirados, 525  
con un alegre alarde y apariencia  
las aferradas áncoras alzamos,  
y al Noroeste las velas entregamos. [302]

La mar era bonanza, el tiempo bueno,  
el viento largo, fresco y favorable, 530  
desocupado el cielo y muy sereno,  
con muestra y parecer de ser durable:  
seis días fuimos así; pero al seteno,  
Fortuna, que en el bien jamás fue estable,  
turbó el cielo de nubes, mudó el viento, 535  
revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano  
con presurosos soplos esforzados,  
y súbito en el mar tranquilo y llano  
se alzaron grandes montes y collados: 540  
los españoles, que el furor insano  
vieron del agua y viento, atribulados  
tomaron por partido estar en tierra,  
aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré sólo dar cuenta, 545  
que era la capitana de la armada,  
que arrojada de la áspera tormenta  
andaba sin gobierno derramada;

pero ¿quién será aquel que en tal afrenta  
estará tan en sí que falte en nada? 550

Que el general temor apoderado  
no me dejó aún para esto reservado.

Con tal furia a la nave el viento asalta,  
y fue tan recio y presto el terremoto,  
que la cogió la vela mayor alta, 555  
y estaba en punto el mástil de ser roto:  
mas, viendo el tiempo así turbado, salta  
diciendo a grandes voces el piloto:  
«¡larga la triza en banda! ¡larga! ¡larga!  
Larga presto, ¡ay de mí! ¡que el viento carga!» 560 [303]

La braveza del mar, el recio viento  
el clamor, alboroto, las promesas,  
el cerrarse la noche en un momento  
de negras nubes, lóbregas y espesas;  
los truenos, los relámpagos sin cuento, 565  
las voces de pilotos y las priesas,  
hacen un son tan triste y armonía,  
que parece que el mundo perecía.

«¡Amaina! ¡amaina!» gritan marineros,  
«¡amaina la mayor! ¡iza trinquete!» 570  
Esfuerzan esta voz los pasajeros,  
y a la triza un gran número arremete:  
los otros de tropel corren ligeros  
a la escota, a la braza, al chafaldete,  
mas del viento la fuerza era tan brava, 575  
que ningún aparejo gobernaba.

Ábrese el cielo, el mar brama alterado  
gime el soberbio viento embravecido;  
en esto un monte de agua levantado  
sobre las nubes con un gran ruido 580  
embistió el galeón por un costado,  
llevándolo un gran rato sumergido,  
y la gente tragó del temor fuerte  
a vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte como 585  
la gran ballena, el cuerpo sacudiendo  
rompe con el furioso hocico romo,  
de las olas el ímpetu venciendo,  
descubre y saca el espacioso lomo,  
en anchos cercos la agua revolviendo, 590  
así debajo el mar salió el navío,  
vertiendo a cada banda un grueso río. [304]

El proceloso Bóreas más crecido  
la mar hasta los cielos levantaba,  
y aunque era un mangle el mástil muy fornido, 595

sobre la proa la alta gavia estaba:  
la gente con gran fuerza y alarido,  
en amainar la vela porfiaba,  
que en forma de arco al mástil oprimía,  
y así la racamenta no corría. 600

Eolo, o ya fue acaso, o se doliendo  
del afligido pueblo castellano,  
iba al valiente Bóreas recogiendo,  
queriendo él encerrarle por su mano:  
y abriendo la caverna, no advirtiendo 605  
al Céfiro que estaba más cercano,  
rotas ya las cadenas a la puerta,  
salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo, arrebatando  
cuantas nubes halló por el camino, 610  
se arroja al levantado mar, cerrando  
más la noche con negro torbellino:  
y las valientes olas reparando,  
que del furioso Cierzo repentino  
iban la vía siguiendo, las airaba, 615  
y el removido mar más alteraba.

Súbito la borrasca y travesía  
y un turbión de granizo sacudieron  
por un lado a la nao, y así pendía,  
que al mar las altas gaviatas descendieron: 620  
fue la furia tan presta, que aún no había  
amainado la gente; y cuando vieron  
los pilotos la costa y viento airado,  
rindieron la esperanza al duro hado. [305]

La nao, del mar y viento contrastada, 625  
andaba con la quilla descubierta,  
ya sobre sierras de agua levantada,  
ya debajo del mar toda cubierta:  
vino en esto de viento una grupada,  
que abrió a la agua furiosa una ancha puerta, 630  
rompiendo del trinquete la una escota,  
y la mura mayor fue casi rota.

Alzose un alarido entre la gente,  
pensando haber del todo zozobrado,  
miran al gran piloto atentamente, 635  
que no sabe mandar de atribulado:  
unos dicen «¡Zaborda!»; otros «¡Detente;  
cierra el timón en banda!»; y cuál turbado  
buscaba escotillón, tabla o madero,  
para tentar el medio postrimero. 640

Crece el miedo, el clamor se multiplica,  
uno dice «¡A la mar!»; otro «¡Arribemos!»;



otro da grita «¡Amaina!»; otro replica;  
«¡A orza, no amainar, que nos perdemos!»;  
otro dice «¡Herramientas, pica, pica! 645  
¡Mástiles y obras muertas derribemos!»  
Atónita de acá y de allá la gente,  
corre en montón confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban  
del turbulento Céfiro estiradas, 650  
y las hinchadas olas rebramaban  
en las vecinas rocas quebrantadas,  
que la oscura tiniebla penetraban,  
y cerrazón de nubes intrincadas;  
y así en las peñas ásperas batían, 655  
que blancas hasta el cielo resurtían. [306]

Travesía era el viento y por vecina  
la brava costa de arrecifes llena,  
que del grande reflujo en la marina  
hervía la agua mezclada con la arena: 660  
rota la escota, larga la bolina,  
suelto el trinquete, sin calar la entena  
y la poca esperanza quebrantada  
por el furioso viento arrebatada.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmesese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**